



LA ESPADA DE LA VERDAD, 17

La desaparición de Kahlán

TERRY GOODKIND

¿Cuánta de la sangre es suya? – preguntó una mujer.

-La mayor parte, me temo – dijo una segunda mujer mientras ambas apresuraban el paso junto a él.

Mientras Richard luchaba por concentrarse en la necesidad de mantener la consciencia, las voces jadeantes le sonaban como si procedieran de algún lugar muy remoto. No estaba seguro de quiénes eran, aunque sabía que las conocía, pero justo en aquellos momentos eso no parecía importar.

El dolor aplastante que sentía en el pecho y la necesidad de aire lo tenían al borde del pánico, y temía hacer un esfuerzo sobrehumano para inhalar cada crucial bocanada de aire.

Aun así, tenía una preocupación mayor.

Richard luchó por dar voz a su preocupación prioritaria, pero no consiguió formar las palabras, no consiguió emitir más que un gemido entrecortado. Asió el brazo de la mujer de su lado, desesperado porque se detuvieran, porque lo escucharan; pero ésta lo malinterpretó e instó a los hombres que lo transportaban a ir más a ir más deprisa, a pesar de que jadeaban ya por el esfuerzo de cargar con él por el rocoso terreno. Intentaban hacerlo con la mayor delicadeza posible, pero en ningún momento se atrevieron a aminorar la marcha.

No muy lejos, un gallo cacareó, como si aquél fuese un día como cualquier otro.

Richard observaba la confusa actividad que giraba a su alrededor con una curiosa sensación de indiferencia; sólo el dolor parecía real. Recordó haber oído que cuando uno moría, no importaba cuanta gente había allí, junto a uno, que uno moría totalmente solo, y así se sentía en aquellos momentos; solo.

Cuando abandonaron los árboles para penetrar en un terreno abrupto, pobremente arbolado y lleno de matojos, Richard vio un cielo plomizo que amenazaba con desencadenar una lluvia torrencial. Que lloviera era lo último que necesitaba. Si al menos aguantara sin llover.

Mientras proseguían la carrera, hicieron su aparición las paredes de madera sin pintar de un edificio pequeño, seguidas por una serpenteante madera sin pintar de un edificio pequeño, seguidas por una serpenteante valla para encerrar ganado a la que la intemperie había dado una patina de un gris plateado. Gallinas sobresaltadas cloquearon a la vez que se dispersaban a su paso. Richard apenas advirtió los rostros lívidos que contemplaban como lo transportaban mientras tensaba el cuerpo para defenderse del dolor; sentía como si lo estuviesen desgarrando.

Todo el tropel de gente que lo rodeaba pasó a través de una entrada estrecha y entró en la oscuridad del otro lado.

-Aquí – dijo la primera mujer, y a Richard le sorprendió darse cuenta, entonces, de que era la voz de Nicci – Ponedlo aquí, sobre la mesa. Rápido.

Richard oyó el ruido de objetos pequeños tintineando contra el suelo y rebotando sobre un piso de tierra. Los postigos golpearon cuando los abrieron a toda prisa para dejar entrar algo de luz al interior de la mohosa habitación.

Parecía ser una alquería. Las paredes se inclinaban en un ángulo extraño, como si el lugar tuviese dificultades para mantenerse en pie, como si fuera a derrumbarse en cualquier momento. Privado de las personas que en una ocasión habían hecho de ella su hogar, que le habían dado vida, aquello tenía el aura de un lugar que aguarda a que se instale en él la muerte.

Los hombres que le sujetaban piernas y brazos lo alzaron y luego, con cuidado, lo depositaron sobre la mesa de tablas toscamente talladas. Richard quiso contener la respiración para soportar el dolor angustioso que le ardía en el pecho, pero necesitaba desesperadamente el aliento que no parecía ser capaz de obtener.

Necesitaba el aliento para hablar.

Llameó el relámpago, y al cabo de un instante el trueno retumbó.

-Es una suerte que consiguiéramos llegar a un lugar donde refugiarnos antes de que empezara a llover – dijo uno de los hombres.

Nicci asintió distraídamente mientras se inclinaba más cerca, toqueteando el pecho de Richard, quien lanzó un grito y arqueó el cuerpo sobre la mesa, intentando retorcerse lejos del examen de sus dedos. La otra mujer le apretó inmediatamente los hombros hacia abajo para que no se moviera.

Intento hablar; casi consiguió hacer salir las palabras, pero entonces tosió una bocanada de sangre espesa y empezó a asfixiarse.

La mujer que le sujetaba los hombros le giró la cabeza.

-Escupid – le indicó al mismo tiempo que se inclinaba más cerca de él.

La sensación de no conseguir aire le produjo un fogonazo de abrasador temor. Richard hizo lo que ella decía y la mujer le pasó los dedos a través de la boca, moviéndolos para despejar una vía respiratoria. Con su ayuda Richard consiguió por fin toser y escupir sangre suficiente para poder inhalar algo del aire que necesitaba.

Mientras palpaba con los dedos la zona alrededor de la flecha que le sobresalía del pecho, Nicci lanzó una imprecación por lo bajo.

-Queridos espíritus – murmuró en una queda plegaría a la vez que le desgarraba la camisa empapada de sangre – permitid que haya llegado a tiempo.

-Temí arrancar la flecha – dijo la otra mujer – No sabía lo que sucedería... no sabía si debería... así que decidí que lo mejor era marchar y confiar en encontrarte.

-Da gracias de que no lo intentases – respondió Nicci, deslizándose la mano bajo la espalda de Richard mientras éste se retorció de dolor – Si la hubieses arrancado, ya estaría muerto.

-Pero puedes curarle – Sonó más a una súplica que a una pregunta.

Nicci no contestó.

-Puedes curarle – En esa ocasión las palabras surgieron siseadas a través de unos dientes fuertemente apretados.

Por el tono autoritario e impaciente, Richard comprendió que se trataba de Cara. El no había tenido tiempo de decírselo antes del ataque, aunque sin duda ella debería saberlo; pero si lo sabía, entonces ¿Por qué no lo decía? ¿Por qué no lo tranquilizaba?

-De no haber sabido por él, nos habrían cogido por sorpresa – dijo un hombre que se mantenía apartado – Nos salvo a todos cuando atacó a aquellos soldados que se nos acercaban a hurtadillas.

-Tienes que ayudarlo – insistió el hombre.

Nicci agitó el brazo con gesto impaciente.

-Todos vosotros, salid fuera. Este lugar ya es bastante pequeño. No puedo permitirme distracciones en esos momentos. Necesito algo de quietud.

Volvió a centellear el relámpago, como si los buenos espíritus tuviesen intención de negarle lo que necesitaba. El trueno retumbó con una profunda y sonora amenaza de la tormenta que se les venía encima.

-¿Enviaras a Cara fuera cuando sepas algo? – preguntó uno de los hombre.

-Si, si, salid.

-Y aseguraos de que no hay mas soldados por los alrededores que puedan sorprendernos – añadió Cara – Manteneos fuera de la vista por si los hay. No podemos permitir que nos descubran aquí... en estos momentos.

Los hombres juraron hacer lo que les decía y una luz neblinosa se derramó sobre la sucia pared encalada cuando la puerta se abrió. A medida que los hombres salían, sus sombras pasaron espectrales a través del retazo de luz, igual que los buenos espíritus.

Al pasar por su lado, uno de ellos tocó brevemente a Richard en el hombro: fue un ofrecimiento de consuelo y valor. Richard reconoció vagamente el rostro, aunque no había visto a aquellos hombres desde hacía algún tiempo, y se le ocurrió que aquél no era un modo de celebrar una reunión. La luz desapareció cuando los hombres cerraron la puerta tras ellos, dejando la habitación sumida en la penumbra de la luz que penetraba por la única ventana.

-Nicci – insistió Cara en voz baja - ¿puedes curarle?

Richard había ido a encontrarse con Nicci cuando las tropas enviadas para aplastar el levantamiento contra el gobierno brutal de la Orden Imperial habían tropezado con su apartado campamento. Su idea primordial, justo antes de que los soldados topasen con él, había sido que tenía que encontrar a Nicci. Un destello de esperanza llameó en la oscuridad de su frenética inquietud: Nicci podría ayudarlo.

Ahora Richard necesitaba conseguir que lo escuchase.

Cuando ella se inclinó muy cerca de él, deslizándose la mano bajo su cuerpo, al parecer para averiguar lo cerca que había estado la flecha de atravesarlo por completo. Vio que tenía la mano reluciente de sangre y sintió que hilillos de sangre le corrían por el rostro.

Los ojos azules de la mujer se volvieron hacia él.

-Todo irá bien, Richard. Quédate quieto – Una guedeja de cabellos rubios resbaló y le cayó por el otro hombro cuando intentó acercarla más – Estoy aquí. Tranquilízate. No te dejaré. Quédate quieto. Todo va bien. Voy a ayudarte.

A pesar de lo bien que disimulaba, el pánico acechaba en su voz, y pese a la sonrisa tranquilizadora que mostraba, le brillaban lágrimas en los ojos, lo que le dio a entender que la herida podría estar más allá de las habilidades sanadoras de Nicci.

Eso no hacía más que dar mayor importancia al hecho de que lo escuchase.

Richard abrió la boca, intentando hablar, pero no pareció conseguir aire suficiente. Tiritó de frío, cada inhalación era una lucha que daba como resultado poco más que un estertor pastoso. No podía morir, no allí, no ahora. Las lágrimas le escocieron en los ojos.

Nicci volvió a empujarle suavemente hacia abajo.

-Lord Rahl – dijo Cara- quedaos quieto. Por favor – Le apartó la mano que sujetaba el vestido de Nicci y la sostuvo contra sí misma con un fuerte apretón – Nicci se ocupara de vos. Estaréis perfectamente. Simplemente quedaos quietos y dejadla hacer.

Mientras la rubia melena de Nicci se caía suelta y ondulante la de Cara estaba sujeta en una única trenza. No obstante lo preocupada que él sabía que ella estaba. Richard podía ver en la postura de Cara únicamente su poderosa presencia, y en las facciones y férreos ojos azules su fuerza de voluntad, y justo en aquellos instantes, aquella fuerza, aquella seguridad en sí misma, eran un terreno firme para él en medio de las arenas movedizas del terror.

-La flecha no lo atraviesa por completo – indicó Nicci a Cara a la vez que sacaba la mano de debajo de la espalda de Richard.

-Ya te lo dije. Consiguió desviarla con la espada. Eso es bueno, ¿Verdad? ¿Es mejor que no le perforase la espalda verdad?

-No – musitó Nicci.

-¿No? – Cara se inclinó más cerca de la otra mujer- Pero ¿Cómo puede ser peor?

Nicci alzó los ojos hacia Cara.

-Es una saeta de ballesta. Si sobresaliera por la espalda, o estuviese lo bastante cerca que sólo hiciese falta empujar un poco, podríamos partir la púa de la punta y tirar hacia atrás del asta para sacarla.

Dejó sin decir lo que tendrían que hacer ahora.

-No sangra tanto – comentó Cara – Al menos hemos detenido eso.

-Quizás exteriormente – dijo Nicci en un tono confidencial – Pero sangra internamente, en el pecho; la sangre le esta llenando el pulmón izquierdo.

En esta ocasión fue Cara quien asió un trozo del vestido de Nicci.

-Pero tú vas a hacer algo. Vas a...

-Desde luego – gruñó Nicci a al vez que liberaba el hombro que Cara sujetaba.

Richard lanzó un grito ahogado de dolor. Las crecientes aguas del pánico amenazaban con anegarlo.

Nicci posó la otra mano sobre el pecho para mantenerlo inmóvil así como para ofrecerle consuelo.

-Cara – dijo - ¿Por qué no esperas fuera con los demás?

-Ni hablar. Será mejor que sigas.

Nicci evaluó los ojos de la mord-sith durante un breve instante, luego se inclinó al frente y volvió a asir el asta que sobresalía del pecho de Richard. Este sintió como el hormigueo exploratorio de la magia seguía el curso de la flecha, internándose en lo más profundo de su cuerpo, y reconoció el tacto único del poder de Nicci, del mismo modo que podía reconocer su singular voz sedosa.

Comprendió que no había tiempo para retrasar lo que tenía que hacer. Una vez que ella empezara, no había forma de saber cuanto tiempo transcurriría hasta que despertará... si es que despertaba.

Con toda la fuerza de que disponía, Richard se abalanzó al frente, agarrándole el vestido por el cuello. Luego se izó muy cerca de su rostro y tiró de ella para que pudiera oírle.

Tenía que preguntar si sabían dónde estaba Kahlan. Si no lo sabían, entonces tenía que pedir a Nicci que le ayudase a encontrarla.

La única cosa que consiguió pronunciar fue una sola palabra.

-Kahlan – susurró.

-De acuerdo, Richard, de acuerdo – Nicci le agarró las muñecas y retiró las manos de su vestido – Escúchame – Volvió a empujarle sobre la mesa – Escucha. No hay tiempo. Tienes que calmarte. Quédate quieto. Simplemente relájate y deja que haga mi trabajo.

Le echó hacia atrás los cabellos y posó una mano afectuosa sobre su frente mientras la otra volvía a asir la maldita flecha.

Richard luchó con denuedo para decir que no, forcejeó para decirles que era necesario que encontraran a Kahlan, pero el hormigueo de la magia se intensificaba y adoptaba la forma de un dolor paralizante.

Se quedó rígido debido al intenso dolor que le hendía el pecho.

Vio los rostros de Nicci y Cara sobre él.

Y luego una oscuridad sepulcral estalló en el interior de la habitación.

Nicci ya lo había curado en otra ocasión y Richard conocía la sensación que producía su poder; pero esta vez, era distinto. Peligrosamente distinto.

-¡Que haces! – exclamó Cara con un grito ahogado.

-Lo que debo si quiero salvarle. Es el único modo.

-Pero no puedes...

-Si prefieres que deje que se deslice en los brazos de la muerte, entonces dilo. De lo contrario, déjame hacer lo que debo para mantenerlo entre nosotros.

Cara estudió el semblante acalorado de Nicci durante sólo un momento antes de soltar aire ruidosamente y asentir.

Richard alargó la mano para coger la muñeca de Nicci, pero Cara atrapó la de él primero y la apretó de nuevo contra la mesa. Los dedos del herido fueron a descansar sobre el otro entretejido que deletreaba las palabras VERDAD en la empuñadura de su espada. Volvió a pronunciar el nombre de Kahlan, pero en esta ocasión ningún sonido brotó de sus labios.

Cara frunció el entrecejo y se inclinó hacia Nicci.

-¿Has oído que ha dicho?

-No lo se. Algún nombre, Kahlan creo.

Richard intentó chillar “Si” pero no emitió más que un ronco gemido.

-¿Kahlan? – Preguntó Cara - ¿Quién es Kahlan?

-No tengo ni idea – murmuró Nicci mientras su concentración regresaba a la tarea que tenía entre manos – Evidentemente delira por la pérdida de sangre.

Richard fue incapaz de tomar aire para protestar ante el dolor que de improviso aulló a través de él.

Brilló el relámpago y volvió a repicar el trueno, en esta ocasión liberando un torrente de lluvia que empezó a tamborilear sobre el tejado.

En contra de la voluntad de Richard, una oscuridad neblinosa fue cubriendo los rostros de ambas mujeres.

Únicamente consiguió musitar el nombre de Kahlan una vez antes de que Nicci dirigiera a su interior todo el chorro de la magia.

El mundo se disolvió en la nada.

2

El aullido lejano de un lobo despertó a Richard de un sueño profundo. El desesperanzado grito resonó por las montañas, pero quedó sin respuesta. Richard permaneció tumbado de lado, bajo la luz surrealista de un falso amanecer, escuchando distraídamente, aguardando a que otro aullido respondiera al primero, pero nunca llegó.

Por mucho que lo intentará, no parecía conseguir abrir los ojos durante un período de tiempo mayor que el de un único y lento latido, y mucho menos reunir energías para alzar la cabeza. Imprecisas ramas de árboles parecían agitarse en la lóbrega oscuridad. Resultaba curioso que un sonido tan corriente como el aullido lejano de un lobo lo despertara.

Recordó que Cara estaba a cargo de la tercera guardia, y que sin duda no tardaría en despertarlos. Con un gran esfuerzo reunió fuerzas para girar sobre si mismo. Necesitaba tocar a Kahlan, abrazarla, volver a dormirse con ella, entre sus brazos protectores, durante unos deliciosos minutos más; su mano encontró solo vacío.

Kahlan no estaba allí.

¿Dónde estaba? ¿Adonde había ido? A lo mejor se había despertado temprano e ido a charlar con Cara.

Se sentó en el suelo, e instintivamente se aseguró de que tenía la espada a mano. Los dedos encontraron el tranquilizador contacto de la bruñida vaina y la empuñadura de malla de metal entretejido. La espada descansaba en el suelo, junto a él.

Oyó el quedo susurro de una lluvia lenta y constante, y recordó que por algún motivo necesitaba que no lloviese.

Pero si llovía ¿Por qué no lo notaba? ¿Por qué tenía el rostro seco? ¿Por qué estaba el suelo seco?

Se incorporó frotándose los ojos, intentando orientarse, intentado aclarar la confusión de su mente mientras se esforzaba por reunir sus dispersos pensamientos. Atisbó en la oscuridad y comprendió que no estaba en el exterior. A la tenue luz gris del amanecer que penetraba por una única y pequeña ventana, vio que se hallaba en una habitación en estado ruinoso. El lugar olía a humedad. Unas ascuas moribundas brillaban en las cenizas de un hogar empotrado en una pared encalada que se alzaba ante él. Una cuchara de madera ennegrecida colgaba a un lado del hogar, una escoba a la que apenas quedaban cerdas estaba apoyada en el otro lado, pero aparte de eso no vio objetos personales que dieran información sobre las personas que vivían allí.

Parecía como si aun faltase algún tiempo para el alba, y el tamborileo incesante de la lluvia sobre el tejado prometía que no habría sol ese día. Además de gotear por distintos agujeros del destrozado tejado, la lluvia se filtraba alrededor de la chimenea, añadiendo otra capa más de suciedad al deslucido yeso.

Ver la pared con el enlucido de yeso, el hogar y la pesada mesa de tablas le devolvió fragmentos espectrales de recuerdos.

Empujado por la necesidad de saber dónde estaba Kahlan. Richard se levantó tambaleante, apretando una mano contra el persistente dolor en el pecho y agarrando con la otra el borde la mesa.

Al oír como se ponía en pie en la mal iluminada habitación, Cara, recostada en una silla a poca distancia, se levantó de un saltó.

-¡Lord Rahl!

Richard vio su espada sobre la mesa. Pero si él había creído que...

-¡Lord Rahl, estáis despierto!

En la lóbrega luz, Richard pudo ver que Cara se mostraba eufórica, y también vio que iba vestida con el traje de cuero rojo.

-Un lobo aulló y me despertó.

Cara sacudió la cabeza.

-He estado sentada justo aquí, despierta, vigilándoos. No ha aullado ningún lobo. Debéis de haberlo soñado – Su sonrisa regresó - ¡Tenéis mejor aspecto!

El recordó que no podía respirar, que no podía inhalar aire suficiente, así que inspiro hondo a modo de experimento y descubrió que lo hacía con facilidad. Aunque el fantasma de un dolor terrible seguía persiguiéndole, la realidad de éste ya casi se había desvanecido.

-Si, creo que estoy bien.

Recuerdos breves e inconexos centellearon en su mente. Recordó haber estado de pie, solo y quieto, en la fantasmal luz de los albores del día mientras la oscura oleada de soldados de la Orden Imperial salía en tropel de entre los árboles. Recordó retazos de al salvaje carga, las armas alzadas de los hombres, y recordó haberse abandonado a la grácil danza con la muerte. También recordó la lluvia de flechas y saetas de ballestas, y finalmente a otros hombres uniéndose a la batalla.

Alzó la parte delantera de la camisa para separarla del cuerpo y la contempló, sin comprender por qué estaba intacta.

-Vuestra camisa estaba destrozada – le explico Cara, advirtiéndole su perplejidad – Os lavamos y afeitamos, luego os pusimos una camisa limpia.

“Lavamos, pusimos” Aquellas palabras se elevaron por encima de todas las demás que había en su mente “lavamos, pusimos” Cara y Kahlan. Eso tenía que ser a lo que se refería Cara.

-¿Dónde esta?

-¿Quién?

-Kahlan – respondió él a la vez que se alejaba con una zancada del apoyo que le brindaba la mesa - ¿Dónde esta?

-¿Kahlan? – Las facciones de Cara fluctuaron hasta adoptar una sonrisa provocativa - ¿Quién es

Kahlan?

Richard suspiro aliviado. Cara no lo aguijonearía de aquel modo si Kahlan estuviese herida o en alguna clase de dificultad; lo sabía con certeza. Una abrumadora sensación de alivio expulsó su pavor y con él algo de su fatiga. Kahlan estaba a salvo.

Tampoco pudo evitar sentirse reconfortado por la expresión picara de Cara. Le encantaba verla con una sonrisa despreocupada, en parte porque era una visión muy poco común. Por lo general, cuando una mord-sith sonreía, se trataba del amenazador preludio de algo harto desagradable, y lo mismo sucedía cuando vestían el traje de cuero rojo.

-Kahlan – dijo Richard, siguiéndole el juego – ya sabes, mi esposa. ¿Dónde esta?

La nariz de cara se arrugó con un femenino regocijo poco usual en ella. Tal expresión resultaba tan rara en el semblante de Cara que no sólo lo sorprendió sino que le hizo sonreír abiertamente.

-Una esposa – repuso ella con lentitud, adoptando una actitud coqueta – Vaya, esa es una idea original. El lord Rahl tomando una esposa, de D'Hara, en ocasiones todavía le resultaba irreal, ya que no era algo que un guía de bosque criado en la lejana Tierra Occidental hubiera soñado ni en sus fantasías más disparatadas.

-Si, bueno, uno de nosotros tenía que ser el primero – Se pasó una mano por el rostro, intentando aún eliminar la telaraña del sueño - ¿Dónde esta?

La sonrisa de Cara se ensanchó.

-Kahlan –ladeó la cabeza hacia él, enarcando una ceja -... vuestra esposa.

-Si, Kahlan, mi esposa – repuso él con naturalidad, pues hacia tiempo que había aprendido que era mejor no proporcionar a la mord-sith la satisfacción de ver cómo lo afectaban sus picaras bufonadas – Tú la recuerdas; inteligente, ojos verde, alta, melena larga, y por supuesto la mujer más hermosa que he visto jamás.

El cuero de la vestimenta de Cara crujió al erguir ésta la espalda y cruzar los brazos sobre el pecho.

-Queréis decir la más hermosa aparte de mí, desde luego – Sus ojos brillaban cuando sonrió, pero él no mordió en anzuelo.

-Bueno – dijo por fin la morth-sith con un suspiro – el lord Rahl ciertamente parece haber tenido un sueño interesante durante el largo período de tiempo que ha estado dormido.

-¿Largo periodo de tiempo?

-Habéis dormido durante dos días... después de que Nicci os curase.

Richard se pasó los dedos por los sucios cabellos enmarañados.

-Dos días... -dijo mientras intentaba conciliar los fragmentos, recuerdos; empezaba a molestarle el juegucito de Cara – Así pues ¿Dónde esta?

-¿Vuestra esposa?

-Si, mi esposa – Richard se puso en jarras a al vez que se inclinaba en dirección a la irritante mujer – Ya sabes, la Madre Confesora.

-¡Madre Confesora! Vaya, Vaya, lord Rahl desde luego cuando soñáis lo hacéis a lo grande. Lista, hermosa, y la Madre Confesora además. – Cara se inclinó al frente con una mirada burlona - ¿Y sin duda ella está también locamente enamorada de vos?

-Cara...

-¡Ah! Aguardad – Alzó una mano para acallarlo a la vez que se ponía seria – Nicci dijo que quería que la llamase si despertabais. Fue muy insistente al respecto. Dijo que si despertabais, tenía que echaros un vistazo – Cara empezó a andar hacia la puerta cerrada del fondo de la habitación – Sólo lleva un par de horas durmiendo, pero querrá saber que estáis despierto.

Cara llevaba en la habitación trasera apenas un instante cuando Nicci salió de la oscuridad como una exhalación, deteniéndose brevemente para aferrar el marco de la puerta.

-¡Richard!

Antes de que Richard pudiese decir nada, Nicci, con los ojos muy abiertos por el alivio de verlo vivo, se abalanzó sobre él y lo agarró por los hombros como si pensara que era un buen espíritu que había llegado al mundo de los vivos y al que debía agarrarse bien para que se quedara allí.

-Estaba tan preocupada--- ¿Cómo te sientes?

Parecía tan agotada como se sentía él. No se había peinado la melena rubia y daba la impresión de que había estado durmiendo sin quitarse el negro vestido. Aun así, el contraste de su aspecto desaliñado no hacía más que resaltar su exquisita belleza.

-Bueno, bien en términos generales, salvo que me siento agotado y mareado a pesar de haber

disfrutado de un período de sueño bastante largo.

Nicci agitó displicentemente una mano.

-Eso era de esperar; Con descanso recuperarás toda tu energía muy pronto. Perdiste mucha sangre y tu cuerpo necesitara tiempo para recuperarse.

-Nicci, necesito...

-Silencio – dijo ella a la vez que le colocaba una mano en la espalda y presionaba la palma de la otra contra el pecho, frunciendo el entrecejo.

Aunque parecía tener aproximadamente la edad de Richard, o ser como mucho solo un año o dos mayor. Nicci había vivido durante mucho tiempo como una Hermana de la Luz en el Palacio de los Profetas, donde aquellos que residían entre sus muros envejecían de un modo distinto. El porte lleno de gracia de la mujer, la aguda perspicacia de sus ojos azules y su singular sonrisa contenida habían sido al principio turbadores y luego inquietantes, pero en la actualidad eran simplemente familiares.

Richard hizo una mueca de dolor al sentir el poder de Nicci hormigueándole en las profundidades del pecho. Fue una penetración desconcertante, que hizo que el corazón le palpitase con fuerza. Lo recorrieron náuseas.

-Está aguantando – murmuró Nicci para sí, y a continuación alzó la mirada para clavarla en sus ojos. Los vasos están enteros y fuertes. – La expresión de asombro de sus ojos traicionaba lo poco segura que había estado del éxito, pero algo de su sonrisa tranquilizadora regresó – Todavía necesitas descansar, pero estas sanando, Richard, de verdad.

El asintió, aliviado al oír que estaba bien, incluso aunque ella pareciese un poco sorprendida por ella. Pero también era necesario descartar sus otras preocupaciones.

-Nicci, ¿dónde está Khalan? Cara está taciturna esta mañana y no quiere decirlo.

Nicci pareció desconcertada.

-¿Quién?

Richard le agarró la muñeca y le apartó la mano de su pecho.

-¿Qué sucede? ¿Está herida? ¿Dónde está?

Cara miró a Nicci.

-Mientras dormía, lord Rahl se inventó una esposa.

Nicci miró sorprendida a Cara, frunciendo el entrecejo.

-¡Una esposa!

-¿Recuerdas el nombre que pronuncio cuando deliraba? – Cara le dirigió una sonrisa de complicidad – Es la persona con la que se caso en su sueño. Es hermosa... y lista, por supuesto.

-Hermosa – Nicci miró a la otra pestañeando – Y lista.

Cara enarco una ceja.

-Y es la Madre Confesora.

Nicci se mostró incrédula.

-La Madre Confesora...

-Ya basta- dijo Richard a la vez que soltaba la muñeca de Nicci – Lo digo en serio, ahora ¿Dónde está ella?

Quedo de inmediato patente para las dos mujeres que el sentido del humor de Richard había desaparecido, y la intensidad de su voz, por no mencionar su mirada furiosa, las hizo vacilar.

-Richard – dijo Nicci en un tono cauto – resultaste muy malherido. Durante un tiempo no creía que... - Se sujetó un mechón tras la oreja y volvió a empezar – Mira, cuando una persona recibe una herida tan grave como la tuya, está puede gastarle jugarretas a su mente. No tiene nada de extraño. Lo he visto antes. Cuando te dispararon esa fecha, no podías respirar. Y cuando uno se ahoga, eso provoca...

-¿Qué os sucede a vosotras dos? ¿Qué está pasando? – Richard no podía comprender por que se andaban con rodeos, y sentía que el corazón le galopaba descontrolado - ¿Esta herida? ¡Decídmelo!

-Richard – respondió Nicci con una voz sosegada destinada a apaciguarle – la saeta de aquella ballesta estuvo peligrosamente cerca de atravesarte el corazón. De haberlo hecho, no habría existido nada que yo pudiera haber hecho. No puedo resucitar a los muertos.

“Incluso a pesar de que no acertó en tu corazón, la flecha provocó daños de importancia. La gente sencillamente no sobrevive a una herida tan grave como la tuya, y no podría haberte curado del modo convencional porque no podía hacerse. Ni siquiera había tiempo para intentar sacar la flecha de cualquier modo. Tenías una hemorragia interna. Tuvo que...

Titubeó a la vez que alzaba la mirada para clavarla en los ojos de Richard, que se inclinó un poco hacia ella.

-¿Tuviste que?

Nicci encogió un hombro, algo cohibida.

-Tuve que usar Magia de Resta.

Nicci era una hechicera poderosa, pero era infinitamente más excepcional debido a que era capaz de hacer uso además de fuerzas del inframundo. En el pasado había estado entregada a esas fuerzas; en el pasado se la había conocido como La Señora de la Muerte. Curar no era exactamente su especialidad.

La cautela de Richard estalló.

-¿Por qué?

-Para sacarte la flecha.

-¿Eliminaste la flecha con Magia de Resta?

-No había tiempo ni tampoco otro modo – Volvió a sujetarle los hombros aunque con más compasión en esta ocasión – Si no hubiese hecho algo, habrías muerto al cabo de unos instantes. Tenía que hacerlo.

Richard echó un vistazo al semblante sombrío de Cara y luego devolvió la mirada a Nicci.

-Bueno, imagino que eso tiene sentido.

Al menos, sonaba como si tuviese sentido, aunque no sabía realmente si lo tenía o no. Como se había criado en los inmensos bosques de la Tierra Occidental, Richard no sabía gran cosa sobre la magia.

-Y algo de tu sangre – añadió Nicci en voz baja.

No le gusto nada como sonaba aquello.

-¿Qué?

-Tenías una hemorragia interna en el pecho. Un pulmón ya no funcionaba. Pude darme cuenta de que el corazón estaba siendo desplazado, que las arterias principales corrían peligro de quedar destrozadas por la presión. Necesitaba quitar de en medio la sangre para curarte; para que pulmones y corazón pudiesen funcionar como era debido. Estaban fallando. Estabas conmocionado y delirabas. Estabas a las puertas de la muerte.

Los ojos azules de Nicci estaban llenos de lágrimas.

-Tenía tanto miedo, Richard. No había nadie más aparte de mí para ayudarte a temía fracasar. Incluso después de hacer todo lo que pude para curarte, seguía sin estar segura de que volvieses a despertar.

Richard pudo ver el efecto de aquel miedo en su semblante y lo percibió en el modo en que los dedos de la mujer temblaban sobre sus brazos. Indicaba lo lejos que había llegado desde que había renunciado a su fe en las Hermanas de las Tinieblas y luego en la Orden Imperial.

La expresión angustiada del rostro de Cara le confirmó la veracidad de hasta qué punto había sido desesperada la situación. Si bien él aparentemente había disfrutado de un largo sueño, ninguna de ellas parecía haber gozado de poco más que breves cabezadas. Debía haber sido una vela aterradora.

La lluvia tamborileaba sin pausa sobre el tejado, pero aparte de eso, el frío y húmedo cascarón que era aquella casa permanecía en un silencio sepulcral. La vida parecía mucho más efímera en la casa abandonada; aquel lugar desolado le producía escalofríos a Richard.

-Me salvaste la vida, Nicci. Recuerdo haber temido que iba a morir. Pero me salvaste la vida – Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos – Gracias. Desearía que hubiese un modo mejor de decirlo, un modo mejor de decirte lo mucho que agradezco lo que hiciste, pero no se me ocurre ninguno.

La pequeña sonrisa de Nicci y su leve asentimiento le indicaron que ésta captaba lo profundo de su sinceridad.

Otra idea se le ocurrió entonces.

-¿Estas diciendo que usar Magia de Resta causo alguna clase de... problema?

-No, no Richard – Nicci le oprimió los brazos para disipar sus temores – No, no creo que causara ningún daño.

-¿Qué quieres decir con que no crees que lo hiciera?

La mujer vaciló un instante antes de explicar.

-Jamás había hecho nada parecido antes. Jamás oí siquiera que se hiciese. Queridos espíritus, ni siquiera sabía que podía hacerse. Como estoy segura que puedes imaginar, usar Magia de Resta de ese modo es arriesgado, por no decir algo peor. Cualquier cosa viva que tocara también quedaría destruida. Tuve que usar la parte central de la misma fecha como un sendero a tu interior. Puse todo el cuidado posible en eliminar únicamente la flecha... y la sangre derramada.

Richard se preguntó qué les sucedía a las cosas cuando se usaba Magia de Resta – que le habría sucedido a su sangre – pero la cabeza le daba ya vueltas con el relato y lo que más deseaba era que ella fuese al grano.

-Pero entre todo eso – añadió Nicci – entra la pérdida masiva de sangre, la herida, el no poder obtener aire suficiente, la tensión que padeciste mientras usaba la Magia de Suma corriente para curarte... por no mencionar el elemento desconocido que la Magia de Resta añadió a la mezcla...pasaste por una experiencia que sólo puede describirse como imprevisible. Una crisis tan terrible puede causar que sucedan cosas inesperadas.

Richard no sabía adonde quería ir a parar la mujer.

-¿Qué cosas inesperadas?

-No se puede saber. No tuve más elección que usar métodos extremos. Estabas mas allá de lo límites que yo conocía. Tienes que intentar comprender que no fuiste tú mismo durante un tiempo.

Cara introdujo un pulgar tras el rojo cinturón de cuero.

-Nicci tiene razón, lord Rahl. No fuisteis vos mismo. Luchabais contra nosotras. Tuve que manteneros inmovilizado para que ella pudiese ayudaros.

“He vigilado a hombre al borde de la muerte. Suceden cosas extrañas cuando se hallan en ese lugar. Creedme, estuvisteis allí mucho tiempo durante esa primera noche.

Richard sabía muy bien a que se refería ella al decir que había vigilado a hombres al borde la muerte. La profesión de las mord-sith había sido la tortura; al menos lo había sido hasta que él había cambiado todo aquello. Con él tenía el agiel de Denna, la mord-sith que en una ocasión lo había vigilado actuando como tal. Ella le había entregado su agiel como solemne regalo de gratitud por haberla liberado de la locura de su terrible deber... incluso a pesar de que había sabido que el precio de tal liberación iba a ser que la espada de Richard le atravesara el corazón.

En aquellos instantes, Richard se sentía muy lejos de los tranquilos bosques en los que había crecido.

Nicci extendió las manos como implorándole que se esforzara mas por comprender.

-Estuviste inconsciente y luego dormido durante bastante tiempo. Tenia que revivirte lo suficiente para conseguir que bebieses agua y un caldo, pero necesitaba mantenerte en un sueño profundo para que pudieras empezar a recuperar las fuerzas. Habías perdido mucha sangre. De haberte permitido despertar demasiado pronto ello habría minado tus débiles fuerzas y podríamos haberte perdido.

Muerto, eso era lo que quería decir. Podría haber muerto. Richard inspiró profundamente. No tenia ni idea de todo lo que había sucedido durante los últimos tres días. Básicamente, recordaba la batalla y luego despertar al oír el aullido de un lobo.

-Nicci, dijo, intentado mostrarse tranquilo y comprensivo a pesar de no sentirse ni lo uno ni lo otro - ¿Qué tiene esto que ver con Kahlan?

Las facciones de la mujer mostraban una incómoda mezcla de empatía y desasosiego.

-Richard, esa mujer, Kahlan, no es más que un producto de tu mente cuando te hallabas en ese confuso estado de delirio antes de que pudiera curarte.

-Nicci, no estaba imaginando...

-Estabas al borde de la muerte – dijo ella a la vez que alzaba una mano, ordenando silencio y que la escuchara – Mentalmente intentabas aferrarte a alguien que ayudara... alguien como esta persona, Kahlan. Por favor, créeme cuando digo que es comprensible. Pero estas despierto ahora y debes enfrentarte a la verdad. Fue un producto de tu imaginación provocado por la situación extrema en que estabas.

Richard se quedó atónito al oírla sugerir tal cosa. Giró la cabeza hacia Cara, implorándole que entrará en razón, por no decir que fuera en su auxilio.

-¿Cómo es posible que penséis tal cosa? ¿Cómo podéis creer eso?

-¿No habéis tenido nunca un sueño en el que estuviéseis aterrado y entonces vuestra madre, ya fallecida, aparecía allí, viva, y para ayudaros? – Los impasibles ojos azules de Cara parecían fijos en otra parte- ¿No recordáis haber despertado tras un sueño así, y sentir la seguridad de que había sido real, que vuestra madre volvía a estar viva, realmente viva y que os iba a ayudar? ¿No recordáis lo mucho que deseabais aferraros a ese sentimiento? ¿No recordáis lo desesperadamente que deseabais que fuese real?

Nicci tocó levemente el lugar donde había estado la flecha, donde la carta estaba intacta ya.

-Después de que te curara lo peor de la crisis, entraste en un largo letargo lleno de sueños. Tenias esas ilusiones desesperadas contigo y soñaste con ellas, las ampliaste, viviste con ellas más tiempo que en cualquier sueño corriente. Ese sueño prolongado, esa ilusión reconfortante, esa añoranza mágica, tuvo

tiempo para calar en cada rincón de tus pensamientos, para saturar cada parte de tu mente, y se convirtió en real para ti, tal y como Cara dice, pero, debido al mucho tiempo que estuviste dormido, obtuvo aun mas poder. Ahora que acabas de despertar de ese sueño prolongado sencillamente experimentas algún pequeño problema para filtrar la parte de tu terrible experiencia que fue un sueño y la que fue real.

-Nicci tiene razón, lord Rahl – Richard no podía recordar que Cara hubiese tenido nunca una expresión tan terriblemente seria – Simplemente lo soñasteis... igual que soñasteis que oíais aullar a un lobo. Parece un sueño agradable... el de esta mujer con la que sonasteis que os casabais... pero es todo lo que es: un sueño.

A Richard la mente le daba vueltas. La idea de que Kahlan no fuese más que un sueño, un producto de su imaginación nacido durante su delirio, era, en esencia, aterradora, y ese terror irrumpió a través de él. Si lo que ellas decían era cierta, no quería estar despierto; si era cierto, entonces deseaba que Nicci no hubiese podido curarlo, porque no quería vivir en un mundo en el que Kahlan no fuese real.

Buscó a ciegas un terreno firme en un mar de oscuro desorden, demasiado anonadado para pensar en un modo de combatir tal amenaza informe. Se sentía confuso tras la experiencia pasado por el hecho de no recordar gran cosa de todo ello; así que su certeza respecto a lo que consideraba cierto, empezó a desmoronarse.

Se contuvo. Sabía perfectamente que no debía creer en un temor, pues de ese modo le daría vida. Si bien no era capaz de comprender cómo había llevado a concebir una idea tan monstruosa, sabía que Kahlan no era un sueño.

-Después de todo lo que ambas habéis compartido con ella ¿cómo es posible que digáis que Kahlan es tan solo un sueño?

-No podemos – dijo Nicci- decirte que lo que dices es verdad.

-Lord Rahl, jamás tan crueles como para intentar engañaros sobre algo tan importante para vos.

Richard se las quedó mirando ¿Podría ser? Intentó frenéticamente imaginar si existía alguna posibilidad de que lo que decían pudiese ser cierto.

Tenso los puños

-¡Dejadlo estar... las dos!

Fue una súplica a un retorno a la cordura. No había sido su intención que sonara como una amenaza, pero así fue. Nicci retrocedió medio paso y el rostro de Cara perdió un poco de su color.

Richard no conseguía respirar profundamente, ni poner freno a su desbocado corazón.

-No recuerdo mis sueños – Miró a cada una de ellas – No desde que era pequeño. No recuerdo ningún sueño mientras estaba herido, ni mientras dormía. Ni uno. Los sueños carecen de sentido. Kahlan, no es así. No me hagáis esto... por favor. Esto no me sirve de ninguna ayuda, sólo empeora las cosas. Por favor si algo le ha sucedido a Kahlan, necesito saberlo.

Tenía que ser eso. Le había sucedido algo y ellas no creían que estuviera lo bastante fuerte aún para soportar las noticias.

Un temor mucho peor hizo su aparición cuando retornó a Nicci diciendo que no podía resucitar a los muertos. ¿Podría ser que estuviese intentando protegerle de eso?

Apretó los dientes en un esfuerzo por no chillarles, por mantener la voz serena y bajo control.

-¿Dónde esta Kahlan?

Nicci agachó cautelosamente la cabeza, como suplicando su perdón.

-Richard, ella está simplemente en tu cabeza. Sé que tales cosas pueden parecer muy reales, pero no lo es. La soñaste mientras estabas herido... nada más.

-No soñé a Kahlan – Se dirigió de nuevo a la mord-sith – Cara, has estado con nosotros durante mas de dos años. Has peleado junto a nosotros, por nosotros. En la época en que Nicci era una Hermana de las Tinieblas y me trajo aquí abajo, al Viejo Mundo, tú me sustituíste y protegiste a Kahlan. Ella te ha protegido. Habéis compartido y soportado cosas que la mayoría de las personas ni imaginarían siquiera. Os habéis hecho amigas.

Indicó con un gesto el agiel de la mord-sith, el arma que no parecía más que una delgada vara corta de cuero rojo colgando de su muñeca derecha por una fina cadena de oro.

-Incluso nombraste a Kahlan hermana del agiel.

Cara permaneció muy rígida y muda.

El que Cara otorgara a Kahlan el título de hermana del agiel había sido un honor informal pero profundamente solemne por parte de una antigua enemiga mortal a una mujer a la que había llegado a

respetar y en la que tenía puesta su confianza.

-Cara puede que empezaras siendo una protectora del lord Rahl, pero te has convertido en más que eso para Kahlan y para mí. Te has convertido en familia.

Voluntariamente y sin una vacilación, Cara sería capaz de sacrificar la vida por proteger a Richard, pues no tan solo era implacable sino que no le temía a nada si se trataba de defenderlo.

La única cosa que Cara temía era decepcionarlo.

Aquel miedo era bien patente en sus ojos.

-Gracias lord Rahl – respondió por fin con voz sumisa –por incluirme en vuestro maravilloso sueño.

Richard sintió un hormigueo por todo el cuerpo a medida que una oleada de gélido pavor lo recorría. Abrumado, apretó una mano contra la frente, echándose atrás los cabellos. Aquellas dos mujeres, no estaban inventando una historia por miedo a darle malas noticias. Le estaban diciendo la verdad.

La verdad tal y como ellas la veían, al menos. La verdad deformada en forma de pesadilla.

No conseguía hacer que su mente aceptara nada de aquello, no conseguía comprender nada en absoluto. Después de lo que habían compartido con Kahlan, todo lo que habían pasado junto con ella, todo el tiempo que llevaban juntos, le resultaba imposible, comprender cómo era posible que las dos mujeres pudiesen decirle aquello.

Y sin embargo, lo hacían.

Si bien no concebía la causa, era evidente que algo estaba terriblemente mal. Un desasosiego asfixiante descendió sobre él. Daba la impresión de que el mundo había sido puesto patas arriba y él ahora no podía hacer que las piezas volviesen a encajar.

Tenía que hacer algo; lo que había estado a punto de hacer antes de que los soldados los atacasen. Quizá no era demasiado tarde.

3

Richard se arrodilló junto a su saco de dormir y empezó a embutir ropa dentro de la mochila. La fría llovizna que podía ver a través del ventanuco no daba la impresión de ir a cesar en poco tiempo, así que dejó fuera la capa.

-¿Qué crees que estas haciendo? – pregunto Nicci.

El descubrió una pastilla de jabón situada a poca distancia y la agarró.

-¿Qué te parece que estoy haciendo?

Ya había perdido un tiempo excesivo, días. Demasiados. Metió la pastilla de jabón, paquetes de hierbas secas y especias, y una bolsa de orejones dentro de la mochila antes de enrollar a toda prisa el saco de dormir. Cara renunció a preguntar o poner objeciones y en su lugar se dedicó a recoger sus propias pertenencias.

-Eso no es a lo que me refiero y lo sabes – Nicci se acuclillo junto a él y le agarró el brazo, obligándole a volverse para mirarla – Richard, no te puedes ir. Necesitas descansar. Ya te lo he dicho, perdiste gran cantidad de sangre. No estás aún lo bastante fuerte para salir corriendo a perseguir fantasmas.

El sofoco una réplica indignada y ajusto de un tirón una correa de cuero alrededor del saco de dormir.

-Me siento perfectamente.

No era cierto, desde luego, pero se sentía bastante bien.

Nicci acababa de pasar unos días de intenso esfuerzo salvándole la vida y, además de estar preocupada por él, se encontraba agotada y probablemente no pensaba con claridad. Era posible que todas aquellas cosas contribuyeran a hacerle creer que él actuaba de un modo irresponsable.

Con todo, le irritó que no le hiciese más justicia.

Nicci lo agarró de la camisa mientras él aseguraba la segunda correa.

-No te das cuenta de lo débil que estas en realidad, Richard. Estas poniendo en peligro tu vida. Necesitas descansar para que tu cuerpo pueda recuperarse. No has tenido tiempo suficiente para reunir energías.

-¿Y cuanto tiempo tiene Kahlan? – Así la parte superior del brazo de Nicci y la acerco a él violentamente – Está ahí fuera, en alguna parte, en apuros. Tú no te das cuenta. Cara no se da cuenta, pero yo si. ¿Crees que puedo limitarme a permanecer aquí, quieto, cuando la personas a la que amo más que a

nada en el mundo está en peligro?

“Si fuese tu la que estuviera en apuros, Nicci ¿desearías que te abandonara con tanta facilidad? ¿No querías que lo intentase? No sé que ha ido mal, pero algo va mal. Si estoy en lo cierto... y lo estoy... entonces no puedo ni remotamente empezar a conjeturar las implicaciones ni imaginar las consecuencias.

-¿A que te refieres?

-Bien, si vosotras tenéis razón, entonces simplemente estoy imaginando cosas provenientes de mis sueños. Pero si yo tengo razón... y puesto que es de lo más evidente que tú y Cara no podéis compartir el mismo trastorno mental... eso significaría que lo que sea que esté sucediendo tiene una causa maligna; motivo por el que no puedo permitirme demoras mientras intento convenceros de la gravedad de la situación. Ya hemos perdido mucho tiempo. Y hay demasiado en juego.

Nicci pareció tan alarmada que no podía hablar, Richard la soltó y reanudó la tarea de asegurar la solapa de la mochila. No tenía tiempo para intentar resolver el enigma de qué les pasaba a Nicci y Cara.

Nicci recuperó finalmente la voz:

-Richard, ¿no te das cuenta de lo que haces? Estas empezando a inventas ideas absurdas para justificar lo que quieres creer. Tu mismo lo dijiste; Cara y yo no podemos compartir ambas el mismo trastorno mental. Quédate y descansa. Podemos intentar descubrir la naturaleza de ese sueño que ha arraigado con tanta fuerza en tu mente y con un poco de suerte arreglarlo. Probablemente yo lo provoqué con algo que hice cuando intentaba curarte. Si esa así, lo siento. Por favor, Richard, quédate por ahora.

Estaba concentrada únicamente en lo que veía como el problema. Zedd, su abuelo, el hombre que había ayudado en el problema, piensa en la solución. La solución en la que el necesitaba concentrarse en aquellos momentos era como encontrar a Kahlan antes de que fuese demasiado tarde, y deseo poder disponer de la ayuda de Zedd para encontrar esa solución.

-Todavía no estás fuera de peligro – insistió Nicci a la vez que esquivaba gotas de lluvia que se deslizaban a través de los agujeros del tejado – Exigirte demasiado podría resultar fatal.

-Lo comprendo. De verdad – Richard comprobó el cuchillo que llevaba al cinto y luego volvió a deslizarlo en su funda – No tengo intención de desoír tu consejo. Me lo tomaré con toda tranquilidad posible. – Richard, escúchame – dijo Nicci, frotándose las sienes como si le doliera la cabeza – es más que eso.

Se pasó la mano hacia atrás por los cabellos mientras buscaba las palabras.

-No eres invencible. Puede que lleves esa espada, pero ella no puede protegerte siempre. Tus antepasados, cada lord Rahl que ha habido, no obstante su dominio del don, tenían guardaespaldas cerca de ellos. Tal vez hayas nacido con el don, pero, incluso aunque fueses competente en su uso, tal poder no es una garantía de protección. Y menos ahora.

“Esa flecha solo sirvió para demostrar lo vulnerable que eres en realidad. Puede que seas un hombre importante, Richard, pero eres más que un hombre. Todos te necesitamos. Todos nosotros te necesitamos desesperadamente.

Richard apartó la mirada de la angustia que veía en los ojos azules de Nicci. Sabía muy lo vulnerable que era. La vida era su mayor valor; no era algo que diera por sentado. Casi nunca se oponía a que Cara estuviese cerca, pues ella y el resto de las mord-sith, así como los otros guardaespaldas que parecía haber heredado, habían demostrado su valía en más de una ocasión. Pero eso no significaba que estuviese indefenso o que pudiese permitir que la cautela le impidiera hacer lo que era necesario.

No obstante, captó el significado amplio de las palabras de Nicci. Durante su estancia en el Palacio de los Profetas, había averiguado que las Hermanas de la Luz creían que era un personaje determinante en ciertas profecías antiguas; que era la figura central a cuyo alrededor giraban los acontecimientos.

Según las Hermanas, para que su bando prevaleciera sobre las fuerzas siniestras, tenía que ser Richard quien condujera a la victoria. La profecía indicaba que sin el todo se perdería, motivo por el que su Prelada, Annalina, había dedicado gran parte de su vida a manipular acontecimientos para asegurarse de que el sobrevivía hasta la edad adulta y los conduciría en aquella guerra. Las esperanzas de Ann respecto a todo lo que más estimaba descansaban sobre los hombros de Richard. Menos mal que Kahlan había eliminado el ardor de Ann, aunque el sabía que muchos otros todavía sostenían el mismo punto de vista. También sabía que su liderazgo había espoleado a muchísimas personas que ansiaba vivir en su libertad.

Richard había bajado a las cámaras subterráneas del Palacio de los Profetas y visto algunos de los más importantes y bien custodiados libros de profecías que existían, y había tenido que admitir que algunas de ellas eran de lo más extraño. Sin embargo, su experiencia había sido que la profecía parecía decir lo que

cada uno quisiera que dijese.

Poseía una experiencia propia respecto de una profecía que involucraba a Kahlan y a él mismo, en especial las profecías de Shota, la bruja. Por lo que a él concernía, a profecía había demostrado tener muy poco valor y causar muchos problemas.

Richard forzó una sonrisa.

-Nicci, sueñas como una Hermana de la Luz – Ella no parecía muy alegre – Cara estará conmigo – dijo, intentando tranquilizar a la mujer.

Advirtió, en cuanto lo hubo dicho, que tener a Cara junto a él no había detenido la flecha que lo había malherido. Bien pensado ¿dónde había estado ella durante la batalla? No la recordaba con él. A Cara no le asustaba pelear; un tiro de caballos no conseguiría arrancarla de su tarea de protegerlo. Sin duda, debía de haber estado muy cerca de él, pero no recordaba haberla visto.

Levantó su cinturón de cuero y se lo abrochó alrededor de la cintura. Había conseguido el cinturón, y otras partes del equipo, que en el pasado habían pertenecido a un gran mago, en el Alcázar del Hechicero, donde Zedd montaba guardia en la actualidad, protegiendo el Alcázar del emperador Jagang y sus huestes procedentes del Viejo Mundo.

Nicci lanzó un suspiro impaciente; un atisbo de un lado severo e implacable de ella que Richard conocía a la perfección, aunque sabía que, en esta ocasión, lo originaba una preocupación sincera por su bienestar.

-Richard, no podemos permitirnos esta distracción. Hay cosas importantes de las que tenemos que hablar. Por eso iba yo a tu encuentro. ¿No recibiste la carta que te envié?

Richard se detuvo. Carta... carta...

-Sí – respondió, recordando por fin –; sí que recibí tu carta. Te envié un mensaje... con un soldado a quien Kahlan tocó con su poder.

Richard captó la breve ojeada de Cara a Nicci. Una expresión de sorpresa que indicaba que ella no recordaba tal cosa.

Nicci le estudió con una mirada inescrutable.

-El mensaje que enviaste jamás me llegó.

Un tanto sorprendido, Richard hizo una seña para indicar el Nuevo Mundo.

-Su misión primordial era ir al norte y asesinar al emperador Jagang. Estaba tocado por el poder de una Confesora; habría muerto antes que abandonar el cumplimiento de sus órdenes. Si no pudo encontrarme, debió de haber ido tras Jagang. Supongo que también es posible que le sucediese algo. Existen muchos peligros en el Viejo Mundo.

La expresión del rostro de Nicci le hizo sentir como si acabara de ofrecerle pruebas de que estaba enloquecido.

-¿Crees en serio, incluso en tus elucubraciones más disparatadas, que se puede eliminar al Caminante de los Sueños tan fácilmente?

-No, por supuesto que no – Empujó el bulto de una olla en la mochila para encajarla mejor – Esperábamos que el soldado probablemente muriera en el intento. Lo enviamos tras Jagang porque era un asesino y merecía morir. Pero también pensé que existía una posibilidad de que lo consiguiera. Incluso aunque no fuese así, quería que Jagang al menos durmiera un poco peor sabiendo que cualquiera de sus hombres podía matarlo.

Pudo ver en el semblante demasiado sereno de Nicci que ésta pensaba que también aquello no era otra cosa que parte de su compleja ilusión sobre la mujer que había soñado.

Entonces, Richard recordó qué más había sucedido.

-Nicci, me temo que poco después de que Sabar entregara tu carta fuimos atacados y él murió en la lucha.

Una ojeada furtiva a Cara proporcionó un asentimiento de confirmación.

-Queridos espíritus – dijo Nicci, apenas al enterarse de lo sucedido al joven Sabar. Richard compartió su sentimiento.

Recordó la apremiante advertencia de Nicci en la carta sobre que Jagang había empezado a crear armas a partir de personas con el don, tal y como se había hecho tres mil años atrás en la gran guerra. Era una evolución aterradora que se había considerado imposible, pero Jagang había descubierto un modo de llevar a cabo esa tarea usando a las Hermanas de la Tinieblas.

Durante el ataque al campamento, la carta de Nicci había ido a parar al fuego, y Richard no había

tenido oportunidad de leer toda la misiva antes de que quedara destruida. Pero había leído suficiente para comprender el peligro.

Cuando se dirigió a la mesa, donde descansaba su espada, Nicci se colocó ante él.

-Richard, sé que es duro, pero tienes que dejar atrás ese asunto del sueño. No tenemos tiempo para ello. Es necesario que hablemos. Si recibiste mi carta, entonces al menos sabes que no puedes...

-Nicci – dijo él silenciándola – debo hacer esto – Le posó una mano sobre el hombro y le habló con toda la paciencia de que fue capaz, teniendo en cuenta la urgencia que lo animaba, pero por el tono de voz le dio a entender que no iba a discutir más – Si vienes con nosotros, podemos hablar más tarde, cuando haya tiempo y no interfiriera con lo que tengo que hacer, pero justo ahora no dispongo de ese tiempo, y tampoco Kahlan.

Presionando el dorso de la mano contra el hombro de la mujer, Richard la apartó a un lado y avanzó hasta la mesa con paso decidido.

Mientras alzaba la espada por la bruñida vaina, se preguntó por un instante por qué, al oír el aullido del lobo y despertar, había pensado que el arma había estado en el suelo, junto a él. A lo mejor había recordado un fragmento de un sueño. Impaciente por ponerse en marcha, desechó la idea.

Deslizó el antiguo tahalí de cuero labrado por encima de su cabeza y ajustó la vaina a su cadera izquierda, asegurándose de que estaba bien sujeta. Con dos dedos alzó la espada por la curva descendente del gavlán, no sólo para asegurarse de que salía con facilidad, sino para comprobar que la hoja estaba en buen estado, pues no podía recordar del todo lo que había sucedido en la batalla y no se acordaba de haber guardado él mismo la espada.

El bruñido acero centelleó a través de una película de sangre seca.

Recuerdos fragmentados de la batalla pasaron raudos por su mente. Había sido repentina, inesperada, pero una vez que hubo sacado la espada hecho una furia, todo eso dejó de importar. No obstante, el que les hubiesen superado tanto en número sí había importado, y comprendía muy bien que Nicci tenía razón respecto a que él no era invencible.

Al poco de haber conocido a Kahlan, Zedd como Primer Mago, había otorgado a Richard el cargo de Buscador y le había dado la espada. Richard había odiado el arma por lo que equivocadamente creía que representaba, pero Zedd le había contado que la *Espada de la Verdad* – que era su nombre – no era más que una herramienta y que era la intención de la persona que empuñaba una espada la que daba a ésta su significado. Aquello había sido tan cierto como lo era en el caso de aquella arma en concreto.

La espada estaba ahora unida a Richard, unida a sus propósitos, impulsada por su determinación, y desde el principio, el propósito y la determinación de éste habían estado puestos en la protección de aquellos que amaba y que le importaban. Para hacerlo, había acabado por comprender que debía ayudar a modelar un mundo en el que pudiesen vivir seguros y en paz.

Era aquel propósito el que daba significado a la espada.

El acero siseó cuando volvió a deslizarlo en el interior de la vaina.

Su propósito en aquellos instantes, era encontrar a Kahlan; y si la espada podía ayudarle a conseguir tal objetivo, no vacilaría en hacer uso de ella.

Alzó la mochila y la balanceó, acomodándola en su espalda a la vez que inspeccionaba la habitación casi desnuda en busca de cualquier otra de sus cosas que hubiese pasado por alto. En el suelo, junto al hogar, vio cecina y galletas. Junto a ellas yacían otros alimentos empaquetados. Las sencillas escudillas de madera de Richard y Cara también estaban allí, una con caldo y la otra conteniendo los restos de unas gachas.

-Cara- dijo mientras recogía tres odres de agua y se colgaba las correas del cuello -, asegúrate de coger toda la comida que puedas llevar. No olvides las escudillas.

Cara asintió, empaquetándolo todo metódicamente, ahora que se daba cuenta de que él no tenía intención de dejarla atrás.

-Richard – Nicci le cogió de la manga – lo digo en serio, tenemos que hablar. Es importante.

-Entonces haz lo que te pedí. Reúne tus cosas y ven conmigo – Agarró su arco y su aljaba – Puedes hablar todo lo que quieras siempre y cuando no me retrases.

Asintiendo con resignación, Nicci abandonó finalmente sus razonamientos y corrió a la habitación posterior a reunir sus cosas. Lejos de molestarle que Nicci fuese con ellos, Richard deseaba la ayuda de ésta. Su don podía ser útil para encontrar a Kahlan. De hecho, encontrar a Nicci para que pudiese ayudarle había sido su intención en cuanto despertó antes del ataque y se dio cuenta de que Kahlan había desaparecido.

Richard se echó la capa con capucha sobre los hombros y se dirigió a la puerta. Cara alzó los ojos

junto al hogar, donde se apresuraba a terminar de recoger su equipo, y le hizo un gesto con la cabeza para hacerle saber que estaría justo detrás de él. Richard pudo ver también a Nicci en la habitación trasera apresurándose a recoger sus cosas.

En su necesidad apremiante de localizar a Kahlan, a Richard la imaginación le hacía verla herida, sufriendo. Pensar en que Kahlan estaba en alguna parte, sola y en apuros, hacía que su corazón se le acelerara lleno de temor.

En contra de su voluntad, hizo su aparición el abrumador recuerdo de la vez que la habían apaleado hasta casi matarla. El había abandonado todo lo demás y se la había llevado lejos, de vuelta a las montañas, donde nadie pudiese encontrarles para que ella estuviera a salvo y tuviese tiempo para sanar. Aquel verano, después de que ella empezara a recuperar las fuerzas, y antes de que Nicci apareciera para capturarlo y llevárselo lejos, había sido uno de los mejores veranos de su vida. Cómo podía Cara olvidar aquella época tan especial le resultaba incomprensible.

Llevado por la fuerza de la costumbre, alzó la espada para asegurarse de que salía sin problemas de la vaina antes de abrir de par en par la sencilla puerta de tablas.

Un aire húmedo y la luz plomiza de la mañana le saludaron. El agua acumulada en el tejado goteaba desde los aleros al suelo y le salpicaba las botas. Una llovizna helada le aguijoneó el rostro. Al menos ya no era una lluvia torrencial. Las nubes eran bajas y espesas, y ocultaban las copas de los robles, que formaban una pared que separaba el extremo más alejado de la pequeña zona de pastos, donde jirones de neblina evolucionaban igual que fantasmas por encima de la hierba reluciente. Enormes troncos retorcidos proyectaban oscuras sombras.

A Richard le enfurecía y contrariaba que tuviese que llover en aquellos momentos, precisamente. De no haber llovido, sus posibilidades habrían sido mejores. Con todo, no sería imposible, siempre había huellas y señales.

La lluvia dificultaría su interpretación, pero ni siquiera toda aquella lluvia borraría las huellas. Richard había crecido rastreando animales y personas por los bosques, y podía seguir rastros bajo la lluvia. Era más difícil, precisaba de más tiempo y requería una intensa concentración, pero podía hacerlo.

Y entonces se le ocurrió.

Cuando encontraran las huellas de Kahlan, tendría la prueba de que era real. Nicci y Cara no podrían hacer otra cosa que creerle.

Cada persona dejaba huellas que eran únicas; y él conocía las de Kahlan. También sabía la ruta por la que habían venido. Junto con las huellas de Cara y las suyas, estarían también las de Kahlan para que todos las vieran. Un sentimiento de esperanza, por no decir de alivio, lo recorrió. En cuanto encontrara un par de huellas legibles y se las mostraba a Nicci y a Cara, ya no habría más discusiones, y ellas comprenderían que no era un sueño y que realmente había algo que iba terriblemente mal.

Entonces podría empezar a seguir las huellas de Kahlan y encontrarla. La lluvia haría más lenta la tarea pero no lo detendría, y quizá la habilidad de Nicci ayudara a acelerar la búsqueda.

Hombres que daban vueltas por el exterior le vieron salir de la casucha y se precipitaron hacia él desde todas partes. Aquellos hombres no eran soldados, en el sentido estricto de la palabra; eran conductores de carro, molineros, carpinteros, picapedreros, granjeros y comerciantes que lo habían pasado muy mal toda su vida bajo el gobierno represivo de la Orden, intentando a duras penas ganarse la vida y mantener a sus familias.

Para la mayoría de aquella gente trabajadora, la vida en el Viejo Mundo significaba vivir en constante temor, ya que cualquiera que osara hablar en voz alta en contra de la forma de actuar de la Orden era arrestado, acusado de sedición y ejecutado. Había una constante sucesión de acusaciones y arrestos, y aquella “justicia” rápida mantenía a la gente asustada y a raya.

El adoctrinamiento constante, en especial de las jóvenes, se encargaba de que existiera un segmento significativo de la población que creía fanáticamente en las pautas que marcaba la Orden. Desde que nacían, a los niños se les enseñaba que pensar por sí mismos estaba mal y que la fe ciega en el sacrificio desinteresado por el bien mayor era el único medio de obtener una vida después de la muerte bajo la gloria de la luz del Creador, y la única manera de evitar una eternidad en las oscuras profundidades del inframundo en las manos despiadadas del Custodio. Cualquier otro modo de pensar era malvado.

Los devotos se mostraban más que ansiosos por ocuparse de que las cosas siguieran como estaban. La promesa de riquezas que se compartirían con la gente corriente mantenía a los mojigatos partidarios de la Orden en perpetua espera de su cuota de la sangre de los demás, de su parte del botín de los perversos, que

eran – les enseñaban – sus egoístas opresores y, por lo tanto, pecadores que merecían su suerte.

De las filas de los probos surgía un torrente de jóvenes que se alistaban voluntariamente en el ejército, ansiosos por formar parte de la noble lucha para aplastar a los no creyentes, castigar a los perversos, confiscar ganancias mal habidas. La aprobación del saque, el poder dar rienda suelta a la brutalidad y la violación generalizada producía una clase de fanatismo particularmente despiadado y virulento: un ejército de salvajes.

Tal era la naturaleza de los soldados de la Orden Imperial que habían penetrado a raudales en el Nuevo Mundo y en aquellos momentos arrasaban casi sin oposición la tierra natal de Richard y Kahlan.

El mundo se hallaba al borde de una era muy oscura.

Precisamente para luchar contra esta amenaza Ann creía que Richard había nacido; tanto ella como muchos otros creían que estaba predestinado que si la gente libre iba a tener una posibilidad de sobrevivir a aquella gran batalla, a tener una posibilidad de triunfar, ésta se daría solo en el caso de que Richard la liderara.

Estos hombres que tenía ante él, veían a través de las ideas vacías y promesas corruptas de la Orden, veían a ésta tal y como era; una tiranía. Y habían decidido recuperar sus vidas. Eso los convertiría en guerreros de la libertad.

Una salva de aclamaciones y gritos de gozo quebró la quietud de las primeras horas del día. A medida que se reunían a su alrededor, los hombres se pusieron a hablar todos a la vez, preguntando si se encontraba bien y cómo se sentía. Richard se obligó a sonreír y estrechar los brazos de hombres que conocía de la ciudad de Altur'Rang. Era la clase de reunión que ellos habían estado esperando.

Además de haber trabajado junto a muchos de aquellos hombres y haber llegado a relacionarse con otros, Richard sabía que también era un símbolo de libertad para ellos; el lord Rahl del Nuevo Mundo, el lord Rahl de una tierra donde los hombres eran libres. Les había mostrado que tales cosas eran posibles para ellos, también, y les había dado una visión de cómo podrían ser sus vidas.

Mentalmente, Richard se veía como el mismo guía del bosque que había sido siempre; incluso aunque le hubiesen nombrado el Buscador y ahora liderara el Imperio d'haraniano. Si bien había pasado por momentos muy duros desde que abandonara su hogar, en realidad seguía siendo la misma persona con las mismas creencias. Donde en el pasado se había enfrentado a matones, ahora tenía que enfrentarse a ejércitos; y si bien la escala era distinta, los principios eran los mismos.

Pero justo en aquellos momentos, lo vital era encontrar a Kahlan. Sin ella, el resto del mundo – la vida misma – no le parecían muy importantes.

A no mucha distancia, recostado en un poste, había un hombre musculoso, que lucía no una sonrisa sino una furibunda mirada que había dejado arrugas permanentes en su frente. El hombre cruzó sus poderosos brazos sobre el pecho mientras observaba cómo el resto de los hombres saludaba a Richard.

Richard se abrió paso a toda prisa entre la multitud, estrechando manos a su paso, dirigiéndose hacia el herrero de expresión enfurruñada.

-¡Víctor!

La expresión enfurruñada dio paso a una sonrisa impotente, y el hombre estrechó en sus brazos a Richard.

-Nicci y Cara sólo me permitieron entrar a verte dos veces. Si no me hubiesen dejado que te viera esta mañana, iba a ponerles collares de hierro...

-¿Fuiste tu... la primera mañana? ¿Pasaste por mi lado al salir y me tocaste el hombro?

Víctor sonrió de oreja a oreja a la vez que asentía.

-Fui yo. Ayudé a transportarte hasta aquí – Posó una fuerte mano sobre el hombro de Richard y le dio una sacudida – Parece que estás muy restablecido aunque un poquito pálido. Tengo lardo... te proporcionaré energía.

-Estoy perfectamente. Quizá más tarde. Gracias por ayudar a traerme aquí. Oye, Víctor, ¿has visto a Kahlan?

Al frente de Víctor volvió a fruncirse, llena de profundas arrugas.

-¿Kahlan?

-Mi esposa.

Víctor lo miró fijamente sin reaccionar. Llevaba el pelo tan corto que casi parecía calvo y la lluvia adornaba con gotas su cuero cabelludo. Enarcó una ceja.

-Richard ¿has tomado una esposa desde que te fuiste?

Richard dirigió una ansiosa mirada a los otros hombres que lo observaban.

-¿Alguno de vosotros ha visto a Kahlan?

La mayoría le mostró rostros carentes de expresión. Otros compartieron una mirada de perplejidad entre ellos. La plomiza mañana se había quedado silenciosa. No sabían de qué les hablaba, y eso que muchos de aquellos hombres conocían a Kahlan y deberían haberla recordado; peor en aquellos momentos negaban con la cabeza y se encogían de hombros.

A Richard el ánimo se le vino abajo, el problema era pero de lo que pensaba. Había pensado que eso era sólo algo que le había sucedido a la memoria de Nicci y Cara.

Volvió a girar la cabeza hacia en entrecejo fruncido del maestro herrero.

-Víctor, tengo problemas y no tengo tiempo de dar explicaciones. Ni siquiera sé cómo lo explicaría. Necesito ayuda.

-¿Qué puedo hacer?

-Llévame al lugar donde libramos la pelea.

-Eso es muy fácil – respondió él, asintiendo.

El hombre se dio la vuelta y empezó a andar en dirección a los oscuros bosques.

4

Con dos dedos, Nicci empujó una rama mojada de balsamina para poder pasar mientras seguía a varios de los hombres a través del espeso bosque. Al llegar al borde de una cresta densamente arbolada iniciaron el descenso por un sendero que zigzagueaba para poder salvar la pronunciada pendiente. Rocas resbaladizas volvían traicionera el camino, pero era una ruta más corta que la que habían usado para transportar a Richard hasta la desierta alquería después de que lo hirieran. Una vez en el fondo, avanzaron cuidadosamente sobre rocas agrietadas y peñascos bordeando la periferia de una zona cenagosa custodiada por un imponente grupo de plateados esqueletos de cedros que velaban en el agua estancada.

Arroyuelos que discurrían por orillas cubiertas de musgo abrían surcos en la marga del bosque y sacaban a la luz el granito moteado que había debajo. Varios días de lluvia continuada habían dejado charcas permanentes en varias zonas bajas. En su mayor parte, la lluvia inundaba el bosque con la agradable fragancia de la tierra mojada, pero en zonas bajas la vegetación húmeda y en descomposición olía a podrido.

A pesar de que la ardua caminata la mantenía caliente, el aire húmedo y fresco seguía dejando ateridos los dedos y las orejas de Nicci, aunque ésta sabía que, tan al sur en el Viejo Mundo, el calor y la humedad no tardarían en regresar con tales ganas que la harían añorar aquel inusual frío.

Al haber crecido en una ciudad, Nicci había pasado muy poco tiempo al aire libre y, en el Palacio de los Profetas, donde había vivido la mayor parte de su vida, el aire libre significaba unos cuidados jardines y unas extensiones de césped que cubrían toda la isla Halsband. El campo siempre le había parecido vagamente hostil, un obstáculo entre una ciudad y la siguiente, algo que evitar. Ciudades y edificios eran un refugio de los peligros inescrutables de las tierras salvajes.

Más que eso, no obstante, las ciudades habían sido los lugares donde trabajó duramente por la mejora de la humanidad; un trabajo que no tenía fin. En bosques y campos no había desarrollado su tarea.

Nicci jamás había apreciado la belleza de las colinas, los árboles, los arroyos, los lagos y las montañas hasta que conoció a Richard; incluso las ciudades parecían nuevas a sus ojos tras conocer a Richard. Este hacía que todo lo relacionado con la vida fuese algo asombroso.

Ascendiendo con cautela por la resbaladiza roca de una elevación, descubrió por el fin al resto de los hombres aguardando tranquilamente bajo las ramas de un viejo arce.

Algo más lejos, Richard estaba acucillado, estudiando un trozo de terreno. Finalmente se alzó para clavar la mirada a lo lejos, en la oscura extensión de bosque que había más allá. Cara, su omnipresente sombra, aguardaba cerca de él, con el cuero rojo de su vestido de mord-sith destacando como un coágulo de sangre sobre un mantel blanco, bajo la espesa bóveda de relajante color verde.

Nicci comprendía la feroz y apasionada protección de Richard, que Cara llevaba a cabo. También la mord-sith había sido la enemiga de Richard, y éste no se había ganado la fidelidad ciega de la mujer por el simple hecho de convertirse en el lord Rahl, sino que, lo que era mas importante se había ganado su respeto, su confianza y su lealtad. El traje de cuero rojo de la mord-sith era amedrentador de un modo deliberado,

una promesa de violencia en el caso de que alguien pensara siquiera en hacerle daño al lord Rahl. Y no era una promesa vana. A las mord-sith se las entrenaba desde muy jóvenes para ser absolutamente despiadadas. Si bien su propósito principal había sido capturar a los que poseía el don y usar su poder contra ellos mismos, eran perfectamente capaces de usar su habilidad contra cualquier oposición. Hombres que conocían y confiaban en Cara, sin advertir que lo hacían, se mantenían a mayor distancia de ella cuando vestía de cuero rojo.

Nicci sabía lo que fue para Cara que la trajera de vuelta de la aturdida locura del deber ciego, el volver a valorar la vida.

A lo lejos, a través de la penumbra y las hojas que goteaban, el ronco graznido de unos cuervos resonó por el bosque, y Nicci captó el hedor de la carroña en descomposición. Paseando la mirada en busca de puntos de referencia tal y como Richard le había enseñado, distinguió, en la base de un afloramiento de roas, un pino que recordaba porque tenía un tronco secundario que se curvaba hacia fuera, cerca del suelo, casi como un asiento.

Reconoció el lugar, al otro lado de la cortina de enredaderas y maleza se hallaba el escenario de la batalla.

Antes de que Nicci pudiese alcanzarle, Richard se agachó para pasar bajo unas ramas bajas y marchó hacia el sotobosque; luego, poniéndose en pie del otro lado, agitó los brazos sobre la cabeza y chilló como un lunático. Las profundas sombras entre imponentes piceas estallaron en un batir de alas cuando, de repente, cientos de las enormes aves negras se alzaron por los aires, chirriando indignadas ante la interrupción de su festín. En un principio pareció como si los pájaros pudiesen disputarle el campo de batalla, pero cuando sonó en el aire el sonido inconfundible de la espada de Richard al ser desenvainada, éstos huyeron a la oscuridad, de vuelta entre los árboles, casi como si supiesen qué era un arma y temieran de aquella en especial. Los graznidos graves y enfurecidos se perdieron en la bruma. Richard, el espantapájaros triunfante, las siguió con mirada ceñuda durante un rato antes de volver a deslizar la espada en la vaina.

Finalmente se volvió hacia los hombres.

-Todos vosotros, por favor, manteneos fuera de esta zona por ahora – La voz resonó entre los altos pinos – Limitaos a esperar ahí atrás.

Puesto que se consideraba soberana en lo relativo a la seguridad de Richard, Cara no hizo el menor caso a su petición, y en su lugar, lo siguió mientras él se abría paso al interior del pequeño claro situado al otro lado, manteniéndose cerca. Nicci zigzagueó entre los árboles jóvenes y los helechos mojados, pasando ante hombres silenciosos, hasta llegar a una pequeña área poco tupida de abedules blancos que coronaban un talud. Ciento de ojos negros la observaron mientras se abría paso entre ellos hasta detenerse por fin en la cima del terraplén. Cuando apoyó la mano en la medio desprendida corteza, fina como el papel, reparó en la saeta de una ballesta clavada en el árbol. También sobresalían flechas de otros árboles.

Más allá, había soldados caídos de cualquier modo por todas partes, El hedor la hizo tambalearse. Habían expulsado a los cuervos, pero las moscas, que no temían a ninguna espada, seguían allí para darse un festín y procrear. La primera nidada de larvas de moscarda trabajaba ya concienzudamente.

Un buen número de hombres estaban decapitados o carecían de alguna extremidad. Alguno yacía sumergido en parte en charcas de aguas estancadas. Los cuervos, junto con otros animales, habían estado ocupados con muchos de ellos, aprovechando la oportunidad que proporcionaban las heridas abiertas. Las gruesas corazas de cuero, las pesadas pieles, los cinturones tachonados, las cotas de malla y la siniestra variedad de armas ya no les servían de nada, y aquí, y allá las prendas que envolvían los cuerpos hinchados se esforzaban por seguir abotonadas, como si intentasen mantener la dignidad allí donde no podía existir ninguna.

Todo – desde la carne y los huesos de los hombres hasta sus fanáticas creencias – yacería aquí y se pudriría en esa zona olvidada del bosque.

Aguardando entre los árboles, Nicci observó como Richard inspeccionaba brevemente los cadáveres. Aquella primera mañana él ya había matado a muchos de los soldados antes de que Víctor y sus hombres llegaran en su ayuda. La mujer no sabía cuánto tiempo había estado combatiendo Richard con la flecha en el pecho, pero no era la clase de herida que alguien pudiese soportar durante mucho tiempo.

Acurrucada detrás, bajo el abrigo parcial del enorme arce, las casi dos docenas de hombres se arrebujaron bien en las capas para protegerse del fresco y se acomodaron para aguardar. Por todas partes en el callado bosque, ramas de pinos colgaban gruesas y mojadas, goteando en silencio sobre el suelo

empapado. Aquí y allá, las ramas inclinadas de arces, robles y olmos se alzaban cada vez que un soplo de brisa las liberaba de la pesada carga de agua, dando la impresión de que los árboles saludaban. El aire húmedo empapaba lo que la llovizna no alcanzaba, haciendo que todo el mundo se sintiera deprimido.

Más allá del agua estancada, Richard volvió a acuclillarse, estudiando el terreno. A Nicci no se le ocurría qué buscaba.

Ninguno de los hombres que aguardaban bajo el árbol parecía interesado en visitar el emplazamiento de la enconada batalla o en ver a los muertos; se contentaban con aguardar allí, atrás, donde estaban. Matar era antinatural y difícil para aquellos hombres, que peleaban por lo que era justo y hacían lo que tenían que hacer, pero no disfrutaban con ello. Lo cual hablaba de sus valores. Habían enterrado a tres de los suyos, pero no habían hecho lo propio con los cuerpos de casi un centenar de soldados que los habrían matado con entusiasmo de no haber intervenido Richard.

Nicci recordó su sorpresa, la mañana de la batalla, al tropezar con Richard en medio de todos los cadáveres y ser incapaz de comprender en un principio que había acabado con tanto de ellos. Entonces había visto a Richard deslizándose entre aquellas bestias, con la espada moviéndose con la grácil elegancia de una danza. Había sido un espectáculo fascinante. Con cada estocada o mandoble, un hombre moría. Formaban un espeso enjambre de hombres; muchos se quedaban desconcertados al ver desplomarse a tantos de sus compañeros. La mayoría habían sido jóvenes fornidos que siempre vencían debido a sus músculos; la clase de personas que disfrutaban intimidando a la gente. Los soldados se movían con movimientos bruscos e incontrolados, golpeando y dando bandazos en dirección a Richard, pero siempre parecían descargar el golpe justo después de que él ya no estuviese allí. La fluidez de los movimientos del joven no tenía nada que ver con el ataque atolondrado que buscaban, y empezaban a temer que los espíritus mismos los hostigaban. En cierto modo, a lo mejor así era.

Aun así, su número era excesivo para un hombre solo, aunque ese hombre solo fuese Richard y empuñase la *Espada de la Verdad*. Todo lo que hacía falta era que uno sólo de aquellos hombres ignorantes, torpes y musculosos tuviese la suerte de alcanzarlo con un mandoble de sus hachas; o que una flecha encontrase su objetivo. Richard no era ni invencible ni inmortal.

Víctor y el resto de sus hombres habían llegado justo a tiempo... unos momentos antes de que también Nicci llegase a escena. Los hombres de Víctor se habían lanzado, a la refriega, apartando la atención de Richard, y una vez que Nicci llegó, la hechicera puso fin al combate con un cegador fogonazo de su poder.

Temiendo que quedarán expuestos, no sólo a la inminente tormenta sino, lo que era mucho más preocupante, a un número potencialmente incalculable de enemigos que podían aparecer en cualquier momento, Nicci había dado instrucciones a los hombres de que transportaran a Richard por el bosque a la aislada alquería. Lo más que había podido hacer por él durante aquella carrera terrible había sido introducir un hilillo de su han dentro del herido, esperando que ayudara a mantenerlo con vida hasta que pudiese hacer más. Nicci volvió a tragarse la angustia de aquel espantoso recuerdo.

Desde lejos, observó cómo Richard proseguía con la meticulosa inspección de la escena de la batalla, sin prestar intención a los soldados caídos, y prestando especial atención a la zona circundante. No se le ocurría que esperaba descubrir. Mientras buscaba, Richard había empezado a moverse de atrás a adelante, dirigiéndose constantemente hacia el exterior desde el pequeño claro, a la vez que daba vueltas a la escena en arcos cada vez más amplios. En ocasiones avanzaba lentamente por el suelo a gatas.

Entrada la mañana, Richard había desaparecido en el interior del bosque.

Finalmente, Víctor se cansó de la silenciosa espera y atravesó un macizo de helechos que cabeceaban bajo la suave lluvia, en dirección al lugar donde Nicci aguardaba.

-¿Qué pasa? – le pregunto en voz baja.

-Busca algo.

-Eso ya lo veo. Quiero decir ¿qué es eso sobre una esposa?

Nicci profirió un cansado suspiro.

-No lo sé.

-Pero tienes una idea.

Nicci distinguió por un momento a Richard, moviéndose entre los árboles a cierta distancia.

-Lo hirieron de gravedad. La gente es ese estado a veces delira.

-Pero está curado ahora. No parece ni actúa como si tuviese fiebre. Parece totalmente normal en todo lo demás, no como una persona que padeciera de visiones y cosas así. Jamás he visto a Richard de este modo.

-Ni tampoco yo – admitió ella, sabiendo que Víctor jamás le expresaría tales preocupaciones por Richard a menos que estuviera profundamente alarmado – Yo sugeriría que intentásemos mostrarnos lo más comprensivos posibles con lo que ha pasado y que veamos si no tarda en poner en orden sus pensamientos. Estuvo inconsciente durante días. Sólo lleva despierto unas horas. Démosle algo de tiempo para que aclare sus ideas.

Víctor meditó sus palabras antes de suspirar finalmente y dedicarle un cabeceo de conformidad, y ella se sintió aliviada al ver que no le preguntaba qué harían si Richard no superaba pronto su desvarío.

Entonces vio que Richard regresaba a través de las sombras y la llovizna, y Víctor y ella cruzaron el campo de batalla para ir a su encuentro. En apariencia, el semblante de Richard no parecía mostrar más que una pétrea intensidad, pero Nicci pudo ver en su semblante que algo iba terriblemente mal.

Richard se sacudió hojas, musgo y ramitas de las rodillas de los pantalones cuando llegó junto a ellos.

-Víctor, esos soldados no venían a recuperar Altur'Rang.

-¿No? – Víctor enarcó las cejas.

-No. Necesitarían miles de hombres para tal tarea. Puede que decenas de miles. Esta cantidad de soldados no iba a conseguir nada parecido. Y además, si tal era su intención, entonces ¿por que tendrían que arrastrarse penosamente por el monte a tanta distancia de Altur'Rang?

Víctor mostró un semblante avinagrado en reconocimiento de que tenía que ser así, que Richard tenía razón.

-¿Entonces que crees que hacían?

-No había amanecido aún cuando andaban por aquí avanzando por el bosque. Eso sugiere que podrían haber estado de reconocimiento. – Richard indicó con un ademán a lo lejos, a través del bosque – Hay una calzada en esa dirección. La habíamos estado usando para viajar desde el sur. Había pensado que estaríamos acampados, lo bastante lejos de ella durante la noche como para no tener problemas. Evidentemente, me equivocaba.

-Lo último que oímos fue que estabais en el sur – dijo Víctor – La calzada facilita un viaje más rápido, de modo que usábamos los senderos para atajar campo a través y así llegar a la calzada y dirigirnos al sur.

-Es una calzada importante – añadió Nicci – Es una de las arterias principales... una de las primeras... que construyó Jagang. Le permitió desplazar soldados con rapidez. Las calzadas que construyó le sirvieron para sojuzgar todo el Viejo Mundo bajo el gobierno de la Orden Imperial.

Richard fijó la mirada a lo lejos, en dirección a la calzada, casi como si pudiese ver a través de la pared de árboles y enredaderas.

-Una calzada tan bien construida también le permite trasladar suministros. Creo que eso era lo que sucedía en este caso. Estando tan cerca de Altur'Rang, y siendo muy conscientes de la sublevación que había tenido lugar allí, probablemente les preocupaba la posibilidad de un ataque mientras pasaban por esta zona. Puesto que estos soldados no se estaban concentrando para un ataque sobre Altur'Rang, yo supondría que tenían entre manos algo más importante; velar por unos suministros que viajaban al norte para el ejército de Jagang. Este necesita aplastar lo que queda de la resistencia en el Nuevo Mundo antes de que la revolución que tiene en casa le queme la cola.

La mirada de Richard regresó a Víctor.

-Creo que estos soldados estaban de reconocimiento, despejando el campo por delante de un convoy de suministros. Lo más probable era que exploraran el terreno antes del amanecer con la esperanza de atrapar durmiendo a posibles insurgentes.

-Como era nuestro caso – Víctor cruzó los musculosos brazos – Jamás esperamos que hubiese soldados en estos bosques. Dormíamos como bebés. Si no hubieses estado aquí y los hubieses interceptado, no habrían tardado en caer inopinadamente sobre nosotros mientras dormíamos. Entonces probablemente habríamos sido nosotros los que estaríamos alimentando a las moscas y los cuervos, en lugar de ellos.

Todo el mundo quedó en silencio mientras consideraban lo que podría haber ocurrido.

-¿Habéis oído algo sobre unos suministros de camino al norte? – pregunto Richard.

-Claro – respondió Víctor – Se habla mucho sobre grandes cantidades de mercancías yendo al norte. Algunos convoyes van acompañados por tropas nuevas que envían a la guerra. Lo que dices sobre que estos hombres exploraban para una caravana de esa clase tiene sentido.

Richard se pasó en cuclillas y señaló.

-¿Ves estas huellas? Estas son un poco más recientes que la batalla. Era un gran contingente. Con toda probabilidad más soldados que venían en busca de estos hombres muertos. No fueron más allá de aquí. Estos

rebordes en las marcas muestran donde dieron la vuelta, aquí. Da la impresión de que entraron, vieron a los soldados muertos y marcharon. Se puede ver por sus huellas que tenían prisa al marchar.

Richard se levantó y posó la mano izquierda sobre el pomo de su espada.

-Si no me hubieses sacado de aquí justo después de la batalla, estos soldados nos habrían caído encima. Por suerte, regresaron en lugar de registrar el bosque.

-¿Por qué supones que harían eso? – Preguntó Víctor - ¿Por qué vieron a estos hombres que acababan de morir y luego se fueron?

-Probablemente temieron que hubiese un gran número de enemigos al acecho, así que regresaron a toda prisa para dar la alarma y asegurarse de que la columna de suministros estaba bien protegida. Puesto que ni siquiera se molestaron en enterrar a sus compañeros, yo diría que su preocupación más acuciante era sacar el convoy de la zona.

Víctor miro con severidad las huellas y luego hizo lo mismo atrás, en dirección a los soldados muertos.

-Bueno – dijo mientras se pasaba la mano por la cabeza, quitándose gotas de lluvia – al menos podemos aprovechar la situación. Mientras Jagang está distraído con la guerra eso nos da tiempo aquí para desestabilizar el respaldo al gobierno de la Orden.

Richard negó con la cabeza.

-Jagang puede que esté absorto en la guerra, pero eso no le impedirá actuar para restablecer de nuevo su autoridad aquí. Si hay algo que hemos aprendido sobre el Caminante de los Sueños, es que es metódico respecto a la aniquilación de toda oposición.

-Richard tiene razón – dijo Nicci – Es un error peligroso desestimar a Jagang tildándolo de simple bruto. Si bien es brutal sin lugar a dudas, también es sumamente inteligente y un estratega brillante. Ha obtenido mucha experiencia a lo largo de los años, y es casi imposible incitarlo a actuar impulsivamente. Puede ser audaz... cuando tiene buenos motivos para creer que la audacia le hará triunfar... pero es más dado a las campañas calculadas. Actúa por convicción, no por un orgullo herido. No le importa dejarte pensar que has vencido... dejarte pensar lo que quieras, bien mirado... mientras él planea metódicamente el modo en que te destripará. Su paciencia es su cualidad más letal.

“Cuando ataca, le son indiferentes las bajas que reciba su ejército, mientras sepa que le quedarán hombres más que suficientes para vencer. Pero a lo largo del curso de su carrera, al menos hasta su campaña para apoderarse del Nuevo Mundo, ha tendido a sufrir muchas menos bajas que sus enemigos. Eso se debe a que no es nada partidario de los ingenuos conceptos de la batalla clásica, de las tropas enfrentándose en un campo del honor. Su sistema suele ser atacar con cantidades tan ingentes que pueda triturar hasta convertir en polvo los huesos de sus oponentes.

“Lo que su horda hace a los vencidos es legendario. Para los que se encuentran en su camino, el terror de la espera es insoportable. Ninguna persona en su sano juicio querría ser capturada por los hombres de Jagang.

“Por ese motivo, muchos le dan la bienvenida con los brazos abiertos, con bendiciones por su liberación, con súplicas para que se les permita convertirse y unirse a la Orden.

El único sonido bajo el envoltorio abrigo de los árboles era el suave tamborileo de la lluvia. Víctor no dudaba de que lo que ella decía. Nicci había sido testigo de tales acontecimientos

En ocasiones, el saber que ella había sido una parte de aquella causa pervertida, que había sido cómplice de creencias irracionales que reducían a los hombres a no ser más que salvajes, hacia que Nicci ansiase la muerte. Ciertamente, no merecía otra cosa. Pero en la actualidad, se hallaba en la posición excepcional de disponer de la oportunidad de ayudar a derrocar a la Orden. Arreglar las cosas se había convertido en la causa que la movía, la que la sustentaba, la que le proporcionaba una motivación.

-Es sólo cuestión de tiempo que Jagang actúe para recuperar Altur'Rang – dijo Richard.

Víctor asintió.

-Si, si Jagang pensar que la revolución estaba confinada a Altur'Rang entonces, lógicamente, pondría todo su esfuerzo en recuperar la ciudad y en ser tan despiadado como dice Nicci, pero nos estamos asegurando de que eso no suceda – Mostró a Richard una sonrisa lúgubre – Estamos encendiendo fuegos en ciudades y pueblos dondequiera que podemos, dondequiera que la gente esté dispuesta a desprenderse de sus cadenas. Estamos dándole a los fuelles y esparciendo las llamas de la rebelión y la libertad por todas partes, de modo que Jagang no pueda confinarla y aplastarla.

-No te engañes – dijo Richard – Altur'Rang en la ciudad donde nació. Es donde empezó la revuelta contra la Orden. Un levantamiento popular en la misma ciudad donde Jagang se construía su espléndido

palacio socava todo lo que enseña la Orden Imperial. Tenía que ser la ciudad, el palacio, desde donde Jagang y los sumos sacerdotes de la Fraternidad de la Orden gobernarían para siempre a la humanidad en el nombre del Creador. El pueblo destruyó ese palacio y en su lugar abrazó la libertad.

“Jagang no permitirá que perdurará tal subversión. Debe aplastar la rebelión allí si la Orden ha de sobrevivir para gobernar el Viejo Mundo... y el Nuevo. Será una cuestión de principios para él, ya que considera que la oposición a las prácticas de la Fraternidad de la Orden es una blasfemia contra el Creador. No vacilará en lanzar a sus soldados más brutales y experimentados a la tarea. Querrá infligir un sanguinario castigo ejemplar. Yo esperaré tal ataque más bien pronto que tarde.

Víctor parecía inquieto pero no totalmente sorprendido.

-Y no olvides – añadió Nicci – que los Hermanos de la Fraternidad de la Orden que escaparon estarán entre aquellos, trabajando para restablecer la autoridad de la Orden. Esos hombres poseedores del don no son un adversario corriente. Apenas hemos empezado a erradicarlos.

-Todo muy cierto, pero uno no puede modelar el hierro a voluntad hasta tenerlo bien caliente y en condiciones – Víctor alzó un puño desafiante ante ellos- Al menos hemos empezado a hacer lo que debe hacerse.

Nicci concedió eso con un asentimiento y una leve sonrisa para suavizar el negro cuadro que había ayudado a pintar. Sabía que Víctor tenía razón, que la tarea tenía que empezar en alguna parte y en algún momento, y que él ya había ayudado a hacer repicar el martillo de la libertad para una gente que casi había perdido las esperanzas. Ella simplemente no quería que él perdiese de vista la realidad de las dificultades que tenían por delante.

Nicci debería de haberse sentido aliviada al oír a Richard ocupándose de un modo lógico de las importantes tareas que tenían entre manos, pero no se dejó engañar. Cuando Richard se concentraba en algo vital para él, era capaz de tratar cuestiones periféricas cuando era necesario; pero sería un grave error pensar que ello reducía lo más mínimo su atención en sus más amplios objetivos. De hecho, había transmitido sus advertencias a Víctor en un veloz resumen; como una simple cuestión que había que quitar de en medio. Y ella podía ver en sus ojos que le preocupaban cuestiones mucho más importantes.

Richard posó finalmente los cautivadores ojos grises en Nicci.

-¿Tu no estabas con Víctor y sus hombres?

Con una chispa de lucidez, Nicci comprendió por qué la cuestión de los soldados y el convoy de suministros eran tan importantes para él. Era un mero elemento de una ecuación mayor. Intentaba desentrañar si ese convoy se incluía en la ilusión a la que aún se aferraba, y era ese cálculo el que trataba de resolver.

-No – contesto Nicci – No habíamos tenido noticias y no sabíamos que os había sucedido. En mi ausencia. Víctor marchó para iniciar vuestra búsqueda. No mucho después de eso, regresé a Altur'Rang. Averigüé adónde había ido Víctor y me puse en marcha para reunirme con él. Todavía me llevaban bastante delantera al final de mi segundo día de viaje, así que el tercero me puse en marcha antes del amanecer, esperando atraparlo. Llevaba viajando casi dos horas cuando llegue cerca de aquí y oí la batalla. Llegue a la lucha justo al final.

Richard, asintió pensativo.

-Desperté y Kahlan no estaba. Puesto que estábamos cerca de Altur'Rang, lo primero que pensé fue, que si podía encontrarte, quizá podrías ayudarme a encontrar a Kahlan. Fue entonces cuando oí a los soldados viniendo por el bosque.

Indicó una elevación con la mano.

-Les oí venir a través de esos árboles de ahí. Tenía la oscuridad de mi lado y no me habían visto aún, así que pude sorprenderles.

-¿Por qué no te ocultaste? – preguntó Víctor.

-Unos descendían desde allí y otros venían de aquella dirección. No sabía cuántos eran, pero el modo en que estaban desplegados me sugirió que registraban el bosque. Eso hacía que ocultarse fuese arriesgado. Mientras existiera alguna posibilidad de que Kahlan pudiese estar cerca, y tal vez herida, no podía huir. Si me ocultaba y aguardaba hasta que los soldados tuviesen una posibilidad de encontrarme, perdería el elemento sorpresa. Peor aún, se acercaba el amanecer. La oscuridad y la sorpresa me favorecían. Con Kahlan desaparecida no tenía un momento que perder. Si ellos la tenían, debía detenerles.

Nadie hizo comentarios.

Richard se volvió a Cara.

-¿Y tu donde estabas?

Cara pestañeo, sorprendida, y tuvo que pensar unos instantes antes de poder contestar.

-No... no estoy segura exactamente.

Richard frunció el entrecejo.

-¿No estas segura? ¿Qué recuerdas?

-Estaba de guardia. Comprobaba el terreno a cierta distancia de nuestro campamento. Imagino que algo debió de despertar mi inquietud por lo tanto me estaba asegurando de que la zona estaba despejada. Capté un olorcillo a humo y empezaba a investigar cuando oí gritos de lucha.

-¿Así que regresaste a toda prisa?

Cara tiró distraídamente de su trenza, colocándola por delante del hombro. Parecía tener dificultades para recordar con claridad.

-No... - torció el gesto mientras recordaba – No, sabía lo que sucedía... que os atacaban... porque oí el entrechocar de los aceros y a hombres que morían. Acababa de advertir que eran Víctor y sus hombres los que estaban acampados más allá, en aquella dirección, y que era el humo de su fogata lo que olía. Sabía que estaba mucho más cerca de ellos que de vos, así que pensé que lo más inteligente sería despertarles y conseguir ayuda.

-Eso tiene sentido – dijo Richard, y se secó cansinamente unas gotas de lluvia del rostro.

-Así es – repuso Víctor – Cara estaba allí cerca cuando yo, oí el entrechocar de espadas también. Lo recuerdo porque yacía despierto en medio del silencio.

Richard arrugó la frente y alzó la mirada.

-¿Estabas despierto?

-Sí. El aullido de un lobo me despertó.

5

De pronto Richard se inclinó hacia el herrero.

-¿Oíste aullar lobos?

-No- dijo él a la vez que arrugaba el entrecejo, recordando – había solo uno.

Los tres aguardaron en silencio mientras Richard fijaba la mirada a lo lejos, como si intentará encajar mentalmente las piezas de un enorme rompecabezas. Nicci echó un vistazo a los hombres situados cerca del arce. Algunos bostezaban mientras aguardaban; otros habían encontrado asiento sobre un tronco caído; unos pocos estaban sumidos en queda conversación, mientras que el resto, con los brazos cruzados, estaban recostados en troncos de árboles y observaban el bosque circundante.

-No sucedió esta mañana – musitó para sí Richard – Cuando despertaba esta mañana, cuando estaba medio dormido. En realidad recordaba lo que había sucedido la mañana que Kahlan desapareció.

-La mañana de la batalla – lo corrigió Nicci con suavidad.

Absorto en sus pensamientos, Richard no pareció oír su rectificación.

-Por algún motivo, debía estar recordando lo sucedido entonces, cuando desperté esa mañana – Giro de repente y le asió el brazo – Un gallo cacareó cuando me transportaban a la alquería.

Sorprendida por el brusco cambio de tema, y sin saber adónde quería ir a parar. Nicci se encogió de hombros.

-Supongo que podía haberlo hecho. No recuerdo ¿Por qué?

-No había viento. Recuerdo haber oído el cacareo del gallo y mirado arriba, y visto ramas de árbol inmóviles sobre mi cabeza. No soplaba nada de viento. Recuerdo lo absolutamente en calma que estaba todo.

-Tenéis razón, lord Rahl – dijo Cara – Recuerdo haber visto, cuando topé con el campamento de Víctor, que el humo de la fogata ascendía en vertical, porque había una calma total en el aire. Creo que por eso pudimos oír el entrechocar de las espadas y los gritos desde tanta distancia; porque no había ni siquiera un soplo de brisa que impidiera la transmisión del sonido.

-Si sirve de ayuda – indicó el herrero – había unas cuantas gallinas deambulando por ahí cuando te llevamos a la granja. Y tienes razón, había un gallo y sí que cacareó. A decir verdad, intentábamos no se descubiertos, de modo que Nicci tuviese tiempo para curarte, y temí que el gallo pudiese atraer una atención

no deseada, así que dije a los hombres que le cortaran el cuello.

Tras escuchar el relato de Víctor, Richard volvió a sumirse en sus reflexiones, golpeándose el labio inferior con un dedo mientras consideraba otra pieza más de sus rompecabezas. Nicci pensó que tal vez había olvidado que ellos estaban allí.

-¿Bien? – preguntó la mujer, inclinándose hacia él un poco más.

El paradero y finalmente la miró.

-Al despertar hoy, yo estaba recordando en realidad esa mañana, recordando por una razón. A veces uno hace eso... recuerda porque había alguna parte que no tiene sentido, recuerda por alguna razón...

-¿Qué razón? – quiso saber Nicci.

-El viento. No había viento esta mañana- Pero recuerdo que cuando desperté esta mañana, bajo la tenue luz de un falso amanecer, vi ramas de los árboles moviéndose, como impulsadas por una brisa.

Nicci tan sólo se sentía confusa por la preocupación de Richard por el viento, sino que le preocupaba el estado mental de éste.

-Richard, estabas dormido y empezabas a despertar. Era oscuro. Probablemente te limitaste a pensar que veías moverse las ramas.

-Tal vez, fue todo lo que dijo.

-A lo mejor fueron los soldados acercándose – tercio Cara.

-No – dijo él, descartando la sugerencia con un irritado ademán – eso fue un poco mas tarde, después de que hubiese descubierto la desaparición de Kahlan.

Al ver que ni Víctor ni Cara iban a discutirle aquel punto. Nicci, decidió callarse. Richard pareció apartar el rompecabezas de su mente y los miró a los tres con expresión absolutamente seria.

-Oíd, tengo que mostraros algo. Pero es necesario que comprendáis, pese a lo poco que podáis vislumbrar, que sé de lo que hablo. No espero que aceptéis mi palabra, pero es necesario que comprendáis que tengo toda una vida de experiencia en esto y que usaba habitualmente tales aptitudes. Confió en cada uno de vosotros en aquello en lo sois expertos. Bien, yo soy experto en esto. No cerréis la mente a lo que tengo que mostraros.

Nicci, Cara y Víctor compartieron una mirada.

Dedicando un asentimiento de cabeza a Richard, Víctor dejó de lado sus reservas y se volvió hacia los hombres.

-Vosotros, chicos, mantened los ojos bien abiertos – Trazó un círculo en el aire con el dedo – Podría haber soldado por ahí, así que mantengámonos en silencio y estemos alerta. Ferrán vuelve a comprobar la zona.

Los hombres asintieron. Algunos se pusieron en pie, aparentemente complacidos de tener algo que hacer que no fuese permanecer entre los árboles para montar guardia.

Ferrán entregó su saco de dormir y su mochila a otro para que lo guardara antes de colocar una flecha en su arco y desaparecer en silencio en la maleza. El joven estaba aprendiendo el oficio de herrero de Víctor, pero, criado en una granja, poseía también un talento natural para explorar en el bosque sin ser visto. Idolatraba a Víctor, y Nicci sabía que este también sentía un gran afecto por el muchacho, pero debido al cario que le tenía probablemente era mas duro con él que con cualquiera de los demás. Víctor le había contado en una ocasión, refiriéndose a lo mucho que le exigía a su aprendiz, que había que sacar a martillazos las imperfecciones del hierro y trabajarlo con perseverancia si se le quería dar una forma que realmente mereciera la pena.

Desde la batalla, Víctor había mantenido a centinelas en una vigilancia constante mientras Ferrán y varios de los otros exploraban el bosque circundante. Ninguno de ellos había querido arriesgarse a que los enemigos cayeran inesperadamente sobre ellos mismos. Nicci intentaba salvar la vida de Richard. Una vez que hubo hecho todo lo que estaba en su mano por Richard, Nicci había curado un feo tajo en la pierna de un hombre y se había ocupado de unas cuantas otras heridas menos graves que había recibido otro compañero de Víctor.

Desde la mañana de la batalla en que Richard había resultado herido, no había dormido demasiado y estaba agotada.

Tras contemplar como los hombres marchaban a llevar a cabo las tareas que les habían asignado, Víctor dio una palmada a Richard en el hombro.

-Muéstranoslo entonces.

Richard condujo a Cara, Víctor y Nicci más allá del claro y luego les hizo caminar por el bosque.

Tomó una ruta entre árboles donde el terreno estaba más despejado, y al llegar a lo alto de una suave elevación, se detuvo y se agachó.

La imagen de Richard con una rodilla doblada en tierra, la capa echada sobre la espalda, la espada enfundada en una vaina reluciente y sujeta a la cadera, la capucha echada hacia atrás para dejar al descubierto gudejas de cabello mojado aplastadas contra el fornido cuello, el arco y la aljaba sujetos sobre el hombro izquierdo, resultaba regia – un rey guerrero – y al mismo tiempo recordaba exactamente al guía de tierras inexploradas de un país lejano que había sido en el pasado. Con íntima familiaridad, sus dedos acariciaron las agujas de pino, ramitas, hojas desmenuzadas, corteza y marga. Nicci pudo percibir, simplemente por el modo en que lo tocaba todo, la abundante información que obtenía de las cosas aparentemente simples esparcidas ante ellos, pero que a él le mostraban otro mundo.

Richard recordó, entonces, su objetivo, y les hizo señas, instándolos a agacharse muy cerca de él.

-Aquí – dijo señalando – ¿Veis esto? – Los dedos siguieron con cuidado al contorno de una vaga depresión en la espesa maraña de detritus del bosque – Esta es la huella del pie de Cara.

-Bueno, eso no es ninguna sorpresa – repuso ella – Por aquí entramos desde la calzada, de camino a donde instalamos el campamento, ahí detrás.

-Así es – Richard inclinó el cuerpo un poco más allá, señalando mientras proseguía – ¿Veis aquí, y luego allá lejos? Esas también son tus huellas, Cara ¿Ver como aparecen aquí formando una línea que muestra por dónde andabas?

Cara se encogió de hombros con suspicacia.

-Sí.

Richard se desplomó hacia su derecha, y todos lo siguieron. Una vez más resguio con el dedo de una depresión para que pudiesen distinguirla. Nicci no pudo ver nada en absoluto en el suelo del bosque hasta que él dibujo cuidadosamente el contorno con un dedo, dando la impresión, al hacerlo, de que hacía aparecer mágicamente la huella para ellos. Una vez que la indicó, Nicci se dio cuenta de lo que era.

-Esta es mi huella – dijo él, observándola fijamente como temiendo que si apartaba la vista, ésta pudiera desaparecer – La acción de la lluvia las elimina, en algunos lugares más que en otros, pero no las ha hecho desaparecer todas – Con índice y pulgar, alzó con cuidado una mojada hoja de roble del centro de una huella – Mirad, podéis ver aquí debajo cómo la presión de mi talón rompió estas ramitas ¿Veis? la lluvia no puede borrar cosas así.

Alzó los ojos hacia ellos para asegurarse de que todos le prestaban atención y luego indicó el interior de la umbría bruma.

-Podéis ver mis huellas entrenado en esta dirección, hacia nosotros, igual que sucede con las de Cara – Estiró el brazo y trazó rápidamente otras dos vagas depresiones más en el enmarañado suelo del bosque para mostrarles lo que quería decir –¿Veis? Todavía las podéis distinguir.

-¿A que viene todo esto? – preguntó Víctor.

Richard volvió a echar una ojeada atrás antes de indicar con gestos los juegos de huellas.

-¿Veis la distancia entre las huellas de Cara y las mías? Cuando entramos aquí, yo estaba a la izquierda y Cara iba a mi derecha ¿Veis lo separadas que están nuestras huellas?

-¿Y que? – pregunto Nicci a la vez que se echaba hacia delante la capucha de la capa, intentando proteger el rostro de la glacial llovizna. Volvió a introducir las manos bajo la capa y las acomodó en los sobacos para darles calor.

-Están tan separadas – explico Richard- porque cuando pasamos por aquí Kahlan estaba en medio, entre nosotros.

Nicci volvió a clavar los ojos en el suelo. No era una experta, así que no le sorprendió especialmente no poder ver ninguna otra huella; pero en esta ocasión, no pensó que Richard, pudiera tampoco.

-¿Y puedes mostrarnos las huellas de Kahlan? – preguntó.

Richard le dirigió una mirada tan intensa que le cortó momentáneamente la respiración.

-Esa es la cuestión – alzo un dedo con el mismo cuidado con el que alzaba la espada – -Sus huellas han desaparecido. No las ha borrado la lluvia, sino que han desaparecido... desaparecido como si no hubiesen estado nunca aquí.

Víctor dejó escapar un suspiro muy quedo y muy preocupado. Si aquello la conmociono. Cara lo ocultó muy bien. Nicci comprendió que él no les había contado todo lo que tenía que decir, así que se mantuvo cauta en su pregunta.

-¿Nos estas mostrando que no hay huellas de esta mujer?

-Eso es. He buscado. Encontré mis huellas y las de Cara en varios lugares, pero donde deberían estar las huellas de Kahlan no hay ninguna.

Nadie quería decir nada en el incómodo silencio, así que Nicci se encargó de hacerlo.

-Richard, tienes que saber porque es así. ¿No te das cuenta? Es simplemente tu sueño. No hay huellas porque esa mujer no existe.

Con él allí, de rodillas, ante ella, mirándola, le pareció que podía verle el alma reflejada en aquellos ojos grises, y en aquel momento, habría dado casi cualquier cosa para poder consolarle. Pero no podía hacerlo, y Nicci tuvo que obligarse a seguir hablando.

-Tú mismo dijiste que eres experto en seguir rastros y sin embargo, ni siquiera tú puedes encontrar ninguna huella que haya dejado esa mujer. Esto debería dejar zanjada la cuestión. Eso debería convencerte de que simplemente ella no existe. Que jamás existió – Saco una mano de debajo de la capa y la posó con delicadeza sobre el hombro de Richard, en un esfuerzo por suavizar sus palabras – Necesitas olvidarte de eso Richard.

El apartó la mirada de sus ojos mientras se mordía el labio inferior.

-No es tan sencillo como tú lo pintas – dijo con voz sosegada – Os pido a todos que miréis... que simplemente miréis... e intentéis comprender el significado de lo que os muestro. Mirad lo separadas que están las huellas de Cara y las mías ¿No os dais cuenta de que había una tercera persona ahí, entre nosotros, mientras andábamos?

Nicci se frotó los ojos con gesto cansado.

-Richard, las personas no siempre andan pegadas unas a otras. A lo mejor tanto tú como Cara mirabais a vuestro alrededor por si había alguna señal de amenaza mientras caminabais por aquí, o quizá simplemente estabais cansados y no prestabais atención. Podrían existir muchas explicaciones sencillas de porque no andabais más cerca el uno del otro.

-Cuando dos personas caminan juntas, no acostumbran a caminar tan separadas – Señalo detrás de ellos – Mirad las huellas que dejamos al venir hacia aquí. Cara volvía a andar a mi derecha. Mirad lo mucho mas cerca que están las huellas unas de otras. Eso es típico de dos personas que andan una al lado de la otra. Tú y Víctor ibais detrás de nosotros. Mira lo juntas que están vuestras huellas.

“Estas huellas son diferentes ¿No os dais cuenta de que están tan separadas porque había otra persona andando entre nosotros?

-Richard...

Nicci hizo una pausa; no quería discutir. Se sentía tentada a callar y dejar que se saliera con la suya, dejarle creer lo que quería creer; y sin embargo, el silencio alimentaría una mentira, daría vida a una ilusión. Si bien le dolía que tuviese aquel problema y deseaba estar de su parte, no podía permitir que se engañase a sí mismo, o le estaría causando un daño mayor. Jamás mejoraría, jamás se recuperaría por completo, hasta que se enfrentara a la verdad del mundo real. Ayudarle a ver la realidad era el único modo en que podía ayudarle de verdad.

-Richard – dijo con suavidad, intentando hacerle ver aquella verdad sin sonar áspera o condescendiente – tus huellas están ahí, y las huellas de Cara están ahí. Podemos verlas. Nos las has mostrado. No hay otras huellas. También nos has mostrado eso. Si estuvo ahí, entre tú y Cara, entonces ¿Por qué no están sus huellas?

Todos encorvaron los hombros bajo la humedad y el frío mientras aguardaban. Finalmente, Richard hizo acopio de serenidad y dijo en voz clara y firme.

-Creo que borraron las huellas de Kahlan mediante magia.

-¿Magia? – preguntó Cara, repentinamente alerta y de mal humor.

-Si. Creo que quienquiera que cogió a Kahlan borro las huellas con magia.

Nicci estaba atónita y no hizo el menor intento de ocultarlo.

La mirada de Víctor se movió de un lado a otro, entre Nicci y Richard.

-¿Puede hacerse eso?

-Si – insistió Richard – Cuando conocí a Kahlan, Rahl el Oscuro iba tras nosotros. Nos seguía el rastro de cerca. Zedd, Kahlan y yo tuvimos que huir, porque si Rahl el Oscuro nos hubiese atrapado, habría sido nuestro fin. Zedd es un mago pero no es tan poderoso como lo era Rahl el Oscuro, así que Zedd lanzó un poco de polvo mágico sobre el sendero para ocultar nuestras huellas. Eso tiene que ser lo que sucedió aquí. Quienquiera que cogió a Kahlan cubrió las huellas de ambos usando magia.

Víctor y Cara dirigieron una mirada a Nicci en busca de confirmación. Al ser un herrero, Víctor no

estaba familiarizado con la magia, y por su parte, a las mord-sith no les gustaba la magia y evitaban deliberadamente los detalles de su funcionamiento; su bien afinado instinto las impelía sencillamente a la eliminación violenta de cualquiera que poseyera magia si representaban aunque sólo fuese una amenaza potencial para el lord Rahl. Tanto Víctor como Cara aguardaron para oír lo que Nicci tenía que decir sobre la posibilidad de utilizar magia para cubrir huellas.

Nicci vaciló: que fuese una hechicera no significaba que supiese todo lo que había que saber sobre magia. Pero de todos modos...

-Supongo que tal uso de la magia es posible en teoría, pero jamás he oído que se hiciese – Se obligó a clavar los ojos en la mirada expectante de Richard – Creo que la explicación del motivo de que no haya huellas es bastante más simple y creo que tú lo sabes, Richard.

Richard no pudo disimular su decepción.

-Contemplando esto por sí mismo y no estando familiarizado con la naturaleza de las huellas y lo que revelan, concederé que tal vez es difícil comprender lo que digo. Pero esto no es todo. Tengo algo más que mostraros que puede ayudaros a ver el escenario completo. Venid.

-Lord Rahl – dijo Cara mientras volvía a introducir un mechón de cabello húmedo bajo la capucha de su oscura capa y evitaba mirarle - ¿No deberíamos pasar a otras cuestiones más importantes?

-Tengo algo importante que enseñaros a los tres. ¿Estas diciendo que deseas aguardar aquí mientras se lo muestro a Víctor y a Nicci?

La mord-sith alzó los azules ojos hacia él.

-Desde luego que no.

-Estupendo. En marcha.

Sin más protestas, lo siguieron a paso rápido mientras enfilaba el camino en dirección norte, adentrándose más en el bosque. Caminaron de puntillas de roca en roca para cruzar un amplio barranco con oscuros remolinos de aguas turbias discurriendo por él, y cuando Nicci estuvo a punto de resbalar y caer, Richard la cogió de la mano y la ayudó. Su gran mano estaba caliente, pero no febril. La hechicera deseó que fuera más despacio y no sobrecargase su frágil salud.

La suave cuesta del otro extremo se fue dejando ver paulatinamente a medida que ascendían a través de la fina lluvia y los jirones de nubes bajas. A la izquierda se alzaba imponente la sombra oscura de una elevación rocosa. Nicci pudo oír el borbote ante torrente de agua que descendía por aquella elevación.

A medida que se adentraban en la arremolinada bruma gris y la espesa vegetación verde, pájaros enormes alzaron el vuelo de los lugares donde estaban posados. Con las alas totalmente desplegadas, las recelosas criaturas se alejaron planeando en silencio hasta perderse de vista. Chillidos ásperos de criaturas invisibles resonaban por el sombrío bosque. Entre la mas de ramas de piceas y balsaminas que se solapaban y la maraña de ramas secas de viejos robles, recubiertas de vaporosas cortinas de musgo, por no mencionar la lúgubre llovizna, las enredaderas y la espesa profusión de árboles jóvenes intentando alcanzar la esquiva luz de lo alto, no era fácil ver muy lejos. Únicamente más cerca del suelo del bosque, donde la luz del sol raras veces llegaba, estaba más despejado.

Más al interior del empapado bosque, troncos oscuros de árboles se alzaban libres de la maleza y el espeso follaje como centinelas que observaban a las tres personas pasar. El terreno al que Richard los condujo era más fácil de recorrer ya que estaba más despejado y cubierto de blanda pinaza. Nicci imaginó que incluso en los días más soleados, únicamente delgadas serpentinadas de luz solar conseguirían atravesar toda la distancia que mediaba hasta el suelo del bosque. A los lados, aquí y allí, vio marañas casi impenetrables de maleza y paredes apretadamente entretejidas de jóvenes coníferas. Entre los imponentes pinos se dibujaba un sendero natural camuflado.

Richard se detuvo por fin alzando los brazos a los lados de modo que no pasaran por delante de él. Extendió ante ellos más de lo mismo; una vegetación escasa que brotaba entre el grueso lecho de pinaza seca. Siguiendo sus instrucciones, se acucillaron junto a él.

Richard señaló por encima de su hombro derecho.

-Atrás, en esa dirección es por donde Cara, Kahlan y yo entramos la noche que acampamos, junto a la zona donde tuvo la batalla. En varios lugares alrededor del campamento están mis huellas de cuando monté la segunda guardia, y las huellas de Cara de la tercera guardia. Kahlan hizo la primera guardia esa noche. No hay huellas de su guardia.

La mirada que dirigió a cada uno por turno fue una silenciosa petición para que lo escucharan antes de empezar a discutir.

-Atrás, en esa dirección – dijo, señalando mientras proseguía – es por donde los soldados venían a través del bosque. Viniendo desde esa dirección, Víctor, tú y tus hombres acudisteis a tomar parte en la batalla. Casi en el mismo sitio están vuestras huellas de cuando me llevasteis a la alquería. Allá, en esa dirección, donde ya os las mostré, están las huellas de otros soldados que encontraron muertos a sus camaradas.

-Ninguno de nosotros, ni ninguno de los soldados ha subido por aquí.

“Aquí, donde estamos ahora, no hay rastros. Echad una mirada. Sólo veréis mis huellas recientes de esta mañana, cuando estuve buscando. Aparte de eso, no hay huellas de nadie más que pasase por aquí. De hecho, no hay ninguna señal de que nadie hubiese estado nunca aquí. Al menos, parecería que nadie ha estado aquí antes.

Víctor pasó distraídamente el pulgar por el mango de acero de la maza que le colgaba del cinto.

-Pero ¿tú piensas lo contrario?

-Sí. Incluso a pesar de que no hay huellas, alguien sí pasó por aquí. Y, dejaron pruebas – Se inclinó más allá y con un dedo tocó una roca lisa del tamaño aproximado de una hogaza de pan – Al pasar a toda prisa, tropezaron con esta roca.

Víctor parecía absorto en el relato.

-¿Cómo puedes saberlo?

-Mira con atención las marcas en la piedra – Cuando Víctor se inclinó un poco al frente, Richard indicó - ¿Ves, aquí, el modo en que la parte superior de la roca, donde estaba expuesta al aire y la intemperie, tiene la pálida decoloración de un amarillo canela que producen los líquenes y cosas así? Y aquí... como el casco de un bote bajo la línea de flotación... puedes ver el oscuro reborde marrón que muestra el lugar donde el vientre de la roca ha descansado bajo tierra.

“Pero ahora no descansas en esa posición. No está introducida en su cavidad del suelo. Esta alzada un poco fuera de esa cavidad y vuelta en parte ¿Ves como esa sección de la parte inferior oscura queda al descubierto? De haber estado fuera del suelo desde hace más tiempo, el color oscuro se habría descolorido y los líquenes también empezarían a crecer ahí. Pero no ha tenido mucho tiempo para hacerlo aún. Esto es reciente.

Richard meneó el dedo de un lado a otro.

-Mira al suelo, aquí, en este lado de la roca. Puedes ver la cavidad donde descansaba originalmente la piedra, pero ahora a la piedra la han empujado un poco hacia atrás, dejando un hueco entre ese lado de la roca y la cavidad. En el lado de atrás, en dirección opuesta adonde estamos, debido a que no hace mucho que han tocado la piedra, todavía puedes ver un reborde de tierra y detritus que han empujado hacia arriba.

“La cavidad al descubierto en este lado y la cresta en el opuesto demuestran que quienquiera que tropezó con esta roca y la desplazó se alejaba de nuestro campamento, en dirección norte.

-Pero entonces ¿Dónde está su rastro? – Preguntó Víctor – Las pisadas.

Richard empujó hacia atrás sus mojados cabellos.

-El rastro lo han borrado con magia. Busqué, y no hay un rastro.

“Mira la roca. La han movido, la han pateado en parte fuera de su lugar de descanso en el suelo. Pero no hay ninguna rozadura en ella. Si bien no la movieron demasiado, si la movieron. Una bota que la rozara lo bastante para moverla así tendría que dejar una marca. Sin embargo, no hay marca, y tampoco hay otras huellas de pisadas.

Nicci se echó atrás la capucha.

-Tergiversas todo lo que encuentras a tu alrededor para que encaje en lo que crees, Richard. No puedes tenerlo todo. Si usaron magia para borrar sus huellas, entonces ¿cómo es que puedes detectar su rastro mediante esta rosa?

-Probablemente debido a que la magia que usaron borra huellas de pisadas. La persona que usó esa magia no debe de saber gran cosa sobre rastros. No creo que estuviesen muy familiarizados con la vida al aire libre; así que cuando usaron la magia para borrar sus huellas, probablemente ni se les ocurrió volver a colocar en su lugar las piedras desplazadas.

-Richard, yo digo que...

-Mirad a vuestro alrededor – dijo él a la vez que extendía majestuosamente el brazo – Mirad lo perfecto que se ve el suelo del bosque.

-¿Qué quieres decir? – preguntó Víctor.

-Es demasiado perfecto. Ramitas, hojas, corteza están todas distribuidas con demasiada uniformidad.

La naturaleza es más errática.

Nicci, Víctor y Cara miraron detenidamente el suelo. Nicci no vio más que un suelo del bosque de aspecto normal. Aquí y allí, cosas pequeñas – plantones, hierbajos larguiruchos, un roble joven con sólo tres hojas grandes – brotaban entre el revoltijo de ramitas, musgo, corteza y hojas caídas que salpicaban un lecho de pinaza. No sabía gran cosa sobre rastros, ni tampoco sobre bosques, bien mirado – Richard siempre dejaba marcas en las cortezas cuando quería que ella supiera seguir su rastro – pero no parecía que nadie hubiese pasado por el lugar, ni tampoco parecía demasiado perfecto, como sugería Richard. Mientras paseaba la mirada, le pareció idéntico a otros lugares que había visto. Víctor y Cara daban la impresión de estar igual de desconcertadas.

-Richard – dijo Nicci con forzada paciencia – estoy segura de que podrían existir muchas explicaciones de por qué tenéis la impresión de que una piedra no está donde debería estar. Por lo que yo sé, sí que podría haber sido movida, como sugieres. Pero a lo mejor un alce o un ciervo la patearon al pasar y con el tiempo sus huellas han desaparecido.

Richard negaba con la cabeza.

-No. Mirad el hueco. Todavía está formado. Uno puede darse cuenta por la degradación que han sufrido los bordes que sucedió hace sólo unos pocos días. El tiempo, en especial cuando llueve, erosiona esa clase de bordes y se dedica a llenar el vacío. Cualquier ciervo o alce que hubiese pateado esta roca habría dejado huellas que serían igual de recientes. No sólo eso, sino que un casco le habrían dejado una raspadura igual que lo habría hecho una bota. Os lo aseguro, hace tres días alguien tropezó con esta piedra.

Nicci hizo un ademán.

-Bueno, esa rama seca de ahí podría haber caído y haberla movido.

-De haberlo hecho, entonces el liquen que crece en la roca mostraría la señal del impacto y la rama mostraría indicios de haber golpeado algo duro. No es así... ya lo he mirado.

Cara alzó las manos con desesperación.

-A lo mejor una ardilla saltó de un árbol y aterrizó sobre ella.

-No pesan ni con mucho lo suficiente para haber movido esta roca – dijo Richard.

Nicci tomó aire con gesto cansino.

-Así que lo que tú dices es que el hecho de que no haya rastros de esa mujer, de Kahlan, demuestra que ella existe.

-No, no es eso lo que digo, no del modo en que lo expresas, al menos. Pero si lo confirma si lo miras todo en conjunto. Si lo pones en contexto.

Las manos de Nicci se cerraron en puños. Había cuestiones importantes que había que tratar, y se les agotaba el tiempo. En lugar de ocuparse de los asuntos urgentes que necesitaban su atención, estaban allí en medio del monte contemplando una roca. Se sintió enrojecer de rabia.

-Eso es ridículo. Todo lo que nos has mostrado, Richard es la prueba de que esa mujer que imaginaste es simplemente eso; imaginaria. No existe. No dejó rastros... ¡porque únicamente la soñaste! ¡No hay nada misterioso en ello! ¡No es mágico! ¡Es tan solo un sueño!

Richard se irguió bruscamente ante ellos, y cambió en un segundo de ser un hombre de tranquila intensidad a una figura de una presencia impresionante de poder, y de una cólera que empezaba a manifestarse.

Pero en lugar de enfrentarse a Nicci, dio un paso más allá de ella, en dirección al, camino por el que había venido, y se detuvo. Quieto y tenso, Richard volvió la mirada para clavarla en el bosque.

-Algo no va bien- dijo en queda advertencia.

El agiel de Cara giró hacia arriba, al puño de la mors-sith, y la frente de Víctor se tensó a la vez que sus dedos se cerraban sobre la maza que le colgaba del cinturón.

Muy atrás, a través del bosque empapado. Nicci oyó los repentinos gritos de desesperada alarma de unos cuervos.

Los gritos que llegaron a continuación le recordaron vívidamente los sonidos de una matanza.

los alaridos. Corrió a toda prisa por entre una masa borrosa de árboles, ramas, matorrales, helechos y enredaderas; saltó por encima de troncos putrefactos y plantó con decisión las botas para saltar por encima de un peñasco; esquivó grupos de pinos jóvenes y un macizo de cornejo en flor. Sin aminorar el paso, apartó de un manotazo ramas de alerce y se agachó para pasar bajo gruesas ramas de balsamina. Redes de ramas secas en la parte inferior de los troncos de jóvenes piceas le tiraron de la ropa al pasar como una exhalación, y en más de una ocasión, vástagos secos de árboles, proyectándose igual que lanzas, estuvieron a punto de atravesarlo antes de que se hiciese a un lado justo en el último momento.

Correr a aquella velocidad tan temeraria por un bosque espeso, y más bajo la lluvia, era traicionero. Resultaba difícil reconocer los peligros a tiempo de evitarlos, de cualquier rama podía arrancar fácilmente un ojo. Un resbalón sobre hojas, musgo o rocas mojadas podía provocar una caída capaz de romperle la crisma; meter un pie en una grieta o hendidura yendo a aquella velocidad probablemente daría como resultado una pierna rota. Richard había conocido a un joven a quien le había sucedido justo eso, y la pierna y el tobillo rotos jamás se soldaron correctamente, dejándole parcialmente tullido de por vida.

Richard se concentró en la senda que quería seguir, poniendo todo el cuidado posible, sin reducir la velocidad.

No se atrevería a ir más despacio.

Todo el tiempo, mientras corría, oía los terribles chillidos, los alaridos y los aterradores chasquidos. Oía también a Cara, Víctor y Nicci abriéndose paso violentamente entre la maleza, a su espalda, pero no esperó a que lo alcanzarán. Cada larga zancada, cada salto, lo llevaba más lejos, por delante de ellos.

Corriendo tan rápido como podía, con la respiración jadeante, a Richard le sorprendió encontrarse sin resuello antes de lo que debería. Desconcertado al principio, recordó entonces el motivo. Nicci había dicho que no estaba recuperado aún y que, debido a que había perdido mucha sangre, necesitaría descansar para recuperar las fuerzas. Siguió corriendo. Tendría que apañárselas con lo que tenía. Ya no quedaba mucho trecho por recorrer.

Siguió corriendo porque los hombres necesitaban ayuda; habían acudido en su auxilio cuando él había estado en apuros. No sabía que sucedería, pero Richard tenía muy claro que estaban en peligro.

La mañana del ataque, de haber sabido más sobre cómo apelar a su don, podría haber sido capaz de usar esa habilidad para detener a los soldados antes de que llegaran Víctor y sus hombres; de haber podido hacerlo, tres de aquellos hombres no habrían muerto en el combate. Por supuesto, de no haber estado Richard donde estaba y haber actuado para detener a los soldados. Víctor y sus hombres podían muy bien haber acabado asesinados en su campamento, la mayoría mientras dormía.

Richard no podía evitar pensar que podría haber hecho más, y ahora no quería ver lastimados a ninguno de aquellos hombres; siguió corriendo con todas sus energías, sin escamotear ningún esfuerzo. Usaría todas las fuerzas de que disponía. Las energías las podía recuperar más tarde. Las vidas no podían recuperarse.

Había momentos como aquél en que deseaba saber más cosas sobre cómo apelar a su don, pero lamentablemente su habilidad actuaba de un modo distinto a como lo hacía en otros. En lugar de funcionar mediante la dirección consciente, como lo hacía el poder de Nicci, la habilidad de Richard actuaba a través de la cólera y la necesidad. La mañana que los soldados de la Orden Imperial había caído en masa sobre él desde todas direcciones, había desenvainado la espada con la intención de sobrevivir y al hacerlo había entregado su rabia al arma. A diferencia de lo que ocurría con su propio don, sabía que podía contar con el poder de su espada.

Otros poseedores del don aprendían a usar su habilidad desde una edad temprana, pero ése no había sido el caso con Richard. Se había criado en un entorno de paz y seguridad que le había proporcionado una oportunidad de crecer para valorar profundamente la vida. El inconveniente era que tal clase de educación también lo había dejado ignorante de su propio talento.

Sin embargo, ahora que Richard había crecido, aprender a usar su habilidad latente estaba resultando más que difícil, no sólo debido al modo en que se había criado, sino porque la especial forma de su don era extraordinariamente rara. Ni Zedd ni las Hermanas de la Luz habían conseguido enseñarle a dirigir su poder de un modo consciente.

Richard sabía poco más que lo que Nathan Rahl, el profeta, le había contado, que su poder lo desencadenaba la ira la mayoría de las veces y una clase concreta y especial de necesidad desesperada, que Richard no había sido capaz de identificar. Por lo que él había podido determinar, el carácter de la necesidad que se requería para poner en marcha su poder era exclusivo de cada circunstancia.

Richard también sabía que usar magia no tenía nada que ver con el capricho, que, por más que pudiese desearlo o se esforzase, no tendría ningún resultado. La puesta en marcha y uso de la magia requerían condiciones específicas; simplemente él no sabía cómo causar o proporcionar tales condiciones.

Incluso magos poseedores de una gran habilidad tenían a veces que usar libros para asegurarse de que los detalles eran los correctos si querían que funcionase la magia específica que deseaban. A una edad temprana, Richard había memorizado uno de tales libros, el *Libro de las Sombras Contadas*. Era el libro que Rahl el Oscuro había estado buscando después de haber puesto en funcionamiento las cajas del Destino.

La mañana que Kahlan había desaparecido, para enfrentarse a la amenaza de las filas que aparentemente interminables de soldados que se abalanzaban sobre él, Richard había tenido que depender de su espada y no de sus poderes innatos. La frenética pelea lo había llevado al borde del agotamiento, y al mismo tiempo, la preocupación por Kahlan lo había aturullado hasta el punto de que no tenía la mente totalmente puesta en el combate. Sabía que permitir que tal distracción dominase su atención era peligroso y estúpido... pero se trataba de Kahlan, y le había podido la preocupación por ella.

Si su necesidad no hubiese invocado al don cuando lo hizo, la lluvia de flechas que cayó de improviso sobre él habría resultado fatal más de una docena de veces.

No había visto el proyectil disparado desde una ballesta, y mientras éste iba dirigido hacia su corazón, sólo reconoció la amenaza que representaba en el último instante, y debido a la necesidad crucial de detener también a los tres soldados que arremetían contra él último tiempo, sólo había podido desviar la trayectoria de la flecha, no detenerla.

Parecía como si hubiese repasado aquel recuerdo un millar de veces y obtenido un número infinito de “podría” y “debería”, que según el duro juicio de su mente, habrían impedido lo que había sucedido. De todos modos, como Nicci había dicho, no era invencible.

Mientras se precipitaba a través del monte, el bosque quedó silencioso de improviso. El eco de los gritos se apago y el brumoso territorio cubierto de vegetación volvió a quedar sumido en el susurro sordo de la ligera lluvia que caía a través del frondoso dosel de hojas. En el aparentemente tranquilo y de nuevo silencioso mundo que le rodeaba, casi parecía como si sólo hubiese imaginado los terribles sonidos que había oído.

A pesar de la fatiga que sentía, no aminoró la marcha. Mientras corría, aguzaba el oído en busca de cualquier señal de los hombres, pero apenas oía otra cosa que su respiración fatigosa, el tamborileo del corazón en los oídos y sus veloces pisadas. De vez en cuando, oía también ramas rompiéndose a su espalda a medida que los otros tres intentaban alcanzarle, aunque iban quedándose cada vez más rezagados.

Por algún motivo, la espectral calma resultaba en cierto modo más aterradora de lo que habían sido los gritos- Lo que había empezado sonando como si fuesen los cuervos – graznidos roncros elevándose hasta alcanzar la clase de gritos aterrorizados que un animal emite sólo cuando lo matan – había, en algún momento, empezado a sonar humano. Y en aquellos instantes solo existía el amenazador silencio.

Intentó convencerse de que sólo había imaginado que los gritos se volvían humanos. Espeluznantes como habían sido tales gritos, era la quietud inquietante y anormal después de que éstos finalizaran lo que le erizaba los pelos del cogote.

Justo antes de alcanzar el borde del claro, Richard desenvainó la espada. El singular sonido que emitía la espada al ser liberada envió el cortante repique del acero a través del bosque empapado, poniendo fin al silencio.

Al instante, el ardor de la cólera de la espada fluyó por cada una de las fibras de su ser, siendo correspondido de la misma manera por la propia ira de Richard. Una vez más, Richard se entregó a la magia que conocía, a aquella con la que podía contar.

Rebosante del poder de la espada, ansió encontrar el origen de la amenaza, y deseó ponerle fin.

Había habido un tiempo en que el miedo y la incertidumbre le habían hecho mostrarse reactivo a abandonarse a la furia descontrolada que suscitaba la antigua espada forjada por los magos, vacilar antes de responder a la llamada con la propia ira, pero hacía mucho que había aprendido a dejarse asumir en el éxtasis de la furia. Era la justa cólera que había aprendido a doblegar a su voluntad; era aquel poder el que dirigía para llevar a cabo sus propósitos.

En el pasado habían existido personas que habían codiciado el poder de la espada, pero en su ciego deseo por lo que pertenecía a otros, habían hecho caso omiso de los peligros más siniestros que despertaban al usar una arma así, de ese modo, en lugar de ser amos de la magia, se habían convertido en siervos de la espada, de su cólera, y de la codicia voraz que sentían. Había habido quienes habían usado el poder del arma

con fines malvados. Tal cosa no era culpa del arma, pues usar la espada, para el bien o para el mal, era la elección consciente que efectuaba la persona que la empuñaba y toda la responsabilidad recaía en ella.

Corriendo entre ramas de árboles, matorrales y enredaderas, Richard frenó en el borde del claro donde habían caído los soldados en la batalla varios días antes. Espada en mano, tomó una bocanada de aire – a pesar del olor hediondo del aire – esforzándose por recuperar el aliento.

Al principio, mientras examinaba la escena grotesca que tenía ante él, tuvo problemas para entender lo que veía.

Había cuervos muertos por todas partes. No simplemente muertos, sino desgarrados. Alas, cabezas y partes de cuerpos poblaban el claro. Miles de plumas se habían posado igual que nieve negra sobre los cadáveres en descomposición de los soldados.

Paralizado por el asombro durante sólo un instante, y todavía sin aliento. Richard supo que no era aquello lo que buscaba. Cruzando a toda velocidad el lugar de la batalla, ascendió a saltos el Talud, pasando por los huecos entre los árboles y por encima de vegetación pisoteada, en dirección al lugar donde habían estado esperando los hombres.

La furia de la espada le ascendía vertiginosamente por el brazo mientras corría, haciéndole olvidar que estaba cansado, que estaban sin resuello, que todavía no estaba recuperado del todo, preparándolo para el combate que se avecinaba. En aquel momento, lo único que le importaba a Richard era llegar hasta los hombres de Víctor, o, más exactamente a lo que les amenazaba.

Matar a los que servían al mal producía un éxtasis incomparable. El mal no cuestionado era un mal consentido. Destruir el mal era en realidad una celebración del valor de la vida, hecha realidad al destruir a aquellos que existían para negarles a otros su vida.

Allí radicaba el propósito que había tras el requisito esencial e indispensable de sentir ira que la espada establecía. La ira embotada el horror de matar, eliminaba la renuencia natural de matar, dejando únicamente su necesidad manifiesta si tenía que haber auténtica justicia.

Al salir a la carrera del bosquecillo de abedules, lo primero que atrajo la atención de Richard fue el arce en el que los hombres habían estado esperando. A las ramas inferiores las habían despojado totalmente de hojas, era como si una tormenta hubiese descendido para arrasar el bosque. Donde apenas había un rato crecían arbolillos, todo lo que quedaba ahora eran tocones destrozados, había ramas repletas de relucientes hojas mojadas o agujas de pino desperdigadas por todas partes. Troncos de árbol convertidos en enormes astillas afiladas sobresalían del suelo igual que lanzas usadas tras una batalla.

Debajo del arce, diseminada por el suelo del bosque, había una escena que, al principio, Richard no consiguió comprender. Casi todo lo que antes había tenido alguna tonalidad de verde, tanto si era un verde salvia, grisáceo, amarillento o de un esmeralda brillante, estaba ahora mancillado por manchas rojas.

Richard se quedó de pie, jadeando, con el corazón latiendo violentamente, mientras luchaba por concentrar la ira en una amenaza que no conseguía identificar. Escudriño las sombras y la oscuridad que había entre los árboles, buscando cualquier movimiento, a la vez que se esforzaba por poner en orden la confusión de lo que veía ante él.

Cara frenó con un patinazo a su izquierda, lista para pelear. Al cabo de un instante, Víctor se detuvo con un traspié a su derecha, con la maza sujeta en un puño bien apretado. Nicci llegó corriendo justo detrás, sin ningún arma que resultara evidente, pero Richard pudo percibir cómo el aire que la envolvía chisporroteaba con el poder que estaba lista para desatar.

-Queridos espíritus – murmuró el herrero, y la maza de seis cuchillas, un arma letal que Víctor se había fabricado, el herrero hizo caso mala gana a la silenciosa orden y se detuvo.

Lo que, en un principio, había sido una visión desconcertante se tornó por fin en algo muy claro. El antebrazo de un hombre. Al que le faltaba la mano pero que seguía cubierto por la manga de una camisa de franela marrón, yacía en un macizo de helechos a los pies de Richard. No muy lejos, había una gruesa bota acordonada con una irregular tibia blanca despojada de tendones y músculos sobresaliendo de la parte superior. En un matorral de cornejo de hoja áspera justo a un lado descansaba una sección de un torso, la carne desgarrada para dejar al descubierto un trozo de la columna y costillas decoloridas. Había pedacitos retorcidos de vísceras desperdigados sobre el tronco en el que habían estado sentados los hombres, y pedazos irregulares de piel descansaban sobre rocas desnudas y aparecían esparcidos por todas partes, en la hierba y los arbustos.

Richard era incapaz de imaginar que poder podía haber causado una escena tan aterradora.

Una idea le pasó por la cabeza y se volvió hacia Nicci.

-¿Hermanas de la Tinieblas?

Nicci negó lentamente con la cabeza mientras estudiaba la carnicería.

-Hay unas pocas características similares, pero esto no se parece en nada al modo en que matan.

Richard no supo si aquello era una noticia reconfortante o no.

Lentamente, con cuidado, avanzó entre los restos aun sangrantes. No le dio la impresión de que hubiese habido un combate. No había cortes de espadas o hachas, no había flechas ni lanzas. Ninguna de las extremidades ni ninguno de los jirones destrozados de músculos parecían haber sido cercenados. Cada pedazo parecía haber sido arrancado del lugar al que pertenecía.

Era una visión espantosa, tan incomprensible, que estaba más allá de lo nauseabundo. A Richard le resultó desorientador intentar concebir que podía haber creado tal devastación; no tan sólo en los hombres, sino también en el paisaje en el que había estado. Procedente de algún lugar más allá de la cólera hirviente de la magia de la espada, sintió un dolor desesperado por lo que no había sido capaz de detener, y supo que aquel dolor no haría más que aumentar. Pero justo en aquel momento, nada deseaba más que ponerle las manos encima a quienquiera – o lo que fuera – que había hecho aquello.

-Richard – musito Nicci desde muy cerca de su espalda – creo que lo mejor será irnos de aquí.

El tono directo y sosegado de la voz no podría haber sido una advertencia más persuasiva.

Poseído por la cólera de la espada que empuñaba, y por su propia rabia ante lo que veía, hizo caso omiso de ella. Si quedaba alguien con vida, tenía que encontrarlo.

-No queda nadie – murmuró Nicci, como en respuesta a sus pensamientos.

Si la amenaza acechaba aún por las inmediaciones, él tenía que saberlo.

-¿Quién podría haber hecho esto? – musito Víctor, claramente sin el menor interés por marchar hasta que tuviese al culpable bien agarrado.

-No parece nada que fuese humano – respondía Cara con un contenido tono acusatorio.

Mientras Richard pasaba con cuidado entre los restos, el silencio del envolvente bosque presiono sobre él como un gran peso. No se oían gritos de pájaros, no había zumbidos de insectos, ni tampoco parloteo de ardillas. El efecto silenciador de las espesas nubes y la llovizna sólo servía para aumentar la quietud.

Goteaba sangre de las hojas, ramas y las puntas dobladas de la maleza. Los troncos de los árboles estaban salpicados de ella; la áspera corteza de un fresno estaba embadurnada de tejido supurante. Una mano, con los dedos abiertos y flojos, vacía de cualquier arma, yacía con la palma hacia arriba sobre una pendiente, bajo las grandes hojas de un arce.

Richard distinguió las huellas de pisadas que indicaban el lugar por el que todos habían entrado en la zona, y algunas de las suyas propias al marchar hacia muy poco tiempo con Nicci, Cara y Víctor. Muchos de los restos yacían sobre bosque virgen, por donde ninguno de ellos había pasado. No había huellas raras de pisadas en medio de la carnicería, aunque había lugares inauditos donde el suelo estaba desgarrado; algunas de aquellas estrías atravesaban de pleno gruesas raíces.

Mirando con más atención, Richard comprendió que los surcos abiertos eran los lugares donde a los hombres los habían estrellado contra el suelo, con tal violencia que se había desgarrado el suelo del bosque. En algunos puntos todavía se veía carne en los extremos rotos al descubierto de raíces.

Cara le agarró con fuerza la camisa a la altura del hombro para instarlo a retroceder.

-Lord Rahl, os quiero fuera de aquí.

Richard desasíó el hombro de su mano.

-Silencio.

Mientras pasaba silenciosamente por entre los restos, las incontables voces de aquellos que habían usado la espada en el pasado le susurraron en lo más recóndito de la mente:

“No te concentres en lo que ves, en lo que esta hecho. Estate atento a lo que causo y podría aun aparecer. Ahora es el momento de no bajar la guardia”.

Richard no necesitaba precisamente tal advertencia, pues aferraba ya la empuñadura de la espada con tanta fuerza que notaba los caracteres en relieve de la palabra VERDAD formada con hilo de otro entretejido. La dorada palabras se le clavaba en la carne de la palma y en las yemas de los dedos.

A sus pies, la cabeza de un hombre lo contemplaba desde un matorral de zumaque. Un grito mudo contorsionaba la expresión que había quedado fijada en la cara. Richard lo conocía. Se había llamado Nuri. Todo lo que aquel joven había aprendido, todo lo que había experimentado, todo lo que había planeado hacer, el mundo que había empezado a crear para sí mismo, había terminado. Para todos aquellos hombres, el mundo había acabado. La única vida que poseía había desaparecido para siempre.

El dolor desesperado de aquella pérdida terrible, aquel horrible fin, amenazó con extinguir la cólera procedente de la espada e inundarlo de pesar. Todos aquellos hombres eran queridos y apreciados por los que esperaban su regreso, y cada una de aquellas personas sería llorada con una pena que marcaría de modo indeleble a los vivos.

Richard se obligó a seguir adelante. Aquel no era el momento de llorar a nadie; aquel era el momento de encontrar a los culpables y hacer caer sobre ellos el justo castigo antes de que tuviesen tiempo de hacerle aquello a otros. Únicamente entonces podrían los vivos llorar la desaparición de aquellas valiosas almas.

No obstante lo mucho que busco. Richard no vio un solo cuerpo – en el sentido de una persona entera y reconocible – por toda la zona donde habían estado aguardando los hombres, cubierta ahora por sus restos. También los alrededores mostraban partes de aquellos restos, como si algunos hubiesen tratado de huir. Si tal era el caso, ninguno había ido muy lejos. Mientras se movía entre los árboles, buscando alguna huella que pudiese ayudarlo a identificar quien había cometido aquella carnicería. Richard vigilaba las sombras que había más allá en la neblina. Vio rastros de hombre que habían huido, pero no vio rastros que fuesen tras ellos.

Al rodear un viejo pino, se encontró cara a cara con el pecho de un hombre que colgaba cabeza debajo de una rama astillada. Los restos estaban muy por encima de la cabeza de Richard. Lo que quedaba de un torso sin brazos lo habían empalado en una rama rota, como si fuese un gancho de carnicero. El rostro mostraba una petrificada expresión de terror. Al estar cabeza abajo, el pelo, que chorreaba sangre, sobresalía en punta del cuero cabelludo, como paralizado por el terror.

-¡Queridos espíritus! – Susurró Víctor, con el rostro contraído de rabia – Ese es Ferran.

Richard examinó la zona, pero no vio nada que se moviese en las sombras.

-No creo que nadie escapara – Advirtió que en el suelo sobre el que goteaba la sangre de Ferran no había huellas.

Las huellas de Kahlan también habían desaparecido.

El dolor, el horror, de preguntarse si aquello podría ser lo mismo que le había sucedido a Kahlan casi hizo que se le doblaran las rodillas. Ni siquiera la cólera de la espada era suficiente para protegerlo de la agonía de aquel dolor.

Nicci, justo detrás, se inclinó hacia él.

-Richard – dijo en lo que era casi un susurro -, es necesario que nos vayamos de aquí.

Cara se inclinó hacia él, junto a Nicci.

-Estoy de acuerdo.

Víctor alzó la maza.

-Quiero a los que hicieron esto – Tenía los nudillos blancos alrededor de la empuñadura de acero - ¿Puedes rastrearlos? – preguntó a Richard.

-No creo que eso fuese una buena idea – dijo Nicci.

-Buena idea o no – les respondió Richard – no veo ningún rastro – Clavó la mirada en los ojos azules de Nicci - ¿A lo mejor te gustaría convencerme de que estoy imaginando también esto?

Ella no respondió el contacto visual con él, pero tampoco respondió a su desafío.

Víctor alzó los ojos hacia Ferran.

-Le dije a su madre que cuidaría de él. ¿Qué le voy a decir a su familia ahora? – Lágrimas de cólera y pena le brillaron en los ojos mientras señalaba con la maza los despojos - ¿Qué voy a decirles a sus madres, esposas e hijos?

-Que el mal los asesinó – dijo Richard – Que no descansarás hasta que sepas que se ha hecho justicia. Que tendrán venganza.

Víctor asintió, la cólera le iba flaqueando a la vez que la amargura le inundaba la voz.

-Tenemos que enterrarlos.

-No – dijo Nicci con sombría autoridad – Por mucho que comprendo tu deseo de ocuparte de ellos, tus amigos ya no están aquí, entre esos pedazos de cuerpos. Tus amigos están ahora con los buenos espíritus. Depende de nosotros que no nos reunamos con ellos.

-Pero debemos...

-No – le espetó ella – Mira a tu alrededor. Esto fue un furor sanguinario. No debemos vernos atrapados en algo así. No podemos ayudar a estos hombres. Es necesario que salgamos de aquí.

Antes de que Víctor pudiera discutirlo, Richard se inclinó hacia la hechicera.

-¿Qué sabes sobre esto?

-Ya te dije antes, Richard, que es necesario que hablemos. Pero éste no es el momento ni el lugar para hacerlo.

-Estoy de acuerdo – gruñó Cara – Tenemos que alejarnos de aquí.

Dirigiendo otra vez la mirada de los restos de Ferran al ensangrentado revoltijo que había debajo del arc, Richard sintió una abrumadora sensación de soledad. Necesitaba tanto a Kahlan que el sentimiento le hacía daño; necesitaba su consuelo; necesitaba que estuviese a salvo. La agonía de no saber si estaba viva y bien era insoportable.

-Cara tiene razón – Nicci asió el brazo de Richard – No sabemos lo suficiente sobre aquello a lo que nos enfrentamos, pero lo que fuese que hizo esto, temo que, débil como éstas, tu espada no pueda protegernos de ello; y ahora tampoco puedo yo. Si sigue en estos bosques, no es el momento de enfrentarse a ello. La justicia y la venganza nos necesitan. Y para eso, debemos estar vivos.

Con el dorso de la mano, Víctor se secó unas lágrimas de aflicción y cólera de la mejilla.

-Odio admitirlo, pero creo que Nicci tiene razón.

-Lo que fuese, os estaba buscando, lord Rahl – dijo Cara – Y no os quiero aquí por si se le ocurriera regresar.

Richard advirtió el modo en que Cara, con su traje de cuero rojo, ya no parecía fuera de lugar en el bosque. Ahora armonizaba perfectamente con toda la sangre.

No listo aún para abandonar la búsqueda de lo que fuese que había matado a los hombres y con una siniestra sensación de alarma alzándose en su interior. Richard miró a la mord-sith con el entrecejo fruncido.

-¿Qué te hace pensar que iba tras de mí?

-Ya lo sabes – dijo Nicci entre los apretados dientes, respondiendo en lugar de Cara – ahora no es el momento y éste no es el lugar para hablar sobre ello. No hay nada que podamos conseguir aquí. Ya no podemos ayudar a estos hombres.

Ya no se les podía ayudar ¿Sucedía lo mismo con Kahlan? No podía permitirse creer eso.

Miro al norte. Richard no sabía dónde buscarla. El simple hecho de haber hallado la roca que habían desplazado de una patada al norte de su campamento no quería decir que quienquiera que se llevó a Kahlan fuese en esa dirección. Podrían haber marchado en dirección norte para no encontrarse con Víctor y sus hombres, y con los soldados que custodiaban el convoy de suministros. Podrían haberse limitado a intentar no ser descubiertos hasta abandonar la zona inmediata. Después de eso, podrían haber ido a cualquier parte.

Pero ¿A dónde?

Richard sabía que necesitaba ayuda.

Intentó pensar en quién podría ayudarle con algo así. ¿Quién le creería? Zedd “podría” creerle, pero Richard no creía que su abuelo pudiese ofrecer la clase de ayuda que necesitaba en tales circunstancias. Además era un viaje tremendamente largo para que luego resultase que las habilidades de Zedd no eran las adecuadas para aquel problema.

¿Quién estaría dispuesto a ayudarle, y podría saber algo?

Richard se volvió de pronto hacia Víctor.

-¿Dónde puedo conseguir caballos? Necesito caballos. ¿Dónde está el lugar más próximo?

La pregunta cogió por sorpresa a Víctor, quien dejó que la pesada maza colgara hacia el suelo. Con la otra mano se limpió el agua de lluvia de la frente mientras consideraba la pregunta. Volvió a arrugar el entrecejo.

-Altur'Rang sería probablemente el lugar más cercano – dijo tras reflexionar unos instantes.

Richard deslizó la espada de vuelta a la vaina.

-En marcha. Tenemos que darnos prisa.

Complacida con la decisión de irse de allí, Cara le dio un amable empujón en dirección a Altur'Rang. El recelo acechó en los ojos de Nicci, pero sintió tal alivio al verle iniciar la marcha lejos de aquel lugar de tanta muerte que no preguntó por qué quería caballos.

Olvidado el cansancio, los cuatro se alejaron a toda prisa de unos hombres a los que ya no podían ayudar. Abatidos como se sentían por tener que marcharse, todos comprendían que sería demasiado peligroso quedarse para enterrar a aquellos hombres. No podían poner en peligro sus vidas.

Guardada la espalda, la cólera que sentía se apagó y en su lugar brotó el aplastante dolor de la aflicción por los que habían muerto. El bosque parecía llorar con ellos.

Peor aún era el temor a preguntarse qué podría haberle sucedido a Kahlan. Si estaba en manos de aquella malvada...

“Piensa en la solución”, se recordó Richard.

Si quería encontrarla, necesitaría ayuda, y para conseguir ayuda, necesitaba caballos. Aquél era el problema más inmediato. Les quedaba aún medio día de luz, y tenía la intención de no desperdiciar ni un momento.

Los condujo lejos entre el enmarañado bosque a un ritmo agotador, pero nadie se quejó.

7

En la creciente penumbra de la noche que se acercaba, Richard y Cara usaron raíces de pino, finas y resistentes, que habían arrancado del mullido suelo para atar entre sí los troncos de árboles pequeños, en tanto que Víctor y Nicci buscaban afanosamente en el monte bajo de la densamente arbolada ladera, reuniendo ramas de balsamina. Mientras Richard sujetaba los troncos, Cara los ató con raíces, que actuaban como soga. Tras cortar un trozo sobrante para usarlo en otra parte, Richard introdujo de nuevo el cuchillo en la funda que le colgaba del cinto y, una vez que tuvo la estructura de troncos bien sujeta contra un saliente de roca, empezó a amontonar las ramas de balsamina a lo largo de la parte inferior. Cara ató más ramas desde el interior para mantenerlo todo fijo durante la noche, mientras Richard seguía aumentando la altura de las capas. Víctor y Nicci arrastraron brazadas de ramas hasta donde él estaba para mantenerlo bien provisto de material.

La zona bajo la cubierta de roca que sobresalía estaba seca, pero no era lo bastante grande, por lo que aquella especie de cobertizo adosado ampliaría el espacio protegido y proporcionaría un lugar cómodo donde dormir. Sin una fogata no resultaría demasiado cálido, pero al menos estaría seco.

A lo largo del día, la llovizna se había convertido en una lluvia, constante, y si bien no habían sentido frío mientras estaban en movimiento, ahora que tenían que detenerse a pasar la noche, el abrazo inexorable del frío había empezado ya. Incluso con un tiempo fresco, estar mojado le arrebató a la gente el calor que necesitaba y también la energía. Richard sabía que, la exposición constante, aunque sólo fuese a un clima ligeramente frío y húmedo, podía robar suficiente calor vital al cuerpo como para debilitar seriamente y en ocasiones incluso matar a una persona.

Con las pocas horas de sueño que sabía que Nicci y Cara habían tenido los tres días anteriores, y en su propio estado debilitado. Richard reconocía que necesitaban un lugar seco y caliente en el que descansar un poco, o todos estarían en apuros. No podía permitir que nada les hiciese aflojar la mancha.

Desde pasado el mediodía y hasta últimas horas de la tarde habían mantenido un ritmo constante y rápido en su camino hacia Altur'Rang. Tras la brutal carnicería, ninguno de los cuatro había sentido hambre, aunque sabían que tenían que comer si querían tener las energías necesarias para llevar a cabo el viaje, así que mordisquearon carne ahumada y galletas secas mientras se abrían paso por aquel territorio sin sendas.

Richard estaba tan exhausto que apenas podía mantenerse en pie. Tanto para acortar distancias como para evitar que los descubrieran, había guiado a los demás a través de bosques espesos, de ardua travesía en su mayor parte y todos ellos bien lejos de cualquier sendero. Había sido un extenuante día de viaje; la cabeza, la espalda, las piernas le dolían. Aunque, si se ponían en marcha temprano y mantenían aquel agotador ritmo, podrían alcanzar Altur'Rang al cabo de un día más de viaje. Una vez que obtuviesen caballos, la marcha sería más fácil y más veloz.

Deseó que no tuviese que ir tan lejos, pero no sabía que otra cosa hacer. No podía estar registrando eternamente los inmensos bosques que los rodeaban, con la esperanza de encontrar otra roca desplazada que pudiera darle una idea de en qué dirección había ido Kahlan. Podría no hallar jamás otra piedra como esa, e incluso aunque lo hiciera, no existirían motivos para creer que si seguía yendo en esa dirección, fuese a encontrar a Kahlan. Quienquiera que la hubiese cogido podría cambiar de dirección sin volver a desplazar jamás una piedra.

Las huellas normales habían desaparecido y Richard no conocía ningún modo de seguirle la pista a alguien cuando la magia había hecho desaparecer sus huellas; tampoco la magia de Nicci servía. Deambular sin rumbo no solucionaría nada, así que, reacio como era a abandonar la zona donde había visto a Kahlan por última vez, Richard no creía tener otra elección que ir en busca de ayuda.

Llevó a cabo mecánicamente la construcción del refugio, casi sin pensar en lo que hacía, y bajo la oscuridad cada vez mayor. Cara, preocupada por su bienestar, no dejó de vigilarlo por el rabillo del ojo.

Parecía como si la mord-sith esperara verle desplomarse en cualquier momento y tuviera la intención de atraparlo antes de que cayera.

Mientras trabajaba, Richard meditaba sobre la remota pero real posibilidad de que soldados de la Orden Imperial pudiesen estar registrando los bosques buscándoles, a la vez que le daba vueltas a la cabeza sobre a qué podría haber matado a todos los hombres de Víctor..., y tal vez estaría yendo tras ellos en aquellos momentos. Consideraba que otras precauciones podrían tomar, y cómo podría luchar contra lo que fuese que había llevado a cabo un acto de tal violencia.

Durante todo ese tiempo, intentó seguir pensando dónde podría estar Kahlan y repasó todo lo que era capaz de recordar. Caviló sobre si estaría o no herida, y se angustió pensando en lo que él podría haber hecho mal. Imaginaba que Kahlan debía de estar llena de temores y dudas, preguntándose por qué no acudía él a ayudarla, por qué no la había encontrado aún, y si lo haría alguna vez antes de que sus captores la mataran.

Luchó por desterrar de su mente el persistente temor de que podría estar ya muerta.

Intento no pensar en lo que podrían hacerle como cautiva que pudiera ser infinitamente más horrendo que una simple ejecución. Jagang tenía abundantes motivos para querer que permaneciese largo tiempo con vida. Sólo los vivos podían sentir dolor.

Desde el principio, Kahlan había estado allí para frustrar las ambiciones de Jagang y en ocasiones incluso arruinar sus éxitos. La primera fuerza expedicionaria de la Orden Imperial en el Nuevo Mundo, entre otras cosas, masacró a todos los habitantes de la gran ciudad galeana de Ebinisita, y Kahlan se había encontrado con la espantosa visión poco después de que una tropa de jóvenes reclutas galeanos la hubiese descubierto. Presas de ciega cólera, y no obstante verse superados diez a uno en número, los jóvenes se habían empeñado en obtener la gloria de la venganza y la victoria, encontrándose en el campo de batalla con los soldados que habían torturado, violado y asesinado a sus seres queridos.

Kahlan había tropezado con tales reclutas, mandados por el capitán Bradley Ryan, justo antes de que iniciaran la marcha hacia una batalla que ella comprendió que sería de su muerte. En su audaz inexperiencia, estaban convencidos de poder conseguir que sus tácticas funcionaran y haberse con la victoria, a pesar de verse superados en número de un modo tan abrumador.

Kahlan sabía cómo luchaban los experimentos soldados de la Orden Imperial. Sabía que si permitía que aquellos jóvenes reclutas hiciesen lo que planeaban, éstos marcharían hacia una despiadada trituradora y morirían todos. El resultado de sus ideas de cortas miras sobre la gloria del combate sería que aquellos soldados de la Orden Imperial irían a continuación, sin resistencia, a otras ciudades y proseguirían con el asesinato de inocentes.

Kahlan tomó el mando de los jóvenes reclutas y acometió la tarea de disuadirlos de sus ingenuas ideas sobre una pelea limpia. Les hizo comprender que su único objetivo era matar a los invasores, y que no importaba en qué modo los galeanos acabasen irguiéndose sobre los cadáveres de aquellos animales, que sólo importaba que lo hiciesen. En aquella tarea de matar, no existía gloria, simplemente supervivencia; mataban para que existiera vida. Kahlan enseñó a los reclutas lo que necesitaban saber sobre combatir a una fuerza que los superaba ampliamente en número, y los convirtió en hombres capaces de realizar esa repulsiva tarea.

La noche antes de conducir a aquellos jóvenes al combate, Kahlan penetró sola en el campamento enemigo y mató a su mago junto con algunos de los oficiales. Al día siguiente, aquellos cinco mil jóvenes combatieron junto a ella, siguieron sus instrucciones, aprendieron de ella, y en el transcurso de todo ello sufrieron bajas terribles, pero al final mataron a todos y cada uno de los cincuenta mil hombres de la avanzadilla de la Orden Imperial. Un logro raramente igualado en los anales de la Historia.

Aquéel había sido el primero de los muchos golpes que Kahlan asestó a Jagang. Como respuesta, él envió asesinos tras ella, que fracasaron.

En ausencia de Richard, después de que Nicci se lo hubiese llevado al corazón del Viejo Mundo, Kahlan había ido a reunirse con Zedd y los ejércitos del Imperio d'haraniano. Los encontró abatidos y huyendo tras haber perdido una batalla de tres días. Ocupando el lugar de Richard y llevando con ella la *Espada de la Verdad*, la Madre Confesora volvió a poner en pie el ejército y llevó a cabo un contraataque inmediato, que sorprendió al enemigo y le hizo mucho daño. Kahlan llevó determinación y ardor a las fuerzas d'haranianas y las inspiró para responder al desafío. Los hombres del capitán Ryan se unieron a ella en la lucha contra las hordas invasoras de Jagang, y durante casi un año, Kahlan mandó a las fuerzas del Imperio d'haraniano mientras éstas frustraban los esfuerzos de Jagang por subyugar con rapidez el Nuevo

Mundo. Los hostigó sin pausa. Ayudó a dirigir planes que ocasionaron al ejército de Jagang la pérdida de cientos de miles de hombres.

Kahlan había hecho sangrar al ejército de la Orden Imperial, y colaborado en detenerlos en seco en las afueras de Aydindril. Durante el invierno, había evacuado a la población de Aydindril y hecho que el ejército la trasladara a través de los pasos de montaña al interior de D'Hara. Acto seguido, las fuerzas d'haranianas sellaron aquellos pasos y, por el momento, mantenían a raya a la Orden Imperial y le impedían conseguir su objetivo final de conquistar D'Hara y someter el Nuevo Mundo al dominio brutal de la Fraternidad de la Orden.

Al odio que Jagang sentía por Kahlan sólo lo superaba el que sentía por Richard. Recientemente, el Caminante de los Sueños había enviado a un mago sumamente peligroso, llamado Nicholas, tras ellos y sólo por los pelos habían conseguido Richard y Kahlan no ser capturados.

Richard sabía que la Orden se deleitaba en ocuparse de que los enemigos capturados padecieran ultrajes monstruosos, y no había otra persona, aparte de él, a la que el emperador Jagang deseara más someter a tortura que a la Madre Confesora. No había nada a lo que él no fuese a recurrir con tal de ponerle las manos encima. El emperador Jagang reservaría para Kahlan las torturas más abominables.

Richard advirtió que estaba parado, de pie, helado y temblando, con los dedos cerrados sobre un puñado de rampas de balsamina. Cara lo observaba en silencio. Se arrodilló y reanudó la colocación de las ramas mientras luchaba por apartar pensamientos horribles de su mente. Cara volvió a su trabajo, y él puso todas sus energías en concentrarse en la tarea de finalizar el refugio. Cuanto antes se acostaran, más descansados estarían al despertar, y más rápido viajarían.

Aun cuando no estaban ni remotamente cerca de ninguna calzada y a una gran distancia de los senderos, Richard siguió sin querer encender un fuego por temor a que soldados en misión de reconocimiento pudieran descubrirlo. Aunque no podrían ver el humo del fuego a través de la llovizna y la niebla, aquella clase de tiempo tendía a mantener el humo bajo sobre el suelo, dispersándose en una y otra dirección, entre los árboles de modo que cualquier patrulla de la Orden Imperial podría olerlo. Era una posibilidad tan real que ninguno de sus compañeros abogó por encender una hoguera. Pasar frío era mucho mejor que tener que pelear por sus vidas.

Nicci arrastró una brazada de ramas de balsamina hasta allí mientras Richard seguía entrelazándolas en la parte posterior del cobertizo. Ninguno de los demás hablaba. Al parecer, todos estaban absortos en la preocupación de lo que fuese que había matado a los hombres pudiera estar allí fuera, entre las sombras cada vez más oscuras, persiguiendo a los cuatro mientras se preparaban para acostarse en una fortaleza hecha tan sólo de ramas de balsamina.

El primer día en dirección a Altur'Rang, más que un viaje había sido como una carrera para salvar la vida. Pero lo que fuese que había matado a los hombres de Víctor no los había perseguido, o al menos Richard no creía que lo hubiese hecho. En realidad no podía imaginar que aquello que poseía el poder para matar a tantos hombres de un modo tan brutal no pudiese apañárselas para atraparlos si encontraba su rastro. En especial no algo poseído por un furor sanguinario, como le había descrito Nicci.

Además, cuando estaba en el bosque, Richard sabía cuándo había animales por allí y dónde era probable que estuviesen, y por lo general, sabía cuando había gente cerca. Si Víctor y sus hombres no hubiesen estado acampados a tanta distancia del campamento de Richard, Kahlan y Cara, él habría sabido que estaban allí. Asimismo, podía darse cuenta perfectamente de cuándo lo perseguían y de si alguien les seguía el rastro. Cuando era guía a veces había rastreado a personas que se habían perdido. El y otros guías celebran competiciones a veces para seguir unos a otros, y Richard sabía como vigilar para descubrir si alguien lo seguía.

No obstante, no se trataba tanto de sospechar que alguien los seguía como de un sentimiento de gélido pavor, el de si los perseguía un fantasma asesino presa de un furor sanguinario. Aquel temor les instaba constantemente a correr, y él sabía, que correr era a menudo el detonante que hacía saltar al depredador.

Richard comprendía, no obstante, que no era más que su imaginación la que le hacía sentir el aliento cálido de esos perseguidores. Zedd le había enseñado que siempre era importante comprender por qué se tenían sentimientos concretos, de modo que uno pudiese decidir si aquellos sentimientos los causaba algo que merecía atención o algo que no la merecía. Aparte del miedo palpable provocado por la brutalidad de la masacre, Richard no tenía pruebas de que los persiguieran, así que trataba de mantener la sensación en la perspectiva adecuada.

El miedo mismo a menudo era la mayor amenaza. El miedo hacía que las personas llevaran a cabo

cosas irreflexivas que muchas veces les causaban problemas. El miedo hacía que las personas dejaran llevar a cabo cosas irreflexivas que muchas veces les causaban problemas. El miedo hacía que las personas dejaran de pensar, y cuando dejaban de pensar, a menudo hacían elecciones estúpidas.

En varias ocasiones cuando crecía, Richard había rastreado personas que se habían perdido en los inmensos bosques que había alrededor de Ciudad del Corzo. Un chico al que Richard había buscado durante dos días no dejó de correr en la oscuridad hasta que acabó cayendo por un precipicio. Por suerte no fue una caída larga, y Richard lo encontró en un terraplén con un tobillo torcido que estaba hinchado pero no roto. El muchacho sólo estaba aterido, cansado y asustado, pero podría haber sido peor, y él lo sabía. Se alegró mucho al ver a Richard y se mantuvo fuertemente abrazado a su cuello durante todo el camino de vuelta a casa.

Existía infinidad de modos de morir en el bosque. Richard había oído de personas atacadas por un ojo o un puma, o mordidas por una serpiente. Pero no podía ni imaginar que había matado a los hombres de Víctor. Jamás había visto nada parecido y sabía que no habían sido soldados. Suponía que podrían haber sido personas con el don usando alguna clase de poder terrible, pero sencillamente no creía que ésa fuese la explicación.

Comprendió, entonces, que consideraba que aquello había sido una bestia.

Fuera lo que fuese lo que había matado a los hombres de Víctor, Richard había tomado precauciones en cuanto se pusieron en marcha, siguiendo arroyos hasta que estuvieron a una buena distancia de la carnicería. Luego tuvo la precaución de conducirlos hacia arriba, fuera de las aguas rápidas, lejos por terreno donde sería mucho más difícil seguirles el rastro. En más de una ocasión a lo largo del día, los había llevado por rocas desnudas o a través de agua para que resultase una tarea ingente para un buen rastreador. También el refugio estaba concebido para fusionarse con el bosque, y sería difícil distinguirlo, a menos que alguien pasase muy cerca.

Víctor arrancó una pesada carga de ramas de balsamina hasta allí y las depositó a los pies de Richard.

-¿Necesitas más?

Con la punta de la bota, Richard empujó suavemente el montón, juzgando hasta que punto y lo bien que cubrirían los postes que quedaban.

-No, creo que éstas y las que Nicci trae deberían ser suficientes.

Nicci dejó caer su carga junto a la de Víctor. A éste le parecía raro ver a Nicci llevar a cabo tal trabajo, pues incluso arrastrando ramas de balsamina la mujer tenía un aspecto regio. Mientras que Cara también poseía una belleza extraordinaria, su porte descarado hacía que pareciera más natural para ella estar construyendo un refugio...o un mayal de púas preparado para matar intrusos. Sin embargo, Nicci, no parecía natural trabajando en el bosque; como si fuese a quejarse por ensuciarse las manos, aunque no lo hizo ni una sola vez. No era que no estuviese dispuesta a hacer cualquier cosa que Richard necesitase, era sólo que parecía por completo fuera de lugar haciéndolo; sencillamente tenía un porte demasiado aristocrático para la tarea de transportar ramas.

Ahora que había traído todas las ramas que Richard necesitaba, Nicci se mantuvo sin hacer ruido bajo los árboles chorreantes, abrazándose mientras tiritaba. Richard tenía los dedos ateridos de frío mientras entretejía a toda prisa las ramas que quedaban, y podía ver como Cara, mientras trabajaba para asegurar las ramas, se metía de vez en cuando las manos bajo los sobacos. Únicamente Víctor no mostraba ninguna señal extrema de tener frío, y Richard supuso que la cólera que ardía en el herrero era suficiente para mantenerlo caliente.

-¿Por qué no dormís un poco vosotros tres? – Dijo Víctor cuando Richard acabó el refugio – Montaré guardia por ahora si nadie pone objeción. No tengo sueño.

Por la ira subyacente en la voz del hombre, Richard imaginó que Víctor podría no sentir sueño durante bastante tiempo. Comprendía el amargo pesar del herrero, que sin duda se pasaría la guardia intentando pensar que diría a la madre de Ferran y a los parientes de los demás.

Posó una mano comprensiva en el hombro de Víctor.

-No sabemos a qué nos enfrentamos. No dudes en despertarme si oyes o ver cualquier cosa inusual. Y no olvides entrar y dormir las horas que te corresponden. Mañana será un largo día de viaje. Todos necesitamos estar fuertes.

Víctor asintió, Richard contempló como el herrero recogía su capa y se la echaba sobre los hombros antes de asir raíces y enredaderas para escalar la roca que había sobre el refugio, hasta el lugar donde velaría por ellos. Richard se preguntó si tal vez el resultado podría haber sido distinto de haber estado Víctor con

aquellos hombres; pero entonces pensó en los árboles astillados y los surcos profundos en el suelo abierto con tal fuerza que habían dado la vuelta a rocas y destrozado raíces. Recordó las corazas de cuero rasgadas, los huesos hechos añicos, los cuerpos desgarrados, y se alegró de que Víctor no hubiese estado allí en el momento del ataque. Ni siquiera una pesada maza empuñada con cólera por los poderosos brazos del maestro herrero habría detenido lo que fuese que había penetrado en el claro.

Nicci presionó una mano sobre la frente de Richard para comprobar si tenía fiebre.

-Necesitas descansar. Nada de guardias para ti esta noche. Cada uno de nosotros tres hará un turno.

Richard quiso protestar, pero sabía que ella tenía razón, que aquella no era una batalla que debiese librar, así que no lo hizo y asintió con la cabeza. Cara, evidentemente dispuesta a ponerse del lado de Nicci si él discutía, se dio la vuelta y dejó de observarlos desde el exterior de la pequeña abertura.

Procedente de la creciente oscuridad que los rodeaba, un sonido chirriante había empezado a aumentar de intensidad hasta convertirse en un pipiar agudo, y ahora que habían puesto fin a la tarea de construir el refugio, resultaba difícil hacer caso omiso del ruido. Este hacía que todo el bosque pareciera animado por una actividad estridente, y Nicci finalmente le prestó atención e hizo una pausa para mirar a su alrededor.

-¿Qué es ese sonido? – preguntó, frunciendo el entrecejo.

Richard arrancó una especie de piel vacía del tronco de un árbol. Por todas partes en el bosque, los árboles estaban cubiertos de aquellos cascarones color canela, del tamaño de un pulgar.

-Cigarras – Richard sonrió para sí a la vez que dejaba que el sutil resto de la criatura rodara al interior de la palma de la mano – Esto es lo que queda cuando efectúan la muda.

Nicci echó una ojeada a la piel que él tenía en la mano y dirigió una breve mirada a algunas de las otras que había pegadas a los árboles.

-Si bien pasé la mayor parte de mi vida en pueblos y ciudades, y en lugares cerrados, he pasado mucho tiempo al aire libre desde que abandone el Palacio de los Profetas. Estos insectos deben ser exclusivos de estos bosques. No recuerdo haberlas visto antes... ni haberlas oído.

-No podrías. Yo era un niño la última vez que los vi. Esta clase de cigarra emerge de debajo de la tierra cada diecisiete años. Hoy es el primer día que han empezado a salir y sólo andarán por ahí unas pocas semanas mientras se aparean y ponen los huevos. Luego no volveremos a verlas durante otros diecisiete años.

-¿De veras? – preguntó Cara a la vez que volvía a sacar la cabeza - ¿Cada diecisiete años? – Reflexiono sobre ello un momento y luego alzó los ojos hacia Richard con cara de pocos amigos – Será mejor que no nos impidan dormir.

-Debido a su número crean un sonido del todo inolvidable. Con incontables cigarras trinando juntas, a veces puedes oír el armónico ascenso y descenso de su canto desplazándose por el bosque en una onda. En el silencio de la noche, el chirrido puede parecer ensordecedor al principio, pero, créelo o no, lo cierto es que te arrullará.

Satisfecha con la información de que los ruidosos insectos no mantendrían despierto a la persona que tenía a su cargo. Cara volvió a desaparecer en el interior.

Richard recordó su asombro cuando Zedd había paseado con él, por los bosques y le había mostrado las criaturas recién aparecidas, contándoselo todo sobre su ciclo de vida de diecisiete años. Para Richard, como niño que era, fue un prodigio memorable. Zedd le contó que ya sería un adulto cuando volvieran a salir, que las había visto por primera vez de niño, y que la segunda vez que las viera ya sería un hombre hecho y derecho. Richard recordó haberse sentido maravillado ante el acontecimiento, y que prometió que cuando regresaran, se aseguraría de pasar más tiempo observando a las excepcionales criaturas cuando salieran del suelo.

Sintió una oleada de profunda tristeza por la pérdida de aquella época inocente de la vida. Siendo un niño, la aparición de las cigarras había parecido prácticamente el fenómeno más asombroso que podía imaginar, y esperar diecisiete años hasta que regresasen parecía lo más duro que tendría que hacer jamás. Y ahora habían regresado.

Y ahora él era un hombre. Arrojó el cascarón vacío a un lado.

Después de quitarse la capa mojada y gatear al interior, detrás de Nicci, Richard juntó las ramas para cubrir la abertura del acogedor refugio. El grosor de las ramas atenuó el agudo canto de las cigarras, cuyo incesante zumbido empezaba a adormilarle.

Le satisfizo comprobar que las ramas de balsamina cumplían su función de repeler la lluvia, manteniendo seco el refugio en forma de cueva, aunque no caliente, también había colocado un lecho de

ramas sobre el suelo desnudo para disponer de una plataforma relativamente blanda y seca sobre la que dormir. No obstante, incluso sin la lluvia goteando sobre ellos, la humedad y la niebla lo seguían mojando todo. La respiración surgía en nubes efímeras.

Richard estaba harto de estar mojado. Manejar los árboles le había dejado cubierto de corteza, pinaza y tierra, y tenía las manos pegajosas debido a la savia. No era capaz de recordar haberse sentido jamás tan astroso, con mugre y arenilla pegadas a la piel y la ropa mojada. Por lo menos la resina de pino y la de balsamina proporcionaban un olor agradable al refugio.

Deseó poder tomar un baño, y esperó que Kahlan estuviese caliente, seca e ilesa.

Cansado como estaba, y con lo somnoliento que le hacían sentirse las cigarras, había cosas que Richard necesitaba saber; había cuestiones mucho más importantes para él que dormir, o aquella sencilla maravilla de su niñez.

Necesitaba averiguar que sabía Nicci sobre lo que había matado a los hombres de Víctor; pues existían demasiadas conexiones para pasarlas por alto. El ataque había ocurrido justo cerca de donde Richard, Kahlan y Cara habían estado acampados pocos días antes, y lo que era más importante, lo que hubiese matado a los hombres no parecía haber dejado ningún rastro, al menos ninguno que él hubiese podido hallar en su breve búsqueda, y aparte de aquella roca desplazada, Richard no pudo encontrar ningún rastro ni de Kahlan ni de su secuestrador.

Tenía intención, antes de dormirse, de averiguar que sabía Nicci sobre lo que había matado a los hombres.

8

Richard desató las correas de cuero de la mochila y abrió el saco de dormir, extendiéndolo en el estrecho espacio que quedaba entre los otros dos.

-Nicci, allá en el lugar donde mataron a los hombres de Víctor, dijiste que aquello había sido obra de un furor sanguinario – se recostó en la pared de roca, bajo el saliente - ¿Qué querías decir?

Nicci se sentó a su derecha, encima del saco de dormir.

-Lo que vimos allí atrás no fue una simple matanza ¿No es eso obvio?

Richard supuso que no andaba desencaminada, pues jamás había contemplado una carnicería tan bárbara y furiosa. No obstante, era consciente de que ella sabía mucho más al respecto.

Cara se acurrucó a la izquierda de Richard.

-Te lo digo en serio – dijo a Nicci – no creo que lo sepa.

Richard lanzó una mirada recelosa a la mord-sith y luego a la hechicera.

-¿Qué sepa que?

Nicci se pasó los dedos por los cabellos húmedos, apartándose mechones del rostro. Parecía un tanto perpleja.

-Dijiste que recibiste la carta que envié.

-Si.

Hacía bastante tiempo de ello, pero intentó recordar entre el aturdimiento del cansancio y la preocupación el contenido de la carta de Nicci; algo sobre que Jagang creaba armas a partir de personas.

-Tu carta fue valiosa para ayudarme a averiguar qué sucedía en aquellos momentos. Y realmente aprecié tu advertencia sobre la voluntad de Jagang de crear armas a partir de personas con el don. Nicholas el Transponedor resultó de lo más repugnante.

-Nicholas – Nicci escupió el nombre antes de echarse una manta alrededor de los hombros – el no es más que una pulga en el trasero de un lobo.

Si Nicholas era la pulga, Richard deseó no tropezarse nunca con el lobo. Nicholas el Transponedor había sido un mago a quien las Hermanas de las Tinieblas habían alterado para que poseyera habilidades que estaban más allá de cualquier característica humana. Se había pensado que llevar a cabo tal magia era no sólo un arte perdido sino imposible porque, entre otras cosas, tal tarea nefanda requería el uso no sólo de Magia de Suma sino también de Resta. Si bien unas pocas personas excepcionales habían aprendido a manipularla, hasta el nacimiento de Richard no había dicho nadie que naciera con el don para usar Magia de

Resta en miles de años.

Pero si habían existido aquellos que, incluso a pesar de no haber nacido con aquel lado del don, habían conseguido obtener el uso de la Magia de Resta. Rahl el Oscuro había sido una de tales personas, y se decía que había entregado las almas puras de niños al Custodio del inframundo a cambio de siniestras indulgencias, incluida la habilidad para usar la Magia de Resta.

Richard supuso que, a través de promesas malsanas al Custodio, las primeras Hermanas de las Tinieblas se las habían ingeniado para usar la Magia de Resta y transmitirla a sus discípulas conversas.

Tras la caída del Palacio de los profetas, Jagang había capturado a muchas de las Hermanas, tanto de la Luz como de la Tinieblas, pero su número menguaba. Por lo que Richard había averiguado, las aptitudes del Caminante de los Sueños le permitían penetrar en todas las partes de la mente de una persona y controlarla; no existían pensamientos secretos que él no conociera ni acciones íntimas que no pudiera presenciar. Era una violación interna tan completa que ningún rincón de la mente estaba a salvo del examen del Caminante de los Sueños, y lo que era peor, la víctima no siempre podía saber si Jagang acechaba allí, en su mente, siendo testigo de sus pensamientos más íntimos.

Nicci había contado que esa posesión por parte del Caminante de los Sueños había hecho enloquecer a unas cuantas de las Hermanas, Richard sabía a su vez, que, mediante aquel vínculo, Jagang podía dispensar un sufrimiento atroz, y si lo deseaba, la muerte. Con tal control, el Caminante de los Sueños podía obligar a las Hermanas a hacer cualquier cosa.

Mediante una antigua magia creada por uno de los antepasados de Richard para proteger a su gente de los Caminantes de los Sueños, los que juraban fidelidad a lord Rahl quedaban protegidos. Junto con el resto de su don. Richard había heredado aquel vínculo, y con la llegada al mundo otra vez de un Caminante de los Sueños, ahora salvaguardaba a los que les eran leales, impidiendo que Jagang penetrara en sus mentes y los esclavizara. Si bien los habitantes de D'Hara ofrecían una oración formal de fidelidad a su lord Rahl, la protección que el vínculo proporcionaba se invocaba en realidad mediante la convicción de la persona; al hacer lo que consideraban que exigía su fidelidad.

Tanto Ann, la Prelada de las Hermanas de la Luz, como Verna, la mujer a quien Ann había nombrado su sucesora, se habían infiltrado en el campamento de la Orden Imperial e intentado rescatar a sus Hermanas. A las cautivas se les había ofrecido la protección del vínculo – todo lo que tenían que hacer era aceptar en sus corazones la lealtad para con Richard – pero la mayoría le tenía tal terror a Jagang, que en más de una ocasión habían rechazado la oportunidad de ser libres. No todo el mundo estaba dispuesto a abrazar la libertad. La libertad requería no sólo esfuerzo, sino correr riesgos. Algunas personas elegían engañarse a sí mismas y considerar las cadenas como una coraza protectora.

Nicci había sido en una ocasión una sierva de la Fraternidad de la Orden de las Hermanas de la Luz, y luego de las Hermanas de la Tinieblas, y finalmente de Jagang. Ya no lo era. En su lugar había abrazado el amor por la vida de Richard y su inquebrantable lealtad a él y a aquello en lo que él creía la había liberado de las garras del Caminante de los Sueños; pero más aun que eso, la había liberado del yugo de la servidumbre que había llevado toda la vida. Su vida era sólo suya ahora, y Richard pensaba que a lo mejor eso podría tener algo que ver con la resuelta nobleza del porte de la hechicera.

-No leí toda la carta – admitió Richard – Antes de que pudiera terminarla, nos atacaron unos hombres enviados por Nicholas para capturarnos. Ya te lo conté antes; fue entonces cuando mataron a Sabar. Durante esa pelea la carta cayó al fuego.

Nicci se echó hacia atrás.

-Queridos espíritus – murmuró – Pensaba que lo sabías.

Richard estaba cansado y se le agotaba la paciencia.

-¿Qué sabía que?

Nicci dejó que los brazos le resbalaran a los costados, luego lo miró bajo la tenue luz soltó un suspiro de supremo agotamiento.

-Jagang halló un medio de que las Hermanas de las Tinieblas que tiene prisioneras usen su habilidad para empezar a crear armas a partir de personas, como se había hecho durante la gran guerra. En muchos aspectos, es un hombre genial. Se ocupa de aprender cosas. Recoge libros de los lugares que saquea. He visto algunos de esos libros, y entre toda clase de volúmenes, tiene antiguos manuales de magia de aproximadamente esa época.

“El problema es que, si bien puede que sea un Caminante de los Sueños y con mucho talento, no posee el don y por lo tanto su comprensión de él, de exactamente que es el han y cómo funciona, es burda en el

mejor de los casos. No es fácil para alguien que carece de magia comprender tales cosas. Tú posees el don y ni siquiera lo comprendes realmente o sabes gran cosa sobre como funciona. Pero debido a que Jagang no sabe hacer magia, se dedica a meter la pata exigiendo que las cosas se hagan simplemente porque las ha imaginado, porque es el gran emperador y desea que sus visiones cobren vida.

Richard se pasó los dedos por la frente, repartiendo la mugre por ella.

-No lo subestimes. Es posible que sepa más sobre lo que hace de lo que piensas.

-¿Qué quieres decir?

-Puede que yo no sepa demasiado sobre magia, pero una de las cosas que he aprendido es que la magia es como una expresión artística. A través de la expresión artística, por falta de un término mejor, se puede crear magia que no ha existido antes.

Nicci se lo quedó mirando con atónita incredulidad.

-Richard, no sé dónde has oído eso, pero sencillamente no funciona así.

-Lo sé, lo sé. También Kahlan cree que me aventuro demasiado al pensar en esto. Puesto que se ha criado entre magos sabe una barbaridad sobre magia, y en el pasado ha insistido rotundamente en que estoy equivocado. Pero no lo estoy. Lo he hecho en ocasiones anteriores. Usar el don de tal modo, de un modo nuevo y original, me sacó de lo que, de otra manera, habrían sido trampas mortales.

Nicci lo miraba detenidamente de aquella forma tan suya. Richard comprendió el motivo: no era sólo lo que había dicho sobre la magia; volvía a hablar de Kahlan, de la mujer que no existía, de la mujer que había soñado. El semblante de Cara delató la muda inquietud de la mord-sith.

-En cualquier caso – siguió él, regresando al quid de la cuestión – sólo porque Jagang no posea el don, no significa que no pueda inventar cosas... inventar pesadillas... como Nicholas. A través de una idea original se crean las cosas más letales, para las que podría no existir un contraataque convencional. Sospecho que éste podría haber sido el método que los magos de la antigüedad usaron para crear armas a partir de personas.

Nicci estaba fuera de sí, presa de agitación.

-Richard, la magia no funciona así. No puedes inventar todo lo que quieres. La magia funciona según las reglas de la naturaleza, exactamente como las demás cosas del mundo. El mero capricho no obtendrá tablones de los árboles. Debes cortar el árbol en la forma deseada. Si quieres una casa, no puedes desear que ladrillos y tablas se amontonen hasta convertirse en una vivienda. Tienes que usar las manos para dar forma a la estructura.

Richard se inclinó hacia la hechicera.

-Sí, pero es la imaginación humana la que hace que esas acciones concretas sean no sólo posibles, sino efectivas. La mayoría de los constructores piensan en términos de casas o graneros; hacen lo que se ha hecho antes, simplemente. La mayor parte del tiempo no quieren pensar, así que nunca idean nada más; se limitan a la repetición, y como excusa insisten en que debe hacerse de ese modo porque siempre se ha hecho de ese modo. La mayor parte de la magia es así: los que tienen el don simplemente repiten lo que ya se ha hecho antes, creyendo que debe hacerse así, sin más justificación que la de que siempre se ha hecho de esa forma.

“Antes de que pueda construirse un palacio magnifico, tiene que imaginarse primero alguien con la audacia suficiente para tener una visión de lo que podría ser. Un palacio no surge espontáneamente ante la sorpresa de todos mientras los hombres intentan construir un granero. Únicamente el acto consciente de la concepción puede dar origen a la realidad.

“Para que ese acto de imaginación creativa de origen a la existencia de un palacio, éste no puede violar ninguna de las leyes de la naturaleza de las cosas que se usan. Al contrario, la persona que imagina un palacio magnifico con el objetivo de verlo construido debe conocer íntimamente la naturaleza de todas las cosas que usará en su construcción. Si no es así, el palacio se derrumbará. Debe conocer la naturaleza de los materiales mejor que el hombre que los usa para construir un simple granero. No es una cuestión de desear algo que trasciende de las leyes de la naturaleza, sino una cuestión de pensar de modo original basándose en esas leyes de la naturaleza.

“Crecí en los bosques que rodean Ciudad del Corzo, sin haber visto nunca un palacio – Richard extendió los brazos, como para mostrarle las cosas que había visto desde que abandonó su tierra natal – Hasta que vi el Castillo de Tamarang, el Alcázar del Hechicero y el Palacio de las Confesoras en Aydindril, o el Palacio del Pueblo en D'Hara, jamás imaginé que existieran tales cosas ni que pudiesen existir. Estaban más allá del alcance de mis pensamientos en aquellos tiempos.

“Y sin embargo, a pesar de que jamás imaginé que pudieran construirse tales lugares, otros hombres

los concibieron, y se construyeron. Creo que una de las funciones importantes de las grandes creaciones es que inspiran a la gente.

Nicci parecía estar considerando sus palabras con todo interés, casi fascinada.

-¿Quieres decir que crees que una expresión artística también puede dar forma a cosas tan importantes como las funciones de la magia?

Richard sonrió.

-Nicci, tú no pudiste captar la importancia de la vida hasta que esculpí aquella estatua en Altur'Rang. Cuando viste el concepto en forma tangible, fuiste capaz por fin de juntar todas las cosas que habías aprendido a lo largo de tu vida y captar finalmente su significado. Una creación artística te tocó el alma. Eso es a lo que me refiero al decir que una función importante de las grandes obras es que inspiran a la gente.

“Debido a que te inspiró con la belleza de la vida, con la nobleza del ser humano, actuaste para ser libre; algo que jamás habías creído posible. Puesto que los habitantes de Altur'Rang pudieron ver asimismo en aquella estatua lo que podía y debería ser, se sintieron impelidos a resistirse a la tiranía que aplastaba sus vidas. No se consiguió copiando otras estatuas, haciendo lo que era la norma aceptada para las estatuas en el Viejo Mundo – mostrar al ser humano como débil e ineficaz – sino mediante una idea de belleza, una visión noble, que dio forma a lo que esculpí.

“No violé la naturaleza del mármol que utilicé, sino que más bien usé la naturaleza de la piedra para llevar a cabo algo distinto a lo que otros hacían con ella de modo rutinario. Estudié las propiedades de la piedra, aprendí a trabajarla, y busqué comprender qué más podía hacer con ella para lograr mi objetivo. Hice que Víctor me fabricara herramientas de la mejor calidad para realizar el trabajo tal y como quería. De ese modo hice realidad lo que quería crear, lo que no había existido nunca antes.

“Creo que la magia puede funcionar también de ese modo. Creo que ideas igual de originales influyeron en el modo en que en el pasado se crearon armas a partir de personas. Después de todo, cuando se crearon tales armas, estas resultaron efectivas en gran parte porque eran originales, porque nunca antes se habían concebido o utilizado. En muchas ocasiones, el otro bando en guerra tuvo que trabajar para crear con la magia cosas totalmente nuevas que fuesen capaces de combatir contra aquellas armas. En muchos casos consiguieron que el arma quedara obsoleta al crear una magia que la contrarrestaba, y entonces alguien en el otro bando inmediatamente se puso a pensar en algún horror nuevo. Si usar la magia de un modo creativo no era posible, entonces ¿Cómo crearon los magos del pasado armas como ella? No puedes decir que se limitaron a aprenderlo de un libro, o de experiencias anteriores; ¿Dónde y como se habrían originado tales armas si no fue a partir de una idea original? Alguien tuvo que haber usado la magia de un modo creativo para empezar.

“Creo que Jagang esta haciendo otra vez eso mismo con la magia. Ha estudiado algo de lo que se hizo en la gran guerra, qué armas se crearon, y aprendido de ello. En ocasiones puede mandar que lo que se creó en el pasado se vuelva a crear, como sucedió con Nicholas, pero en otros casos pienso que imagina lo que va más allá de lo que se ha hecho antes, y hace que lo convierta en realidad aquellos que saben usar la magia para crear lo que él quiere.

“En estos actos de creación no es el trabajo el aspecto más extraordinario, sino la idea y la visión. Se pueden contratar carpinteros y albañiles, tanto para que construyera casas y graneros como para continuar un palacio. No era tanto la tarea lo extraordinario de palacios, sino la visión y el impulso de crear.

Nicci, totalmente concentrada, asintió de modo apenas perceptible mientras sopesaba las palabras de Richard.

-Me doy cuenta de que tu teoría no es en absoluto la idea disparatada que pensaba que era al principio. Es un razonamiento con el que no me he encontrado nunca. Tendré que pensar en posibilidades. Podrías ser el primero en comprender realmente el mecanismo que hay tras el proyecto de Jagang...o, de hecho, tras las creaciones de los magos en épocas pasadas. Esto explicaría un gran número de cosas que me han estado fastidiando a lo largo de los años.

Nicci pronunció aquellas palabras con un respeto intelectual por una teoría nueva para ella, pero una teoría que comprendía por completo. Nadie que hubiese hablado jamás con Richard sobre la magia había tratado sus ideas con una comprensión tan perspicaz, y este sintió como si fuese la primera vez que alguien comprendía de verdad lo que él veía.

-Bueno – dijo – he tenido que vérmelas con las creaciones de Jagang, y debo decir que Nicholas resultó de lo más problemático.

Bajo la débil luz, Nicci le estudió el rostro durante un momento.

-Richard, por que pude averiguar – dijo en una voz queda – Nicholas no era el autentico objetivo de Jagang. Nicholas fue un simple ensayo.

-¡Ensayo! – Richard echó la cabeza hacia atrás, golpeando la pared – No sé. Nicci. No estoy tan seguro de eso. Nicholas el Transponedor era una creación formidable y algo muy repugnante. No sabes la de problemas que nos causó.

-Lo venciste – repuso ella encogiéndose de hombros.

Richard se quedó asombrado.

-Haces que suene como si él fuese sólo un bache en el camino. No lo era. Te lo digo en serio, era una creación aterradora que estuvo a punto de matarnos.

Nicci sacudió la cabeza.

-Y yo te digo que, por formidable que pudiese haber sido, Nicholas no era tras lo que andaba Jagang. Dijiste que no menospreciara al Caminante de los Sueños. No hagas tú lo mismo. El jamás pensó que Nicholas estuviese totalmente a tu altura.

“Lo que dices sobre el uso de la imaginación para crear cosas nuevas realmente tiene sentido, en especial en este caso. Podría incluso explicar unas cuantas cosas. Por lo poco que conseguí averiguar, tengo la convicción de que, desde el principio, Nicholas sólo estaba concebido para ampliar las habilidades de las Hermanas a las que Jagang había asignado la tarea de crear armas. Nicholas no era el objetivo de Jagang, sino un simple ejercicio con miras a la obtención de ese objetivo.

“Puesto que el número de Hermanas disminuye cada vez mas, esa clase de ejercicio ha adquirido una nueva urgencia. Aun así, al parecer dispone de Hermanas suficientes para crear sus armas.

Richard sintió que se le ponían los brazos de piel de gallina a medida que empezaba a comprender todas las implicaciones de lo que Nicci le contaba.

-¿Quieres decir que crear a Nicholas fue como si Jagang hiciese que sus carpinteros construyeran una casa a modo de práctica antes de construir algo infinitamente más complicado, como un palacio?

Nicci alzó los ojos hacia él y sonrió.

-Sí, exactamente eso.

-Pero envió a Nicholas con tropas a gobernar un territorio además de a capturarnos.

-Simplemente porque le convenía. Jagang había infundido a Nicholas la necesidad de darle caza, pero sólo como una parte de sus objetivos más importantes. En realidad no esperaba que el Transponedor fuese capaz de llevar a cabo sus transcendentales ambiciones. Es posible que el emperador te odio por poner trabas a su avance en la conquista del Nuevo Mundo, es posible que te considere indigno como oponente suyo, y puede que te vea como un pagano inmortal merecedor sólo de la muerte, pero es lo bastante listo para reconocer tus aptitudes. Es como cuando dijiste que enviaste a aquel soldado a asesinar a Jagang. En realidad no esperabas que aquel soldado tuviese éxito en la difícil tarea de asesinar a un emperador bien custodiado, pero el soldado no tenía otro valor para ti, y puesto que pensabas que existía una posibilidad de que pudiese conseguir algo, decidiste que bien podrías enviarle en esa misión mientras trabajabas en una idea mucho mejores que esperabas que tuviesen una posibilidad más razonable de éxito. Y si mataban al soldado, a ti no te importaba porque únicamente recibía lo que se merecía.

“Nicholas era algo parecido. Era una creación llevada a cabo mediante magia, un ejercicio en el camino hacia algo muy superior. En el orden de las cosas, Nicholas no era tan valioso para Jagang, así que Jagang, en lugar de hacerle matar, lo utilizó. Si Nicholas tenía éxito, entonces Jagang iría por delante en el juego, y si tú lo matabas, pues le hacia un favor.

Richard se pasó la mano por el cabello. Las implicaciones de todo aquello lo abrumaban. Había criticado a Nicci por no tener una mayor amplitud de miras, y él acababa de hacer lo mismo.

-Bien pues – le preguntó - ¿Qué crees que Jagang podría hacer aparecer que fuese pero que Nicholas el Transponedor?

El zumbido de las cigarras parecía opresivo, invasivo, en aquel momento, como si fuesen un enemigo que estuviera rodeándoles.

-Creo que ha seguido adelante y ha creado ya tal obra maestra – respondió Nicci con irrevocabilidad, y alzó más la manta y se la cerró bien sobre el cuello – Creo que es a eso a lo que se enfrentaron aquellos hombres en el bosque.

Richard se la quedó mirando en la casi total oscuridad.

-¿Qué sabes sobre lo que Jagang ha hecho?

-No gran cosa – admitió ella – Únicamente unas pocas palabras susurradas al emperador un viaje una

de mis antiguas Hermanas.

-¿Un viaje?

-Al mundo de los muertos.

Por el tono de voz y el modo en que miró a lo lejos, Richard no quiso preguntar en que habían quedado los planes de viaje de la mujer.

-Así pues ¿que te conto?

Nicci profirió un cansado suspiro.

-Que Jagang había estado creando criaturas a partir de las vidas tanto de cautivos como de voluntarios. Algunos de esos magos jóvenes realmente creen que se sacrifican por un bien mayor – Nicci meneó la cabeza ante tan triste y vana ilusión – La Hermana me contó que Nicholas no era más que un peldaño en el camino para la obtención de los auténticos y nobles fines de su Excelencia – Nicci volvió a alzar la mirada para asegurarse de que Richard prestaba atención – Dijo que Jagang estaba a punto de crear una criatura similar a una que había hallado en escritos antiguos, pero mucho mejor, mucho más letal e invencible.

A Richard se le erizaron los pelos del cogote.

-¿Una criatura? ¿Qué clase de criatura?

-Una bestia. Una bestia invencible.

Richard tragó saliva ante la ominosa definición.

-¿Qué hace esa criatura? ¿Pudiste averiguarlo? ¿Cuál es su naturaleza?

Sin saber por qué, no parecía capaz de pronunciar la misma palabra en voz alta en aquel momento, como si pronunciarla pudiera hacer surgir al ser de la noche que les envolvía.

Los ojos inquietos de Nicci miraron en otra dirección.

-Mientras la Hermana se deslizaba a los brazos de la muerte, sonrió igual que el Custodio mismo con un botín de almas y dijo “Una vez que él use el poder, la bestia reconocerá por fin a Richard Rahl. Entonces le encontrará y le matará. Su vida, como la mía, ha llegado a su fin”.

-¿Dijo algo mas? – preguntó Richard, tras recuperarse de la sorpresa.

Nicci negó con la cabeza.

-En ese punto se retorció en la agonía de la muerte. La habitación quedó totalmente a oscuras mientras el Custodio se hacia con su alma como pago a tratos que ella había hecho en el pasado.

“Lo que me ha estado preocupando es cómo encontró esta criatura. Con todo, no creo que la situación sea tan desesperada como puede parecer. En realidad no existen pruebas concluyentes que nos hagan creer que realmente fue esa bestia la que atacó a los hombres allá atrás. Al fin y al cabo, tú no has usado tu poder, de modo que no habría ningún modo de que la bestia de Jagang pudiese hallarte.

Richard bajó los ojos hacia las botas.

-Cuando los soldados atacaron – dijo en voz baja mientras pasaba un dedo por el borde de la suela de cuero – usé mi don para desviar las flechas. No lo hice muy bien con la última.

-Lord Rahl – dijo Cara – no creo que eso sea cierto. Creo que usasteis la espada para desviar las flechas.

-Tú no estabas allí, de modo que no viste lo que sucedía – repuso Richard mientras meneaba la cabeza sombrío – Usaba la espada con los soldados; no podía usarla para desviar también las flechas. Realmente desvié las flechas con el don.

Nicci se había sentado ahora, muy tiesa.

-¿Usaste tu don? ¿Cómo lo invocaste?

Richard se encogió de hombros, y deseó saber mas cosas sobre lo que había hecho.

-Mediante la necesidad, supongo. No sabía que acabaría siendo responsable de...

Nicci tocó el brazo con suavidad.

-No te culpes tontamente. No tenías modo de saberlo. De no haber hecho lo que hiciste, te habrían matado. Actuabas para salvar tu vida. No sabías nada de la bestia. Lo que es más, puede que no seas responsable del todo.

-¿Qué quieres decir? – inquirió él, mirándola con el ceño fruncido.

Nicci volvió a recostarse contra la pared de roca.

-Temo que puedo haber contribuido a que nos encontrara.

-¿Tú? ¿Pero como?

-Usé Magia de Resta para deshacerme de tu sangre y poder curarte. Si bien la Hermana no dijo nada específico que yo pudiese señalar, tuve la incómoda sensación de que esa criatura puede estar ligada de

algún modo al inframundo. Si eso es cierto, cuando me deshice de tu sangre mediante la Magia de Resta, puede que le diese a probar sin querer un poco de tu sangre, como si dijésemos.

-Hiciste lo correcto – dijo Cara – Hiciste lo único que podías hacer. Haber dejado morir a lord Rahl habría sido entregar a Jagang lo que buscaba.

Nicci meneó la cabeza en un gesto de agradecimiento a Cara por la que había dicho.

Richard soltó el aire que había estado reteniendo.

-¿Qué más puedes contarme sobre ese ser?

-Nada que merezca la pena, me temo. La Hermana me contó que las Hermanas que experimentaban con la creación de armas a partir de personas, sólo habían creado a Nicholas para desarrollar algunos de los detalles preliminares antes de pasar a trabajo más importante. Aun así, algunas de ellas murieron durante la tarea de dar vida al Transponedor; y con las muchas que ya han muerto, Jagang está llegando a un punto en el que no le quedan demasiadas. Ha usado las que todavía tiene para lograr un objetivo. Al parecer, crear a la bestia fue infinitamente más complejo y difícil que crear a un Transponedor, pero se cuenta que el resultado valió la pena. Sospecho que durante la operación puede haber ordenado que se utilizase atajos, atajos que tienen que ver con el inframundo.

“Si queremos combatir a ese ser, necesitamos descubrir todo lo que podamos sobre él. Y tenemos que averiguarlo antes de que nos atrape. Visto lo que les sucedió a los compañeros de Víctor, no creo que tengamos mucho tiempo.

Richard comprendió que lo que quería decir, pero no había dicho, era que debía olvidarse de lo que pensaba que eran sueños sin sentido sobre Kahlan y dedicar toda su concentración y esfuerzo a aquella peligrosa creación de Jagang.

-Tengo que encontrar a Kahlan – dijo en un tono sosegado, pensado para transmitir su convicción y determinación.

-No podrás hacer nada si estas muerto – dijo Nicci.

Richard alzó el tahalí por encima de la cabeza y apoyó la bruñida vaina que contenía la Espada de la Verdad en la roca.

-Mira, ni siquiera estamos seguros de que lo que mató a esos hombres fuese en realidad esa bestia de la que hablas.

-¿Qué quieres decir? – preguntó Nicci.

-Bueno, si puede localizarme cuando uso mi don, entonces ¿por qué los ataco? Si, era el lugar donde había usado mi habilidad, pero el ataque sucedió tres días después. Si se suponía que debía reconocermelo una vez que usase mi poder, entonces, ¿por qué atacó a esos hombres?

-A lo mejor simplemente pensó que estabais entre ellos – manifestó Cara.

Nicci asintió.

-Puede que Cara tenga razón.

-Tal vez – dijo Richard – pero si el que yo usase mi poder sirvió para que me reconociese, y además, tú le diste a probar mi sangre, ¿no sabría entonces que no estaba entre ellos?

Nicci se encogió de hombros.

-No lo sé. Podría muy bien ser que, al usar tu poder, simplemente la hicieses acudir a la zona en general, pero que al dejar de usar esa habilidad la bestia quedase ciega en tu presencia, por así decirlo. A lo mejor estaba tan enfurecida que te pasó por alto y se dedicó a matar como loca a quienquiera que estuviese allí. Si eso es cierto, entonces yo sospecharía que necesita que vuelvas a usar tu don, ahora que esta cerca, para poder atraparte.

-Pero ella dijo que una vez que yo usase mi don, ella me reconocería. Eso no me suena como si tuviese que volver a usarlo para que me encuentre.

-A lo mejor si que te reconoce – repuso ella – Pero quizá todavía necesita encontrarte. Puesto que te conoce, ahora, a lo mejor todo lo que la bestia necesita es que uses otra vez el don para poder estar sobre ti.

Había una especie de aterradora lógica en aquello.

-Imagino que es unas buenas coas que yo no dependa de mi don.

-Será mejor que os aseguréis de permitir que os protejamos – dijo Cara – No creo que debáis hacer nada que pudiera, aunque fuese sin querer, provocar que usaseis vuestra magia.

-Me temo que estoy de acuerdo con Cara – indicó Nicci – No estoy segura de que haya probado tu sangre, pero lo que sí sabemos con seguridad es lo que la Hermana me contó; que si usas tu don, te encontrará. Mientras la bestia te este persiguiendo, y hasta que podamos averiguar mas sobre ella y anular la

amenaza, no debes usar el don por ningún motivo.

Richard se mostró conforme con un movimiento de cabeza. No sabía si eso era posible, pues, si bien no sabía cómo invocar su don, tampoco estaba seguro de saber cómo impedir que éste se manifestara. Lo despertaba a la cólera y respondía a cierta clase de necesidad, y él no era consciente de las condiciones concretas que invocaban su habilidad. Simplemente sucedía. Aunque la teoría de las dos mujeres sobre no usar su don tenía sentido, él no estaba seguro de poder controlarlo realmente hasta el punto de impedir su aparición.

Se le ocurrió otra idea aterradora; era posible que la bestia lo hubiese hallado, y supiese exactamente dónde estaba, y sólo hubiese matado a los hombres por un ansia de derramar sangre. Por lo que él sabía, la bestia podía estar allí, en el bosque, usando el ruido de las cigarras para cubrir sus pisadas mientras se aproximaba al refugio.

Nicci lo observó bajo la débil luz. Mientras él reflexionaba sobre las desalentadoras posibilidades, ella volvió a alargar la mano y le palpó la frente.

Apartándose, dijo:

-Será mejor que descansemos un poco. Tiritas de frío y temo que en tu estado vuelva a aparecer la fiebre. Tumbate. Tenemos que mantenernos calientes unos a otros. Pero primero, necesitas estar seco o no entrarás nunca en calor.

Cara se inclinó por encima de Richard, en dirección a Nicci.

-¿Cómo piensas conseguir que se seque sin una hoguera?

Nicci hizo un ademán.

-Tumbaos, los dos.

Richard se tumbó. Cara obedeció no muy convencida. Nicci se inclinó sobre ambos y colocó una mano justo por encima de sus cabezas. Richard sintió el cálido hormigueo de la magia. Pero no era una sensación molesta como la última vez. Pudo ver el suave resplandor sobre Cara también. Usar magia sobre una mord-sith daba a ésta la oportunidad de apoderarse de esa magia para controlar a la persona que poseía el don. Richard encontró aún más extraordinario que Cara confiara en Nicci hasta el punto de permitirle usar magia con ella. A las mord-sith no les gustaba la magia ni un ápice.

Las manos de Nicci se movieron lentamente hacia abajo, justo por encima de sus cuerpos. Cuando llegó hasta las botas de Richard, éste se dio cuenta de que se sentía seco. Pasó una mano sobre la camisa, luego los pantalones, y descubrió que ambos estaban secos.

-¿Qué tal? – pregunto Nicci.

Cara tenía en entrecejo fruncido.

-Preferiría estar mojada.

Nicci enarcó una ceja.

-Puedo encargarme de ello sí lo prefieres.

Cara introdujo las manos bajo los antebrazos para mantenerlos calientes y permaneció en silencio. Tras asegurarse de que Richard se sentía complacido. Nicci hizo lo mismo consigo misma, moviendo ambas manos por encima del vestido como si exprimiera lentamente el agua.

Cuando terminó, tiritaba y le castañeaban los dientes, pero ella y el vestido negro estaban secos.

Preocupado por el modo en que se tambaleaba, porque pudiese desmayarse, Richard se sentó en el suelo y la agarró del brazo con suavidad.

-¿Te encuentras bien?

-Simplemente estoy agotada – admitió ella – No he dormido mucho durante días, además del esfuerzo de curarte y luego el agotador del viaje después del ataque de hoy. Me temo que me ha salido todo de golpe. Este poquitín de magia agotó la energía y el calor que me quedaban. Sólo necesito dormir un poco, eso es todo. Pero, aunque no te des cuenta, Richard, tú lo necesitas aún más. Tumbate y duerme. Por favor. Si permanecemos tumbados muy cerca, podemos darnos calor unos a otros.

Seco, pero cansado y helado todavía, Richard culebreó al interior del saco de dormir. Nicci tenía razón; sí que necesitaba descansar. No podría ayudar a Kahlan si no estaba descansado.

Sin una vacilación, Cara se apretó contra su lado izquierdo para darle calor; Nicci hizo lo mismo en el otro lado. El calor fue un alivio. No se había dado cuenta del frío que sentía hasta que los tres estuvieron bien apretados unos contra otros. Comprendió que Nicci tenía razón, que no estaba bien del todo aún. Al menos, sólo necesitaba descanso y no magia.

-¿Crees que esa bestia podría haber cogido a Kahlan para poder llegar hasta aquí? – preguntó al oscuro

y silencioso refugio.

Nicci tardo un momento en responder.

-Una criatura así no necesita métodos retorcidos para llegar hasta ti, Richard. Por lo que la Hermana dijo, y por lo que temo que yo pueda haber hecho, por no mencionar el que hayas usado el don, la bestia será capaz de encontrarte. A juzgar por todos esos hombres muertos allí atrás, temo que ya lo ha hecho.

Richard sintió cómo le aplastaba el peso de la culpa. De no haber sido por él, aquellos hombres estarían vivos.

Se le hizo un nudo en la garganta, y deseó que existiera algún modo de deshacer lo que estaba hecho, algún modo de devolverles la vida y su futuro.

-Lord Rahl – susurró Cara – me gustaría hacer una confesión, si juráis no repetirla jamás.

Richard no la había oído nunca decir algo tan curioso.

-De acuerdo ¿qué deseas confesar?

La respuesta tardó un poco en acudir, y cuando lo hizo, fue tan queda que no habría podido oírla de no haber estado ella tan cerca.

-Tengo miedo.

Sabiendo que casi era un error hacerlo, Richard alzó el brazo alrededor de los hombros de la mord-sith y la apretó contra él.

-No lo tengas. Va tras de mí, no tras de ti.

Ella alzo la cabeza y lo miró con cara de pocos amigos.

-Por eso tengo miedo. Tras ver lo que hizo a aquellos hombres, temo que viene a por vos y que no hay nada que yo pueda hacer para protegeros.

-Ah – dijo Richard – Bueno, si eso te hace sentir mejor, también yo temo eso.

Cara volvió a hundir la cabeza en el hombro de Richard, contenta de hallarse bajo el consuelo protector de su brazo. El chirriar de las cigarras hacía que Richard se sintiera aún más vulnerable. El ciclo de diecisiete años de los insectos era ineludible, inexorable.

Lo mismo sucedía con la bestia de Jagang ¿Cómo podía ocultarse de una cosa así?

-Así pues – pregunto Nicci, al parecer intentando distender la atmósfera - ¿dónde conociste a esa mujer de tus sueños?

Richard no sabía si intentaba suavizar la pregunta con un toque de humor, o si se mostraba sarcástica. De no saber que era imposible, habría pensado que tenía celos.

Clavó los ojos en la oscuridad sobre su cabeza mientras rememoraba aquel día.

-Yo estaba en el monte, buscando indicios de quién había matado a mi padre; el hombre que crecí pensando que era mi padre, George Cypher, el hombre que me había criado. Fue entonces cuando descubrí a Kahlan recorriendo un sendero que rodeaba el lago Trunt.

“La seguían cuatro hombres. Eran asesinos que Rahl el Oscuro había enviado para matarla, después de que ya hubiese matado a todas las otras Confesoras. Ella es la última.

-¿Así que la rescatasteis? – pregunto Cara.

-La ayudé. Juntos pudimos matar a los asesinos.

“Ella había venido a la Tierra Occidental en busca de un mago desaparecido hacia mucho tiempo. Resultó que la habían enviado a buscar a Zedd. El todavía ostentaba el cargo de Primer Mago, a pesar de haber renunciado a la Tierra Central y huido a la Tierra Occidental antes de que yo naciese. Crecí sin saber nunca que Zedd era un mago, o mi abuelo. Para mí era simplemente mi mejor amigo en el mundo.

Percibió la mirada de Nicci puesta en él, y sintió su cálido y suave aliento sobre el rostro.

-¿Para que quería ella a un gran mago?

-Rahl el Oscuro había puesto en acción las cajas del Destino, y eso era peor que las pesadillas para todo el mundo – Richard recordó claramente el terror que sintió al enterarse de la noticia – Había que detenerlo antes de que abriera la caja correcta. A Kahlan la habían enviado a pedir al mago desaparecido hacía tanto tiempo que nombrara a un Buscador. Tras aquel primer día, cuando la vi junto al lago Trunt, mi vida nunca volvió a ser la misma.

Hubo un silencio. Y al cabo, Cara preguntó:

-Entonces, ¿fue amor a primera vista?

Le estaban siguiendo la corriente, intentaban apartar su pensamiento de los hombres que había masacrado una bestia enviada por Jagang para matarlo, intentaban que no pensara en el monstruo que iba a por él.

Se le ocurrió de improvisto que a lo mejor en algún lugar, allá atrás, en la zona boscosa de los alrededores del lugar donde habían acampado, en algún punto de un lugar desconocido en el que no había mirado, yacían los restos desgarrados de Kahlan.

Considerar tal cosa era tan doloroso que sintió como si le aplastaran el corazón.

Richard no alzó la mano y se limpió la lágrima que le corría por la mejilla: pero Nicci sí lo hizo, con delicadeza. La mano de la mujer le acarició con ternura la mejilla por un instante.

-Creo que será mejor que intentemos dormir un poco – dijo él.

Nicci apartó la mano y posó la cabeza contra el brazo de Richard.

En la oscuridad, Richard no parecía poder cerrar sus ardientes ojos. No pasó mucho antes de que pudiera oír la respiración acompasada de Cara cuando ésta se rindió al sueño. Nicci presionó con suavidad su mejilla contra el hombro de Richard a la vez que se acurrucaba.

-¿Nicci? – susurró él.

-¿Si?

-¿Qué clase de tortura usa Jagang con los cautivos?

Oyó que Nicci inspiraba profundamente y que luego dejaba salir el aire despacio.

-Richard, no voy a responder a esa pregunta. Estoy segura de que sabes que Jagang es un hombre que necesita matar.

Richard había tenido que hacer la pregunta, pero le alivio que Nicci tuviese la amabilidad de no responderla.

-Cuando Zedd me entregó la espada, le dije que no sería un asesino. Desde entonces he llegado a comprender el valioso principio de preservar la vida mediante la tarea de matar a hombres malvados. Ojalá expulsar a la Orden Imperial del Nuevo Mundo fuese alto tan simple como matar a Jagang.

-No puedo decirte cuántas veces deseé haberle matado cuando tuve la oportunidad, incluso a pesar de que estás en lo cierto sobre que ello no pondrá fin a la guerra. Ojalá pudiese dejar de pensar en todas las oportunidades que dejé escapar. Ojalá pudiese dejar de pensar en todas las cosas que debería haber hecho.

Richard alargó la mano y le abrazó los estremecidos hombros.

Notó que los músculos de Nicci se relajaban poco a poco, y que su respiración se tornaba más lenta a medida que se dormía.

Si tenía que encontrar a Kahlan, Richard tenía que descansar, así que cerró los ojos mientras otra lágrima se derrama por ellos. La echaba tanto de menos.

Sus pensamientos permanecieron en aquel primer día que vio a Kahlan con el blanco vestido, suave como el raso, que él no descubrió hasta mucho más tarde que la distinguía como Madre Confesora. Recordó el modo en que se adhería a su figura, el modo en que le daba aquel aspecto tan noble, y recordó también el modo en que la larga melena le caía en cascada alrededor de los hombros, enmarcándola bajo la luz moteada del bosque. Recordó haber mirado al interior de sus hermosos ojos verde y visto el destello de la inteligencia devolviéndole la mirada: recordó haber sentido, desde aquel primer instante, desde aquella primera mirada, que era como si la conociese desde siempre.

Le contó que la seguían cuatro hombres, y ella preguntó.

-¿Quieres ayudarme?

Antes de que su mente pudiese dar forma al pensamiento, se oyó responder: “Sí”.

No había lamentado jamás, ni por un instante, haber dicho “sí”.

Ella necesitaba su ayuda ahora.

Sus últimos pensamientos mientras se sumía en un sueño atormentado fueron para Kahlan.

9

Ann colgó apresuradamente el sencillo farol de hojalata en el gancho situado en la parte de fuera de la puerta, luego concentró su han en una llama pequeña que floreció sobre la palma de la su mano. Al penetrar en el pequeño cuarto, envió la llama, revoloteando, hasta la mecha de una vela que había en la mesa. Cuando la vela prendió, ella cerró la puerta.

Hacía bastante tiempo que no había recibido un mensaje en su libro de viaje y estaba impaciente por abrirlo.

La habitación tenía pocos muebles, y las sencillas paredes encaladas carecían de ventanas. Una mesa pequeña y una silla que ella había pedido que llevaran allí ocupaban casi todo el espacio que no utilizaba la cama. Además de dormitorio, el cuarto resultaba también un refugio adecuado, un lugar donde Ann podía estar a solas, donde podía reflexionar y orar. También proporcionaba la debida intimidad para las ocasiones en que abría el libro de viaje.

Sobre la mesa la aguardaba un platito con queso y frutas. Probablemente Jennsen había dejado el plato antes de marchar con Tom a contemplar la luna.

Por muy vieja que se fuese haciendo Ann, ver aquella expresión de amor en los ojos de una pareja le producía una cálida satisfacción interna. Ellos siempre parecían pensar que ocultaban muy bien su sentimiento a los demás, pero en este caso era como si lo llevaran escrito en enormes letras moradas.

En ocasiones, Ann lamentaba no haber dispuesto de un tiempo así con Nathan, un tiempo para abandonarse a una atracción total, simple y alocada. Con todo, la Prelada consideraba indecoroso poner de manifiesto tales sentimientos.

Ann hizo una pausa, preguntándose exactamente de dónde había sacado tal creencia. Cuando había sido una novicia no podía decirse que impartiesen clases en las que dijeran; “En el caso de que alguna vez se te nombre Prelada, debes ocultar siempre tus sentimientos” Salvo la desaprobación, desde luego, porque se suponía que una buena Prelada, con sólo una mirada, era capaz de hacer que las rodillas de la gente temblaran. Tampoco sabía dónde había aprendido eso, pero siempre había parecido poseer ese don. A lo mejor desde el principio había estado en los planes del Creador que ella fuese la Prelada y él le había concedido la disposición apropiada para ello. Cómo lo echaba de menos en ocasiones.

No obstante, jamás se había permitido considerar conscientemente sus sentimientos por Nathan. El era un profeta, y cuando ella era Prelada de las Hermanas de la Luz y autoridad soberana en el Palacio de los Profetas, él había sido su prisionero; aunque lo disfrazaran con términos menos severos, intentando darle un rostro más humano. Pero no había sido más complejo que eso. Siempre se había creído que los profetas eran demasiado peligrosos para permitírseles andar libres por el mundo.

Al recluirlo desde una edad temprana le habían negado su libre albedrío, pues prevenían que causaría daño incluso a pesar de que no se le daría nunca la posibilidad de efectuar una elección consciente. Lo habían declarado culpable sin que hubiese cometido ningún delito; había sido una creencia arcaica e irracional a la que Ann se había adquirido maquinalmente durante la mayor parte de su vida. En ocasiones, no le gustaba considerar lo que eso decía de ella misma.

Ahora que tanto Nathan como ella eran viejos y se veían juntos – no obstante lo improbable que eso podría haber parecido en cierto momento – su relación no podía describirse como una atracción irrefrenable. Ciertamente, Ann había pasado la inmensa mayoría de su vida soportando la contrariedad que le causaban las payasadas de aquel hombre y ocupándose de que jamás se librara del collar que llevaba puesto o de su confinamiento en el palacio, asegurando así el comportamiento intratable del cautivo, que provocaba la ira de las Hermanas, lo que a su vez le hacía ser más indisciplinado si cabía. Es decir, un círculo vicioso.

No importaba la conmoción que él hubiese conseguido provocar, siempre había habido algo en aquel hombre que hacía sonreír a Ann, interiormente. A veces era como un niño; un niño de casi mil años; un niño que era un mago; un niño que era portador del don de la profecía. Un profeta que sólo tenía que abrir la boca, que revelar profecías a los ignorantes y daría pie a disturbios en el mejor de los casos, y a una guerra en el peor. Al menos, aquel había sido siempre el temor.

Aunque estaba hambrienta, Ann apartó el plato de que y frutas. Podía esperar. El corazón le palpitaba, expectante ante las noticias que podría traer el mensaje de Verna.

Tomó asiento y acercó más la silla a la sencilla mesa; luego extrajo el pequeño libro de viaje forrado de cuero y pasó las páginas hasta que volvió a encontrar lo escrito. La habitación era pequeña y oscura, así que entrecerró los ojos para distinguir mejor las palabras. Finalmente tuvo que acercar un poco más la gruesa vela.

Queridísima Ann – empezaba el mensaje de Verna escrito en el libro – espero que esto os encuentre a ti y al profeta bien de salud. Sé que dijiste que Nathan estaba resultando ser una contribución valiosa a nuestra causa, pero me sigue preocupando que estés con ese hombre. Espero que su cooperación no se haya agriado desde la última vez que tuve noticia tuyo. Admito que me cuesta imaginarle mostrándose cooperativo sin un collar alrededor del cuello. Y espero que seas prudente. Jamás he visto que el profeta fuese totalmente sincero... ¡en especial cuando sonríe!

Ann tuvo que sonreír. Lo comprendía perfectamente, pero Verna no conocía a Nathan como ella. En

ocasiones podía meterlas en líos más rápido que diez muchachos gamberros en una cena. Con todo, tras tantos siglos conociendo al profeta, en realidad no existía nadie con quien ella tuviese más en común.

Suspiró y devolvió su atención al mensaje.

Hemos estado muy ocupados rechazando el asedio de Jagang a los pasos que conducen al interior de D'Hara – escribía Verna – pero al menos hemos tenido éxito. Tal vez demasiado éxito. Si éstas ahí, Prelada, por favor contesta.

Ann frunció el entrecejo. ¿Cómo se podía tener demasiado éxito impidiendo que unas hordas de saqueadores aplastasen tus defensas, masacrasen a tus defensores y esclavizasen a gente libre? Impaciente, acercó aún más la vela. Lo cierto era que la ponía muy nerviosa pensar en lo que tramaría Jagang, ahora que el invierno había finalizado y el lodo de la primavera quedaba atrás.

El Caminante de los Sueños era un enemigo paciente. Sus hombres eran de muy al sur, en el Viejo Mundo, y no estaban acostumbrados a los inviernos de tan al norte, en el Nuevo Mundo, así que, si bien muchos habían sido víctimas de las duras condiciones climáticas, gran cantidad de ellos pereció debido a las enfermedades que se propagaron por el campamento de invierno. Pero, no obstante perder hombres en batallas, debido a enfermedades y por muchas otras causas, más invasores fluía hacia el norte sin pausa, de modo que, a pesar de todo, el ejército de Jagang, seguía aumentando inexorablemente. Aun así, aquel hombre no malgastaba ninguno de sus vastos efectivos en campañas invernales vanas. No le importaba la vida de sus soldados, pero sí le importaba la conquista del Nuevo Mundo, por lo que sólo se movía cuando el clima lo favorecía. Jagang no corría restos innecesarios; se limitaba a triturar al enemigo de un modo constante y decidido. Meter al mundo en cintura era todo lo que le importaba, no el tiempo que requiriese. Contemplaba el mundo a través del prisma de las creencias de la Fraternidad de la Orden, por lo que la vida de un individuo, incluida la suya, carecía de importancia; únicamente la contribución que la vida de una persona podía hacer a la Orden tenía sentido.

Con un ejército tan enorme en el Nuevo Mundo, las fuerzas del Imperio d'haraniano se hallaban ahora a la merced de lo que el Caminante de los Sueños hiciese a continuación. Sin duda alguna, las fuerzas d'haranianas resultaban temibles, pero no eran suficientes para resistir, y mucho menos hacer retroceder, todo el grueso de los efectivos aparentemente infinitos que conformaban las tropas de la Orden Imperial. Al menos, hasta que Richard hiciese lo que pudiese para modificar el curso de la guerra.

La profecía decía que Richard era el “guijarro en el estanque”, lo que significaba que provocaba ondulaciones que se propagaban a través de todo, que afectaban al todo. La profecía decía también, en muchos modos distintos y muchos textos diferentes, que únicamente si Richard los conducía en la batalla final, tendrían una posibilidad de triunfar.

Si él no los guiaba en aquella batalla final, la profecía era clara e inequívoca; todo se perdería.

Ann presionó la mano contra el dolor que sentía en la boca del estómago y luego sacó el estilo del lomo del libro que era el gemelo del que tenía Verna.

Estoy aquí, Verna – escribió – pero tú eres la Prelada ahora. El profeta y yo hace tiempo que estamos muertos y enterrados.

Era un engaño que había permitido a ambas salvar una gran cantidad de vidas, aunque había momentos en que Ann echaba de menos ser Prelada y a su rebaño de Hermanas; había amado profundamente a muchas de ellas, al menos a las que habían acabado siendo Hermana de las Tinieblas. El ardiente dolor de tal traición, no sólo a ella sino al Creador, no se mitigaba jamás.

Con todo, estar libre de tan enorme responsabilidad le permitía dedicar mejor su mente a otra tarea más importante. Si bien detestaba haber perdido su antigua vida, al ser Prelada y gobernar el Palacio de los Profetas, estaba llamada a un propósito más elevado, no a la vida entre muros de piedra y la administración de todo un palacio repleto de Hermanas, novicias y magos jóvenes en proceso de adiestramiento. Su auténtica vocación era ayudar a conservar el mundo de la vida, y, para hacerlo, era mejor que las Hermanas de la Luz y todos los demás les creyeran muertos a Nathan y ella.

Ann se sentó más erguida cuando la escritura de Verna empezó a aparecer sobre la página.

Ann, me consuela tenerte de vuelta conmigo, aunque sea sólo en el libro de viaje. Quedan tan pocas de nosotras. Confieso que a veces extraño los días de paz, allá en el palacio, los tiempos en que todo parecía mucho más fácil y tener más sentido, y yo lo veía todo tan difícil. Ciertamente, el mundo ha cambiado desde el nacimiento de Richard.

Ann no podía discutirse. Se metió un trozo de queso en la boca y luego se inclinó al frente y empezó a escribir.

Rezo cada día para que tal orden y paz puedan volver a asentarse en el mundo y nosotras podamos volver a quejarnos del tiempo.

Verna, me siento confusa ¿A qué te referías cuando dijiste que a lo mejor teníais “demasiado éxito” defendiendo los pasos? Por favor, explícate. Aguardo tu respuesta.

Se recostó en la silla y masticó un trozo de pera mientras esperaba. Puesto que su libro de viaje estaba hermanado con el de Verna, cualquier cosa escrita en uno aparecía al mismo tiempo en el otro; era uno de los poco antiguos objetos mágicos que quedaban del Palacio de los Profetas.

Las palabras de Verna empezaron a moverse de nuevo por la página en blanco.

Nuestras patrullas de reconocimiento y rastreadores informan de que Jagang ha empezado a mover ficha. Puesto que no ha podido atravesar los pasos, el emperador ha dividido sus fuerzas y conduce un ejército al sur. El general Meiffert había estado temiendo que fuese a hacer algo así.

No es difícil adivinar su estrategia. No hay duda de que Jagang planea hacer bajar a un gran contingente de tropas por el Valle del Kern y luego conducirla al sur, rodeando las montañas. Una vez que haya dejado atrás todas las barreras dará la vuelta para penetrar en los confines meridionales de D'Hara y luego se dirigirá al norte.

Esta es la peor noticia para nosotros. No podemos abandonar la protección de los pasos mientras parte de su ejército está al acecho en el otro lado. Y sin embargo, no podemos permitir que las fuerzas de Jagang nos rodeen por el sur para luego caer sobre nosotros. En general Meiffert dice que tendrá que dejar efectivos suficientes aquí para proteger los pasos mientras el grueso de nuestro ejército marcha al sur, al encuentro de los invasores.

No tenemos elección. Con la mitad de las fuerzas de Jagang en el norte, al otro lado de los pasos, y la mitad descendiendo para rodear las montañas y ascender desde el sur; eso deja al Palacio del Pueblo justo en medio. No hay duda de que Jagang debe de estar relamiéndose de gusto ante la perspectiva.

Ann, temo que no tengo mucho tiempo. Todo el campamento esta sumido en un gran revuelo. Acabamos de recibir la noticia de que Jagang ha dividido su ejército y estamos levantando el campamento a toda prisa para dirigirnos al sur.

También debo dividir a las Hermanas. Se han perdido tantas que nos quedan muchas para dividir las. A veces siento como si celebráramos una competición con Jagang para ver quien será el último al que le quede una Hermana. Temo lo que les sucederá a todas esas buenas gentes si ninguno de nosotros sobrevive. De no ser por eso, me contentaría con dejar atrás este mundo y reunirme con Warren en el mundo de los espíritus.

El General Meiffert dice que no podemos perder un momento y debemos ponernos en marcha al despuntar el día. Estaré despierta toda la noche con los preparativos, ocupándome de que tengamos hombres y Hermanas suficientes para defender cada uno de los pasos, e inspeccionando asimismo los escudos para asegurarme de que están en buen estado. Si el ejército de la Orden situado al norte consiguiera cruzar por aquí arriba, eso dignificaría una muerte mucho más rápida para nosotros.

A menos que tengas algo importante que deba discutir ahora mismo, me temo que debo marchar.

Ann se tapó la boca mientras leía. La noticia era descorazonadora. Escribió una respuesta de inmediato, para no causar molestias a Verna.

No, querida, no tengo nada importante ahora. Ya sabes que te llevo siempre en mi corazón.

Le llegó un mensaje de respuesta casi al instante.

Los pasos son estrechos, de modo que hemos tenido éxito defendiéndolos.

La Orden Imperial no puede usar su aplastante poder en lugares tan angostos. Tengo plena confianza en que los pasos resistirán. Puesto que Jagang está estancando al no poder cruzar las montañas, eso nos da tiempo mientras él se ve obligado a llevar un ejército hasta el sur y luego hacerlo subir otra vez al interior de D'Hara, ahora que tiene el tiempo a su favor. Puesto que éste es el mayor peligro y la amenaza, me dirigiré al sur con el ejército.

Reza por nosotros. Acabaremos viéndonos forzados a enfrentarnos a las hordas de Jagang a campo abierto, en las llanuras, donde dispone del espacio necesario para arrojar todo el grueso de sus fuerzas contra nosotros. Temo que a menos que algo cambie, no tendremos ninguna posibilidad de sobrevivir a una batalla así.

Sólo me queda la esperanza de que Richard haga realidad la profecía antes de que estemos todos muertos.

Ann tragó saliva antes de contestar.

Verna, tienes mi palabra, de que haré lo que deba para ocuparme de que así sea. Debes saber que Nathan y yo estaremos dedicados a que la profecía se cumpla. Tal vez nadie, excepto tú podrá comprender mejor que es a esto a lo que me he consagrado durante más de medio milenio. No abandonaré mi causa. Haré todo lo que pueda para asegurarme de que Richard haga lo que únicamente él puede hacer. Que el Creador te acompañe y a todos nuestros valerosos defensores. Todos estaréis diariamente en mis plegarias. Ten fe en el Creador, Verna. Eres Prelada. Da esa fe a todos los que están contigo.

Al cabo de un momento, empezó a aparecer un mensaje.

Gracias, Ann. Comprobaré mi libro de viaje cada noche mientras viajamos para ver si tienes algunas noticias de Richard. Te echo de menos. Espero que podamos volver a estar juntas en esta vida.

Ann escribió con cuidado su última respuesta.

También yo, criatura. Buen viaje.

Se apoyó sobre los codos y se frotó las sienes. No eran buenas noticias, pero tampoco malas. Jagang había querido atravesar los pasos y acabar con aquello rápidamente, pero los pasos resistieron y al final se había visto forzado a dividir el ejército e iniciar una larga marcha. Intentó verle el lado bueno. Todavía disponían de tiempo, y existían gran número de cosas que aun podían intentar; ya se les ocurriría algo. Richard pensaría algo. La profecía había prometido que él llevaba en su interior la posibilidad de que todos ellos se salvaran.

No podía permitirse creer que el mal oscurecería el mundo.

Una llamada en la puerta el sobresalto. Apretó las manos sobre su acelerado corazón. El han no le había advertido de que había alguien cerca.

-¿Sí?

-Ann, soy yo, Jennsen – dijo la voz apagada procedente del otro lado de la puerta.

La mujer guardó el estilo e introdujo el libro de viaje en el cinturón a la vez que empujaba la silla hacia atrás. Se aliso la falda e inspiró profundamente para refrenar su corazón.

-Entra, querida – indicó a la vez que abría la puerta, sonriendo a la hermana de Richard – Gracias por el plato de comida – Extendió un brazo atrás, en dirección a la mesa - ¿Te gustaría compartirlo conmigo?

Jennsen movió la cabeza negativamente.

-No gracias – Su rostro, enmarcado por rojos rizos, era la viva imagen de la preocupación – Ann, Nathan me envió. Quiere que vayas. Se mostró muy apremiante. Ya sabes cómo se pone Nathan. Ya sabes el modo en que sus ojos se vuelven muy grandes y redondos cuando está agitado.

-Si – respondió la mujer, arrastrando la palabra – sí que tiende a ponerse así cuando desentierra cosas que serán fuente de problemas.

Jennsen pestañeo, mostrándose un poco alarmada.

-Temo que podrían tener razón. Me dijo con toda claridad que viniese a buscarte y te llevará allí enseguida.

-Nathan siempre espera que la gente salte cuando da una palmada – Ann indicó con un ademán a la joven que fuese delante – Imagino que lo mejor será que vaya a ver que sucede. ¿Dónde esta el profeta?

Jennsen alzo su farol para iluminar el camino mientras abandonaba el pequeño cuarto.

-Está en un cementerio.

Ann asió la mano del vestido de la muchacha.

-¿Un cementerio? ¿Y quiere que yo vaya a ese cementerio? – Jennsen miro atrás y asintió - ¿Qué esta haciendo en un cementerio?

-Cuando le pregunté eso, dijo que estaba desenterrando a los muertos.

10

En un amplio sauce llorón que crecía en la ladera cubierta de hierba que descendía hasta el cementerio, un sinsonte se dedicaba a pasar la noche profiriendo sonidos destinados a proteger su territorio de intrusos. Generalmente, los gritos de un sinsonte, aunque tenían el propósito de resultar amenazadores para otros de su especie, al oído de Ann podían resultar muy bellos, pero en el silencio sepulcral de la noche, tales silbidos, cotorreos y chillidos tenían el efecto de crisparle los nervios. Pudo oír a otro sinsonte a lo lejos que emitía amenazas similares.

Avanzando con dificultad entre las altas hierbas, Jennsen señaló a la vez que alzaba el farol con la otra mano para que Ann pudiese ver por dónde iba.

-Tom dijo que lo encontraríamos ahí abajo.

Sudando por la larga caminata. Ann atisbo en el interior de la oscuridad, incapaz de concebir qué tramaba el profeta. En todo el tiempo que hacía que lo conocía, éste jamás había hecho una cosa tan extraña. Había llevado a cabo una buena cantidad de cosas extrañas, sin duda, pero sencillamente aquella no era una de ellas. Viejo como era, uno pensaría que querría evitar la visita a un cementerio antes de que fuese su hora.

La mujer siguió ala hermana de Richard cuando ésta inició el descenso de la colina, intentando mantenerse a su altura sin correr. Parecía como si hubiese andado ya la mitad de la noche, y estaba sin aliento. Ann no había sabido de la existencia de aquel cementerio, casi olvidado en una lejana extensión de terreno yermo, y deseó que se le hubiese ocurrido traer con ella algo de la comida del plato que había quedado en la habitación.

-¿Estas segura de que Tom sigue ahí abajo?

Jennsen volvió la cabeza.

-Debería, Nathan quería que montase guardia.

-¿Para que? ¿Para repeler a los otros ladrones de cadáveres?

-No lo se, a lo mejor – respondió Jennsen sin un atisbo de humor.

Ann no servía demasiado para hacer reír a la gente. Servía para hacer que les temblasen las rodillas; pero no era nada bueno contando chistes. Supuso que un cementerio en una noche oscura no era un buen lugar para bromas; para lo que sí era un buen lugar era para hacer temblar las rodillas.

-Quizá Nathan sólo quería compañía – sugirió Ann.

-No creo que fuera eso – Jennsen localizó una sección caída en la cerca de palos que rodeaba el lugar de descanso de los muertos y pasó por encima de ella – Nathan me pidió que te trajera aquí y quiso que Tom se quedara y montara guardia en el cementerio, creo que para asegurarse de que no andaba nadie por allí.

A Nathan le gustaba estar al mando de las cosas. Ann imaginó que siendo un Rahl con el don, no podía ser de otro modo. Existía siempre la posibilidad de que todo ello fuese un pretexto para que Jennsen, Tom y Ann se dedicaran a corretear por ahí siguiendo sus órdenes. El profeta era propenso a lo teatral y un cementerio tendía a crear cierta atmósfera.

Lo cierto era que, justo en aquel momento, a Ann le habría complacido que no fuese más que una diversión de las de Nathan. Por desgracia, tenía el presentimiento de que no era algo tan simple, ni tan inocuo.

En todos los siglos que hacía que le conocía, Nathan había sido a veces reversado, engañoso y de vez en cuando peligroso, pero jamás con fines malvados; aunque eso no había sido siempre aparente en su momento. Durante la mayor parte de su cautiverio en el Palacio de los Profetas había puesto a prueba la paciencia de las Hermanas hasta hacer que estuviesen a punto de chillar y arrancarse los cabellos, sin embargo, no era maliciosamente obstinado ni despreciaba a las buenas personas. Sentía un odio pertinaz por la tiranía y un regocijo casi infantil por la vida, y sin importar, lo exasperante que aquel hombre podía resultar a veces, y podía ser sumamente exasperante, Nathan tenía buen corazón.

Casi desde el principio, a pesar de las circunstancias, había sido el confidente y aliado de Ann en la lucha para impedir que el Custodio se afanzara en el mundo de la vida y que los malvados hicieran lo que les viniera en gana. Había trabajado con ahínco para ayudar a detener a Jagang. Después de todo, él había sido el primero en mostrarle una profecía sobre Richard, quinientos años antes de que éste naciese.

Ann se encontró deseando que no fuese de noche, y que no se hallasen en un cementerio. Y que Jennsen no tuviese unas piernas tan largas.

De improviso a Ann se le ocurrió por qué Nathan habría necesitado que Tom montase guardia y “se asegurase de que no andaba nadie por allí”, como lo había expresado Jennsen. Al igual que ésta. Las gentes de Bandakar estaban inmaculadamente desprovistas del don; carecían de aquella chispa infinitesimal del don del Creador que llevaban consigo todos los demás habitantes del mundo. Aquella conexión esencial hacía que todos los demás estuviesen sujetos a la realidad y naturaleza de la magia, pero para estas personas la magia no existía.

La usencia de tan intrínseco núcleo elemental del don no tan sólo convertía a los inmaculadamente carentes del don en inmunes a la magia, sino que, puesto que no podían interactuar con lo que para ellos no existía, ello también los hacía invisibles al poder del don.

Aunque sólo un progenitor poseyera el rasgo de la carencia del don, éste se transmitiría siempre a los

hijos, así que a aquellas personas se las había desterrado originalmente para conservar el don en la naturaleza de la humanidad. Había sido una solución terrible, sin duda, pero como resultado, el don había sobrevivido en la raza humana. De no haberse acometido tal solución, haría tiempo que la magia habría dejado de existir.

Debido a que la profecía implicaba magia, también ésta estaba ciega a esas personas. Ningún libro de profecías había tenido jamás nada que decir sobre los inmaculadamente desprovistos del don, o sobre el futuro de la humanidad, y menos ahora que Richard había descubierto a tales personas y puesto fin a su destierro. Lo que sucedería ahora era totalmente desconocido.

Ann suponía que Richard no aceptaría que fuese de otro modo, ya que éste no abrazaba con entusiasmo la profecía. A pesar de lo que la profecía tenía que decir sobre él. Richard la descartaba por lo general. Creía en el libre albedrío, y veía con desaprobación la idea de que hubiese cosas sobre él mismo que estuviesen predestinadas.

En todas las cosas de la vida, y en especial en la magia, tenía que existir equilibrio, y en cierto modo, las acciones libres de Richard actuaban de contrapeso a la profecía. El era él centro de un torbellino de fuerzas. Con Richard, la profecía intentaba predecir lo imprevisible. Y tenía que hacerlo.

Lo más inquietante era que el libre albedrío de Richard convertía a éste en un imponderable dentro de la profecía. Era el caos en medio de las pautas, el desorden en medio de la organización, y tan antojadizo como el relámpago. Y con todo, lo guiaba la verdad y lo impulsaba la razón, no el capricho o el azar. Que pudiera ser el caos en medio de la profecía y al mismo tiempo ser totalmente racional resultaba un enigma para ella.

A Ann le preocupaba sobremanera Richard porque tales aspectos contradictorios de los que poseían el don de vez en cuando eran un preludio de un comportamiento alucinado, y lo último que podrían querer era un líder que padeciera delirios.

Pero todo aquello era teoría. El problema primordial era que mientras aún hubiera tiempo tenían que encontrar algún modo de asegurarse de que asumía la causa a la que predestinaban las profecías y cumplía su destino. Si fracasaban, si él fracasaba, todo estaba perdido.

El mensaje de Verna pesaba como una sombra de muerte en el subconsciente de Ann.

Habiendo distinguido la luz que llevaban. Tom surgió de la oscuridad, corriendo entre la alta maleza para ir a su encuentro.

-Ya esta aquí – dijo a Ann – A Nathan le alegrará que hayas llegado. Daos prisa, os mostraré el camino.

A juzgar por la fugaz visión que consiguió bajo la débil luz amarillenta del farol, el rostro de Tom parecía preocupado.

El fornido d'haraniano las condujo al interior del cementerio, donde en algunas zonas había hileras de sepulturas en forma de discretos túmulos perfilados con piedras. Están debían de ser más nuevas, porque la mayor parte de lo que Ann podía ver no era más que maleza alta que con el paso del tiempo cubría piedras y las sepulturas que éstas señalaban. En una zona se alzaban unas lápidas pequeñas de granito que estaban tan desgastadas que eso sólo podía deberse a que eran muy antiguas. Algunas de las tumbas estaban marcadas mediante simples tablas con nombres tallados en ellas, pero la mayoría de tales indicadores hacía tiempo que se habían convertido en polvo, dejando gran parte del cementerio con el aspecto de un simple terreno cubierto de maleza.

-¿Sabes que son esos insectos gordos que hacen todo ese ruido? – pregunto Jennsen a Tom.

-No estoy seguro – respondió él – Nunca antes los había visto. De improviso parecen estar por todas partes.

Ann sonrió para sí.

-Sin cigarras.

Jennsen la miró con el entrecejo fruncido.

-¿Son que?

-Cigarras. No podrías saber lo que son. Cuando tuvo lugar la última muda, todavía debías de ser una criatura que empezaba a andar, demasiado pequeña para recordarlo. El ciclo de vida de estas cigarras de ojos rojos es de diecisiete años.

-¿Diecisiete años? – Exclamo Jennsen, atónita - ¿Quieres decir que sólo aparecen cada diecisiete años?

-Sin falta. Una vez que las hembras se apareen con estos tipos tan ruidosos, pondrán sus huevos en ramitas. Cuando estos eclosionen, las ninfas caerán de los árboles y se enterraran en el suelo, de donde no

emergerán hasta pasados diecisiete años, momento en que vivirán su breve vida.

Jennsen y Tom murmuraron su asombro mientras seguían internándose en el cementerio en el cementerio. Ann no podía ver gran cosa a la luz que surgía del farol de Jennsen, aparte de las formas oscuras de árboles moviéndose en la esporádica brisa bochornosa. Mientras los tres se deslizaban en silencio por el cementerio, las cigarras chirriaban sin pausa. Ann usó su han para percibir si había alguien más por la zona, pero no captó a nadie aparte de Tom y algún punto más lejano a otra persona, sin duda Nathan. Puesto que Jennsen estaba inmaculadamente desprovista del don, la muchacha era intangible para el han de Ann.

Al igual que Richard, a Jennsen la había engendrado Rahl el Oscuro. Los nacimientos de criaturas inmaculadamente desprovistas del don, como Jennsen, había sido un efecto secundario inesperado de la magia del vínculo, que llevaba con él todo lord Rahl poseedor del don. En tiempos remotos, cuando aquella característica empezó a extenderse, la solución había sido desterrar a los desprovistos del don, aislándolos en el olvidado territorio de Bandakar. Después de eso, a todos los vástagos desprovistos del don del lord Rahl se les ejecutaba.

Al contrario de cualquier lord Rahl anterior, Richard se había sentido alborozado al descubrir que tenía una hermana y jamás permitiría que se la ejecutase por haber nacido como había nacido, ni tampoco permitiría que a ésta y a los que eran como ella se les obligase a vivir en el destierro.

Aun cuando llevaba ya algún tiempo rodeada de aquellas personas, Ann seguía sin acostumbrarse a lo desorientador que ello podía resultar. Incluso cuando uno de ellos estaba de pie frente a ella, la habilidad de Ann decía que no había nadie allí. Era una inquietante especie de ceguera, una pérdida de uno de sus sentidos que ella siempre había dado por sentado.

Jennsen tenía que dar largas zancadas para mantenerse a la altura de Tom, así que, para mantener el paso de ambos, Ann tuvo que apresurarse.

Y entonces, al rodear un montículo, un monumento de piedra se alzo imponente ante ellos. La luz del farol iluminó un lado de una base rectangular que era un poco más alta que Ann, pero no tan alta como Jennsen. La base de piedra estaba sumamente erosionada y llena de hoyos, con molduras talladas alrededor de cuadrados empotrados en los lados. Si alguna vez había estado pulida, la piedra ya casi no mostraba la menor prueba de ello. A medida que barría la superficie, la luz del farol revelaba capas de sucia decoración producto de su gran antigüedad, así como una moteada masa de líquenes color mostaza. En lo alto de la impresionante base descansaba una enorme urna tallada con un racimo de uva colgando por encima de un lado. A Nathan le encantaban las uvas.

Cuanto Tom las hizo rodear el monumento de piedra hasta la parte frontal, Ann se quedó estupefacta al ver que el rectángulo de piedra estaba desplazado.

En el extremo más lejano, una luz tenue se proyectaba desde debajo de él.

Al parecer se había hecho girar a un lado todo el monumento, dejando al descubierto empinados escalones de piedra que descendían bajo tierra.

Tom les dedicó una significativa mirada.

-Está ahí abajo.

Jennsen se inclinó un poco sobre la abertura y atisbo al interior de la cavidad.

-¿Nathan está ahí abajo? ¿Bajando por esos escalones?

-Eso me temo – le respondió él.

-¿Qué es este lugar? – preguntó Ann.

Tom se encogió de hombros.

-Me temo que no tengo ni idea. Ni siquiera sabía que eso estaba aquí hasta hace un poco, cuando Nathan me mostró donde podría hallarle. Me dijo que te enviara abajo en cuanto llegaras aquí. Fue de lo más insistente al respecto. No quiere que nadie sepa que este lugar está aquí. Quiso que montara guardia y mantuviera a cualquier persona lejos del cementerio, aunque en realidad no creo que nadie venga ya nunca aquí, especialmente de noche. Los bandakarianos no son de los que andan por ahí en busca de aventuras.

-A diferencia de Nathan – rezongó Ann, y palmeó el musculoso brazo de Tom – Gracias, muchacho. Será mejor que hagas lo que Nathan dijo y montes guardia. Bajaré y veré qué es todo esto.

-Las dos lo haremos – dijo Jennsen.

Empujada por la curiosidad, Ann inicio de inmediato el descenso por la polvorienta escalera. Jennsen la siguió casi pegada a sus talones. Un rellano las hizo girar a la derecha y descender otro tramo. En un tercer rellano, unos peldaños giraban a la izquierda. Las polvorientas paredes de piedra estaban incómodamente próximas entre sí y el techo descendía muchísimo, incluso para Ann. A ésta le daba la impresión de estar siendo engullida por un gizonte en descomposición que llevaba al vientre del cementerio.

Al final de los escalones, se detuvo para mirar con incredulidad. Jennsen soltó un silbido quedo. Más allá no había una mazmorra, sino una extraña habitación serpenteante que no se parecía a nada que Ann hubiese visto jamás. Los muros de piedra zigzagueaban en ángulos extraños, cada uno por su cuenta. Algunas de las paredes de piedra estaban cubiertas por una capa de revoque. Toda la habitación se perdía serpenteante a lo lejos, desapareciendo tras salientes y esquinas.

El lugar poseía un extraño orden desordenado que Ann halló un tanto perturbador. Hornacinas aquí y allí en las paredes encaladas estaban rodeadas de símbolos y decoraciones de un azul desvaído que se había desconchado en algunos lugares. También había palabras, pero eran demasiado viejas y borrosas para ser legibles sin un estudio cuidadoso. Estanterías así como antiguas mesas de madera, todas cubiertas de capas de suciedad, aparecían en diversos lugares apoyadas contras las paredes.

Telarañas inmóviles, cargadas de polvo, colgaban por todas partes igual que cortinajes pensados para decorar la habitación. Docenas de velas descansaban sobre mesas y en algunas de las hornacinas vacías, proporcionando a todo el lugar un dorado resplandor sobrenatural, como si todos los muertos que había sobre la cabeza de Ann debieran descender periódicamente a aquel lugar para discutir cuestiones importantes para los difuntos, y dar la bienvenida a nuevos miembros de su orden.

Más allá de las cortinas de telarañas asfixiadas por el polvo, en medio de cuatro mesas enormes que habían sido arrastradas hasta juntarlas, estaba Nathan de pie, con montones desordenados de libros apilados a su alrededor, sobre las mesas.

-¡Ah, ya estas aquí! – la saludó Nathan desde su fortín de libros.

Ann lanzó una mirada de reojo a Jennsen.

-No tenía ni idea de que este lugar estuviera aquí abajo – dijo la joven en respuesta a la pregunta muda de Ann. Puntitos de luz de las velas danzaron en sus ojos azules – Ni siquiera sabía que este lugar existiera.

Ann volvió a mirar a su alrededor.

-Dudo que nadie en los últimos miles de años supiese de la existencia de este lugar. Me preguntó cómo lo descubrió él.

Nathan cerró un libro con un chasquido y lo depositó sobre una pila detrás de él. La lisa melena blanca le acarició los amplios hombros cuando se dio la vuelta. Sus entornados ojos zarcos se clavaron en Ann.

La mujer captó el significado de la mirada de Nathan y se volvió hacia Jennsen.

-¿Por qué no subes y esperas con Tom, querida? Puede resultar un trabajo solitario montar guardia en un cementerio.

Jennsen se mostró desilusionada, pero pareció comprender la necesidad que tenían de que los dejaran con sus cosas. Les dedicó una sonrisa.

-Claro. Estaré ahí arriba si necesitáis algo.

Mientras el sonido de las pisadas de Jennsen se iba apagando hasta convertirse en un lejano susurro, Ann inicio una sinuosa ruta a través de los velos de telarañas.

-Nathan ¿Qué diablos es este lugar?

-No hay necesidad de susurrar – dijo el - ¿Ves cómo las paredes giran en todos esos ángulos extraños? Eso elimina el eco.

Ann se sintió un tanto sorprendida al oír que él estaba en lo cierto. Por lo general, el eco en las habitaciones de piedra era un fastidio, pero aquella estancia que zigzagueaba de aquel modo tan raro poseía la quietud de los muertos.

-Hay algo singularmente familiar en este lugar.

-Un hechizo de ocultación – respondió el profeta con indiferencia.

-¿Qué? – inquiero ella, frunciendo el entrecejo.

-Todo ello está configurado siguiendo la forma de un hechizo de ocultación – Indicó con ademanes a cada lado al ver la mirada de perplejidad que la mujer le dedicaba – No es la distribución de todo el lugar, la

ubicación de habitaciones y el recorrido de los distintos vestíbulos y pasillos, como sucede en el Palacio del Pueblo, lo que define el hechizo, sino más bien la minuciosa línea de las paredes lo que lo conforma, como si alguien hubiese dibujado el hechizo en grande sobre el suelo y luego sencillamente construido las paredes. Puesto que los muros tienen un grosor uniforme, eso significa que el exterior de las paredes también tiene la forma específica del hechizo, de modo que eso tiende a reforzar toda la estructura. Muy inteligente, a decir verdad.

Para que un hechizo así funcionara. Probablemente lo habían dibujado con sangre y con la ayuda de huesos humanos, de los que habrían dispuesto en abundancia allí mismo.

-Alguien se tomó muchísimas molestias – dijo Ann a la vez que volvía a evaluar el lugar, y en esta ocasión empezó a reconocer algunas de las formas y ángulos – ¿Para qué se usa exactamente este lugar?

-No estoy del todo seguro – admitió él con un suspiro – No sé si se suponía, que estos libros debían de ser enterrados con los muertos para toda la eternidad, si lo estaban escondiendo, o si existía algún otro propósito – Nathan le hizo una seña con la mano para que lo acompañara – Por aquí. Deja que te muestre algo.

Ann lo siguió a través de varios de los zigzag, doblando esquinas y dejando atrás aún más estanterías cubiertas de libros polvorientos hasta que llegaron a una zona de nichos situados unos encima de otros de tres en tres.

Nathan apoyó un codo contra la pared.

-Mira ahí – dijo mientras señalaba una de las aberturas bajas del muro de piedra.

Ann se encorvó y miró dentro. Contenía un cuerpo.

Todo que quedaba eran huesos envueltos en jirones de vestiduras polvorientas. Un cinturón de cuero rodeaba la cintura mientras que una correa pasaba por encima de un hombro. Unos brazos esqueléticos estaban cruzados por encima de un hombro. Unos brazos esqueléticos estaban cruzados sobre el pecho, y del cuello colgaban cadenas de oro. Ann pudo ver por el reflejo de la luz en el medallón de una de las cadenas que Nathan debía de haberla alzado para echarle un vistazo, y al hacerlo sus dedos habían limpiado el polvo.

-¿Alguna idea de quien es? – preguntó mientras se erguía y cruzaba las manos ante sí.

Nathan se inclinó muy cerca de ella.

-Creo que era un profeta.

-Pensaba que no había necesidad de susurrar.

El enarco una ceja mientras erguía el cuerpo hasta toda su considerable estatura.

-Hay personas inhumadas aquí – Agito una mano en dirección a la oscuridad – Ahí atrás.

Ann se preguntó si podrían ser todos profetas.

-¿Y los libros?

Nathan volvió a inclinarse sobre ella y susurró de nuevo:

-Profecías.

La mujer frunció el entrecejo y miró atrás, por donde había venido.

-¿Profecías? ¿Te refieres a todos ellos? ¿Esos son todos libros de profecías?

-La mayoría.

El entusiasmo revoloteó por toda ella. Los libros de profecías tenían un valor inestimable. Eran las más de las joyas. Tales libros podían ofrecer orientación, facilitar respuestas que ellos necesitaban, ahorrarles empeños inútiles, llenar huecos en la información de que disponían. Tal vez más que en cualquier otro momento en la historia, necesitaban esas respuestas; necesitaban saber más sobre la batalla final en la que se suponía que Richard los lideraría.

Hasta el momento no habían descubierto cuando tendría lugar la batalla, y todavía podía estar a muchos años de distancia. Era incluso posible que no fuese a tener lugar hasta que Richard fuera un anciano. Con todas las dificultades a las que se habían enfrentado en aquellos últimos años, sólo podían esperar que estuviese aún a varios años de distancia y tuviesen tiempo para prepararse.

Los subterráneos del Palacio de los Profetas habían estado ocupados por miles de libros dedicados a las profecías, pero todos habían sido destruidos junto con el palacio para impedir que cayeran en manos del emperador Jagang. Era mejor perder tales obras que permitir que el mal leyera sus páginas.

Pero nadie conocía la existencia de este lugar oculto. Las mareantes posibilidades giraron por la mente de Ann.

-Nathan... esto es maravilloso.

Giró y miró al profeta. Este la observaba de un modo que hizo que se intranquilizara. Alargó una

mano y la posó en el brazo de Nathan.

-Nathan, esto es más de lo que podríamos haber esperado jamás.

-Es más que eso – repuso él crípticamente a la vez que iniciaba el regreso – Hay libros aquí que me hacen dudar de mi cordura – dijo, efectuando un ademán ceremonioso.

-Ah – bromeo Ann mientras se ponía en marcha tras él – una corroboración por fin.

El se detuvo y le dirigió una mirada hosca.

-No es cosa de broma.

Ann sintió que se le ponían los brazos de carne de gallina.

-Muéstrame entonces – dijo en tono serio – que has descubierto

Nathan sacudió la cabeza, pareciendo perder su momentáneo mal genio.

-Ni siquiera estoy seguro.

Su acostumbrada vehemencia no apareció por ninguna parte mientras se acercaba a las mesas que había arrastrado. Su estado de ánimo se tornó cauto.

-He estado clasificando los libros.

Ann quería apresurarlo y llegar al meollo de su descubrimiento, pero sabía que cuando estaba inquieto, era mejor dejar que Nathan explicara las cosas a su modo. En especial si había especulaciones arcanas de por medio.

-¿Clasificándolos?

El asintió.

-Los de este montón de aquí no parecen tener ningún uso real para nosotros. La mayoría trata de profecías que hace mucho que quedaron obsoletas, contienen únicamente datos irrelevantes o están en lenguas desconocidas... cosas así.

Se volvió y golpeó con una mano la parte superior de otro montón. Se alzó una nube de polvo.

-Estos de aquí son los libros que teníamos en el palacio – Movié la mano a un lado y a otro de los montones de libros que formaban altas pilas en la mesa que tenía detrás – Todos ellos. Todos los de la mesa.

Con los ojos muy abiertos por el asombro. Ann echó una ojeada a las estanterías y hornacinas que se extendían a lo largo de la extraña habitación.

-Hay muchísimas más libros aparte de los que tienes sobre las mesas. Eso no es más que una mínima parte.

-Ya lo creo. Ni siquiera he podido mirarlos todos. Decidí que lo mejor sería enviar a Tom a buscarte. Quería que vieses lo que he descubierto. Eso, y que hay mucho que leer. He estado sacando los libros de uno en uno, comprobando cada uno y colocándolo luego en una de las pilas de estas mesas.

Ann se preguntó cuántos libros estarían en buen uso, tras miles de años bajo tierra. En ocasiones anteriores había hallado libros que los efectos del tiempo, y los elementos, en especial el moho y el agua, habían estropeado. Escudriñó a su alrededor, inspeccionando las paredes y el techo, pero no vio pruebas de que se filtrara agua.

-A primera vista, ninguno de estos libros parece haber sido dañado por el agua. ¿Cómo puede estar tan seco este lugar bajo tierra? Uno pensaría que el agua se filtraría a través de las juntas de la piedra y haría que todo lo que hay aquí abajo estuviese húmedo y mohoso. Apenas puedo creer que los libros parezcan estar en buen estado.

-“Parezcan” es la palabra clave – repuso Nathan.

La mujer se volvió para mirarlo con cara de pocos amigos.

-¿A que te refieres?

El agitó una mano con irritación.

-Dentro de un momento. Dentro de un momento. Lo interesante es que el techo y las paredes están revestidos de plomo para repeler el agua. El lugar posee también un escudo mágico a su alrededor para una protección aún mayor. También la entrada estaba protegida.

-Pero la gente de Bandakar no posee magia y su tierra fue aislada del resto. No había nadie con magia de quien protegerse.

-Aquel sello que aislaba su desterrado país acabó fallando, no obstante – le recordó Nathan.

-Sí, es cierto, lo hizo – Ann se dio golpecitos en la barbilla con un dedo – Me preguntó como sucedió.

Nathan se encogió de hombros.

-Eso no es tan importante por ahora, aunque me preocupa.

Hizo un gesto con la mano como si dejara de lado la cuestión.

-Por el momento, que fallara es lo significativo. Quienquiera que puso estos libros aquí los quería ocultos y protegidos... y se tomaron muchas molestias para asegurarse de que siguieran así. Los escudos no impedirían el acceso a las personas sin el don, el peso del monumento de piedra sería un obstáculo en sí mismo, pero nadie tendría ningún motivo para moverlo a menos que supiera que había algo debajo de él. ¿Qué podría hacerles sospechar algo así? El hecho de que este lugar haya permanecido inalterado durante miles de años demuestra que jamás se dieron cuenta de que este lugar estaba aquí abajo. Creo que los escudos se colocaron para rechazar a invasores que pudiesen entrar en Bandakar, como hicieron los hombres de Jagang.

-Eso tiene sentido, supongo – murmuró ella mientras lo consideraba – Como no se esperaba que el sello que aislaba Bandakar fuese roto jamás, los escudos fueron un simple acto de precaución.

-O de profecía – añadió Nathan.

Ann alzó los ojos.

-Existe esa posibilidad.

Haría falta un mago con la habilidad de Nathan para romper escudos como aquellos, pues ni siquiera Ann poseía la habilidad necesaria. La mujer sabía, también, que existían escudos colocados en tiempos remotos que sólo se podían franquear con la ayuda de la Magia de Resto.

-También es posible que estos libros se colocaran aquí simplemente como un modo de salvaguardar obras tan valiosas...

-¿Realmente piensas que se tomarían todas estas molestias para hacer tal cosa? – preguntó ella.

-Bueno, todos los libros del Palacio de los Profetas se perdieron, ¿no es cierto? Los libros sobre profecías siempre corren peligro. Algunos han sido destruidos, algunos han caído en manos enemigas, y algunos simplemente han desaparecido. Lugares como éste facilitan un sustituto para esas obras. En especial si una profecía vaticina la necesidad de prevenir tal contingencia.

-Imagino que podrías estar en lo cierto. He oído hablar de descubrimientos excepcionales en el campo de las profecías que se han ocultado para protegerlo, o para impedir que ojos inocentes los lean – La mujer meneó la cabeza mientras escudriñaba la habitación con la mirada – Con todo, jamás he oído de ningún descubrimiento que se acercara a nada parecido a esto.

Nathan le entregó un libro. La antigua tapa de cuero rojo estaba descolorida, pero, aun así, había algo que resultaba familiar en él, en los desvaídos nervios dorados del lomo. Alzó la tapa y la primera página en blanco.

-Vaya, vaya, vaya – dijo Ann al ver el título – *El libro de Glendhill sobre la teoría de la desviación*. Qué maravilloso es volver a sostener esto en mis manos – Cerró la tapa y apretó el libro contra el pecho – Es como un viejo amigo que ha regresado de entre los muertos.

El libro había sido uno de sus volúmenes preferidos sobre profecías bifurcadas. Debido a que era un volumen fundamental que contenía información valiosa sobre Richard, lo había estudiado y se había remitido a él tan a menudo a lo largo de los siglos mientras aguardaba a que el joven naciera que prácticamente se lo sabía de memoria. Le había destrozado el corazón que tuviese que ser destruido junto con todos los restantes libros de los sótanos del Palacio de los Profetas. Todavía había en él gran cantidad de información sobre lo que aún estaba por acontecer.

Nathan sacó otro volumen de un montón y los sostuvo ante ella a la vez que enarcaba una ceja.

-*Precedencia e inversiones binarias*.

-¡No! – Ann se lo arrebató de las manos – No puede ser.

Ningún informe había podido aseverar jamás con seguridad que el escurridizo volumen hubiese existido alguna vez en realidad. La misma Ann lo había buscado, a petición de Nathan, siempre que salía de viaje. También había hecho que Hermanas de confianza intentaran localizarlo en aquellas ocasiones en que viajaban. Habían existido indicios, pero ninguna de las pistas había dado nunca como resultado otra cosa que callejones sin salida.

Alzó los ojos hacia el alto profeta.

-¿Es real? Muchos relatos niegan que haya existido realmente.

-Desapareció, según algunos. Un simple mito, según otros. Leí un poco de él, y por las ramificaciones fenomenales. Tendría que estudiarlo a fondo para saber cual de las dos cosas, pero por lo que he visto, hasta ahora, me inclinó a creer que es auténtico. Además, ¿qué propósito tendría ocultar una falsificación? Las falsificaciones se crean por lo general, para cambiarlas por otro.

Eso era muy cierto.

-Y estuvo aquí todo el tiempo. Enterrado bajo los huesos.

-Junto con lo que sospecho que pueden ser una gran cantidad de otros libros que son igual de valiosos.

Ann chasqueó la lengua mientras volvía a pasear la mirada con curiosidad por todos los libros, con la sensación de sobrecogimiento aumentando a ojos vistas.

-Nathan, has descubierto un tesoro. Un tesoro de valor incalculable.

-Es posible – repuso él, y cuando ella le lanzó una mirada de perplejo enojo, levantó un pesado libro de la parte superior de otro montón – Ni siquiera vas a creer lo que es esto. Toma. Ábrelo y lee y el título tú misma.

Ann dejó de mala gana *Precedencia e inversiones binarias* para tomar el pesado libro de manos de Nathan. Lo depositó también sobre la mesa, y se inclinó sobre él, abriendo la tapa con sumo cuidado. Pestañeó, luego se irguió.

-¿*La séptima tarea de Selleron*? – Contempló al profeta boquiabierto – Pensaba que sólo existía una copia y que fue destruida.

Un lado de la boca de Nathan se ladeó con una sonrisa peculiar. Sostuvo el alto otro libro.

-*Doce palabras dejadas a la razón*. Encontré también *El gemelo del destino* – Agitó un dedo en dirección a la pila – Esta ahí, en alguna parte.

La mandíbula de Ann se movió durante unos instantes hasta que poder fin surgieron las palabras:

-Pensaba que habíamos perdido esas profecías para siempre.

Con la curiosa sonrisa todavía en los labios. Nathan se limitó a observarla. Ann alargó la mano y le agarró el brazo.

-¿Es posible que tengamos la suerte de que se hicieran copias?

Nathan asintió, confirmando la suposición. La sonrisa desapareció.

-Ann – dijo mientras le entregaba *Doce palabras dejadas al razonamiento* – echa un vistazo ahí y dime que piensas.

Desconcertada por la sombría expresión que se le había instalado en el semblante, ella colocó el libro en una zona despejada y empezó a pasar páginas con cuidado. La escritura estaba un poco descolorida, pero no más que en cualquier libro de su edad; viejo como era, seguía en buen estado y era bastante legible.

Doce palabras dejadas al razonamiento era un libro que contenía doce profecías centrales y una serie de ramificaciones subordinadas. Esas ramificaciones subordinadas conectaban acontecimientos reales con otros libros de profecías que, de otro modo, eran imposibles de ubicar de modo cronológico. Las doce profecías centrales en realidad no eran tan importantes. Eran las ramificaciones subordinadas que servían para enlazar otros troncos y ramas del árbol de la profecía lo que convertía el ejemplar en una obra de tanto valor.

La cronología era a menudo el problema más desquiciante al que se enfrentaban los que trabajaban con las profecías, pues con frecuencia era imposible decir si una profecía iba a desarrollarse al día siguiente o al cabo de un siglo.

Los acontecimientos se hallaban en un constante fluctuación, de modo que era esencial establecer la profecía en el tiempo, no tan sólo para saber cuándo iba a resultar viable una profecía concreta, sino porque lo que era de primordial importancia al año siguiente podría no ser otra cosa que un acontecimiento menor en otra fecha. A menos que supiesen en que año tenía lugar la profecía, no sabían si precedía un peligro o simplemente una cuestión digna de mención.

La mayoría de los profetas, cuando ponían por escrito su profecía, dejaban a la elección de los que vinieran mas tarde la tarea de encajarla en su lugar correcto en los acontecimientos del mundo real. No existía un consenso claro sobre si tal cosa se había hecho deliberadamente, por descuido o porque el profeta, sumido en sus visiones, jamás había advertido lo importante, y difícil, que sería situar cronológicamente su visión. Ann se había percatado a menudo junto con Nathan de que una profecía resultaba tan nítida para el profeta que este sencillamente no llegaba a comprender la tarea tan formidable que sería para otro el leerla y encajarla en el rompecabezas de la vida.

-Aguarda – dijo Nathan mientras ella pasaba páginas – Retrocede una página.

Ann le dirigió una veloz mirada y luego pasó hacia atrás el papel de vitela.

-Ahí – dijo Nathan a la vez que golpeaba la página con un dedo – Mira aquí. Faltan varias líneas.

Ann contempló con determinación el pequeño espacio en la escritura, pero no vio que podía tener de

importante. En los libros se dejaban espacios en blanco por una amplia variedad de motivos.

-¿Y?

En lugar de responder, el hizo girar la mano, indicándole que siguiera adelante. Ann empezó a pasar las páginas. Nathan introdujo la mano para detenerla y dio un golpecito a otro espacio en blanco para que ella reparara en él; luego la insto a continuar.

La mujer reparó en que los espacios en blanco se volvían más frecuentes y finalmente llegó a páginas completamente en blanco. De todos modos, ni siquiera eso era inaudito. Existían innumerables libros que simplemente finalizaban a la mitad. Se pensaba que el profeta que había estado trabajando en tales libros había fallecido y que los que le sucedieron no quisieron interferir con lo que había hecho su predecesor, o tal vez quisieron trabajar en ramificaciones de la profecía que les resultaba más interesante.

-*Doce palabras dejadas al razonamiento* es uno de los pocos libros de profecías que es cronológico – le recordó él en voz baja.

Ella lo sabía, desde luego. Era eso lo que hacía del libro una herramienta tan valiosa. Sin embargo, no consiguió imaginar por qué él había considerado importante señalarlo.

-Bueno – repuso Ann con un suspiro al llegar al final – es raro, supongo ¿Qué piensas tú de los espacios en blanco?

En vez de contestarle directamente, le entregó otro libro.

-*Subdivisión de la raíz de Burkett*. Echa un vistazo.

Ann pasó las páginas de otro hallazgo inestimable, buscando algo fuera de lo corriente. Tropezó con tres páginas en blanco seguidas de más profecías.

-¿Qué se supone que debo de ver? – inquirió, sintiéndose cada vez más impaciente con el juego de Nathan.

El profeta tardó un instante en responder. Cuando por fin lo hizo, su voz tenía aquel tono acostumbraba a provocarle escalofríos a lo largo de toda la espalda.

-Ann, teníamos ese libro abajo, en los sótanos.

Ella seguía sin entender lo que evidentemente era de una importancia fundamental.

-Sí, lo teníamos. Lo recuerdo muy bien.

-La copia que teníamos carecía de esas páginas en blanco.

La mujer frunció el entrecejo y devolvió la atención al libro. Pasó unas cuantas páginas otra vez hasta encontrar el fragmento en blanco.

-Bueno – dijo a la vez que estudiaba el lugar donde finalizaba la profecía y luego aquél donde se reanudaba una ramificación totalmente nueva tras las páginas vacías – a lo mejor quienquiera que hizo esta copia, por alguna razón, decidió no incluir parte de ella. Quizá tenían algún motivo para creer que ese ramal concreto era un callejón sin salida, y en lugar de incluir ramas secas en el árbol de la profecía, se limitaron a dejarlas fuera. Tales recortes no son infrecuentes. Luego, puesto que no querían dar la impresión de que engañaban a nadie, siguieron adelante y dejaron el espacio correspondiente en blanco para indicar la supresión.

Alzó la mirada. Los ojos azules celeste del profeta estaban fijos en ella. Ann sintió que le corría un hilillo de sudor entre los omóplatos.

-Echa un vistazo al *Libro de Glendhill sobre la teoría de la desviación* – dijo él con voz sosegada sin apartar la penetrante mirada de ella.

Ann acercó a ella el ejemplar. Hojeó las páginas como había hecho con el libro anterior, si bien un poco más deprisa.

Había páginas en blanco, más todavía.

-No es una copia muy exacta, diría yo – comentó con un encogimiento de hombros.

Nathan alargó con impaciencia su largo brazo hacia el libro y pasó el montón de páginas de vuelta a la parte delantera.

Allí, en una página del principio, totalmente sola, estaba la marca del autor.

-Querido Creador – musitó Ann al ver el pequeño símbolo, que todavía centelleaba tenuemente con la magia que el autor había conferido a su marca. Sintió que se le ponía todo el cuerpo de carne de gallina, empezando por los dedos de los pies – Esto no es una copia. Es el original.

-Así es. Si lo recuerdas, el que teníamos en los sótanos era una copia.

-Sí, recuerdo que el nuestro era una copia.

Había aumentado que aquél también era una copia. Muchos de los libros de profecías eran copias,

pero eso no disminuía su valor. Eran comprobados y marcados por estudiosos respetados que luego dejaban su propia marca para autenticar la copia. Un libro de profecías se valoraba por la precisión y veracidad de su contenido, no porque fuese el original. Era la profecía misma lo que era valioso, no la mano que la había redactado.

Con todo, ver el original de un libro que amaba tanto como aquel volumen en concreto era una experiencia memorable. Se trataba del libro real, escrito por la mano del profeta que había sido el artífice de valiosísimas profecías.

-Nathan... qué puedo decir. Eso es un placer para mí. Sabes lo mucho que significa este libro para mí. Nathan inspiró pacientemente.

-¿Y las paginas en blanco...?

Ann encogió un hombro.

-No lo sé. Realmente no estoy preparada para aventurar una suposición. ¿Adonde quieres llegar?

-Examina el fragmento en blanco en relación con el texto escrito.

Ann devolvió la atención al libro. Leyó un poco del texto que precedía a una de las zonas en blanco, luego leyó un poco de lo que seguía. Era una profecía sobre Richard. Eligió otro lugar en blanco al azar, leyendo antes de la zona sin texto y después de ella. Era otra sección sobre Richard.

-Da la impresión – dijo mientras en lugares donde habla sobre Richard.

Nathan iba adquiriendo un aspecto más nervioso por momentos.

-Eso se debe únicamente a que la mayor parte de el *El libro de Gendhill sobre la teoría de la desviación* trata sobre Richard. Esa pauta de páginas en blanco asociadas con él no es válida cuando empiezas a mirar los otros libros.

Ann alzó los brazos y los dejó caer a los costados.

-Entonces me rindo. No veo que tú ves.

-Es lo que estamos viendo. El problema son los lugares en blanco.

-¿Qué te hace decir eso?

-Porque – repuso él con un poco más de fuerza en la voz – hay algo de lo más curioso respecto a esos fragmentos en blanco.

Ann empujó un mechón rebelde de cabellos grises al interior del moño que siempre llevaba. Empezaba a no entender nada.

-¿Cómo qué?

-Dímelo tú – dijo él – Apostaría a que, prácticamente, podrías citar palabra por la palabra *El libro de Glendhill sobre la teoría de la desviación*.

-Quizá – Ann se encogió de hombros.

-Bueno, yo sí puedo citarlo. La copia que teníamos allá en los sótanos, al menos. Examiné cuidadosamente este libro, comparándolo con mi memoria.

Por algún motivo, Ann sentía un nudo de angustia en el estómago. Empezaba a temer que la copia que habían tenido en los sótanos del palacio pudiese haber sido una profecía fraudulenta que completaba los espacios que el autor original había dejado en blanco. Era un engaño casi demasiado sobrecogedor para considerarlo siquiera.

-¿Y que descubriste? – preguntó.

-Que puedo citar este original, exactamente. Palabra por palabra. Ni más, ni menos.

Ann suspiro, aliviada.

-Nathan, eso es maravilloso. Significa que nuestra copia no estaba completada con profecías inventadas. ¿Por qué tendrías que preocuparte el no poder recordar espacios en blanco? Están en blanco, no hay nada ahí. No hay nada que recordar.

-La copia que teníamos en el palacio no tenía espacios en blanco.

Ann pestañeó mientras lo recordaba.

-No, no las tenía. Lo recuerdo bien – Dedicó al profeta una sonrisa cariñosa – Pero ¿no te das cuenta? Si puedes citar éste, palabra por palabra, y lo aprendiste de nuestra copia, eso significa que quienquiera que hizo la copia se limitó a juntar el texto en lugar de incluir los espacios blancos sin sentido dejados por el profeta original. El profeta probablemente dejó espacios en blanco como una previsión, en caso de que tuviese más visiones sobre las profecías y necesitase añadir algo. Al parecer, jamás tuvo una necesidad de modo que los espacios en blanco siguen ahí.

-Se que había mas paginas en nuestra copia.

-No te sigo, entonces.

En esta ocasión, fue Nathan quien alzó los brazos al techo.

-Ann ¿es que no te das cuenta? Aquí, mira el libro – Lo giró hacia ella- Mira esta antepenúltima ramificación. Es una página, y luego hay seis paginas en blanco. ¿Recuerdas alguna ramificación de la profecía en nuestra copia de El libro de Glendhill sobre la teoría de la desviación que fuese solo de una página? No. Ninguna era tan corta. Eran demasiadas en la profecía, pero tengo la mente tan en blanco como estas páginas. Lo que estaba allí no solo ha desaparecido del libro, sino que ha desaparecido de mi mente también. A menos que puedas citarme el resto de la profecía que sabes que debería de estar ahí, esta también ha desaparecido de tu mente.

-Nathan, eso simplemente no... quiero decir, no sé como... – farfulto Ann, confusa.

-Toma – dijo él a la vez que agarraba un libro de detrás de él – *Orígenes reunidos*. Tienes que recordar este.

Ann alzó con reverencia el libro de sus manos.

-Nathan, por supuesto que lo recuerdo. Cómo podría alguien olvidar un libro tan corto pero tan hermoso.

Orígenes reunidos era una profecía sumamente excepcional por el hecho de estar escrita toda ella en forma de relato de amor. Ann adoraba ese relato, pues tenía una debilidad por el romance, aunque jamás lo admitía ante nadie. Puesto que aquel relato romántico era en realidad una profecía, eso hacía que fuese lógico que estuviese familiarizada con él.

Sonrió mientras alzaba la tapa del pequeño libro.

Las páginas estaban en blanco.

Todas ellas.

-Dime – dijo Nathan con su profunda voz de sosegada autoridad - ¿de que trata *Orígenes reunidos*?

Ann abrió la boca pero no le salió ninguna palabra.

-Dime entonces – siguió Nathan con aquella voz suya sosegadamente poderosa que parecía capaz de quebrar piedras – una sola línea de este amado volumen. Dimen de quien trata. Dime cómo empezaba, cómo terminaba, o cualquier cosa de la parte central.

La mente de la mujer estaba en blanco.

Mientras alzaba los ojos hacia la penetrante mirada de Nathan, éste se inclinó un poco más hacia ella.

-Dime una sola cosa que recuerdes de este libro.

-Nathan – consiguió susurrar ella por fin con los ojos desorbitados por el asombro – tú acostumbrabas a tener este libro en tus aposentos. Lo conoces mejor que yo. ¿Qué recuerdas de *Orígenes reunidos*?

-Ni... una... sola... cosa.

12

Ann trago saliva.

-Nathan ¿cómo es posible que ninguno de los dos podamos recordar nada de un libro que amamos tanto como este? ¿Y como es que las partes que los dos no recordamos se corresponden con los espacios en blanco?

-Bien, muy buena pregunta.

Una idea, le pasó repentinamente a Ann por la cabeza, y esté exclamo:

-Un hechizo. Estos libros están hechizados.

Nathan hizo una mueca.

-¿Qué?

-Muchos libros llevan un hechizo para proteger la información que contienen. No me he tropezado con ello en un libro de profecías, pero es muy común en libros de enseñanza de la magia. Este lugar se concibió con la intención de ocultarlos. A lo mejor esa es la explicación de lo que ocurre aquí.

“Un hechizo así se activaría en el momento en que cualquiera que no fuese la persona correcta, con el poder requerido, lo abriera. Incluso algunos hechizos de esa naturaleza a veces estaban adaptados a individuos concretos. El método de protección acostumbrado en el caso de que la persona equivocada leyese

el libro era borrar de la memoria de esta todo lo que había visto en el.

Nathan no respondió, pero su expresión enfurruñada se suavizó mientras consideraba la idea. Ann pudo ver por su expresión que dudaba que aquella teoría fuese la respuesta, pero al parecer no quería discutir la cuestión en ese momento, probablemente porque tenía algo más importante que comentar.

En efecto empezó a dar golpecitos con un dedo sobre un pequeño montón de libros que se alzaba aparte.

-Estos libros – dijo con un tono bajo cargado de significado – tratan predominantemente sobre Richard. No conocía la mayor parte de ellos, y me resulta alarmante que se hubiesen ocultado tales libros en un lugar como éste. En la mayoría aparecen muchas páginas en blanco.

Que tantísimos libros de profecías, en especial sobre Richard, no hubiesen estado en el Palacio de las Profetas resultaba muy inquietante. Durante cinco siglos, ella había registrado el mundo en busca de copias de cualquier libro que contuviese información sobre Richard.

Ann se rascó una ceja mientras consideraba las implicaciones.

-¿Has averiguado algo?

Nathan tomó el volumen de la parte superior y lo abrió.

-Bueno, para empezar, este símbolo, aquí, es muy desconcertante. Es una forma de profecía sumamente rara, llevada a cabo mientras el profeta se hallaba asediado por un torrente de revelaciones. Tales profecías gráficas se dibujan en un momento de poderosa visión, cuando escribir requeriría demasiado tiempo e interrumpiría el flujo de lo que te pasa por la mente como un torbellino.

Ann conocía sólo de un modo vago tales profecías figurativas. Recordaba unas pocas procedentes de los sótanos del palacio. Nathan nunca antes le había mencionado nada al respecto. Era otro de los secretitos de los mil años de edad de Nathan.

Se inclinó más cerca y estudió el intrincado dibujo que ocupaba la mayor parte de la página. NO había ni una línea recta en él, únicamente espirales y arcos que se arremolinaban por todas partes en un diseño que parecía casi vivo. Aquí y allí la pluma se había clavado en la superficie de la vitela, donde las dos mitades de la punta de la pluma en la superficie de bajo la presión. Ann alzó el libro más cerca de una vela y examinó con cuidado una zona especialmente rugosa. Vio en un pequeño borrón de tinta un fino fragmento de metal; un lado de la punta de la pluma se había partido en el lugar donde había acuchillado la página, y seguía incrustado allí. Justo después volvían a iniciarse las marcas más limpias de una pluma nueva, aunque no carecían de menos energía.

Nada en el dibujo ofrecía un tema identificable – parecía ser abstracto – y sin embargo, eran tan sumamente perturbadores que le puso los pelos de punta. Parecía como si el dibujo fuese casi reconocible, pero su significado quedase justo fuera de su comprensión consciente.

-¿Qué es? – Depósito el libro sobre la mesa, abierto por el dibujo - ¿Qué significa?

Nathan se pasó un dedo por su robusta mandíbula.

-Resulta difícil de explicar. No hay palabras precisas para describir lo que aparece en mi mente cuando lo contemplo.

-¿Crees – preguntó ella con exagerada paciencia mientras entrelazaba las manos – que podrías hacer un esfuerzo para describirme del mejor modo posible la imagen de tu mente?

Nathan la contempló de soslayo.

-Las únicas palabras adecuadas que se me ocurren son: “Viene la bestia”.

-¿La bestia?

-Sí. No sé que significa. La profecía está parcialmente camuflada, quizá de un modo deliberado o tal vez debido a que representa algo con lo que no me había tropezado nunca antes, o incluso puede deberse a que está vinculado a las páginas en blanco y sin su texto el dibujo no cobrará vida por completo ante mí.

-¿Qué viene a hacer esa bestia?

Nathan cerró de golpe el libro, de modo que ella pudiese ver el título: *Un guijarro en el estanque*.

Un sudor frío pobló la frente de Ann.

-El símbolo es una advertencia gráfica – dijo él.

Las profecías a menudo se referían a Richard como el “guijarro en el estanque”. El texto de un libro así probablemente era de un valor incalculable.

-¿Quieres decir que es una advertencia para Richard de que alguna clase de bestia se aproxima?

Nathan asintió.

-Eso es más o menos lo que puedo extraer de esto. Eso y una impresión vaga de la espantosa aura

que rodea a esa cosa.

-Que rodea a la bestia.

-Si. El texto de respaldo que precedía al dibujo habría sido de fundamental importancia para comprenderlo mejor, para poder concebir la naturaleza de esa bestia; pero ese texto ha desaparecido. Las ramificaciones posteriores también están en blanco, de modo que no hay manera de ubicar la advertencia ni en su contexto ni cronológicamente. Por todo lo que sé, podría ser algo a lo que ya se ha enfrentado y derrotado, o algo que, cuando sea anciano, podría derrotarle. Sin una profecía que lo respalde o un contexto, no hay modo de saberlo.

La cronología era vital para comprender la profecía, pero debido al terror que sentía al contemplar el dibujo. Ann no creía que fuese nada a lo que Richard ya se hubiese enfrentado.

-Quizá este pensado como una metáfora. El ejército de Jagang actúa como una bestia espantosa. Masacra todo lo que encuentra en su camino. Para la gente libre, y para Richard en especial, la Orden Imperial es una bestia venida a destruirles a ellos y a todo lo que aman.

Nathan se encogió de hombros.

-Esa podría muy bien ser la explicación. Pero no lo sé.

Hizo una pausa antes de proseguir:

-Existe algo más que no es menos perturbador no sólo en ese libro sino en otros – Dirigió una significativa mirada hacia ella – Libros que no he visto nunca antes.

Por muchas razones, también Ann encontró perturbador averiguar que existían todos aquellos libros escondidos en una habitación subterránea bajo un cementerio.

Nathan volvió a indicar con un ademán los libros amontonados encima de las cuatro enormes mesas.

-Si bien hay copias de una serie de libros que hemos visto, y éstos te los he mostrado, la mayoría de estos libros son nuevos para mí. El que una biblioteca se desvíe hasta este punto de las obras maestras clásicas resulta inaudito. Cada biblioteca posee sus propios volúmenes excepcionales, sin duda, pero este lugar es como otro mundo. Casi cada volumen de los que hay aquí es un descubrimiento pasmoso.

La cautela de Ann despertó, y la mujer tuvo el siniestro presentimiento de que Nathan había llegado por fin a la parte del laberinto por el que viajaba su mente. Una cosa que acababa de decir se alzó amenazadora en el subconsciente de la mujer.

-¿Consejo, has dicho? – Frunció el entrecejo con suspicacia - ¿Qué clase de consejo?

-Recomienda al lector que si su interés no es de naturaleza general, sino que tiene motivos para buscar información más amplia y específica sobre los temas ahí contenidos, entonces se deberían consultar los volúmenes pertinentes guardados con los huesos.

El entrecejo de Ann se frunció aún más.

-¿Guardados con los huesos?

-Si. Aludía a esos escondites como “emplazamientos principales” – Nathan volvió a inclinarse hacia ella, igual que una vecina con una carga de chismorreos – Los “emplazamientos principales” se mencionan en varios lugares, pero hasta el momento sólo he conseguido descubrir un lugar donde se menciona uno de estos emplazamientos; las catacumbas bajo los sótanos del Palacio de los Profetas.

Ann se quedó boquiabierta.

-Catacumbas... Eso es absurdo. No había tal lugar bajo el Palacio de los Profetas.

-No las vimos – dijo Nathan en todo solemne – Pero eso no significa que no existiesen.

-Pero, pero – tartamudeó Ann – eso no es posible. Simplemente no lo es. Una cosa así no habría pasado desapercibida. Con todo ese tiempo que vivieron las Hermanas, allí lo habríamos sabido.

Nathan se encogió de hombros.

-En todo ese tiempo nadie supo de la existencia de este lugar, aquí, en el cementerio.

-Pero nadie vivía aquí encima.

-¿Y si la presencia de catacumbas bajo el palacio no fuese de dominio público? Al fin y al cabo, sabemos poco de los magos de esa época, y no gran cosa sobre las personas que participaron en la construcción del Palacio de los Profetas. Podría ser que tuviesen motivos para ocultar tal sitio, del mismo modo que se ocultó éste.

Nathan enarcó una ceja.

-¿Y si parte del propósito del palacio... el adiestramiento de magos jóvenes... formase parte de una elaborada estratagema para ocultar la existencia de tal emplazamiento secreto?

Ann sintió que su rostro enrojecía.

-¿Esta sugiriendo que la tarea a la que estábamos dedicadas carecía de sentido? Como te atreves a sugerir que todas nuestras vidas han estado consagradas a algo que no era más que un engaño, y que no se les habría perdonado la vida a aquellos con el don de no haber sido porque nosotras...

-No estoy sugiriendo nada por el estilo. No digo que a las Hermanas las embaucaran ni que lo que hicieron no salvara a muchachos con el don y ayudara a preservarlo. Solo digo que estos libros sugieren que podía haber habido algo más en todo ello. ¿Y si no existía sólo la intención de disponer de un lugar donde las Hermanas pudiesen ejercer su útil profesión, sino que había un propósito más grandioso? Al fin y al cabo, piensa en el cementerio sobre nuestras cabezas, tiene una razón válida para existir, pero también proporciona una tapadera que oculta este lugar.

“A lo mejor se cubrieron tales catacumbas hace miles de años con la intención de ocultarlas. De ser así, habría sido deliberado el que no fuésemos conscientes de su existencia. Si era un escondite secreto, no habrá habido documentos que se refieran a él.

“Por la impresión que obtuve de las referencias en estos libros, tengo motivos para creer que existieron en una época libros que eran considerados tan perturbadores y tan peligrosos que se decidió que había que confinarlos en unos pocos “emplazamientos principales”, ocultos como precaución, para que no acabaran siendo copiados, como es la costumbre con la mayor parte de los libros de profecías. ¿Qué mejor modo de vedar su conocimiento? Puesto que estas referencias hablan de “los libros guardados con los huesos”, sospecho que esos otros. “emplazamientos principales” podrían ser catacumbas como las que se dice que estaban bajo el Palacio de las Profecías.

Ann sacudió lentamente la cabeza mientras intentaba asimilar todo aquello, mientras intentaba imaginar si existía alguna posibilidad de que pudiese ser cierto. Volvió a mirar la mesa con los montones de libros que trataban en su mayoría de Richard, y que ellos no habían visto nunca antes.

Ann señaló con la mano.

-¿Y estos de aquí?

-Lo que hay ahí casi debería no haberlo leído.

Ann le agarró la manga.

-¿Por qué? ¿Qué leíste?

El pareció contenerse. Agitó una mano como quitándole importancia, sonrió brevemente y cambió de tema.

-Lo que encuentro más inquietante sobre las zonas en blanco de los libros es su común denominador. Si bien no todo el texto desaparecido trata de profecías sobre Richard, he determinado que todos tienen una cosa en común.

-¿Y cual es?

Nathan alzo un dedo para recalcar lo que quería decir.

-Todas y cada una de las partes desaparecidas aparecen en profecías que corresponden a una época posterior al nacimiento de Richard. A ninguna de las profecías que pertenecen a una época anterior al nacimiento de Richard o sus alrededores les falta nada.

Ann entrelazó las manos con cuidado mientras reflexionaba sobre ese misterio y en cómo resolver el rompecabezas.

-Bueno – dijo por fin - Hay una cosa que podríamos comprobar. Podría ser que Verna enviase un mensajero al Alcázar del Hechicero en Aydindril. Zedd esta allí protegiendo el lugar para que no caiga en manos de Jagang. Podríamos hacer que Verna enviase un mensajero y pidiese a Zedd que comprobase partes específicas de sus ejemplares con los que tenemos aquí para ver si les falta texto.

-Eso es una buena idea –dijo Nathan.

-Teniendo en cuenta lo vastas que son las bibliotecas del Alcázar, es seguro que tendrá muchos libros clásicos sobre profecía que tenemos aquí.

El rostro de Nathan se ilumino.

-A decir verdad, sería aun mejor si pudiéramos hacer que Verna enviase a alguien al Palacio del Pueblo de D'Hara. Mientras estuve allí pasé mucho tiempo en las bibliotecas del palacio. Recuerdo claramente haber visto copias de varios de estos libros. Si se los hiciéramos comprobar a alguien, eso no sería si los libros de aquí tiene un hechizo, como sugieres, y el problema está restringido a estas ediciones, o si se trata de algún fenómeno más extenso. Necesitamos que Verna envíe a alguien al Palacio del Pueblo de inmediato.

-Eso debería resultar fácil. Verna está a punto de partir hacia el sur. No hay duda de que pasarán

cerca del palacio del Pueblo.

Nathan la miró con el entrecejo fruncido.

-¿Has tenido noticias de Verna? ¿Y dijo que marchaba al sur? ¿Por qué?

El ánimo de Ann decayó.

-Recibí un mensaje suyo a primeras horas de esta noche; justo antes de venir aquí.

-¿Y que tenía que decir nuestra joven prelada? ¿Por qué viaja al sur?

Ann sólo un suspiro de resignación.

-Me temo que las noticias no son las mejores. Decía que Jagang ha dividido su ejército. Está conduciendo una parte de su horda para rodear las montañas y atacar D'Hara desde el sur. Verna va a ponerse en marcha con un gran contingente de las fuerzas d'haranianos con la intención de enfrentarse al ejército de la Orden.

El rostro de Nathan palideció.

-¿Qué ha dicho? – musitó

-¿Te refieres a lo de que Jagang ha dividido su ejército?

La mujer no lo creí posible, pero el rostro del profeta adquirió un tono aún más ceniciento.

-Que los queridos espíritus nos protegen – susurró él – Es demasiado pronto. No estamos preparados.

Ann sintió que el terror le hormigueaba por las extremidades. Y se le puso la carne de gallina.

-Nathan ¿de que hablas? ¿Qué sucede?

El se dio la vuelta y examinó frenéticamente los lomos de los libros amontonados sobre las mesas. Por fin halló lo que quería y extrajo un volumen de un tirón, el resto del montón volcó. Hojeó a toda velocidad el libro, farfullando mientras buscaba.

-Aquí está – dijo a la vez que presionaba un dedo contra una página – Hay innumerables profecías que he encontrado en esos libros que no había visto nunca antes. Estas profecías que rodean la batalla final están veladas a mis ojos... no puedo verlas en visiones... pero las palabras ya son suficientemente aterradoras. Esta las resume muy claramente.

Se inclinó sobre el libro y a la luz de la vela leyó:

“En el año de las cigarras, cuando el paladín del sacrificio y el padecimiento, bajo el estandarte tanto de la humanidad como de la luz, finalmente divida su enjambre, que la profecía se despertará y que llegará la batalla final y decisiva. Tened cuidado, pues todas las bifurcaciones auténticas y sus derivados están condensados en esta raíz adivinatoria. Únicamente un tronco se bifurca de este origen primordial conjunto. Si *fuer grissa ost drauka* no lidera esta batalla final, el mundo que esta ya al borde de la oscuridad, caerá bajo esa terrible sombra”.

Fuer grissa ost drauka era uno de los nombres proféticos empleados para designar a Richard. Procedía de una conocida profecía en d'haraniano culto y su traducción era “*Portador de la muerte*”. El llamarlo por ese nombre en esa profecía era un modo de enlazar las dos profecías en una bifurcación.

-Si las cigarras apareciesen este año – dijo Nathan – eso verificaría que esta profesión no es sólo auténtica sino que está activa.

Ann sintió que las rodillas no la sostenían.

-Las cigarras empezaron a salir hoy.

Nathan la contempló como si fuese el Creador en persona dictando sentencia.

-Entonces la cronología está fijada. Todas las profecías han encajado. Los acontecimientos están marcados. El final está a punto de llegar.

-Qué el Creador nos proteja – musitó Ann.

Nathan deslizó el libro al interior de su bolsillo.

-Debemos llegar hasta Richard.

Ella asentía ya.

-Si, tienes razón. No hay tiempo que perder.

Nathan paseó una veloz mirada a su alrededor.

-Indudablemente no podemos llevarnos todos estos libros con nosotros y no hay tiempo para leerlos. Debemos sellar este lugar otra vez, como lo estaba, y marcharnos de inmediato.

Antes de que Ann pudiese mostrar su asentimiento. Nathan extendió un brazo con ademán majestuoso. Todas las velas se apagaron y únicamente siguió encendido el farol situado sobre la esquina de una de las mesas. Al pasar junto a él, lo alzó en su enorme mano.

-Vamos- dijo.

Ann apresuró el paso para mantenerse a su altura, intentando permanecer en el pequeño círculo de luz ahora que la curiosa habitación había quedado sumida en la oscuridad.

-¿Estás seguro de que no deberíamos coger ninguno de estos libros?

El profeta penetra a la carrera en la angosta caja de la escalera, llevando la luz con él.

-No podemos transportarlos, eso nos haría ir más despacio. Además, ¿Cuáles escogeríamos? – Hizo una pausa para volver la cabeza, su rostro era todo ángulo y líneas afiladas bajo la cruda luz del farol – Ya sabemos lo que dice la profecía y ahora, por primera vez, conocemos la cronología. Debemos llegar hasta Richard. El tiene que estar allí en la batalla, cuando los ejércitos se enfrenten o todo estará perdido.

-Si, y tendremos que asegurarnos de que esté allí para completar las palabras de la profecía.

-Estamos de acuerdo, entonces – dijo él a la vez que se volvía y corría escaleras arriba.

La caja de la escalera era tan angosta y baja que tuvo problemas para subir.

Una vez arriba, irrumpieron en la noche, en medio del agudo canto de las cigarras. Nathan llamó en voz alta a Tom y a Jennsen. Los árboles se balancearon en la húmeda brisa mientras aguardaban una respuesta, que pareció tardar una eternidad, aunque en realidad sólo transcurrió un instante antes de que tanto Tom como Jennsen salieran corriendo de la oscuridad.

-¿Qué sucede?- preguntó Jennsen, jadeante.

La sombra oscura de Tom se alzó imponente junto a ella.

-¿Hay algún problema?

-Un problema grave – confirmó Nathan.

Ann pensó que el anciano podría mostrarse un poco más discreto; pero, sería como era la situación, probablemente la discreción carecía de sentido. Nathan sacó del bolsillo el libro que había cogido de la biblioteca y lo abrió por una página en blanco de la que había desaparecido texto de una profecía.

-Dime que pone aquí – ordenó, tendiéndoselo a Jennsen.

Esta lo miró con el entrecejo fruncido.

-Nathan, está en blanco.

En anciano refunfuño.

-Eso significa que en el hechizo hubo Magia de Resta involucrada. La Magia de Resta es magia del inframundo, el poder de la muerte, de modo que la afecta igual que a nosotros.

Se volvió de nuevo hacia Jennsen.

-Hemos encontrado profecías que conciernen a Richard. Debemos encontrarle o Jagang ganará la guerra.

Jennsen lanzó un grito ahogado. Tom profirió un silbido quedo.

-¿Sabes dónde esta? – pregunto Nathan.

Sin una vacilación, Tom se giro y poco y alzó un brazo para señalar a la noche. El vínculo que tenía con Richard le indicaba lo que el don no podía decir.

-Esta en esa dirección. No a una gran distancia, pero tampoco cerca.

Ann escrutó la oscuridad.

-Tendremos que reunir nuestras cosas y ponernos en marcha en cuanto despunte el día.

-La esta en movimiento – dijo Tom – Dudo que vayáis a encontrarle en ese punto para cuando lleguéis allí.

Nathan lanzó una imprecación por lo bajo.

-No hay forma de saber adonde se dirige ese muchacho.

-Yo diría que va de regreso a Altur'Rang – indicó Ann.

-Si, pero ¿y si no se queda allí? – Posó una mano sobre el hombro de Tom – Necesitaremos que vengas con nosotros. Eres uno de los protectores encubiertos del lord Rahl. Esto es importante.

Ann vio la mano de Tom cerrada alrededor del cuchillo que llevaba al cinto. El mango de plata de aquel cuchillo tenía grabada una elaborada “R” que simbolizaba la Casa de Rahl. Era un cuchillo excepcional que portaban individuos excepcionales que actuaban discretamente para proteger la vida del lord Rahl.

-Desde luego – respondió Tom.

-Yo también iré – añadió Jennsen a toda prisa – Sólo tengo que coger...

-No – dijo Nathan, acallándola – Necesitamos que te quedes aquí.

-¿Por qué?

-Porque – respondió Ann en un tono más amable que el que Nathan había usado – eres el lazo de

unión de Richard con estas gentes. Necesitan ayuda para comprender el mundo más amplio que acaba de abrirse ante ellos. Son vulnerables a la Orden Imperial y ésta aún podría usarlos contra nosotros. Acaban de elegir ser parte de nuestra causa y parte del Imperio d'haraniano. Richard necesita que estés aquí por ahora, y justo en estos momentos Tom debe estar con nosotros, por el deber que tiene para con Richard.

La joven miró a Tom con pánico en los ojos.

-Pero...

-Jennsen – dijo Nathan, rodeándole los hombros con el brazo – mira ahí. – Indicó la escalera – Sabes lo que hay ahí abajo. Si algo nos sucede, Richard podría necesitar saberlo también. Debes estar aquí para custodiar este lugar para él. Esto es importante. Es igual de importante que el que Tom venga con nosotros. No intentamos ahorrarte peligros. De hecho esto podría resultar más peligroso que venir con nosotros.

Jennsen miró a Nathan Lugo a Ann, y reconoció de mala gana lo sería que era la situación.

-Si pensáis que Richard podría necesitarme aquí, entonces debo quedarme.

Ann acarició la barbilla del joven.

-Gracias, criatura, por comprender la importancia de esto.

-Debemos cerrar este lugar, tal y como estaba cuando lo encontré – dijo Nathan – Te mostraré cómo hacer funcionar el mecanismo. Luego tenemos que regresar a la ciudad y recoger nuestras cosas. Sólo podremos dormir una pocas horas antes de que amanezca, pero no puede evitarse.

-Hay una larga caminata para salir de Bandakar – dijo Tom – Una vez que hayamos dejado atrás el paso montañoso tenemos que encontrar caballos si queremos alcanzar a lord Rahl.

-Esta decidido, pues – repuso el profeta – Cerremos esta tumba y pongámonos en marcha.

Ann frunció el ceño.

-Nathan, este escondrijo de libros ah estado bajo esta lápida durante miles de años. En todo este tiempo nadie ha descubierto jamás que estaba aquí ¿Cómo te las arreglaste para encontrarlo?

Nathan enarco una ceja.

-En realidad, no fue difícil.

Dio la vuelta al enorme monumento de piedra hasta colocarse en su parte delantera y aguardó a que Ann se acercara. Una vez que esta lo hizo, alzo el farol.

Allí, talladas en la superficie de la antigua piedra había solo dos: Nathan Rahl.

13

Era entrada la tarde cuando por fin Víctor, Nicci, Cara y Richard atravesaron las sombras entre los olivares que cubrían las colinas meridionales de las afueras de Altur'Rang. Richard no había aflojado el paso en ningún momento y estaban todos cansados por el arduo, si bien relativamente corto, viaje. La lluvia helada había sido empujada lejos por el paso opresivo del calor; pero, con todo que sudaban estaban mojados como si todavía lloviera.

A pesar de estar exhausto, Richard se sentía mejor que un par de días antes. No obstante el esfuerzo, iba recuperando gradualmente las energías.

También lo tranquilizaba que no hubiesen visto ninguna señal de la bestia. En varias ocasiones había dejado que los demás siguiesen adelante mientras él comprobaba si lo seguían. Nunca había visto ninguna señal de la bestia. En varias ocasiones había dejado que los demás siguiesen adelante mientras él comprobaba si los seguían. Nunca había visto ninguna señal de nadie ni de nada. También tenía que considerar la posibilidad de que el monstruo que podía haber creado Jagang no era lo que había matado a los hombres de Víctor. Incluso aunque, como decía Nicci, Jagang hubiese tenido éxito en la creación de tal bestia, eso no quería decir que hubiera sido el causante de la tal ataque, ni que la bestia hubiese empezado ya a ir tras Richard. Pero si no se trataba de eso, no era capaz de imaginar que podría haber sido.

Carretas, carromatos y gente circulaban a paso ligero por los atestados caminos que rodeaban la ciudad. El comercio parecía florecer aún más que la última vez que Richard había estado en Altur'Rang. Algunas de las personas reconocían a Víctor, y otra si Nicci, pues desde la revuelta, ambos habían desempeñado papeles importantes en Altur'Rang. Un buen número de gente reconocía a Richard, bien porque habían estado allí la noche en que se había iniciado la revolución por su libertad, o porque reconocían su espada. Era un arma única, y la vaina de plata y oro bruñidos era difícil de pasar por alto, en

especial en el Viejo Mundo, donde había imperado la miseria consustancial a la Orden.

La gente sonreía a los cuatro al pasar o les dedicaba un amistoso movimiento de cabeza. Cara observaba con suspicacia cada sonrisa que pasaba por su lado.

Richard se habría sentido complacido de ver la emergente vitalidad de Altur'Rang de no haber tenido la mente puesta en cosas mucho mas importantes. Y para ocuparse de aquellas cuestiones, necesitaba caballos. Puesto que el día estaba tan avanzado, habría oscurecido antes de que pudiesen haber reunido caballos y provisiones. Así pues, y muy a su pesar, se había resignado a pasar la noche en Altur'Rang.

Muchas de las personas de los bulliciosos caminos y calzadas de los alrededores de la ciudad parecían vecinos del lugar; aunque había otros procedentes de lugares más lejanos. Mientras que en otro tiempo la gente acudía a la ciudad con la esperanza de hallar trabajo en la construcción del palacio del emperador, en la actualidad llegaban para forjarse una nueva vida, una vida libre.

Cada una de las personas que abandonaban la ciudad, además de llevar consigo mercancías para comerciar, llevaban también el mensaje de los profundos cambios acaecidos desde la revuelta. Eran un ejército que transportaba la poderosa arma de una idea. En Altur'Rang ya no tenían que modelar sus vidas en torno al miedo a la Orden; ahora podían dar forma a sus vidas conforme a sus propias necesidades y aspiraciones, a su libertad personal y su iniciativa. No le debáis la vida a nadie. Las espadas podían imponer la tiranía, pero únicamente podía imponer la irracionalidad y el callejón sin salida del sacrificio sin sentido por los demás.

Por eso la orden tendría que enviar a sus tropas más salvajes para aplastar la idea misma de libertad. Si no lo hacían, la libertad se extendería y la gente prosperaría. Si tal cosa llegaba a suceder, la libertad triunfaría.

Richard reparó en que nuevos puestos de venta parecían haber brotado en cruces de lo que en el pasado habían sido poco más que caminos llenos de roderas pero que en la actualidad eran activas carreteras secundarias. Los puestos vendían mercancías de toda clase, desde verduras a leña, pasando por alhajas. Comerciantes situados en las afueras de la ciudad ofrecían con entusiasmo quesos, salchichas y panes. Más cerca de la ciudad, la gente inspeccionaba rollos de tela o revisaba la calidad de objetos de cuero.

Richard recordó que cuando Nicci lo había traído por primera vez a Altur'Rang, habían tenido que hacer cola todo el día para obtener una hogaza de pan y a menudo la tienda se quedaba sin antes de su turno. Con el fin de que todo el mundo pudiese comprar pan, se habían regulado las panaderías y toda una variedad de comités, juntas y ordenanzas habían fijado los precios. No se había tenido en cuenta el coste de los ingredientes ni de la mano de obra, únicamente lo que se juzgaba que era el precio que la gente podía pagar. El precio del pan era barato, pero jamás había suficiente pan, ni ninguna otra clase de comestible. Richard consideraba una perversión de la lógica calificar de “barato” algo que no se podía conseguir. Las leyes que ordenaban alimentar a los que pasaban hambre sólo habían dado como resultado una hambruna generalizada. El auténtico precio de las ideas que originaron tales leyes era la inanición y la muerte, pero aquellos que abogaban por las elevadas ideas de la Orden estaban ciegos al interminable sufrimiento que provocaban.

Ahora, en puestos situados casi en cada esquina, el pan abundaba y el hambre parecía haberse desvanecido hasta quedar reducida a tan sólo un recuerdo espantoso. Resultaba asombroso ver el modo en que la libertad había hecho que reinase tanta abundancia. Resultaba asombroso ver a tantas personas sonriendo en Altur'Rang.

A la revuelta se había opuesto un buen número de defensores de la Orden Imperial, que querían que las cosas continuaran como estaban. Había muchos que creían que las personas eran malvadas y no merecían obtener de sus vidas otra cosa que sufrimiento. Tales sujetos creían que la felicidad y los logros eran pecado, que los individuos, por sí mismos, no podían mejorar sus vidas sin hacer daño a otros; eran gentes que despreciaban la idea misma de la libertad individual.

En su mayoría, aquellas personas habían sido derrotadas; o bien habían muerto en la lucha o las habían expulsado. Los que habían combatido y obtenido su libertad tenían sólidos motivos para valorarla, y Richard esperaba que tendrían la fuerza de voluntad necesaria para aferrarse a lo que habían ganado.

Al penetrar en los sectores más antiguos de la ciudad, advirtió que se habían limpiado los deslustrados edificios de ladrillos, de modo que en la actualidad casi parecían nuevos. Los postigos estaban pintados de colores vivos que ofrecían un aspecto alegre bajo el sol de media tarde. Varios de los edificios que habían ardido durante la revuelta se estaban reconstruyendo ya. Richard se dijo que era un milagro, después de cómo había sido en el pasado, que Altur'Rang pudiese parecer alegre, y le produjo una gran

emoción ver un lugar tan lleno de vida.

También sabía que la sencilla y sincera felicidad de las personas que se dedicaban a sus propias cosas y a vivir sus vidas a su modo atraería el odio y la cólera de algunos.

Los seguidores de la Orden creían que la humanidad era intrínsecamente malvada, y tales personas no se detendrían ante nada para sofocar la blasfemia de la felicidad.

Al girar por una calle más ancha. Víctor se detuvo.

-Necesito ir a ver a la familia de Ferran y a los parientes de algunos de los otros hombres. Si no te importa, Richard, creo que debería hablar con ellos a solas, por ahora al menos. El pesar de una pérdida repentina y los visitantes importantes son una mezcla que provoca confusión.

Richard se sintió incómodo al verse considerado un visitante de importancia, en especial por personas que acababan de perder a seres queridos, pero no era el momento de que él ignorara tal punto de vista.

-Lo comprendo, Víctor.

-Pero esperaba que quizá tarde podrías decirles algunas palabras. Sería un consuelo si les dijese lo valiente que han sido sus hombres. Tus palabras honrarían a sus seres queridos.

-Hare todo lo que pueda.

-Hay otros que necesitarán saber que has regresado. Estarán ansiosos por verte.

Richard señaló a Cara y a Nicci.

-Quiero mostrarles algo – indicó el centro de la ciudad – bajando por ahí.

-¿Te refieres a la Plaza de la Libertad?

Richard asintió.

-Entonces me reuniré contigo allí en cuanto pueda.

Richard observó brevemente como Víctor desaparecía por una estrecha calle adoquinada situada a la derecha.

-¿Qué quieres mostrarnos? – preguntó Cara.

-Algo que creo espero que pueda ayudar a refrescaros a la memoria.

La primera visión de la majestuosa estatua esculpida en el más exquisito mármol blanco de Cavatura, resplandeciendo bajo la luz ambarina de los últimos rayos del sol, casi hizo que a Richard se le doblaran las rodillas.

Conocía cada íntima curva de la figura, cada pliegue de la ondulante ropa. Los conocía porque el había tallado el original.

-¿Richard? - dijo Nicci a la vez que le sujetaba el brazo - ¿te encuentras bien?

El apenas pudo emitir más que un susurro mientras contemplaba fijamente la estatua situada al otro extremo de las verdes extensiones de césped.

-Estoy perfectamente.

La enorme extensión de terreno al aire libre había sido el emplazamiento del palacio que iba a ser la sede del gobierno de la Orden Imperial. Había sido el lugar al que Nicci había llevado a Richard a trabajar duro por la mayor gloria de la Orden, con la esperanza de que aprendería la importancia del sacrificio personal y se daría cuenta de la naturaleza corrupta de la humanidad. En su lugar, durante aquel tiempo, ella había aprendido el valor de la vida.

Pero mientras había sido prisionero de Nicci, había trabajado durante meses en la construcción del palacio del emperador, un palacio que había desaparecido ahora. Únicamente permanecía un semicírculo de columnas de la entrada principal para montar guardia alrededor de la orgullosa estatua en mármol blanco que indicaba el lugar donde la llama de la libertad había prendido por primera vez en el corazón de la oscuridad.

Tras la revuelta contra el gobierno de la Orden, se dedicó la estatua a las gentes libres de Altur'Rang, y a la memoria de los que habían dado la vida por aquella libertad.

Aquel lugar, donde la gente había derramado sangre para obtener su libertad, era ahora un lugar consagrado. Víctor había bautizado el lugar como Plaza de la Libertad.

Iluminada por la cálida luz del sol poniente, la estatua brillaba como un faro.

-¿Qué veis vosotras dos? – preguntó Richard.

-Lord Rahl, es la misma estatua que vimos la última vez que estuvimos aquí.

Nicci asintió.

-La estatua que los escultores crearon tras la revuelta.

La visión de la estatua provocaba un gran dolor a Richard. La feminidad de su exquisita forma, la curva, los huesos y músculos, quedaban claramente de manifiesto bajo las ondulantes vestiduras de piedra. La mujer de mármol casi parecía viva.

-¿Y de donde sacaron los escultores el modelo para esta estatua? – pregunto Richard a las dos mujeres.

Ambas lo miraron sin comprender.

Nicci se echó hacia atrás un mechón de pelo que la húmeda brisa había alzado sobre su rostro.

-¿Qué quieres decir?

-Para esculpir una estatua así, los escultores acostumbran a usar un modelo a pequeña escala. ¿Qué recordáis de ese modelo?

-Si – dijo Cara a la vez que se le iluminaba el rostro al recordarlo – fue algo que vos tallasteis.

-Correcto – dijo él a la mord-sith – Tú y yo buscamos la madera para la estatua pequeña. Fuiste tú quién encontró el nogal que usé. Estaba en una ladera, por encima de un valle amplio. Una picea azotada por el viento lo había derribado. Tú estabas allí cuando corté la madera de aquel nogal caído. Tú estabas allí cuando tallé aquella estatuilla. Nos sentamos juntos en los márgenes del arroyo y conversamos durante horas mientras yo trabajaba en ella.

-Si, recuerdo que la tallasteis mientras estábamos sentados en el campo – Un atisbo de sonrisa pasó fugazmente por el rostro de Cara - ¿Qué tiene eso que ver?

-Estábamos en la casa que construí en las montañas. ¿Por qué estábamos allí?

Cara alzó los ojos hacia él, perpleja ante la pregunta, como si pareciera demasiado evidente para justificar el esfuerzo de volver a contarlo.

-Después de que las gentes de Banderita tomaran partido por la Orden Imperial, en lugar de por vos y D'Hara, renunciasteis a seguir intentando conducir a la gente contra la Orden. Dijisteis que no podíais obligar a la gente a querer ser libre, que tenían que elegirlo por si mismos antes de que pudierais liberarles.

A Richard le resultaba difícil contar cosas con calma a una mujer que debería de conocerlas tan bien como él, pero sabía que los reproches no ayudarían a despertar su memoria. Además, lo que fuese que estaba sucediendo, sabía que no era un engaño deliberado por parte de Nicci y Cara.

-Eso fue parte de ello – repuso – Pero había una razón mucho más importante para que estuviésemos en aquellas montañas inexploradas.

-¿Una razón más importante?

-A Kahlan casi la habían matado a golpes. La lleve allí para que estuviese a salvo mientras se recuperaba. Tú y yo pasamos meses cuidando de ella, intentado devolverle la salud.

“Pero ella no mejoraba. Se sumió en un abatimiento profundo, pues había perdido la esperanza de recuperarse jamás.

No fue capaz de decir que parte del motivo de que Kahlan casi se hubiese rendido se debió a que, cuando aquellos hombres la habían golpeado hasta casi matarla, la paliza había provocado que perdiera el hijo que esperaba.

-¿Y por eso tallaste la estatua para ella? – preguntó Cara.

-No exactamente.

Clavó la mirada a lo lejos, en la orgullosa figura de piedra blanca que se recortaba imponente contra el azul del cielo. La intención de Richard no había sido que la pequeña estatua que había tallado se pareciese a Kahlan.

Mediante aquella figura, con la ropa ondeando mientras permanecía de cara al viento, mientras permanecía erguida con la cabeza echada atrás, sacando pecho y con las manos cerradas en puños, la espalda arqueada y fuerte, como oponiéndose a un poder invisible que intentaba sojuzgarla, Richard había transmitido no el aspecto que tenía Kahlan, sino más bien su naturaleza interior.

No era una estatua de Kahlan, sino de su fuerza vital, su alma. La magnífica estatua que tenían delante era su espíritu encerrado en piedra.

-Es el coraje de Kahlan, su corazón, su valor, su determinación. Por eso llamé a esta estatua *Espíritu*.

“Cuando la vio, comprendió lo que veía, y eso le hizo anhelar volver a estar bien, ser fuerte e independiente otra vez. Le hizo desear volver a estar totalmente viva. Fue entonces cuando empezó a restablecerse.

Ambas mujeres mostraron una expresión más que dudosa, pero no cuestionaron su historia.

-La cuestión es – dijo Richard mientras empezaba a cruzar la amplia extensión de césped – que si preguntaseis a los hombres que esculpieron la estatua dónde esta la estatuilla, aquella estatua que tallé y que usaron como modelo para hacer ésta a mayor escala, no podrían hallarla ni deciros que le sucedió.

Nicci apresuro el paso.

-¿Y donde esta, entonces?

-Aquella estatuilla que tallé para ella aquel verano pasado en las montañas significaba mucho para Kahlan, y quiso recuperarla después de que los hombres acabaran con ella. La tiene Kahlan.

Nicci soltó un suspiro mientras bajaba la cabeza.

-Por supuesto.

Richard dirigió una mirada adusta a la hechicera.

-¿Qué significa eso?

-Richard, cuando una persona tiene un delirio, su mente trabaja para encontrar cosas con las que llenar los espacios en blanco, para soldar los detalles inconexos de tal delirio. Es un modo que tienen de encontrarle algún sentido a la confusión en que se hallan.

-Entonces, ¿dónde esta la estatua? – preguntó a las dos mujeres.

-No lo sé – contesto Cara, encogiéndose de hombros – No recuerdo que le sucedió. Ahora hay esta grande, en mármol. Esa es la que parece importante.

-Yo tampoco lo sé, Richard – dijo Nicci cuando él miro en su dirección – A lo mejor si los escultores mirasen por ahí la encontrarían.

Daba la impresión de que a ella se le escapaba el propósito de su relato y que sólo pensaba que estaba interesado en encontrar su talla.

-No, no podrán encontrarla. Esa es la cuestión. Eso es lo que intento haceros comprender. La tiene Kahlan. Recuerdo su alegría el día que la recuperó. ¿No os dais cuenta? Nadie podrá encontrarla o recordar que le sucedió. ¿No veis el modo en que las cosas no encajan? ¿No os dais cuenta de que pasa algo raro? ¿No os dais cuenta de que algo no va bien?

Se detuvieron ante los escalones.

-¿Quieres la verdad? La verdad es que no – Nicci señalo arriba, a la estatua – Una vez que se terminó la estatua y el modelo ya no fue necesario, probablemente éste se perdió o fue destruido. Como dijo Cara, ahora tenemos la estatua aquí, en piedra.

-Pero ¿no veis la importancia de la escultura pequeña? ¿No veis la importancia de lo que os cuento? Yo recuerdo lo que le sucedió, pero nadie más lo hará. Intento demostrar una cosa: mostraros algo, mostraros que Kahlan no es algo que he soñado, mostraros que las cosas sencillamente no cuadran, y que es necesario que me creáis.

Nicci deslizó un pulgar bajo la correa de su mochila para acomodársela.

-Richard, tu subconsciente con toda probabilidad recuerda lo que le sucedió a la talla... que se perdió o fue destruida una vez terminada la estatua..., y por lo tanto usa ese pequeño detalle para intentar poner un parchar en uno de los agujeros de la historia que soñaste en tu delirio. Así que era eso. No se trataba de que no comprendieran lo que quería decirles, sino que lo entendían, a la perfección y sencillamente no lo creían. Richard inspiró profundamente. Todavía esperaba poder convencerlas de que eran ellas las que estaban equivocadas.

-¿Y por que inventaría yo una historia así?

-Richard – dijo Nicci a la vez que le asió del brazo con delicadeza – por favor, simplemente dejémoslo estar. He dicho suficiente. Sólo consigo enojarte.

-Te he hecho una pregunta. ¿Qué razón podría yo tener para inventar una historia así?

Nicci lanzó una mirada de soslayo a Cara antes de ceder.

-Si quieres saber la verdad. Richard, creo que recordabas la estatua que hay aquí... en parte porque se había esculpido con la revuelta y estaba fresca en tu memoria...y cuando te hirieron, cuando estuviste al borde de la muerte, debido a que estaba fresca en tu mente la entretejiste en tu sueño. Se convirtió en parte de esa mujer que soñaste en parte de historia. Lo uniste todo y lo usaste para que te ayudara a crear algo coherente para ti, algo a lo que aferrarte. Tú mente usó esa estatua porque sirve para conectar tu sueño a algo en el mundo real. De ese modo, hace que tu sueño te resulte más real.

-¿Qué? – Richard estaba atónito - ¿Por qué querría yo...?

-Por que – dijo Nicci – hace que parezca como si pudieses señalar algo sólido en el mundo real y decir “ésta es ella”.

Richard pestañeo, incapaz de hablar.

Nicci desvió la mirada. Su voz perdió su ardor y descendió hasta ser casi un susurro.

-Perdóname, Richard.

El aparto la airada mirada. ¿Cómo podía perdonarla por lo que ella sinceramente creía? ¿Cómo podía perdonarse a si mismo por no ser capaz de hacerle comprender?

Richard inició la ascensión por la escalinata. No podía mirarla a los ojos, no podía mirarla a los ojos de alguien que pensaba que él estaba loco. Apenas si fue consciente del esfuerzo de subir todos aquellos escalones.

En lo alto, mientras cruzaba la extensa plataforma de mármol oyó cómo Nicci y Cara ascendían los escalones a toda prisa tras él. Advirtió entonces, por primera vez, que parecía haber bastante gente en los jardines del antiguo palacio. Desde la altura a que se hallaba la plataforma podía ver el río que se abría paso a través de la ciudad. Bandadas de pájaros daban vueltas sobre las arremolinadas aguas. Más allá de las imponentes columnas que había tras la estatua, colinas verdes y árboles parecían tremolar bajo el calor.

La figura orgullosa de Espíritu se alzó ante él, gloriosa bajo la dorada luz de las últimas horas del día. Posó una mano sobre la fría y lisa piedra en busca de apoyo, incapaz casi de soportar el dolor que sentía en aquel momento.

Cuando Cara se le acercó, alzó la mirada para clavarla en los ojos azules de la mord-sith.

-¿Es eso lo que tu crees, también? ¿Qué simplemente me estoy inventando que Kahlan resultó herida y que tú y yo cuidamos de ella? ¿Esta estatua no te despierta ningún recuerdo? ¿No te ayuda a recordar nada?

Cara contempló la muda estatua.

-Ahora que habéis sacado el tema, lord Rahl, recuerdo el árbol. Recuerdo que me sonreísteis cuando os lo mostré. Recuerdo que estabais complacidos conmigo. También recuerdo algunas de las historias que me contasteis cuando tallabais, y recuerdo que escuchasteis algunas de las mías. Pero tallasteis muchísimas cosas aquel verano.

-Aquel verano antes de que Nicci viniera y se me llevara – añadió él.

-Si.

-Y si solamente sueño, y Kahlan no existe, entonces, ¿cómo consiguió Nicci capturarme y llevarme con ella si tú estabas allí para protegerme?

Cara hizo una pausa, desconcertada por el tono cortante de la pregunta

-Uso magia.

-Magia. Las mord-sith sirven para contrarrestar la magia, ¿recuerdas? Esa es toda la razón de su existencia; proteger al lord Rahl de los que poseen magia y quieren hacerle daño. El día que Nicci apareció tenía intención de hacerme daño. Tú estabas allí, ¿Por qué no la detuviste?

El terror empezó a aparecer cada vez con más intensidad en los ojos azules de Cara.

-Porque os falle. Debería haberla detenido, pero fracasé. No pasa un día en que no desee que me castigéis por fracase en mi deber de protegeros – Su rostro enrojeció enmarcado entre los rubios cabellos al brotar su repentina confesión como un torrente incontenible – Porque os fallé, Nicci os capturó y se os llevó lejos durante casi un año. Todo por mi culpa. Si le hubiera fallado a vuestro padre de tal modo, éste me habría ejecutado, pero sólo tras hacerme suplicar la muerte. Y habría hecho bien en hacerlo. No merezco menos. Os fallé.

Richard la miró consternado.

-Cara... no fue culpa tuya. Ahí es donde radica el motivo de mi pregunta. Deberías recordar que no podías haber hecho nada para detener a Nicci.

Cara cerró los ojos.

-Debería haberlo hecho, pero no lo hice. Os falle.

-Cara, eso no es cierto. Nicci usó un hechizo. De haber hecho algo cualquiera de nosotros para detenerla. Nicci habría matado a Kahlan.

-¿Qué? – Objeto Nicci – ¿De que demonios estas hablando?

-Capturaste a Kahlan con un hechizo. Aquel hechizo te conectaba con Kahlan y estaba controlado directamente por tus designios. Si no hubiese ido contigo, podría haber matado a Kahlan en cualquier momento con tan sólo un pensamiento. Ese, en su mayor parte, fue el motivo de que Cara no pudiese hacer nada.

Nicci se pasó en jarras.

-¿Y exactamente que clase de hechizo piensas que podría conseguir tal cosa?

-Un hechizo de maternidad.

Nicci lo miró sin comprender.

-Un ¿qué?

-Un hechizo de maternidad. Creó una conexión en que hacia que cualquier cosa que te sucediese a ti le sucediese a ella. Cara o yo te hubiéramos hecho daño o matado, el mismo destino le habría acaecido a Kahlan. Estábamos imponentes. Tuve que hacer lo que querías. Tuve que ir contigo o Kahlan habría muerto. Tuve que hacer lo tú deseabas o podrías haberle quitado la vida mediante el vínculo establecido a través de aquel hechizo. Tuve que asegurarme de que nada te sucedía o Kahlan habría corrido la misma suerte.

Nicci sacudió la cabeza con incredulidad y luego, sin un comentario, se volvió para mirar a lo lejos, a las colinas situadas más allá de la estatua.

-No fue culpa tuya Cara – Richard le alzó la barbilla para hacer que los húmedos ojos de la mord-sith lo miraran – Ninguno de nosotros podría haber hecho nada. No me fallaste.

-¿No creéis que me gustaría creerlos? ¿No creéis que lo haría, si fuese cierto?

-Si no recuerdas lo que te digo que sucedió realmente – dijo Richard – entonces, ¿cómo crees que se las arregló Nicci para capturarme?

-Uso magia.

-¿Qué clase de magia?

-No se que clase de magia. No soy experta en cómo funciona la magia. Simplemente la usó, eso es todo.

El se volvió hacia Nicci.

-¿Qué magia? ¿Cómo me capturaste? ¿Qué hechizo usaste? ¿Por qué no te detuve? ¿Por qué no te detuvo Cara?

-Richard, eso fue... que, ¿hace un año y medio? No recuerdo exactamente que hechizo use ese día para capturarte. No fue tan difícil. Careces de la habilidad para controlar tu don o montar una defensa contra alguien experto en su uso. Podría haberte atado con nudos mugidos y colocarte sobre el lomo de un caballo sin despeinarme.

-¿Y porque no te detuvo Cara?

-Porque – replicó Nicci, gesticulando con exasperación por tener que intentar recordar – te tenía dominado y ella sabía que si hacia un movimiento, te habría matado a ti primero. No es más complicado que eso.

-Es cierto – dijo Cara – Nicci os hechizo, tal como dice. No pude hacer nada porque fue a vos a quien ataco. Si hubiese usado su poder contra mí, podría haber vuelto su don en su contra; pero en su lugar lo usó en vos, de modo que no pude hacer nada.

Richard se secó el sudor de la frente con los dedos.

-Estás entrenada para matar sin necesidad de armas. Por lo menos podrías haberle golpeado la cabeza con una roca.

-Yo te habría hecho daño – dijo Nicci, respondiendo por Cara – o posiblemente incluso te habría matado, si hubiese creído que ella iba a intentar algo.

-Y entonces Cara habría acabado contigo – le recordó Richard a la hechicera.

-En aquellos tiempos estaba dispuesta a perder la vida. Simplemente no me importaba. Eso la sabes.

Richard sabía que esa parte era cierta. En aquella época, Nicci no le concedía valor a la vida, ni siquiera a la suya, y eso la había vuelto sumamente peligrosa.

-Mi error fue no atacar a Nicci antes de que pudiese llegar hasta vos – dijo Cara – Si me hubiese atacado con magia, habría sido mía. Eso es lo que se supone que debe hacer una mord-sith. Pero os fallé.

-No podías – indicó Nicci – Os sorprendí a ambos. No fracasaste Cara. En ocasiones sencillamente no existe ninguna posibilidad de tener éxito. En ocasiones no existe una solución. Y en esa situación yo tenía el control

Era un caso perdido. Cada vez que las arrinconaba parecían ser capaces de escabullirse sin el menor esfuerzo.

Richard posó una mano sobre el liso mármol mientras las ideas se agolpaban en su mente, intentando pensar cómo podía estar pasando aquello; qué podía estar provocando que olvidaran. Razonó que tal vez podría remediar los problemas si conseguía saber que lo provocaba.

Y entonces, le vino a la mente algo respecto a la historia que les había contado en el refugio un par de noches antes.

14

Richard chasqueó los dedos.

-Magia – dijo – Eso es. ¿Recordáis que os conté que Kahlan apareció en los bosques de la Ciudad del Corzo, cerca de donde yo vivía, y que había venido porque buscaba a un gran mago largo tiempo desaparecido?

-¿Qué pasa con eso? – pregunto Nicci.

-Kahlan buscaba al gran mago porque Zedd había huido de la Tierra Central antes de que yo naciera. Rahl el Oscuro había violado a mi madre y Zedd quería llevársela lejos, a un lugar seguro.

La frente de Cara se crispó con suspicacia.

-¿De un modo muy parecido a como decís que llevasteis a esa mujer, vuestra esposa, a esas montañas apartadas para que estuvieses a salvo después de haber sido atacada?

-Bueno, mas o menos eso, pero...

-¿Te das cuenta de lo que haces Richard? – pregunto Nicci – Tomas cosas que oíste contar y las colocas en tu sueño. ¿Ves el hilo conductor que discurre por ambas historias? Es un fenómeno corriente cuando la gente sueña. La mente echa mano de lo que sabe o ha oído.

-No, no es eso. Escuchadme hasta el final.

Nicci asintió, pero cruzó las manos a la espalda y alzó la barbilla a la manera de un profesor inflexible tratando con un alumno obstinado.

-Supongo que existen similitudes – admitió finalmente Richard incómodo ante la perspicaz mirada de Nicci – pero en cierto modelo esa es la cuestión. Veréis, Zedd había acabado harto del consejo de la Tierra Central, de un modo parecido a como yo renuncie a ayudar a la gente que creía las mentiras de la Orden. La diferencia es que Zedd quería dejar que sufrieran las consecuencias de sus acciones y no quería que pudiesen ir a pedir su ayuda para solucionar los problemas que ellos mismos se habían creado. Cuando abandonó la Tierra Central y marchó a la Tierra Occidental, lanzó una telaraña de mago para que todo el mundo lo olvidara.

Pensó que lo comprenderían, pero ellas se limitaron a mirarlo fijamente.

-Zedd uso un hechizo mágico para hacer que todo el mundo olvidara su nombre, olvidase quien era él, de modo que no pudiesen ir en su busca. Eso debe de ser lo que ha sucedido con Kahlan. Alguien se la llevo y uso magia no sólo para borrar sus huellas, sino para borrar su recuerdo en todo el mundo. Por eso no podéis recordarla. Por eso nadie la recuerda.

Cara pareció sorprendida ante la idea y dirigió una veloz mirada a Nicci, que se humedeció los labios y suspiró profundamente.

-Tiene que ser eso – insistió Richard – Esa tiene que ser la respuesta.

-Richard – dijo Nicci en un tono de voz sosegado – eso no es lo que esta sucediendo aquí. No tiene sentido ni remotamente.

Richard no podía comprender como Nicci, siendo una hechicera, no era capaz de verlo.

-Si que lo tiene. La magia hizo que todo el mundo olvidara a Zedd. Tras encontrarme en los bosques aquel día, Kahlan me contó que buscaba al gran mago, pero que nadie podía recordar el nombre del viejo mago porque había lanzado una telaraña mágica para hacer que lo olvidaran. Deben de haber usado magia para conseguir que todo el mundo olvide a Kahlan del mismo modo.

-¿Excepto tu? – Inquirió Nicci a la vez que enarcaba una ceja – Esta magia parecer haber fallado contigo, puesto que no tienes problemas para recordarla.

Richard había estado esperando ese argumento.

-Es posible que, puesto que solo yo poseo una forma distinta del don, el hechizo no funcionase conmigo.

Nicci volvió a inhalar profunda y pacientemente.

-Dices que esa mujer, Kahlan, apareció buscando al mago desaparecido, al “viejo mago” ¿cierto?

-Cierto.

-¿No ves el problema Richard? Ella sabía que buscaba a aquel viejo mago, al mago desaparecido. Richard asentía.

-Así es.

Nicci se inclinó hacia él.

-Esa clase de hechizo resulta muy conflictivo de crear, y tiene una serie de complicaciones que hay que tomar en cuenta, pero aparte de eso no es extraordinario. Difícil, si, extraordinario, no.

-Entonces eso debe de ser lo que se ha hecho con Kahlan. Alguien, tal vez uno de los magos de la Orden que viajaba con la caravana de suministros, la cogía y lanzó un hechizo para hacer que la olvidásemos y no fuésemos tras ellos.

-¿Por qué se habría molestado alguien en hacer tal cosa? – Preguntó Cara - ¿Por qué no limitarse a matarla? ¿De que sirve capturarla y luego hacer que todo el mundo la olvide?

-No estoy seguro. Quizá quieran tener un modo de escapar sin que los siguieran. Quizá quieran exhibir a su prisionera ante sus súbditos para mostrar su poder, para demostrar que pueden capturar a cualquiera que se oponga a ellos. En todo caso, ella no está y nadie excepto yo la recuerda. Tiene sentido que hayan usado un hechizo, como el hechizo que Zedd usó para hacer que la gente lo olvidara.

Nicci se pellizco el caballete de la nariz de un modo que hizo que Richard se sintiera un poco estúpido, como si su idea fuese tan idiota que le estuviera provocando dolor de cabeza a la hechicera.

-Todo el mundo buscaba a ese viejo mago, a ese gran mago. Recordaban que era un gran mago, que era un hombre importante y hábil incluso que procedía de la Tierra Central. Simplemente no podían recordar el su nombre y probablemente qué aspecto tenía. Así que, sin su nombre ni una descripción, tenían grandes dificultades para encontrarlo.

Richard asintió.

-Eso es.

-¿No te das cuenta Richard? Sabían que él existía, sabían que era el viejo mago, y probablemente tenían muchos recuerdos de cosas que había hecho, pero sencillamente no podían recordar su nombre... debido al hechizo. Eso es todo... su nombre. No podían recordar su nombre a pesar de que recordaban que el hombre existía.

“Pero a esa esposa tuya no la recuerda nadie excepto tú. No conocemos su nombre ni nada más sobre ella. No tenemos ningún recuerdo de ella ni de nada que supuestamente hiciese con nosotros. No tenemos la menos información sobre ella. Ni una sola cosa. No existe en la mente de nadie aparte de la tuya.

Richard vio la diferencia, pero no estaba dispuesto a darle la razón.

-Pero a lo mejor éste fue simplemente un hechizo más potente. Debe de haber sido muy parecido, sólo que más poderoso, de modo que todo el mundo la olvidara por completo.

Nicci lo cogió con suavidad por los hombros, de un modo, casi dolorosamente comprensivo.

-Richard, admitió que para alguien como tú, que creció sin comprender la magia, eso podría tener sentido...y es muy ingenioso, de verdad que lo es... pero simplemente no funciona así en el mundo real. Para alguien sin una comprensión de cómo funciona tal poder debe de parecer totalmente lógico, al menos en apariencia. Pero cuando lo miras con más detenimiento, la diferencia entre un hechizo para hacer que todo el mundo olvide el nombre de una persona y un hechizo que hace que todos olviden que la persona existió, es la diferencia entre encender una hoguera en un campamento y hacer aparecer un segundo sol en el cielo.

Richard alzó las manos en un gesto de frustración.

-Pero ¿por qué?

-Porque el primero altera sólo una cosa, el recuerdo del nombre de una persona..., y debo añadir que una cosa así, por simple que pudiera parecer, es profundamente difícil, y es una habilidad que sólo puede tener un puñado de individuos, poseedores del más potente de los dones. No obstante, todo el mundo sabe que han olvidado el nombre del gran mago, así que incluso aunque el hechizo realiza la tarea de hacer que se olvide ese nombre, únicamente tiene que llevar a cabo esa tarea. La dificultad con hechizos de esa naturaleza radica en lo ampliamente que se aplique, pero para el propósito de este ejemplo eso no viene al caso.

“Mientras el primer hechizo altera una cosa, el nombre del mago desaparecido, el segundo lo altera casi todo. Eso es lo que lo convierte en más difícil. Lo convierte en imposible.

-Sigo sin comprender – Richard paseó por la plataforma y regresó, gesticulando – A mí me parece que hace más o menos la misma cosa.

-Piensa en todos los modos en que una persona importante como la Madre Confesora afecta a la vida de casi todo el mundo. Queridos espíritus, Richard, ella supervisaba el Consejo Central de la Tierra Central.

Tomaba decisiones que afectaban a todos los territorios.

Richard recorrió la distancia que lo separaba de la hechicera.

-¿Qué importa eso? Zedd era el Primer Mago. Era importante también, y afectaba a gran cantidad de vidas.

-Y la gente sólo olvidó su nombre. No olvidaron al nombre en sí. Prueba, por un momento, a imaginar cual sería el resultado si un hechizo pudiese hacer que todo el mundo olvidase un simple hombre – Nicci se alejó unos pasos y luego se volvió súbitamente – Digamos, Faval, el carbonero. Imaginemos que un hechizo nos hace olvidar al hombre por completo. Olvidar que existe o que existió jamás, tal como sugieres que le sucedió a esa mujer, a Kahlan.

“¿Qué sucedería? ¿Qué haría la familia real de Faval? ¿Quién pensarían sus hijos que los engendró? ¿Quién pensaría su esposa, que le dio sus hijos? ¿Dónde estaba este hombre misterioso que engendró una familia? ¿Inventaría otro hombre para calmar su pánico y llenar el vacío? ¿Qué creerían las amistades de la esposa y cómo concordarían todos sus pensamientos con los de ella? ¿Qué creería todo el mundo? ¿Qué sucedería cuando las mentes de las personas inventasen parches para llenar los huecos en sus recuerdos, y esos parches no encajaran? Con el horno para el carbón en su hogar ¿cómo pensarían su esposa e hijos que habla llegado allí? ¿Qué sucedería en la fundición, donde Faval vendía su carbón? ¿Qué pensarían Priska de los cestos de carbón en la fundición?

“Ni siquiera estoy arañando la superficie de las complicaciones cada vez más extensas que tan extravagante hechizo de olvido lanzado sobre Faval provocarían; la contabilidad la distribución de trabajo los acuerdos con leñadores y otros trabajadores, los documentos, las promesas que hubiese hecho y todo lo demás. Piensa en toda la confusión que algo así provocaría, y eso en el caso de un hombre poco conocido que vive en una casa diminuta en un sendero solitario.

Nicci alzó un brazo para hacer hincapié en su argumentación.

-Pero ¿en el caso de una mujer como la Madre Confesora? – Dejó caer el brazo – No puedo ni empezar a imaginar la maraña de consecuencias que tendría eso.

La rubia melena de Nicci resaltaba contra los oscuros árboles de las colinas situadas más allá de la amplia pradera de hierba. La longitud de sus cabellos y sus ondulaciones tenían un aspecto casi íntimo, pero el poder que irradiaba su presencia no era algo a tomar a la ligera. En aquel momento, mientras permanecía allí, iluminada por un rayo de luz del sol que se ponía, era una figura soberbia de percepción sagaz y competente autoridad, una fuerza que pareciera irreprochable. Richard permaneció allí, mudo e inmóvil, mientras ella proseguía con un tono instructivo.

-Es la cascada de conexiones lo que haría imposible un hechizo así. Cada pequeña cosa que la Madre Confesora hubiera realizado tropezaría con otro hecho dependiente de ella, lo que incrementaría el número de acontecimientos que quedarían contaminados por tal hechizo. El poder, la complejidad, la mera magnitud de todo ello, está más allá de la comprensión.

“Esas complicaciones deben estar previstas por el hechizo para contrarrestarlas, y esas previsiones se alimentan del mismo poder del hechizo. En algún momento, un hechizo sin el poder para compensar el torbellino creciente de tales acontecimientos derivados simplemente se extinguirá como una vela bajo un chaparrón.

Nicci se acercó un poco más en el pecho con un dedo.

-Y eso ni siquiera toma en cuenta la inconsistencia más flagrante de tu sueño. En tu delirio soñaste un conflicto aún más complejo. Soñaste no tan solo con esa mujer, esa esposa, que nadie recuerda excepto tú, sino que en tu estado de ensoñación fuiste más allá, mucho más allá, sin comprender las fatídicas consecuencias. Y no imaginaste una simple y joven campesina. No, hiciste que fuese una persona conocida. En el contexto de un sueño eso podría parecer algo sencillo, pero en el mundo real una persona conocida crea más problemas con congruencia.

“¡Y sin embargo, fuiste aún más lejos! Incluso una persona cencida no resultaría tan complicada como una Madre Confesora.

“En tu delirio elegiste a la mismísima Madre Confesora, una mujer casi mítica, una persona de gran importancia, pero al mismo tiempo una persona que está muy lejos, una persona a la que ni Cara y yo ni Víctor podríamos conocer. Ninguno de nosotros procede de la lejana Tierra Central, así que no sería fácil que pudiésemos ofrecer datos que fuesen inconsistentes con tu sueño Esa distancia podría haber tenido sentido en tu sueño porque parecía resolver también el problema de los hechos contradictorios, pero en el mundo real sigue creando para ti un problema de una magnitud insuperable: Una mujer así es conocida en

todas partes. Es sólo cuestión de tiempo que tu mundo, tan cuidadosamente elaborado, choque con el mundo real y empiece a desmoronarse. Al elegir a una persona conocida, has condenado tu idílico sueño a la destrucción.

Nicci le alzó la barbilla y le obligó a mirarla a los ojos.

-En tu agitado estado mental, Richard, soñaste con alguien que te proporcionase consuelo. Te enfrentaste al abismo de la muerte, deseabas desesperadamente que alguien te amase, alguien que te hiciese sentir menos asustado, menos aterrado, menos solo. Es totalmente comprensible, lo es de verdad. No te tengo en menos estima, no podría, porque creases tal solución para ti cuando estaban tan asustados y tan solos, pero ese estado ha terminado y tienes que asumirlo.

“De haber sido una desconocida la que imaginaste, el sueño no habría sido más que una abstracción. Pero, sin querer, lo conectaste con la realidad porque a la Madre Confesora la conoce muchísima gente. Si alguna vez regresas a la Tierra Central, o tropiezas con alguien procedente de la Tierra Central, tu sueño se encontrará cara a cara con la realidad irrefutable. Para ti, cada una de esas personas es una sombra al acecho, lista para disparar una flecha, pero en esta ocasión la flecha sí que te perforará el corazón.

“Podría incluso ser peor ¿Y si la auténtica Madre Confesora está muerta?

Richard retrocedió.

-Pero no lo está.

-Lord Rahl – dijo Cara – recuerdo hace varios años cuando Rahl el Oscuro envió a sus escuadras a matar a la Confesora. Las escuadras no fracasan en su tarea.

Richard miró atónito a la mord- sith.

-Pero no consiguieron acabar con ella.

-Richard –intervino Nicci en un tono dulce, atrayendo de nuevo su mirada hacia ella - ¿y si algún día llegas a la Tierra Central y descubres que la auténtica Madre Confesora no es como tú imaginabas, sino una anciana? Al fin y al cabo, las Confesoras no nombraban a mujeres tan jóvenes como ese amor tuyo para Madres Confesoras. ¿Y si descubres que la real era una anciana, y lo que es peor, que hace tiempo que murió? Di la verdad ahora ¿Qué harías entonces, si te vieses enfrentado a eso y fuese real?

La boca de Richard estaba tan seca que tuvo que mover la lengua para humedecerse los labios lo suficiente para hablar.

-No lo sé.

Nicci sonrió.

-Una respuesta franca, por fin – Incluso aquella sonrisa era demasiado para ella, y se desvaneció – Temo por ti, Richard, Temo por lo que le sucederá a tu estado anímico si sigues aferrándote a eso, si permites que domine tu vida. Más tarde o más temprano tendrás que encontrarte cara a cara con la fría realidad.

-Nicci, sólo porque no puedas hacerte a la idea de...

-Richard - dijo ella, atajándolo con voz sosegada – soy una hechicera. He sido una Hermana de la Luz y una Hermana de las Tinieblas Entiendo bastante de magia, y te digo que algo como lo que sugieres está sencillamente fuera del poder de cualquier magia que conozca. No está más allá del poder de un hombre desesperado que sueña con eso, pero es impracticable en el mundo real. No puedes ni imaginar siquiera las espantosas consecuencias si tal cosa se intentase siquiera, y aún menos si fuese posible.

-Nicci, reconozco tu gran conocimiento sobre el tema, pero no lo sabes todo. Sólo porque no sepas como hacer algo, eso no significa que sea imposible. Sólo quiere decir que no sabes cómo puede hacerse. Simplemente no quieres admitir que podrías estar equivocada.

La mujer cerró los puños.

-¿Crees que realmente, quiero oponerme a ti en esto? ¿Es eso lo que crees? ¿Crees que disfruté intentado hacerte ver la verdad? ¿Crees que me gusta estar en tu contra en algo?

-Lo que yo sé es que de alguna manera, por algún medio, alguien ha hecho que todos vosotros olvidéis que Kahlan existe. Sé que ella es real, y tengo intención de encontrarla. Incluso aunque no te guste.

Nicci, con los ojos azules llenos de lágrimas, le dio la espalda y alzó brevemente los ojos para contemplar la estatua que se alzaba majestuosa sobre ella.

-Richard, de buena gana te concedería que existe la mujer de tus sueños, si estuviese en mi poder hacerlo real. No puedes imaginar lo que daría por hacer que tuvieses lo que quieres... por hacerte feliz.

Richard contempló como las nubes color violeta del horizonte se oscurecían. De algún modo, parecía todo demasiado tranquilo para ser real. Nicci permaneció con los brazos cruzados, mirando a lo lejos, en

dirección opuesta, con la vista clavada en la creciente oscuridad. Cara se mantuvo a poca distancia, sin perder de vista a todas las personas que deambulaban por lo que habían sido los jardines del palacio.

-Nicci – dijo Richard finalmente al cabo del incómodo silencio que había seguido - ¿tienes alguna explicación aparte de que esa un sueño? ¿Existe algo que conozcas que tenga alguna posibilidad de ser la causa de esto? ¿Hay alguna cosa, cualquier clase de magia, que se te ocurra que ayudaste a resolver este rompecabezas?

Le contempló la espalda, preguntándose si respondería. Una larga sombra yacía sobre esfera de broce que rodeaba la orgullosa figura, indicándole que ya lo sabía, que el día agonizaba, que un tiempo valioso se le estaba escapando de las manos. Finalmente, Nicci se volvió hacia él. El ardor parecía haberla abandonado.

-Richard, lamento no poder hacerlo real para ti- Se limpio con la mano una lágrima que le corría por la mejilla – Lamento defraudarte.

Con semblante sombrío, Cara trabó la mirada con Nicci.

-Creo que tenemos algo en común.

Richard rozó con las yemas de los dedos la estatua de *Espíritu*. El rostro alzado, con la orgullosa mirada esculpida en mármol blanco, perdió su fulgor al hundirse los últimos rayos del sol tras las colinas.

-Ninguna de vosotras me ha defraudado – dijo – Las dos me decís lo que creéis. Pero Kahlan no es un sueño. Es tan real como su espíritu tallado en esta piedra.

15

Richard se dio la vuelta al oír un alboroto a lo lejos y distinguió a un grupo de personas que iban hacia el monumento. Desde lo alto de la plataforma pudo ver aun más personas reunidas, quizás atraídas por la actividad, o quizá por el semblante resuelto del montón de hombres que avanzaban a través de la pradera. A la cabeza de la multitud iba justo el hombre a quien Richard quería ver.

Todavía a cierta distancia, el hombre agitó un brazo.

-¡Richard!

A pesar de todo, Richard no pudo evitar sonreír ante el fortachón ataviado con su acostumbrado y curioso sombrero rojo de ala estrecha. Cuando éste vio que Richard lo había visto, apresuró el paso.

-Richard – volvió a llamar - ¡Has regresado... tal como prometiste!

Mientras un grupo de personas subía por los escalones, Richard inició el descenso para ir a su encuentro. Y entonces, Richard, vio que también Víctor avanzaba con paso firme entre la muchedumbre. Al llegar a un rellano de mármol, Ishaq aceleró el paso y agarró la mano de Richard. Se la estrechó con enorme júbilo.

-Richard, me alegra tanto verte de vuelta en Altur'Rang. Vienes a conducir un carro para mi compañía de transportes ¿sí? Se me amontonan los pedidos. No sé como me meto en estos líos... Te necesito ¿Puedes empezar mañana?

-También yo me alegro de verte, Ishaq.

Ishaq seguía estrechando la mano de Richard vigorosamente.

-Entonces ¿regresarás? Te convertiré en socio de pleno derecho. Lo compartiremos todo a partes iguales, tú y yo.

-Ishaq, con todo el dinero que me debes...

-Dinero – se mofo Ishaq - ¿A que viene hablar de dinero? Tengo mucho trabajo ahora, y más que parece a cada momento, no hay tiempo para preocuparse por el dinero. Olvida el dinero. Podemos ganar todo el dinero que quieras. Necesito un hombre con una buena cabeza. Te convertiré en mi socio. Obtendremos más trabajo de ese modo. Todo el mundo pregunta por ti. “¿Dónde esta Richard?”, dicen todos. Te digo, Richard si quieres...

-Ishaq, no puedo. Estoy intentado encontrar a Kahlan.

Ishaq parpadeo.

-¿Kahlan?

-Su esposa – dijo Víctor con cara de pocos amigos mientras se abría paso entre los hombres por detrás de Ishaq.

Ishaq volvió la cabeza para mirar a Víctor boquiabierto; luego se volvió de nuevo a Richard.

-¿Esposa? – Se quitó el sombrero rojo de la cabeza - ¿Esposa? ¡Pero eso es maravilloso! – Extendió los brazos -¡Maravilloso! – Rodeó a Richard con los brazos y lo abrazó a la vez que reía - ¡Te has casado! Es una noticia maravillosa. Celebraremos un banquete y...

-Ha desaparecido – dijo Richard, empujando hacia atrás a Ishaq hasta tenerlo a una distancia prudente – La estoy buscando. No sabemos qué sucedió.

-¿Desaparecida? – Ishaq se echó hacia atrás los oscuros cabellos y volvió a colocarse el sombrero rojo – Te ayudaré. Iré contigo – Sus oscuros ojos se tornaron serios – Dime que puedo hacer.

No era un ofrecimiento vano que Ishaq hacia por cortesía; lo decía en serio, y resultaba reconfortante saber que aquel hombre lo dejaría todo para ayudarlo.

De todos modos, Richard no consideró que aquél fuese el momento ni el lugar para explicaciones

-No es tan simple.

-Richard –dijo Víctor, inclinándose hacia él – tenemos problemas.

Ishaq miró con cara de pocos amigos a Víctor.

-La esposa de Richard ha desaparecido. ¿Por qué traerle más preocupaciones?

-No pasa nada Ishaq. Víctor ya sabe lo de Kahlan – Richard pasó la mano sobre el pomo de su espada - ¿Qué clase de problemas? – pregunto a Víctor.

-Acaban de regresar exploradores con la información de que tropas de la Orden Imperial vienen hacia aquí.

Ishaq volvió a quitarse el sombrero.

-¿Tropas?

-¿Otra caravana de suministros? – preguntó Richard.

-No – respondió Víctor con un firme movimiento de cabeza – Son tropas de combate y vienen hacia aquí.

Ishaq puso unos ojos como platos.

-¿Vienen soldados? ¿Cuándo llegaran?

Algunas voces transportaron la preocupante noticia a través de la multitud.

-Al ritmo que marcha, están aún a unos cuantos días de distancia. Tenemos algún tiempo para organizar nuestras defensas. Pero no mucho.

Nicci fue a colocarse junto a Richard. Con la espalda y, la cabeza erguida y la mirada penetrante, atrajo todas las miradas. Las voces se acallaron. Incluso personas que no sabían quien era Nicci tendían a callar en su presencia; algunas debido a su belleza sorprendente, otras porque sencillamente detectaban lo peligroso de su autoritaria presencia.

-¿Y los exploradores están seguros de que vienen hacia aquí? – Pregunto ella - ¿No podrían simplemente pasar cerca, camino del norte?

-No se dirigen al norte – Víctor enarcó una ceja – Vienen del norte.

Los dedos de Richard se cerraron alrededor de la empuñadura de la espada.

-¿Vienen del norte... estás seguro?

Víctor asintió.

-Son tropas de combate experimentadas. Pero aun, han recogido a uno de esos sacerdotes en algún punto del camino.

Los hombres allí reunidos lanzaron una exclamación ahogada. Susurros que transmitirán la noticia se propagaron entre la multitud. Algunos de los hombres empezaron a hacer preguntas, cada uno intentado hacerse oír por encima de los demás.

Nicci alzó una mano, ordenando silencio, y sin mas esfuerzo que ese, la muchedumbre calló. En medio de la tensa quietud, la hechicera se inclinó hacia el herrero. La frente de Nicci descendió igual que un halcón que acabara de avistar la cena.

-¿Llevan a un mago con ellos? – siseó.

Víctor no retrocedió... fue uno de los pocos que no lo hicieron.

-Se dice que es un sumo sacerdote de la Fraternidad de la Orden.

-Todos los Hermanos de la Fraternidad son magos – señalo Ishaq – Eso no es una buena noticia. En absoluto.

-No puedo discutirlo – dijo Víctor – Por los informes, no hay duda de que es un mago.

Conversaciones preocupadas volvieron a recorrer la multitud. Algunos juraban que tal suceso no tendría importancia que combatieran cualquier intento de la Orden para recuperar Altur'Rang. Otros no

estaban seguros sobre lo que debía hacerse.

Nicci, con la vista fija a lo lejos mientras consideraba lo que había oído, devolvió por fin la mirada a Víctor.

-¿Conocen los exploradores su nombre o cualquier cosa sobre él que pudiese ayudar a identificarlo?

Víctor introdujo los pulgares tras el cinturón y le dedicó un asentimiento de cabeza.

-El nombre del sumo sacerdote es Kronos.

-Kronos... – musitó ella, pensativa.

-Los exploradores que descubrieron a las tropas usaron la cabeza – le contó Víctor – No los habían visto, así que se adelantaron a los soldados y se mezclaron con los habitantes de una ciudad que estaba de camino y aguardaron a que llegaran. Los soldados acamparon justo fuera de la población durante unas cuantas noches para descansar y reabastecerse. Al parecer dejaron si nada a la ciudad. Cuando se emborracharon, hablaron lo suficiente como para que mis hombre captaran lo esencial de lo que traman, y lo que traman es poner fin a la insurrección en Altur'Rang. Sus órdenes son aplastar la sublevación y no andarse con miramientos. Dijeron que darían un escarmiento. No parecen pensar que vaya a ser una tarea ardua, y aguardan con ansiedad la diversión de que disfrutarán tras la victoria.

Un manto de silencio cayó sobre la multitud.

-¿Qué hay del mago? – inquirió Ishaq.

-Los exploradores dicen que ese Kronos es un beato. Es de una estatura media con ojos azules. No bebió nunca con los soldados. En su lugar, sermoneó a los habitantes de la ciudad muy a menudo sobre la necesidad de seguir los dictados del Creador, sacrificando lo que tenían por el bien de su prójimo, la Orden Imperial y su amador emperador.

“Pero, resulta, que cuando no está sermoneando es un ser libidinoso, y aparentemente no le importa demasiado quién sea la mujer ni si lo que hace voluntariamente. Después de que un hombre montara un buen follón porque a su hija la habían cogido directamente de la calle siguiendo órdenes de Kronos, el buen Hermano salió con un fogonazo de poder le quemó el pellejo al padre. El piadoso mago dejó al hombre chillando y retorciéndose de dolor y volvió a divertirse con la hija. El pobre tipo tardó varias horas en morir. Mis exploradores dijeron que fue lo más horripilante que habían visto en vida. Después de eso, nadie tuvo gran cosa que decir cuando alguna mujer atraía la atención de Kronos.

Estallaron murmullos en la multitud. Muchos de los presentes estaban conmocionados por el relato. A varios les asustaba que aquel hombre tuviese órdenes de darles un escarmiento ejemplar.

Nicci no parecía nada sorprendida por tal informe. Tras una larga consideración, negó finalmente con la cabeza.

-No conozco a ese Hermano de la Orden, pero hay muchos que no conozco.

Los ojos oscuros de Ishaq se movieron entre Richard y Nicci.

-¿Qué vamos a hacer? Tropas y un mago. Eso no es bueno. Pero vosotros tenéis ideas ¿no?

Algunos de los que estaban entre la multitud expresaron en voz alta su acuerdo con Ishaq, deseando saber qué pensaba Richard.

-Todos habéis luchado por vuestra libertad – dijo Richard – Yo sugeriría que no os rindáis.

Varios hombres asintieron. Todos ellos sabían muy bien lo que era vivir bajo el yugo de la Orden, y también habían aprendido lo que significaba ser libres. No obstante, el miedo parecía estar adueñándose sigilosamente del estado de ánimo de la multitud.

-Pero ahora estáis aquí para liberarnos, lord Rahl – dijo uno- Os habéis enfrentado a cosas peores que esto, estoy seguro. Con vuestra ayuda podemos rechazar a esos soldados.

En la creciente penumbra, Richard evaluó los rostros expectantes que lo observaban.

-Me temo que no puedo quedarme. Tengo algo de importancia fundamental que debo hacer. Tendré que partir por la mañana, con las primeras luces.

Un silencio conmocionado recibió aquellas palabras.

-Pero los soldados están solo a unos días de distancia – dijo por fin uno de los hombres – Sin duda, lord Rahl, podéis aguardar ese tiempo.

-Si pudiera, me enfrentaría aquí con vosotros a esos soldados, tal y como estuve a vuestro lado antes, pero justo ahora no puedo permitirme entretenerme tanto. Debo llevar la lucha a otra parte. Es la misma lucha, de modo que estaré con vosotros en espíritu.

El hombre se mostró atónito.

-Pero son sólo unos días...

-¿No os dais cuenta de que es mucho más que eso? Si me quedo, y derrotamos a esos hombres que vienen a mataros, con el tiempo, vendrán más. Tenéis que ser capaces de resistir vosotros solos. No podéis depender de que yo permanezca aquí definitivamente y os ayude a defender vuestra libertad cada vez que Jagang envíe soldados para recuperar Altur'Rang

El mundo esta lleno de lugares como Altur'Rang, y todo ellos se están enfrentando a la misma terrible experiencia. Más tarde o más temprano tendréis que aceptar la responsabilidad de resistir solos. Ahora es tan buen momento como cualquiera.

-¿Así que nos abandonáis cuando más os necesitamos? – gritó una voz.

La multitud no se pronuncio para indicar que estaba de acuerdo con aquel sentimiento, pero quedó que más de una persona pensaba lo mismo. Cara se acercó lentamente. Antes de que pudiera colocarse frente a él. Richard le tocó la pierna como advertencia de que permaneciera donde estaba.

-Eh, oíd – gruño Víctor – Richard no está abandonado nada, y no pienso tolerar esa clase de comentarios.

Los hombres retrocedieron ante la mesurada amenaza en su voz. La mirada furibunda de Víctor por sí solo era suficiente para hacer palidecer a hombres que lo doblaban en tamaño.

-Ya ha hecho más por nosotros de lo que hizo nunca nadie. Nos mostró que cada uno puede gobernar su vida por sí mismo, y eso lo cambio todo. Richard nos mostró de qué estábamos hechos en realidad, nos mostró que somos hombres orgullosos y que podemos actuar con coraje. Somos nosotros los que nos hicimos cargo de nuestras propias vidas y obtuvimos nuestra libertad. El nos vino aquí y nos dio nada. Nos lo ganamos.

La muchedumbre reunida en los escalones y la pradera calló. Algunos, sintiéndose avergonzados, echaron miradas furtivas a los demás. Varios alzaron finalmente la voz para indicar que estaban de acuerdo con Víctor.

Mientras los hombres se ponían a debatir entre ellos que debían hacer, Nicci agarró el brazo de Richard y le hizo retroceder hasta donde pudiesen hablar en privado.

-Richard, esta lucha de aquí es más importante.

-No puedo quedarme.

Los ojos azules de Nicci centellearon con furia contenida.

-Es aquí donde deberías estar, conduciendo a estos hombres. Eres el lord Rahl. Cuentan contigo.

-No soy responsable de sus vidas. Ya decidieron cómo querían vivir cuando iniciaron la rebelión. Lo hicieron por si mismos y ganaron esa batalla. Todos estamos peleando por lo que creemos. Todos estamos peleando por la misma cosa: el derecho a vivir la vida que queremos para nosotros. Yo hago lo que creo que debo.

-Estás huyendo de la pelea para perseguir fantasmas.

Las hirientes palabras quedaron flotando en el aire sin recibir respuesta. Richard se apartó de la hechicera para hablar a los hombres.

-El Viejo Mundo y el Nuevo Mundo están en guerra...

La multitud fue callando lentamente a la vez, los hombres estiraban el cuello para poder ver a Richard y oír sus palabras.

-Las tropas que vienen hacia aquí las forman soldados curtidos en el combate procedentes de esa guerra. Mientras atravesaban el territorio arrasándolo todo, han usado sus espadas, hachas y mayales contra los hombres armados y desarmados del norte por igual, contra las gentes del Nuevo Mundo. Esas tropas son expertas en invadir ciudades y masacrar a sus vecinos. Cuando lleguen aquí, torturarán, violarán y asesinarán a los habitantes de esta ciudad, como han hecho en las ciudades del norte... a menos que les detengáis primero.

“Pero incluso si les detenéis, eso no será el fin de todo ello. La Orden enviará más soldados. Si los demás, enviarán más la próxima vez.

-Richard, ¿qué estas diciendo? – Preguntó Ishaq - ¿Estas diciendo que no hay esperanza... que deberíamos rendirnos?

-No. Lo que digo es que es necesario que os enfrentéis a la dimensión misma de lo que significa combatir a la Orden Imperial; la naturaleza auténtica de la tarea. Si deseáis ser libres, necesitáis hacer algo más que permanecer aquí y defender vuestra ciudad.

“No se ha ganado ninguna guerra actuando a la defensiva.

“Si queréis ser realmente libres, debéis pelear para acabar con aquellos que buscan extinguir la

libertad. Si queréis ser verdaderamente libres, debéis ser parte de la causa para librar al mundo de la Orden Imperial. El Imperio d'haraniano, el país que gobierna, es todo lo que en estos momentos planta cara a la Orden – Richard sacudió lentamente la cabeza – Pero solos, no tienen ninguna posibilidad de vencer. Una vez que el Imperio d'haraniano caiga, el emperador Jagang enviará todos sus efectivos a cualquier bolsa de resistencia que se oponga a las creencias de la Orden.

“Encabezando su lista estará Altur'Rang. Esta es su ciudad nata. No permitirá que la negra marca de la libertad se alce aquí. Lanzará contra vosotros a sus combatientes más despiadados: los hijos del Viejo Mundo. Moriréis todos sin excepción, a vuestros hijos varones los asesinarán y vuestras esposas e hijas las utilizarán como diversiones para los animales que hacen cumplir la autoridad de la Orden.

La multitud permanecía en un silencio arrobado. En aquellos momentos a todos los dominaba el miedo. Aquél no era el discurso valeroso y fanfarrón que habían esperado oír en la víspera de la batalla.

Víctor carraspeo.

-¿Intentas decirnos algo, Richard?

Richard asintió mientras contemplaba a la muchedumbre, que lo observaba en silencio.

-Si. Intento decir que debéis hacer algo más que resistir y defenderos cuando lleguen esos hombres. No podéis ganar esa clase de guerra. Tenéis que arremeter contra la Orden Imperial y ayudar a acabar con ella.

Ishaq alzó una mano.

-¿Acabar con ella? ¿De que modo?

-Como todos sabéis muy bien, la vida bajo la Orden no ofrece nada, salvo miseria. Hay poco trabajo, poca comida, poco que esperar... a excepción de la promesa de gloria en una vida en algún más allá: pero sólo a cambio de vuestro servicio desinteresado en ésta. Los sacerdotes de la Orden no tienen nada que ofreceros, excepto sufrimiento, de modo que proclaman que el padecimiento es una virtud y a cambio os conceden recompensas eternas en otro mundo. Recompensas que no se pueden examinar de antemano, recompensas en un mundo que es inconcebible, excepto, afirman, para ellos. Ni uno de vosotros sería lo bastante crédulo como para cambiar un perro por tales promesas vacías, y sin embargo, han embaucado a legiones enteras para que ofrezcan con entusiasmo sus propias vidas, la única vida que tendrán jamás.

“Jagang invoca la causa del Creador, la lucha por el futuro de la humanidad y la eliminación de aquellos que poseen el don como las nobles razones para que el Viejo Mundo invada al Nuevo Mundo. Cuenta a sus súbditos que las personas que viven allá, lejos, en el norte, son paganos inmorales y que hay que acabar con ellos.

“En realidad, Jagang no hace nada que distraer la atención para ocultar la pobreza y el desempleo generalizados derivados de las doctrinas de la Orden Imperial. Se achaca la culpa de la pobreza del Viejo Mundo a que hay traidores entre el pueblo... Esos seríais vosotros... Jagang da a jóvenes sin esperanza un objeto de odio sobre el que descargar su venganza por esos padecimientos.

“Al hacer eso, Jagang ha creado un ejército de fanáticos. Vosotros ya conocéis a los jóvenes que han partido de Altur'Rang para unirse a la “noble” causa. Esos hombres no tienen mucho que esperar de la vida y se han aferrado con avidez a las enseñanzas de la Orden. Jagang les ha proporcionado a alguien a quien culpar por todos sus infortunios; aquellos que no se someten a las enseñanzas de la Orden. A estos hombres se les ha adoctrinado en una cultura de muerte y se les ha lanzado contra los defensores de la libertad, la prosperidad, y la cosa más odiada de todas, la felicidad. La mayoría está mucho más allá de la razón o la redención.

“Al combatir lejos del hogar. Jagang permite a esos salvajes el pillaje y el saqueo en su camino a través del territorio, esperando que olviden el futuro miserable que los aguarda en casa. En el nombre del Creador y de la Orden masacran toda oposición y toman territorios como propios. Mediante su superioridad numérica derrotan a todos los que se alzan contra ellos, y aterrorizan a todo el que se cruza en su camino. El pánico de aguardar la llegada de la honda asesina es demasiado para muchos, y con la esperanza de ahorrarse lo peor del poder de Jagang, algunos lugares se rinden y solicitan unirse a la causa de la Orden Imperial.

-¿Lo que decís es que es inútil luchar contra ellos? – preguntó alguien al cabo del tenso silencio que siguió.

-Os digo la autentica naturaleza de aquello a lo que todos nos enfrentamos – respondió Richard – Y lo digo para que comprendáis la esencia de la verdadera lucha.

“Por un lado, la Orden Imperial no ha captado bien las consecuencias negativas de la distancia de su

tierra natal. No importa lo mucho que saqueen, siguen necesitando ingentes cantidades de suministros, desde harina para el pan hasta plumas para las flechas. No pueden conseguir comida suficiente para alimentar a sus efectivos. Necesitan artesanos y obreros para sustentar a sus combatientes, y necesitan un flujo continuo de soldados nuevos que reemplacen a la gran cantidad de hombres perdidos en las batallas de la campaña. Es difícil combatir en un país extraño y lejano. Sus bajas sólo por enfermedad han sido espeluznantes. Sin embargo, gracias a los refuerzos que les llegan continuamente, han sido capaces de cesar, volviéndose más temible día a día. Pero eso también significa que sus necesidades aumentan cada día.

“Esas caravanas de suministros que no dejan de fluir hacia el norte son vitales para el empeño de la Orden Imperial de conquistar el Nuevo Mundo. Puede que el Nuevo Mundo os parezca un problema lejano, pero es tanto vuestro problema como esas tropas que estarán aquí dentro de pocos días. Una vez que esos animales, allá en el norte, hayan acabado de asesinar a mi gente, regresarán aquí, a asesinaros a vosotros. Si la Orden vence, todos perdemos. No importa dónde estemos. No habrá un lugar donde ocultarse.

“Si queréis vivir, no tan sólo mañana, o el día después de que venzáis a esas tropas que vienen hacia aquí, sino vivir la siguiente estación, el siguiente año, y el año después; si queréis mantener una familia, conservar lo que ganéis y mejorar vuestras vidas y las de vuestros hijos, entonces es necesario que ayudéis a destruir la Orden.

“Víctor y sus hombres ya han estado haciendo esto, pero sólo son capaces de susurrar cuando lo que necesitan es aullar enfurecidos. Necesitan que muchas mas personas se unan a ellos. Es necesario que destruyáis los convoyes de suministros de la Orden. Matad a los hombres que marchan al combate. Inutilizad su capacidad de seguir adelante. Es necesario que privéis a la Orden de comida y refuerzos. Cada hombre que muera de inanición en las montañas inexploradas del norte es un hombre que la Orden no puede enviar de vuelta al Viejo Mundo para hundiros un cuchillo en el vientre.

“Además, existen otros modos de vencer – Richard indicó con un ademán a Cara y a Nicci - Estas dos personas que ahora están junto a mi en una ocasión se alzaron en mi contra. Fueron enemigas de aquello en lo que creo... de aquello en lo que vosotros habeis llegado a creer... pero cuando las ayudé a comprender que luchó por la vida, por los valores de la vida, acabaron dándose cuenta de la verdad y se convirtieron en combatientes de la misma causa.

Alzó una mano en dirección a la multitud amontonada en los escalones y en la pradera.

-Miraos. No hace tanto tiempo erais los enemigos del Nuevo Mundo. Muchos de vosotros, durante gran parte de vuestras vidas, quizás os creísteis las mentiras de la Orden. Pero cuando entrevistéis la brillante llama de lo que la vida puede ser, tuvisteis la presencia de ánimo de elegir la vida. Ahora estoy junto a antiguos enemigos, en pleno corazón del territorio enemigo, entre una gente que una vez fui mi enemiga. Sin embargo, ahora todos creemos en la misma causa; que la vida en libertad merece la pena. Muchos de nosotros nos hemos convertido en grandes amigos, y ahora estamos todos en el mismo bando, en la lucha más importante de nuestras vidas.

“Es posible hacer que algunas personas que trabajan por el éxito de la Orden vean las maravillas y la belleza que hay en esta vida. Si podéis hacer eso, tendréis a una persona menos que quiera mataros. Ojalá pudiéramos convencerlos a todos para que vieran la verdad y tener un mundo de gente que vive en paz.

“Pero hay algunos que jamás podrán ver la verdad, que jamás se atenderán a razones. Odian que abracéis la vida. Si no podéis convencer a esos seguidores de la Orden para que se pasen a nuestro bando, debéis matarlos, pues sin duda, si se les da la oportunidad, os matarán y destruirán todo lo que queréis. Debéis propagar la lucha por parte; no dejéis ningún lugar seguro para lo que predicen la muerte. Si, tendréis que matar a los fanáticos de ojos enloquecidos que luchan por la causa de la Orden, pero mucho más importante que eso, debéis atacar la raza y matar a aquellos que predicen las doctrinas de la Orden Imperial.

“Son ellos los que corrompen y envenenan las mentes, y si no lo se les detiene, engendrarán una provisión inagotable de animales para que vayan a por vosotros y vuestras familias. Hombres con tal odio en sus corazones no conocen límites, y jamás os permitirán existir porque vuestra prosperidad y felicidad desmiente lo que predicen.

“Si deseáis vivir en libertad, debéis encargarnos de que esos discípulos del odio sepan que no existe un lugar seguro para ellos, que los hombres civilizados no toleraran su forma de actuar, y que no descansareis hasta haber dado caza y exterminado a todos ellos, porque comprendéis que ellos no quieren otra cosa que poner fin a la civilización. No debéis permitirles obtener lo que codician.

“Todos habéis dado con valentía el primer paso y os habéis despojado de vuestros grilletes. Ninguno de vosotros necesita demostrarme su valía. Pero no basta con ganar una única batalla. Hay que ganar el

futuro. De eso se trata, de cómo vivirán sus vidas. Habéis peleado valientemente. Muchos han perdido ya la vida en la persecución de nuestro objetivo común y muchos más lo harán aún. Pero la victoria sobre el mal es posible y tenéis el poder para lograrla. Ganasteis una batalla para vivir vuestras vidas como consideréis conveniente. Pero tenéis que comprender que a la guerra a favor de ese ideal le falta aún mucho para acabar.

“Habéis obtenido el derecho a vivir libres hoy. Ahora debéis tener el ardor necesario para luchar para vivir libres siempre.

“La libertad nunca es fácil de conservar y se puede perder fácilmente. Todo lo que hace falta es una indiferencia deliberada.

Alzó un brazo en dirección a la estatua que se alzaba orgullosa bajo los rescoldos de la puerta de sol.

-Esa voluntad de considerar valiosa la vida, de ser libre, es el espíritu de esta estatua que todos admiramos tanto.

-Pero lord Rahl – se quejo alguien – es una tarea demasiado enorme para nosotros. Somos gente sencilla, no guerreros. Quizá si nos lideráis sería diferente.

Richard posó una mano sobre su pecho.

-Yo era un simple guía de bosque cuando comprendí que tenía que aceptar los retos que tenía ante mí. Tampoco yo quería enfrentarme al mal, aparentemente invencible, que se alzaba amenazador sobre mi persona. Pero una mujer sabia, la mujer que sirvió de modelo para esa estatua, me hizo ver que tenía que hacerlo. No soy mejor que vosotros, ni más fuerte que vosotros. Simplemente soy un hombre que ha llegado a comprender la necesidad de enfrentarse a la tiranía. He aceptado esa causa porque ya no quería seguir viviendo con miedo, sino vivir mi propia vida.

“Esas gentes del Nuevo Mundo, allá en el norte, combaten y mueren diariamente. Son gentes sencillas como vosotros. Ninguna de ellas desea combatir, pero deben hacerlo o morirán sin remedio. El destino que corren hoy es el destino que correréis vosotros mañana. No pueden seguir alzándose solas y esperar vencer. Cuando vuestro momento llegue, tampoco podréis vosotros. Ellas necesitan que seáis parte de un mundo libre, que ataques a aquellos que quieren implantar una era oscura en todo el mundo.

Un hombre situado cerca de las filas delanteras dijo en voz bien alta:

-Pero ¿no estáis diciendo lo mismo que la Orden, que debemos sacrificarnos por el bien mayor de la humanidad?

Richard sonrió ante tal idea.

-Los que desean imponer una idea de un bien mayor simplemente odian el bien. Por vuestro propio interés personal debéis alzar vuestra etapa contra la Orden Imperial. Puramente por vuestro interés, y vuestro propio interés por aquellos que amáis. Por eso deberéis pelear... en cualquier modo que creáis que podáis servir mejor a nuestro objetivo común. No os estoy obligando a combatir por el bien mayor de la humanidad, sino que intento haceros ver que es una lucha por vuestra propia vida.

“No cometáis jamás el error de pensar que tal interés personal está mal. El interés personal significa supervivencia. El interés personal es la sustancia de la vida.

“En vuestro propio interés, sugiero que os alcéis y acabéis con la Orden. Sólo entonces podréis tener libertad de verdad.

“Los ojos del Viejo Mundo están puestos en vosotros.

Las figuras oscuras de todas las personas de pie bajo la luz que se desvanecía se alargaban hasta donde alcanzaba la vista de Richard, y éste sintió un gran alivio al ver gran cantidad de cabezas que asintieron.

La mirada de Víctor pasó sobre los hombres antes de que éste se volviera hacia Richard.

-Creo que pensamos lo mismo, lord Rahl. Haré lo que pueda para hacer que eso se cumpla.

Richard y Víctor se abrazaron mientras la multitud estallaba en sonoros vítores, mientras los reunidos en la Plaza de la Libertad empezaba a conversar entre ellos sobre el mejor modo de enfrentarse al desafío. Richard dio media vuelta y se llevó a Nicci aparte. Cara los siguió.

-Richard, reconozco el valor de lo que acabas de hacer, pero esta gente necesita que...

-Nicci – repuso él, interrumpiéndola – tengo que partir por la mañana. Cara viene conmigo. No voy a decirte que hacer, pero creo que sería una buena idea si te quedaras y ayudaras a esta gente. Sólo teniendo en cuenta a los soldados se enfrentan ya a un desafío terrible, peor además deben enfrentarse a un mago. Tu sabes mucho mejor que yo cómo contrarrestar esa amenaza. Podrías ser una ayuda enorme para estas personas.

Ella lo miró durante un buen rato a los ojos antes de echar una mirada a la muchedumbre situada detrás de él.

-Debo estar contigo – dijo en un tono mesurado, pero que a él le sonó como una súplica.

-Como he dicho, es tu vida y no voy a decirte que hacer, del mismo modo que no me gusta que intentes decirme lo que yo debo hacer.

-Deberías quedarte y ayudar – dijo ella, y apartó la mirada – Pero es tu vida y debes hacer lo que consideres mejor. Después de todo, eres el Buscador – Volvió a echar una ojeada a los hombres que se apelotonaban alrededor de Víctor, haciendo planes – Esas personas puede que, en estos momentos, no expresen objeciones a lo que tenías que decir, pero pensarán en ello y podrían muy bien decidir, tras enfrentarse a los soldados, tras un combate terrible y sangriento, que no desean hacer más.

-En cierto modo esperaba que si te quedabas y les ayudabas a derrotar al mago y las tropas que vienen hacia aquí, podrías convencerles de lo que es necesario que hagan. Muchos de ellos son muy conscientes de lo mucho que sabes sobre la naturaleza de la Orden. Darán crédito a lo que les digas, en especial si les ayudas a salvar su ciudad y a mantener a salvo a sus familias – Richard aguardó hasta que ella alzó los ojos hacia él antes de proseguir – Después de todo, podrías venir a reunirse con Cara y conmigo.

Ella estudio su mirada, cruzando los brazos sobre el pecho.

-¿Estas diciendo que si ayudo a detener a las fuerzas de la Orden que vienen a matar a estas personas, permitirás que me una a ti?

-Simplemente te digo que creo que sería lo más beneficioso que podrías hacer en nuestra lucha para eliminar a la Orden. No te digo lo que tienes que hacer.

Nicci volvió a apartar la mirada.

-Pero te complacería que hiciese lo que sugieres y me quedase a ayudar a esta gente.

-Eso lo admito – dijo Richard, encogiéndose de hombros.

Nicci soltó un irritado suspiro.

-Entonces me quedaré, como sugieres, y les ayudaré a vencer. Pero si lo hago, si derroto a esas tropas y elimino al mago ¿permitirás que me reúna contigo?

-He dicho que lo haría.

La mujer asintió finalmente, de mala gana.

-Acepto.

Richard se dio la vuelta.

-¿Ishaq?

El hombre se acercó a toda prisa.

-¿Si?

-Necesito seis caballos.

-¿Seis? ¿Va a ir más gente con vosotros?

-No, seremos sólo Cara y yo. Necesitaremos monturas de refresco para todo el viaje. Necesitamos caballos veloces, no caballos de tiro. Y arreos – añadió Richard.

-Caballos veloces... - Ishaq alzó el sombrero y se rascó el cuero cabelludo; luego alzó la vista - ¿Cuándo?

-Necesito ponerme en marcha en cuanto haya luz suficiente.

Ishaq contempló a Richard con suspicacia.

-Supongo que esto se considerará como un pago de parte de lo que te debo...

-Quería tranquilizar tu conciencia sobre cuando podrías empezar a devolvérmelo.

Ishaq sucumbió a una breve carcajada.

-Tendrás lo que necesitas. Me ocupare de que dispongas de provisiones también.

Richard poso una mano en el hombro de Ishaq.

-Gracias, amigo mío. Lo agradezco. Espero que algún día pueda regresar aquí, y trajinar una carga para ti, por los viejos tiempos.

Aquello ilumino el semblante de Ishaq.

-¿Después de que todos seamos libres de una vez por todas?

Richard asintió.

-Libres de una vez por todas – Dirigió un vistazo a las estrellas que empezaban a salpicar el firmemente - ¿Conoces algún lugar donde podamos conseguir un poco de comida y un lugar donde pasar la noche?

Ishaq indicó con un gesto al otro lado de los jardines del antiguo palacio, en dirección a donde habían estado las chozas de trabajo.

-Tenemos hosterías, ahora, desde la última vez que estuviste aquí. La gente viene a ver la Plaza de la Libertad y por lo tanto necesitan habitaciones. He construido un lugar allí arriba, donde alquilo habitaciones. Están entre las mejores que pueden hallarse – Alzo un dedo – Tengo una reputación que mantener, pues ofrezco lo mejor, en todo, tanto si son carros para transportar mercancías, como si se trata de habitaciones para viajeros cansados.

-Tengo el presentimiento de que lo que me debes va a empezar a reducirse rápidamente.

Ishaq sonrió a la vez que se encogía de hombros.

-Viene mucha gente a ver esta estatua extraordinaria. Es difícil conseguir habitación, de modo que no son baratas.

-No esperaba que lo fuesen.

-Pero tienen un precio razonable – insistió Ishaq – Una buena relación calidad-precio. Y tengo un establo justo al lado, de modo que nos llevaré allí vuestros caballos una vez que los recoja.

-De acuerdo – Richard alzó su mochila y se echó sobre un hombro – Al menos no está lejos, aunque sea caro.

Ishaq extendió las manos.

-Y la vista al amanecer vale el precio – Sonrió burlón – Pero para vosotros, Richard, ama Cara y ama Nicci, es gratis.

-No, no – Alzando una mano, Richard atajó cualquier discusión – En justicia deberías poder sacarle un rendimiento a tu inversión. Réstalo de lo que me debes. Claro que, con los intereses, estoy seguro de que la cantidad ha aumentado considerablemente.

-¿Intereses?

-Por supuesto – replicó Richard mientras iniciaba la marcha hacia los lejanos edificios – Has utilizado mi dinero. Es justo que se me compense por ese uso. Los intereses no son bajos, pero son justos, ya sabes, una buena relación calidad-precio.

16

Al entrar en su habitación, a Richard le alegró ver el lavamanos. No era un baño, pero al menos podría lavarse antes de acostarse. Corrió el pestillo de la puerta, a pesar de que se sentía perfectamente a salvo en la pequeña hostería. Cara estaba en la habitación contigua y Nicci ocupaba un cuarto de la planta baja, cerca de la entrada, y justo al lado de la única escalera que conducía al piso de arriba. Había guardias tanto dentro como fuera de la posada, y estos hombres patrullaban las calles de alrededor del edificio. Richard no había considerado que fuesen necesarios tantos, pero Víctor insistió en proporcionar tal protección. Al final, agradeciendo la oportunidad de disfrutar de una noche de sueño tranquila y segura. Richard no había puesto objeciones.

Estaban tan exhausto que apenas podía tenerse en pie ya. Le dolían las articulaciones por la larga caminata, la emotiva conversación con la gente en la Plaza de la Libertad había acabado con las energías que le quedaban.

Se desprendió de la mochila, dejando que golpeará el suelo a los pies de la pequeña cama, antes de dirigirse al lavamanos y echarse agua al rostro. No recordaba que el agua fuera tan agradable.

Nicci, Cara y Richard habían comido un estofado de cordero en el pequeño comedor. Jamila, la mujer que dirigía el establecimiento para Ishaq, había recibido instrucciones de éste para que los tratara a cuerpo de rey. La mujer de rostro redondo había ofrecido cocinarles cualquier cosa que desearan, pero Richard no había querido crear molestias, y además, las sobras de estofado de cordero habían significado que no tendrían que esperar y podían irse a dormir mucho más pronto. Jamila había parecido un tanto decepcionada al no tener la oportunidad de cocinarles algo especial. No obstante, teniendo en cuenta la clase de comidas que habían hecho en los últimos días, la escudilla de estofado de cordero y el pan tierno y crujiente acompañado por gran cantidad de mantequilla había sido casi un banquete para Richard. De no haber sido por las muchas preocupaciones que ocupaban su mente lo habría saboreado mucho más.

Sabía que Cara y Nicci necesitaban descansar tanto como él, así que insistió en que cada una tomara una habitación. Ambas habían querido permanecer en el mismo cuarto que Richard para velar de cerca por su persona, pero éste, imaginándose a las dos con los brazos cruzados a los pies de su cama mientras él

dormir, había afirmado que nada iba a llegar hasta él en el segundo piso, y que además, había muchos hombres montando guardia. Ellas habían transigido, pero de mala gana y sólo después de que les recordara que las dos le serían de más ayuda si estaban bien descansadas. Era un lujo para todos ellos no tener que montar guardia, por una vez, y disfrutar el descanso que necesitaban.

Víctor había prometido acudir a despedir a Richard y a Cara por la mañana. E Ishaq que tenía los caballos en el establo. Tanto Víctor como Ishaq lamentaban que él marchara, pero comprendían que tenía sus razones. Ninguno de ellos había preguntado adónde iba, probablemente porque se sentían incómodos hablando sobre una mujer que ninguno creía que existiese. Richard había empezado a percibir el distanciamiento que creaba en la gente cuando mencionaba a Kahlan.

Desde la ventana de su habitación en el piso superior, Richard disfrutaba de una vista impresionante de *Espíritu* a lo lejos. Con la mecha del quinqué de la habitación muy baja para no dar apenas luz, no tenía problemas para ver la estatua de árbol blanco iluminada por un círculo de antorchas en los altos pedestales de hierro. Recordó las muchas veces que había estado allí arriba, en aquella misma ladera, contemplando el palacio en construcción del Emperador Jagang. A duras penas pareció el mismo mundo. Sentía como si lo hubiesen arrojado a otra vida que no conocía y donde todas las normas eran diferentes. En ocasiones se preguntaba si realmente se estaba volviendo loco.

Nicci, como estaba en la planta baja probablemente no podría ver la estatua, pero Cara ocupaba la habitación contigua a la suya así que sin duda tenía la misma vista. Se preguntó si la mord-sith la disfrutaba, y si lo hacía, que pensaba de la estatua. Richard no podía imaginar porque Cara no podía recordar todo lo que la figura significaba para el... para Kahlan. Se preguntó si también ella sentía como si viviese la vida de otra persona... o si pensaba que él se estaba volviendo loco.

Richard no consiguió imaginar que podría haber sucedido para que todo el mundo olvidase a Kahlan. Había mantenido una leve esperanza de que los habitantes de Altur'Rang la recordarán, que sólo habían sido aquellos que se hallaban en las inmediaciones cuando había desaparecido los afectados por ese olvido. Tal esperanza se había hecho añicos ahora. Fuera cual fuese la causa, el problema era generalizado.

Se apoyó en el lavamanos e inclinó la cabeza atrás a la vez, que cerraba los ojos. Tenía el cuello y la espalda doloridos de tantos días de cargar con la pesada mochila mientras avanzaban penosamente a través de bosques espesos y en apariencia interminables. A lo largo del veloz y difícil viaje incluso la conversación había requerido demasiado esfuerzo. Producía una sensación estupenda no tener que andar durante un rato, aunque cuando cerraba los ojos parecía que todo lo que podía ver era un desfile de bosques sin fin. Con los ojos cerrados parecía como si sus piernas siguieran moviéndose.

Bostezó mientras se pasaba el tahalí por encima de la cabeza y depositaba la *Espada de la Verdad* en una silla junto al lavamanos. Se quitó la camisa y la arrojó sobre la cama. Pensó que aquel sería un buen momento para lavar algunas de sus ropas, pero estaba demasiado agotado y todo lo que deseaba era meterse en la cama y dormir.

Volvió a acercarse a la ventana mientras procedía a lavarse con una tela enjabonada. La noche estaba totalmente en silencio salvo por el incesante zumbido de las cigarras. No podía resistirse a contemplar la estatua. Había tanto de Kahlan en ella que le producía un terrible desconsuelo, y tuvo que obligarse a no pensar en qué horrores podría estar viviendo Kahlan, qué sufrimientos podría estar soportando. La ansiedad le impedía respirar debidamente. En un esfuerzo por dejar a un lado su preocupación durante un tiempo, hizo todo lo posible por rememorar la sonrisa de Kahlan, sus ojos azules, sus brazos rodeándolo, el quedo gemido que emitía a veces cuando la besaba.

Tenía que encontrarla.

Sumergió la tela en el agua y la escurrió, contemplando como el agua sucia discurría en el interior de la jofaina, y vio que le temblaban las manos.

Tenía que encontrarla.

En un intento de obligar a su mente a pensar en otras cosas, posó la mirada sobre el lavamanos, captando todos los detalles de las enredaderas pintadas alrededor del borde. Las enredaderas eran azules, no verdes, probablemente para hacer juego con las flores azules estarcidas en las paredes o las flores de las sencillas cortinas, y la concha de la cama. Ishaq había realizado un excelente trabajo y construido una hostería acogedora.

El agua de la jofaina, quieta como una laguna de un bosque, tembló de improviso sin un motivo aparente.

Richard se quedó totalmente inmóvil, con la mirada clavada en ella.

La mansa superficie se arrugó bruscamente en forma de ondulaciones armónicas, perfectamente simétricas, casi como el pelaje del lomo de un gato al erizarse.

Y entonces todo el edificio se estremeció violentamente, como si algo enorme hubiese chocado contra él. Una de las hojas de cristal de la ventana se rajó con un débil estallido, y casi al instante, desde el otro extremo del edificio, llegó el sonido amortiguado de maderos astillados.

Richard se acuclilló, paralizado, con los ojos muy abiertos, incapaces de decir que había provocado el incomprensible sonido.

Lo primero que pensó fue que un árbol enorme había caído sobre el lugar, pero luego recordó que no había que no había árboles grandes en las cercanías.

Un instante después de la primera sacudida, llegó un segundo porrazo. Más fuerte esta vez. Más cercano. El edificio osciló con gran estrepito. Alzó los ojos, temiendo que el techo pudiese desplomarse.

Un instante más tarde sonó otro golpe que zarandeó el edificio. La madera emitió un chirrido agudo, como si chillara de dolor mientras la destrozaban.

BUM. CRAC. Mas fuerte, más cerca.

Richard llevó una mano al suelo para mantener el equilibrio cuando el edificio tembló bajo otra sacudida. Lo que había empezado en el extremo opuesto de la casa se acercaba con rapidez.

BUM. CRAC. Más cerca aún.

Chirridos desgarrada roes aullaban en la noche a medida que la madera era desgarrada violentamente. El edificio se balanceó. El agua se agitó en la jofaina, derramándose. Los sonidos de paredes que se rajaban y tablas que se astillaban se fusionaron en un rugido continuo.

De improviso, la pared que tenía a la izquierda, la pared entre su habitación y la de Cara, estalló hacia él en medio de una nube de polvo. El ruido era ensordecedor.

Algo enorme y negro, casi del tamaño de la habitación misma, se abrió paso a través de la pared, astillando listones y lanzando una lluvia de yeso y escombros.

La fuerza de la sacudida arrancó la puerta de sus goznes e hizo saltar por los aires el cristal y los parteluces de la ventana.

Largos fragmentos irregulares de tablas giraron como peonzas por la habitación. Uno destrozó la silla que sostenía su espada, otro agujereó la pared opuesta. La espada rodó fuera de su alcance. Un trozo de madera golpeó con tal fuerza la pierna de Richard que le hizo caer sobre una rodilla.

Una oscuridad animada empujaba escombros ante ella, haciendo que todo volara por los aires, envolviendo la luz y sumiendo el despojos volantes en una arremolinada penumbra.

Un espanto helado rieló por las venas de Richard.

Vio una fría nube de su propio aliento cuando gruñó por el esfuerzo de levantarse apresuradamente.

Una oscuridad, como la muerte misma, se precipitó hacia él. Richard lanzó un jadeo. Un aire gélido le acuchilló los pulmones igual que agujas de hielo, y la impresión producida por el cortante frío le cerró la garganta.

Richard comprendió que la vida y la muerte pendían de un hilo que sólo tenía el grosor de un instante.

Impelido por la última pizca de energía de que disponía, salió disparado por la ventana como si se lanzara a una alberca. Con el costado rozó algo y la carne le chismorreó con una aguda sensación tan helada que quemaba.

En el aire, descendiendo en picado a través de la ventana, temiendo la larga caída, Richard alargó las manos para agarrarse al marco de la ventana y consiguió asirlo con la mano izquierda. Se aferró a él con desesperación mientras el peso de su cuerpo lo zarandeaba con tan violencia que se estrelló contra el edificio con tanta fuerza que se le cortó la respiración. Quedó colgando de una única mano, aturdido por el porrazo.

El húmedo aire nocturno, unido al golpe contra la pared, pareció confabularse para asfixiarlo. Por el rabillo del ojo vio la estatua a la ondeante luz de las antorchas. Con la cabeza echada atrás, los puños a los costados y la espalda arqueada, la figura se alzaba orgullosa contra el invisible poder que intentaba sojuzgarla. Tosió y volvió a tomar aire, intentando recuperar el aliento mientras sus pies buscaban cualquier punto de apoyo. No hallaron ninguno. Echó un vistazo abajo y vio que el suelo estaba terriblemente lejos.

Sentía como si se hubiese desencajado el hombro. Colgando de una mano, no osó soltarse, temiendo que una caída como aquélla pudiese partirle las piernas como mínimo.

Por encima de él, de la ventana, le llegó un lamento tan estridente que le puso todos los pelos de punta e hizo que cada nervio aullara presa de un dolor agudo. Era un sonido tan negro, tan ponzoñoso, tan

espantoso que Richard pensó que, sin duda, el velo que separaba el inframundo había sido desgarrado y que el Custodio de los Muertos caminaba entre los vivos.

El salvaje lamento en la habitación se convirtió en un alarido retorcido y colérico; el sonido del odio puro convertido en algo vivo.

Richard echó una ojeada arriba y estuvo a punto de soltarse. La caída, pensó, podría ser preferible a la criatura que en aquellos momentos salía de improviso como un torrente por la ventana.

Una mancha oscura e incorpórea surgió a borbotones por la ventana hecha añicos como la exhalación del mal absoluto.

Aunque carecía de contorno, de forma, a Richard le quedó clarísimo que aquello era algo que estaba más allá de la simple maldad. Era un azote, como la misma muerte, que iba de caza.

A medida que se deslizaba a través de la ventana y salía a la noche, la negra sombra empezó a desintegrarse en un millar de formas revoloteantes que salieron disparadas en todas direcciones.

Richard siguió colgado de un brazo, jadeando, incapaz de moverse, observando y aguardando a que la cosa se aglutinara ante su rostro y lo destrozara.

La sombra de la muerte se había convertido en parte de la noche. Las cigarras volvieron a dejarse oír, a medida que iniciaban sus estridentes cánticos, el creciente sonido se trasladó por la amplia extensión de los jardines, marchando en dirección a la lejana estatua.

-¡Lord Rahl! – grito un hombre desde abajo - ¡No os soltéis!

El hombre, que llevaba un sombrero de ala pequeña parecido al de Ishaq, corrió en dirección a la puerta del edificio. Richard no creyó que fuera capaz de permanecer colgado de un único brazo hasta que alguien apareciese para ayudarlo. Gimió de dolor pero se las arregló para impulsarse y agarrar el alfeizar con la otra mano, con las piernas columpiándose de un lado a otro por encima de una caída aterradora. Le alivió descubrir que el solo hecho de quitar parte del peso a aquel brazo ayudaba a disminuir el dolor.

Acababa de izar la parte superior del cuerpo a través de la ventana hecha pedazos cuando oyó que entraba gente en tropel en la habitación. El farol había desaparecido, de modo que era difícil ver. Unos hombres caminaron por encima de los escombros del suelo, las botas triturando pedazos rotos de la pared por debajo de los brazos mientras otras le agarraban el cinturón para alzarlo vuelta al interior. Le costó orientarse en la habitación casi totalmente a oscuras.

-¿Lo visteis? – Pregunto Richard mientras pugnaba aún por recuperar el aliento - ¿Visteis la cosa que salió por la ventana?

Algunos de los hombres tosieron debido al polvo mientras otros tomaban la palabra para decir que no habían visto nada.

-Oímos el ruido, el fragor – dijo uno de ellos – Pensé que todo el edificio se venía abajo.

Alguien apareció con una vela y encendió un farol. El resplandor anaranjado iluminó un espectáculo asombroso. Un segundo hombre, y luego un tercer, alargaron un farol para que lo encendieran. En medio del arremolinado polvo, la habitación era un revoltijo; la cama volcada, el lavamanos empotrado a medias en la pared opuesta, y montones de escombros sobre el suelo.

En la titilante luz, Richard pudo ver mejor el agujero toscamente redondo que se había abierto en la pared. Maderos rotos alrededor de los bordes sobresalían apuntando hacia su habitación. No era una sorpresa. El tamaño del agujero, no obstante, si era sorprendente. Abarcaba casi toda la distancia del suelo al techo. La mayor parte de lo que había sido antes una pared yacía ahora hecho añicos por todo el suelo. No podía ni imaginar como algo que había hecho un destrozo de tal envergadura podía haber conseguido salir por una ventana.

Richard descubrió su espada y la extrajo de debajo de unas tablas rotas. La apoyó contra el alfeizar donde estaría a salvo si la necesitaba, aunque no estaba seguro de qué podría haber hecho la espada contra lo que había atravesado la pared para, a continuación, desvanecerse en la noche.

Los hombres tosían debido al espeso polvo que todavía se arremolinaba en el aire. Richard vio a la luz de los faroles que estaban todos cubiertos por el blanco polvo, lo que les daba el aspecto de una reunión de espectros. También vio que él mismo estaba recubierto de yeso. La única diferencia era que también sangraba por docenas de pequeños cortes, y que la sangre resultaba aún más llamativa en contraste con el blanco polvo. Se sacudió brevemente algo de polvo de yeso de cabellos, rostro y brazos.

Preocupado por otros que pudiesen haber quedado enterrados o heridos, Richard le cogió el farol a un hombre que estaba cerca de él. Sostuvo la luz en alto, atisbando al interior de la oscuridad que había al otro lado del agujero. El espectáculo era pasmoso, si bien no inesperado, ya que había oído y sentido el

destrazo.

Cada pared, en una línea recta que retrocedía a lo largo de todo el edificio, tenía un agujero abierto a golpes, y todos los agujeros eran similares al de la pared de su habitación. Al fondo, Richard vio las estrellas a través de la lejana pared exterior.

Pasó con cuidado por encima de largos fragmentos irregulares de madera. Parte del montón cedió bajo su peso y le costó una barbaridad volver a sacar el pie. Aparte de toses esporádicas, los hombres permanecían callados en su mayoría mientras paseaban una mirada sobrecogida por los daños provocados por algo desconocido, algo poderoso que había desaparecido en la noche.

Entre los remolinos de polvo, Richard vio a Cara, de pie, en el centro de habitación, mirando a lo lejos, en la misma dirección que él, hacia el agujero que daba al exterior. Le daba la espalda, con los pies separados, en una postura defensiva, y con el agiel bien sujeto en el puño derecho.

Nicci, con una llama danzando por encima de su palma, se precipitó al interior de la habitación de Richard a través de la destrozada entrada.

-¡Richard! ¿Estas bien?

Desde lo alto de los escombros, Richard se frotó el hombro izquierdo a la vez que movía el brazo.

-Eso creo

Nicci murmuró enojada entre dientes mientras pasaba por encima de los cascotes.

-¿Alguna idea de lo que ha sucedido? – preguntó uno de los hombres.

-No estoy seguro – respondió Richard - ¿Resultado herido alguien?

Todos se miraron unos a otros. Unos pocos indicaron que no lo creían, que no faltaba ninguna de las personas que conocían y que todos estaban bien. Otro hombre dijo que el resto de las habitaciones del piso superior estaban vacías.

-¿Cara? – Llamó Richard a la vez que se inclinaba al interior del oscuro agujero - ¿Cara, estas bien?

Cara no respondió, ni tampoco se movió. Permaneció petrificada en la misma postura.

Con una ansiedad creciente, Richard recorrió a trompicones el resto del camino por encima de las tablas caídas y el revoque desmoronado. Apoyando una mano en el techo para mantener el equilibrio, cruzó el agujero y penetró en la habitación de Cara. La destrucción era muy parecida a la que había tenido lugar en su cuarto. Dos paredes, en lugar de una, estaban agujereadas, pero el impacto había arrojado el material de la segunda pared al interior de la habitación de Richard. También el cristal de la ventana había saltado por los aires, pero la puerta todavía seguía en su lugar, aunque retorcida.

Cara estaba inmóvil en la línea entre los dos agujeros, rodeada de escombros, y su vestimenta de cuero parecía haber impedido que éstos la hiciesen pedazos

-¿Cara? – volvió a llamar Richard mientras iniciaba el descenso del inestable montón de escombros.

Cara siguió sin moverse en la oscura habitación, con la vista fija aún a lo lejos. Nicci pasó como pudo por encima de las tablas rotas y el enlucido, y atravesó el agujero de la pared. Se sujetó brevemente del brazo de Richard cuando lo alcanzó.

-¿Cara? – dijo Nicci al mismo tiempo que movía la mano que sostenía la llama para colocarla frente al rostro de la mord-sith.

Richard sostuvo en alto el farol. Los ojos de Cara estaban abiertos como platos, mirando fijamente, pero sin ver. Unas lágrimas habían dejado húmedos rastros a través del polvo que le cubría el rostro; todavía no había abandonado la postura defensiva, pero ahora que estaba cerca, Richard pudo ver que todo su cuerpo temblaba.

Le agarró el brazo, pero, sobresaltado, apartó la mano.

La mord-sith estaba fría como el hielo.

-¿Cara? ¿Puedes oírnos? – Nicci tocó el hombro de Cara y con la misma sorpresa que Richard apartó la mano.

Cara no reaccionó. Era como si realmente estuviese petrificada. Nicci sostuvo la llama en alto, cerca del rostro de la mord-sith. Su tez parecía casi de un tono azul pálido, pero puesto que la mujer estaba cubierta por una capa de polvo blanco, Richard no estuvo seguro.

Pasó un brazo alrededor de la cintura de Cara, y fue como rodear con el brazo un bloque de hielo. Su impulso natural fue retirarlo, pero se negó. Por el modo en que le dolía el hombro se dio cuenta de que no iba a poder alzarla fácilmente.

Volvió la cabeza hacia los rostros que miraban por el irregular agujero de la pared.

-¿Puede alguno de vosotros ayudarme?

Los hombres avanzaron por encima de los restos y pasaron al interior de la habitación de Cara, provocando más nubes de polvo. Puesto que traían luces, Nicci dejó que la pequeña llama se extinguiera mientras se aproximaba más a la mord-sith. Los hombres se agruparon, observando en silencio a la hechicera.

Frunciendo el entrecejo, Nicci presionó las palmas de las manos sobre las sienes de Cara.

Soltando un grito, la hechicera retrocedió tambaleante. Richard alargó la mano libre y al sujetó por el codo para impedir que cayera hacia atrás.

-Queridos espíritus – musitó la hechicera, jadeando para recuperar el aliento, como si hubiese sentido un dolor inesperado.

-¿Qué? – Inquirió Richard - ¿Qué sucede?

La hechicera se llevó una mano al corazón, tomando bocanadas de aire mientras se recuperaba.

-Apenas si está viva.

Con la barbilla, Richard indicó la puerta.

-Saquémosla de aquí.

Nicci asintió

-Abajo... mi habitación.

Richard, sin pensar, alzó rápidamente a Cara en brazos. Por suerte, los hombres estaban allí para ayudar, pues le vieron hacer una mueca de dolor.

-Querido Creador – exclamó uno mientras le alzaba la pierna a Cara – está tan fría como el corazón del Custodio

-Vamos – dijo Richard – vamos a llevarla abajo.

Cara estaba rígida, lo que ayudó a que entre todos la movieran. Los hombre que ayudaban a Richard a transportar a Cara avanzaron pesadamente entre los escombros, y uno de ellos quitó de en medio la puerta rota de una patada. La bajaron por la estrecha escalera con los pies por delante, mientras Richard la sostenía por los hombros.

Al pie de la escalera, Nicci les hizo entrar en su habitación e ir hasta la cama donde depositaron con cuidado a Cara una vez que Nicci hubo retirado las mantas. Una vez que la mord-sith quedó en la cama, Nicci la cubrió al instante con las mantas.

Los ojos azules de Cara seguían totalmente abiertos, mirando con fijeza, al parecer, alguna distante nada. De en vez en cuando, una lagrima iniciaba desde el rabillo del ojo un lento viaje por su mejilla. Barbilla, hombros y brazos le temblaban.

Richard obligó a los dedos de Cara a abrirse, haciendo que soltara el agiel que todavía aferraba con la fuerza de un *rigor mortis*. Sus ojos no mostraron ninguna reacción. El soporto el dolor atroz de tocar el agiel hasta que consiguió quitárselo de la mano y pudo soltarlo para que colgase de la cadena que rodeaba la muñeca de Cara.

-¿Por qué no esperáis todos fuera? – Dijo Nicci con voz queda – Dadme algo de tiempo para ver qué puedo hacer.

Los hombres salieron, diciendo que iban a reanudar la guardia.

-Si esa cosa regresa – les dijo Richard – no intentéis detenerla. Venid a buscarme.

Uno de ellos ladeó la cabeza con gesto de perplejidad.

-¿Qué cosa lord Rahl? ¿Qué se supone que debemos ver?

-No estoy seguro. Todo lo que pude ver yo fue una sombra enorme que atravesó la pared y luego salió por la ventana.

El hombre miró hacia arriba.

-Si agrio ese agujero en la pared para pasar, entonces ¿como consiguió salir por una ventana pequeña?

-No lo sé – admitió Richard – Supongo que en realidad no pude verla bien.

El hombre volvió a echar una mirada arriba, como si pudiese ver los destrozos del piso superior.

-Mantendremos los ojos bien abiertos. Podéis estar seguros de eso.

Entonces Richard recordó que había dejado la espada arriba en su habitación. Estaba incómodo sin ella y quería ir a recogerla, pero no quería abandonar a Cara.

Una vez que hubo marchado el último hombre. Nicci se sentó en el borde de la cama. Pasó una mano por la frente de Cara. Richard se arrodilló junto a ella.

-¿Qué crees que sucede? – preguntó.

-No tengo ni idea.

-Pero ¿puedes hacer algo para curarla?

La respuesta de Nicci tardó un buen rato en llegar.

-No estoy segura. Pero haré todo lo que pueda hacer.

Richard tomó la mano helada y temblorosa de Cara.

-¿Crees que deberíamos cerrarle los ojos? Ni siquiera esta pestañeando.

Nicci asintió.

-Probablemente no sea una mala idea. Creo que es el polvo lo que la hace llorar.

Nicci cerró con cuidado los ojos de Cara. De algún modo, el que Cara ya no mirara al vacío hizo que Richard se sintiese mejor.

Nicci devolvió la mano a la frente de la mord-sith a la vez que posaba la otra sobre el pecho de esta. Mientras Nicci sostenía una muñeca, un tobillo, y deslizaba una mano bajo la parte posterior del cuello de Cara, Richard fue al lavamanos y regresó con un paño húmedo. Lavó con cuidado el rostro de Cara y retiró parte del polvo y los pedazos de yeso de sus cabellos. A través del paño húmedo percibía las gélidas de su carne.

Con el calor reinante, Richard no comprendió como podía estar tan fría; pero entonces recordó que, cuando la criatura negra había irrumpido en su habitación, el aire se había tornado totalmente gélido. Y recordó el doloroso contacto cuando la rozó al saltar por la ventana.

-¿No tienes ninguna idea de qué está sucediendo? – pregunto Richard.

Nicci negó distraídamente con la cabeza mientras se concentraba en presionar las palmas de ambas manos sobre las sienes de Cara.

-¿Alguna idea de lo que era esa cosa que atravesó las paredes?

Nicci volvió la cabeza hacia él.

-¿Qué?

-Te he preguntado si tenías alguna idea de que podría haber hecho esto. ¿Qué se abrió paso a través de las paredes?

Nicci pareció exasperada por la pregunta.

-Richard, ve a esperar fuera. Por favor.

-Pero quiero estar aquí dentro, con ella.

Nicci le cogió con delicadeza la muñeca y le alzó la mano que tenía puesta sobre la de Cara.

-Estas interfiriendo. Por favor, Richard ¿me dejas hacer esto sola? Es más fácil sin ti observando por encima de mi hombro.

A Richard le incomoda estorbar.

-Si eso va a ayudar a Cara.

-Lo hará – dijo ella a la vez que volvía a ocuparse de la mujer tumbada de en la cama.

El se alzó y observó por un momento. Nicci estaba ya absorta tocando los hombros de Cara.

-Vete – murmuró la hechicera.

-La cosa que atravesó nuestras habitaciones era fría.

Nicci miro por encima del hombro.

-¿Fría?

Richard asintió.

-Era tan fría que pude ver mi aliento. Se sentía un frío atroz al estar cerca de ella.

Nicci consideró sus palabras brevemente antes de volverse hacia Cara.

-Gracias por la información. Cuando pueda, saldré y te haré saber cómo está. Lo prometo.

Richard se sentía impotente. Permaneció en la entrada por un momento observando la casi imperceptible respiración de Cara. La luz del quinqué iluminó la cascadas de cabello rubios de Nicci cuando está se inclinó sobre la mord-sith.

Richard tuvo el horrible presentimiento de que él sabía qué le había que le pasaba a Cara. Temía que la había tocado la muerte.

Tras sacar su mochila de los escombros, Richard se limpio brevemente y se puso una camisa. También se ciño la espada.

No sabía que había impactado contra el edificio, pero parecía muy probable que hubiese estado yendo tras él; tampoco tenía ni idea de si su espada le ayudaría a combatir a una cosa como aquella, pero le hacía sentir un poco mejor el tenerla a mano.

Fuera, el aire nocturno estaba quieto y húmedo. Uno de los hombres le valió salir por la puerta y se le acercó.

-¿Cómo está el ama Cara?

-No lo sabemos aún. Esta viva... Lo que es esperanzador, al menos.

El hombre asintió.

Richard reconoció el sombrero del hombre.

-¿Tu fuiste el que me vio colgando de la ventana?

-Así es.

-¿Conseguiste ver a la cosa que nos atacó?

-Me temo que no. Oí todo el jaleo, alcé los ojos, y ahí estabais, colgando de un brazo. Pensé que podríais caer. Eso es todo lo que vi.

-¿Ninguna cosa oscura saliendo por la ventana?

El hombre entrelazó las manos a la espalda mientras lo meditaba un momento.

-No... excepto tal vez... como una sombra de algo. Eso es todo lo que podía haber visto, una visión fugaz de una sombra. Estaba más preocupado por llegar allí arriba antes de que cayeseis.

Tras dar las gracias al hombre, Richard anduvo durante un rato sin pensar en realidad adónde iba. Se sentía como aturdido, sus pensamientos eran sombríos y opresivos como la bochornosa noche, pues todo lo que conocía y que le importaba parecía estar desintegrándose. Sentía una impotencia total.

La lóbrega humedad oscurecía las estrellas y la luna no había salido, pero las luces que ardían en la ciudad desplegada a su alrededor se reflejaban en la neblina, propornionandole luz suficiente para que pudiese dirigir sus pasos hasta el borde de la colina. Se sentía inútil al no poder ayudar a Cara. Ella había estado allí muchas veces para ayudarlo, y esta vez se había enfrentado a algo que era más de lo que podía manejar.

En el borde de la pendiente, Richard permaneció inmóvil contemplando a lo lejos la estatua de *Espíritu*. Víctor había fabricado el círculo de montantes que sostenían las antorchas, y Kahlan, fascinada por el proceso, había permanecido durante casi todo un día en el sofocante taller del herrero observándole dar forma al hierro candente. Víctor no había puesto mala cara ni una sola vez aquel día, sino que había sonreído ante el genuino interés de la Madre Confesora mientras le mostraba cómo trabajaba el metal para conseguir lo que quería.

Richard también recordaba el sobrecogimiento de Kahlan al ver aquella talla cuya reproducida en un altísimo bloque de mármol blanco, y recordaba el momento en que le habían devuelto finalmente la pequeña estatua tallada en exquisito nogal, y ella la había apretado contra el pecho. Había contemplado el modo en que los dedos de su esposa se habían deslizado amorosamente sobre las ondulantes vestiduras, y recordaba, también, el modo en que aquellos ojos verdes se habían alzado entonces para clavarse en los suyos.

El que nadie lo creyera respecto a la existencia de Kahlan le hacía sentirse totalmente solo y aislado. Nunca antes había estado en una situación como aquella, en la que la gente – gente que se preocupaba sinceramente por él – pensase que tan sólo imaginaba la cosa que les contaba. Le provocaba una aterradora sensación de impotencia que la gente pensase que había perdido el contacto con la realidad.

Pero ni siquiera eso era, ni con mucho, tan aterrador como su preocupación por lo que podría haberle ocurrido a Kahlan.

No sabía qué hacer para encontrarla. Todo lo que sabía con seguridad era que tenía que conseguir ayuda. No sabía si esa ayuda llegaría, pero tenía la firme intención de hacer lo que fuese necesario para asegurarse de que la obtenía.

Al cabo de un rato, desanduvo el camino de vuelta a la hostería. Jámila estaba al pie de la escalera, barriendo el polvo y pedazos de yeso.

La mujer lo miro cuando entró.

-Debéis pagar por esto.

-¿Qué quieres decir?

Con el mango de la escoba, la mujer señalo escaleras arriba.

-Los daños. He visto como esta todo ahí arriba. Debéis pagar las reparaciones.

Richard se quedó atónito.

-Pero yo no lo hice.

-Es culpa vuestra.

-¿Mi culpa? Yo estaba en mi habitación. No causé los daños y no sé que lo hizo.

-Voy y la mujer erais los únicos que ocupabais las habitaciones de ahí arriba. Las habitaciones estaban perfectamente cuando las tomasteis. Ahora está hecha una porquería. Costará una barbaridad arreglarlas. Yo no causé los daños... ¿Por qué tendría que pagarlos? Los daños son culpa vuestra, así que debeis pagar... incluida la pérdida de clientes mientras se efectúan las reparaciones.

La mujer le había exigido que pagase por la reparación de las habitaciones sin preguntar primero cómo estaba Cara, ni expresar siquiera interés por ella.

-Daré a Ishaq permiso para que deduzca el coste de lo que me debe – Richard dirigió una mirada fulminante a la mujer – Ahora, si me perdonas.

La apartó a un lado con el dorso de la mano y penetró en el oscuro vestíbulo. Ella le dirigió un resoplido antes de volver a barrer. No sabiendo a que otro lugar ir; Richard se dedicó a pasear de un lado a otro por el vestíbulo. Jamila acabó por fin de recoger los escombros de la planta baja y marcó a ocuparse de otros asuntos mientras él seguía paseando. Finalmente, Richard se sentó con la espalda apoyada contra la pared situada enfrente de la puerta de la habitación de Nicci. No sabía que más hacer, a que otro lugar ir, y quería ver a Cara.

Dobló las rodillas hacia arriba y entrelazo los dedos sobre ellas. Apoyó las barbillas sobre el dorso de las manos mientras pensaba en lo que Jámila había dicho.

En cierno modo, ella tenia razón. Aquella cosa había venido a por él. De no haber estado allí él no habría sucedido eso. Si alguien más hubiese resultado herido o muerto, realmente habría sido él el culpable por atraer el peligro. De no haber sido por él, Cara no habría resultado lastimada.

Se amonestó diciendo que debía echarle la culpa a los culpables, y esos eran Jagang y los que trabajaban para que consiguiera sus objetivos. Era Jagang quien había ordenado la creación de la bestia que iba tras Richard, Cara sencillamente había estado en su camino. Cara había estado intentando protegerlo de lo que Jagang y las Hermanas de las Tinieblas habían creado.

Mientras pensaba en los hombres de Víctor que habían resultado muertos hacia pocos días, probablemente a manos de la misma bestia, Richard no pudo evitar sentir el horrible peso de la culpa.

Y sin embargo, la criatura que había penetrado en la hostería no le había hecho daño. Richard no dudaba que se lo habría hecho, pero lo cierto era que simplemente se había desvanecido antes de finalizar su siniestra tarea. No era capaz de concebir porque había hecho tal cosa; ni porque había entrado atravesando las paredes del modo en que lo había hecho. Al fin y al cabo, si salió por la ventana ¿Por qué no limitarse a entrar por la ventana de buen principio? Lo que fuese, había demostrado poseer consciencia al dirigirse directamente a su habitación y de haber entrado por la ventana, lo habría atrapado antes de que el supusiese que sucedía. La cosa que había matado a los hombres de Víctor había actuado de un modo distinto. A Cara no la habían hecho pedazos como habían hecho con ellos aunque estaba claro que había resultado gravemente herida.

Empezó a poner en duda que hubiese sido realmente la misa criatura que había matado a los hombres de Víctor. ¿Y si Jagang había creado más de una bestia, más de un arna para que fuese tras él? ¿Y si las Hermanas de las Tinieblas habían engendrado un ejército de criaturas para dale caza? Todas las preguntas parecían arremolinarse en su mente, incapaces de ofrecer respuestas.

Richard dio un brinco cuando Nicci le zarandeó el hombro y comprendió que debía de haberse quedado dormido.

-¿Qué? - preguntó frotándose los ojos - ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo ha...?

-Han pasado unas horas – dijo Nicci con voz queda y cansada – Es plena noche.

Richard se puso en pie expectante.

-¿Cara está bien? - ¿La has curado?

Nicci lo miro fijamente durante lo que pareció una eternidad, Richard sintió, mientras miraba al

interior de los ojos eternos de Nicci, como si le diese un vuelco al corazón.

-Richard – dijo ella por fin con una voz tan dulce y compasiva que le dejó sin respiración. – Cara no va a salir de esta.

Richard parpadeó ante aquellas palabras, intentando asegurarse de que comprendía lo que Nicci decía.

-No comprendo – se aclaró la garganta - ¿Qué quieres decir?

Nicci posó una mano sobre su brazo.

-Creó que deberías entrar y verla mientras todavía está con nosotros.

Richard la agarró por los hombros

-¿De que estás hablando?

-Richard... - La mirada de la hechicera descendió al suelo- Cara no va a vivir. Se muere. No pasará de esta noche.

Richard intentó retroceder ante la hechicera, pero su espalda topó con la pared.

-¿De qué? ¿Qué es lo que sucede?

-No lo sé, exactamente. La ha tocado algo que ha... ha introducido la muerte en ella. No sé cómo explicarlo porque en realidad no sé con exactitud de qué se está muriendo. Todo lo que sé es que eso ha vencido las defensas de su cuerpo y se está yendo por momentos.

-Pero Cara es fuerte. Luchará. Saldrá de está.

Nicci negaba con la cabeza.

-No, Richard, no lo hará. No quiero darte falsas esperanzas. Se muere. Creo que incluso puede que quiera morir.

Richard se adelantó, abandonando la pared.

-¿Qué? Eso es una locura. No tiene motivos para querer morir.

-No puedes decir eso, Richard. No sabes por lo que está pasando. No conoces sus razones. A lo mejor el sufrimiento es demasiado para ella. A lo mejor no puede soportar el dolor y sólo desea que termine.

-Aunque no fuese por ella misma, Cara haría cualquier cosa por permanecer con vida para protegerme.

Nicci se pasó la lengua por los labios y le dio un apretón tranquilizador en el brazo.

-Quizá tengas razón, Richard.

A Richard no le gustaba que le siguiesen la corriente. Desvió la mirada de la puerta para posarla de nuevo en la hechicera.

-Nicci, puedes salvarla. Sabes cómo hacer tales cosas.

-Será mejor que vengas a verla antes de...

-Tienes que hacer algo. Tienes que hacerlo.

Nicci se abrazó a sí misma y desvió los ojos llenos de lágrimas.

-Lo juro, Richard, he probado todo lo que sé o se me ocurrió. Nada ha servido. La muerte tiene ya su espíritu, y yo ya no puedo llegar tan lejos. Respira, pero apenas. Su corazón está débil y casi parado. Todo su cuerpo se está paralizando a medida que ella se va apagando. Ni siquiera estoy segura de que realmente siga viva en el sentido habitual de la expresión. Sigues aquí pero su vida pende de un hilo, y ese hilo no va a resistir mucho tiempo.

-Pero no podemos...

No se le ocurrieron palabras para contener el peso de la pena que empezaba a abrumarlo.

-Por favor, Richard – susurró Nicci – ven a verla antes de que se haya ido. Dile lo que deseas mientras tienes la posibilidad de hacerlo. Te odiaras eternamente si no lo haces.

Richard se sintió como atontado mientras Nicci lo conducía dentro de la habitación. Aquello no podía estar sucediendo. No podía. Se trataba de Cara. Cara era como el sol. No podía morir. Era... era su amiga. No podía morir.

estaba sobre una mesilla de noche, junto a un vaso de agua y un trapo húmedo, pugnando por mantener a raya las sombras. Una colcha del brocado con un lujoso fleco dorado estaba extendida sobre Cara, los brazos inertes de la mors-sith sobre ella.

Cara no parecía Cara. Tenía un aspecto cadavérico. Incluso a la luz dorada de la lámpara, su rostro se veía ceniciento. Richard no la vio respirar.

Apenas era capaz de inhalar él mismo. Sentía que las rodillas le temblaban y el nudo de la garganta parecía estar a punto de asfixiarlo. Quiso caer sobre ella y suplicarle que despertase. Nicci se inclinó al frente, tocando con suavidad el rostro de Cara, luego hizo resbalar los dedos hasta el cuello. Richard advirtió que los terribles estremecimientos de Cara habían cesado por fin, pero no pensó que eso fuese la buena noticia que parecía ser.

-¿Esta... esta?

Nicci se volvió.

-Todavía respira, pero me temo que cada vez más despacio.

Richard movió la lengua, humedeciéndose el paladar para poder formar palabras.

-Sabes. Cara tiene a un hombre que le importa

-¿Lo tiene? ¿De veras?

Richard asintió.

-La mayoría de las personas no creen que a las mord-sith les pueda importar nunca nadie realmente, pero así es. A cara le interesa un soldado. El general Meiffert. A Benjamín también le importa ella.

-¿Lo conoces?

-Sí, es un buen hombre – Miró fijamente la rubia trenza que descansaba sobre el hombro de cara y que se extendía sobre la colcha de brocado – No lo he visto desde hace una eternidad. Esta con el ejercito d'haraniano.

Nicci se mostró escéptica.

-¿Y Cara admitió ante ti que le importa ese hombre?

Richard negó con la cabeza mientras contemplaba la cara de la mord-sith. El hermoso rostro estaba ahora hundido y pálido, y no parecía más que una sombra de lo que había sido.

-No. Kahlan me lo contó. Las dos intimaron mucho en el transcurso del año que estuvieron con el ejército d'haraniano mientras tú me tenías aquí abajo, en Altur'Rang.

Nicci desvió la mirada y apretó un rebullo de las mantas que cubrían a Cara. Cuando Richard se acercó más, la hechicera se trasladó a una silla junto a la mesa para no estorbarlo. El sentía como si estuviese fuera de su propio cuerpo, observando desde algún punto por encima, observándose a sí mismo, doblar una rodilla, observando cómo levantaba la mano helada de Cara, observando cómo la sostenía contra la propia mejilla.

-Queridos espíritus, no le hagáis caso – musitó – Por favor – añadió con unos sollozos entrecortados – no os la llevéis.

Miro hacia donde estaba Nicci.

-Ella quería morir como una mord-sith peleando por nuestra causa, no en la cama.

Nicci le dedicó una sonrisa casi imperceptible.

-Obtuvo su deseo.

Esas palabras, que parecían dar a entender que Cara estaba ya muerta, lo golpearon como un puñetazo. No podía permitir que eso sucediera. No podía. Kahlan había desaparecido, y ahora esto. Sencillamente no podía permitir que sucediera.

Posó una mano sobre el rostro gélido de Cara. Fue como tocar a los muertos, Richard contuvo las lágrimas.

-Nicci, eres una hechicera. Me salvaste cuando estuve a las puertas de la muerte. Nadie más que tú podría haber dado con una solución. Nadie excepto tú podría haberme salvado ¿No existe nada en absoluto que se te ocurra que puedas hacer por Cara?

Nicci se levantó de la silla para arrodillarse junto a él. Le tomó la mano y se la acercó a los labios, y el sintió caer una lágrima en el dorso de la mano que ella sostenía con tanta ternura, como si fuese un humilde súbdito implorando el perdón de su rey.

-Lo siento mucho, Richard, pero no la hay. Espero que sepas que haría cualquier cosa que hiciese falta si pudiese salvarla, pero no puedo. Eso está más allá de mis habilidades. Llega un momento en que todos tenemos que morir. Su hora ha llegado, y no puedo cambiarlo.

Richard pestañeó ante la acuosa visión de aquella escena de muerte, con la habitación apenas iluminada por la débil luz de dos pequeñas llamas. El lecho que contenía a Cara parecía flotar por sí solo en aquella luz, con la oscuridad aguardando a su alrededor.

Asintió.

-Nicci, por favor ¿podrías dejarme a solas con ella? Quiero estar a solas con ella cuando llegue el momento en que... No es nada en tu contra. Es sólo que creo que debería estar a solas con ella.

-Comprendo Richard – Los dedos de Nicci le rozaron la espalda mientras se levantaba y luego, como reacios a romper aquel contacto con los vivos, se arrastraron por su hombro al pasar junto a él – Estaré muy cerca por si me necesitas – dijo a la vez que el contacto finalizaba.

La puerta se cerró con suavidad tras ella, dejando la habitación en silencio. Incluso a pesar de que las gruesas cortinas estaban corridas sobre la ventana, Richard podía oír el coro incesante de las cigarras en el exterior.

Ya no podía contener las lágrimas por más tiempo. Posó la cabeza sobre el estómago de Cara mientras sollozaba, aferrando la mano inerte de la mord-sith.

-Cara, lo siento tanto... Es culpa mía. Iba tras de mí, no de ti. Lo siento tanto... Por favor, Cara, no me dejes. Te necesito tanto...

Cara era la única que lo seguía porque creía en él. Podría haber estado de acuerdo con Nicci en lo de que Kahlan no existía, pero seguía creyendo en él, y con Cara, eso no era una contradicción. Cada vez más, últimamente, parecía que su fe en el era todo lo que lo mantenía de una pieza y concentrado en lo que tenía que hacer. Había momentos aterradores en los que él ya no sabía si creía en sí mismo. Era tan duro enfrentarse a todo un mundo que creía que era víctima de alucinaciones... era tan difícil hacer aquello en lo que creía cuando casi nadie creía en el... Pero Cara creía en él incluso aunque no creyese en la existencia de Kahlan y que le tenían Nicci o Víctor. Sujetó el rostro de Cara con ambas manos y la besó en la frente.

Esperaba que no estuviese sufriendo. Esperaba que fuese un final apacible a una vida que había sido cualquier cosa menos apacible.

Estaba tan pálida... la respiración era tan superficial...

La carne estaba tan fría como la muerte.

Richard apartó la colcha a un lado y se inclinó sobre ella. La rodeó con los brazos, esperando que su calor la ayudase.

-Toma mi calor – le susurró al oído – Toma todo el que necesites. Por favor, Cara, toma calor de mí.

Tumbado allí abrazándola, Richard descendió al interior de una neblina de intenso dolor. Sabía lo mucho que la mujer había padecido. Sabía lo que había sido su vida. Sabía lo mucho que la había lastimado. El había soportado algunas de las cosas que ella había soportado bajo el demencial reinado de su padre, Rahl el Oscuro. El había padecido algo del mismo dolor y desesperación. Tal vez más que cualquier otro, podía identificarse con ella, pues sabía el modo en que gente desconocida la había conducido a un mundo de dolor y locura. Richard lo sabía porque también había estado allí, y había deseado con tanta fuerza traerla de vuelta de aquel lugar oscuro y terrible...

-Tomo mi calor, Cara. Estoy aquí, para ti,

Se abrió a ella, le abrió su necesidad, se abrió a la necesidad de Cara.

La aferro entre sus brazos mientras lloraba sobre su hombro. Casi sintió que si pudiese aferrarla con la fuerza suficiente, ella podría zafarse de los brazos de la muerte.

Mientras la estrechaba en sus brazos, Richard podía sentir que ella seguía viva, y no podía soportar que aquello finalizara. Deseaba tanto que Nicci hubiese podido hacer algo. Si alguien merecía ser curado era Cara, y en ese momento, más que ninguna otra cosa, quería que se curase.

Richard se abrió, abrió su alma, con aquel propósito.

Se abandonó a su empatía con aquella mujer que le había dado tanto. En más de una ocasión la había arriesgado por él desobedeciendo sus órdenes. Lo había seguido por todo el mundo, y en incontables ocasiones se había interpuesto entre el peligro y las vidas de Kahlan y de él. Cara merecía vivir, merecía todas las cosas buenas de la vida, y él no quería otra cosa que no fuese devolverle la salud. Se entregó totalmente a tal deseo. No retuvo nada en su concentrado empeño de conseguir que Cara siguiera entre los vivos.

Para conseguirlo, para llevar a cabo tal deseo desesperado, buscó conscientemente la vida dentro de ella mientras descendía al interior de la arremolinada corriente de su agonía. Con la misma rapidez con que lo pensó, encontró su mente unida a la de la mord-sith, a su angustioso dolor. La abrazó con fuerza mientras

lloraba con el desolado sufrimiento de la mujer.

Apretó los dientes, contuvo la respiración, e introdujo el dolor de cara dentro de sí mismo. Nada deseaba más que extraer aquel dolor de ella. No ahorro nada para protegerse del ataque furioso que lo inundó de improviso. Sintió todo lo que ella sentía. Padeció todo lo que ella padecía. Presiono la boca abierta contra el hombro de la mord-sith, sofocando el grito cuando el dolor lo alanceó.

Estaban en un lugar vacío, oscuro y desesperando... Un lugar sin vida.

Tembló con el sufrimiento de Cara al quitarle una parte de la carga.

Ella se aferró con fuerza al dolor, resistiéndose a entregarlo, especialmente a él. Pero débil como ella estaba, Richard consiguió extraerlo de todos modos, y luego extrajo aún más.

Mientras alzaba y dejaba al descubierto las capas de sufrimiento, sintió el gélido contacto de la muerte dentro de ella.

El puro temor a un encuentro así resultaba más impactante que cualquier cosa a la que se hubiese enfrentado jamás. Cara estaba empapada en aquella sensación oscura y helada, y él tembló con el sufrimiento que compartía con ella, con el temor que ambos sentían. Su mente se retorció con el desgarrado dolor hasta que el simple hecho de mantener la propia voluntad de seguir adelante fue una lucha terrible y aparentemente insuperable.

Richard se vio arrastrado al interior de una veloz corriente helada de sufrimiento desesperado. Parecía más de lo que podía soportar, pero sin embargo lo aguantó y cargó con más. Quería que ella tomara su fuerza, su calor vital, pero para hacerlo, primero tendría que sobrevivir a la inoculación de aquel oscuro veneno dentro de sí mismo mientras al mismo tiempo le entregaba a ella su fuerza.

El tiempo perdió todo significado. El dolor mismo era la personificación de la eternidad.

-La muerte acudirá a menudo, ofreciendo llevarse... deseando cogerte – le susurro al oído – No aceptes la oferta, Cara. Quédate. No aceptes la muerte.

“Quiero morir”.

Aquel único pensamiento llegó ascendiendo en espiral a través de la angustiosa desolación y lo conmocionó y aterró ¿Y si intentar aferrarse a la vida era más de lo que ella podía soportar? ¿Y si era más de lo que él podía soportar? ¿Y si le estaba pidiendo más de lo que ella podía resistir...¿Mas de lo que él tenía derecho a pedir?

-Cara – le susurró al oído – necesito que vivas. Por favor, necesito que vivas.

“No puedo”.

-Cara, no estas sola. Estoy aquí contigo. Aguanta. Por mí, aguanta y deja que te ayude.

“Por favor, dejadme ir. Dejadme morir. Os lo suplico, si os importo, entonces dejadme... permitid que muera”.

Empezó a escapársele y el la asió con más fuerza. Introdujo más de su sufrimiento dentro de sí mismo, a la vez que el yo interno de Cara gemía de dolor intentando evitarlo.

-Cara, por favor... - jadeó ante el torrente de dolor que fluía por su interior –deja que te ayude. Por favor no me abandones.

“No quiero vivir. Os he fallado. Debería haberos salvado cuando Nicci vino a capturaros. Lo sé ahora: Hicisteis que me diese cuenta. Moriría por vos, pero fracasé en mi deber, en mis promesas. No hay una razón para que viva. No soy digna de ser vuestra protectora. Por favor, dejadme ir”.

Richard quedó atónito al captar la desesperación que había en aquel anhelo de la mujer, pero más que eso, se sintió horrorizado.

Recogió ese dolor, también, y se lo quito. Lo tomo al mismo tiempo que ella intentaba aferrarse a él, que intentaba escapar de Richard.

-Cara, te quiero. Por favor no me abandones. Te necesito.

Pugró por introducir más de su dolor en sí mismo, consiguiendo sofocar la resistencia de la mord-sith y tomar aun más. Ella no pudo detenerle y a continuación el aparto los cenicientos lazos que arrastraban hacia abajo y la sujeto con fuerza a la vez que le abría su corazón, su necesidad, su alma.

Ella gimió acongojada y él comprendió la aplastante soledad que sentía.

-Estoy contigo. Cara. No estás sola.

La tranquilizó al mismo tiempo que luchaba por soportar la aplastante angustia del mal que la había tocado. No era simplemente el dolor que producía, era el desolado horror de aquello lo que la estaba matando, y ahora aquella misma desolación helada lo aplastaba lentamente a él; y al mismo tiempo el atroz sufrimiento de la mord-sith impedía que el poder curativo de Richard fluyese dentro de ella.

Richard sintió de improviso como si se hubiese echado al agua para salvara a alguien que se ahogaba y ahora estuviesen ambos atrapados en la misma corriente salvaje y se estuviesen ahogando los dos en las negras aguas de la muerte.

Si quería tener una oportunidad – si ella quería tenerla – primero tenía que quitarle a Cara una buena parte de aquel padecimiento; tenía que soportar el grueso de éste por ella. Así que siguió tirando del dolor, sin hacer caso de él, dándole la bienvenida y absorbiéndolo con todas sus fuerzas.

Cuando sintió todo aquel padecimiento y angustia reunido en el centro de su ser, tuvo que luchar vigorosamente para aferrarse a la propia vida a la vez que dejaba fluir su poder, su fuerza curativa, su corazón sanador. A Richard nunca le habían enseñado cómo curar, como dirigir su poder, sólo podía dejar que la calidez de este fluyese dentro de ella.

“No quiero vivir. Os he fallado. Por favor, dejadme morir”.

-¿Por qué quieres abandonarme? ¿Por qué?

“Porque solo de ese modo puedo servirlos, porque entonces podéis retener a otra que no os fallara”.

-Cara, eso no es cierto. Algo no este bien. Algo que ninguno de nosotros comprende- A través del dolor, Richard pugno por hacer salir las palabras – No me fallaste. Tienes que creerme. Debes creerme. Eso es lo que necesito más que ninguna otra cosa; que este conmigo y me creas. Es a ti a quien necesito, no tus servicios. Por favor, te necesito. Necesito que vivas. Ese es el servicio que necesito... tu vida hace mejor la mía.

Lucho con todas sus fuerzas para resistir – para retener a Cara – pero el peso de la oscuridad interior parecía infinito. A medida que las barreras de su dominio se derrumbaban, sintió como si cayera en un vacío derretido, descendiendo sin pausa en una caída en espiral al interior de aquella sombra oscura que había atravesado la pared para atraparlo. La vio en imágenes fugaces, tal y como la había visto, vio el terror insoportable que era aquella sombra oscura que había atravesado la pared para atraparlo. La vio en imágenes fugaces, tal y como ella la había visto, vio el terror insoportable que era aquello irrumpiendo bruscamente en su interior.

Ese era el núcleo del terror de Cara, aquella cosa asquerosa, aquella muerte encarnada, que iba a por él, pasando directamente a través de ella. No era la gradual disolución de la conciencia en el vacío de la inexistencia; era ver cobrar vida a todas las pesadillas, verlas aparecer para arrancar la vida a los vivos. Era la siniestra muerte descendiendo sobre ella, que estaba totalmente sola e indefensa, la sombría cosechadora de almas venida a arrancarle a Cara la suya mientras ésta entregaba la vida entre alaridos.

Mientras permanecía de pie entre ella, impidiéndole el paso, la mord-sith había sentido su contacto letal.

Comprendió, entonces, que Cara sentía que le había fallado antes, con Nicci, y que en esta ocasión había estado decidida a morir para probar su juramento. La locura todavía habitaba en su interior.

Creía que el que la muerte cayese sobre ella sería su rendición ante los ojos de Richard, y por lo tanto, se negó a retroceder ante ella.

Quiso morir por él para demostrar su valía.

Cuando la cosa había atravesado la pared y su habitación. Cara había intentado arrebatarse el poder a la misma muerte.

Richard sintió que aquel contacto tortuoso lo envolvía con su devastadora agonía. Era un contacto tan helado que empezó a congelarle el corazón.

El mundo empezó a escapársele de las manos, tal y como había empezado a escapársele a ella.

Estaba perdido en el dolor aplastante de aquel contacto mortal.

19

Richard tenía la sensación de estar atrapado bajo el hielo en las veloces aguas negras de un río congelado. La sombra del pánico se arremolinaba a su alrededor, cada vez más próxima.

Esta exhausto y no le quedaba energía.

A medida que el espectro del fracaso se alzaba amenazador ante él, y llegaba a la plena comprensión de lo que tal fracaso significaría. Richard hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y llevó a cabo un mayor esfuerzo para abrirse paso en dirección a la remota luz de la conciencia. Incluso a pesar de que sabía que

había conseguido despertar en parte, seguía aun en algún lugar profundo y distante, y tenía dificultades para completar el viaje. Luchó por ascender, luchó por alcanzar la vida que había allí arriba, pero no consiguió abrirse paso.

Al tiempo que intentaba esforzarse más, a Richard la tarea le parecía demasiado ardua, el objetivo demasiado distante, y por primera vez, consideró la paz que traería la rendición... verdaderamente la consideró, tal y como ella había hecho antes de que aquello la hubiese arrastrado a lo mas hondo.

Los mortíferos colmillos del fracaso se cernieron más cerca de él.

Impelido por el espanto de la compresión total de lo que una derrota así significaría, reunió todas sus fuerzas, concentró toda su voluntad y con una pasión desesperada alargó las manos hacia el mundo de la vida.

Con un grito ahogado, abrió los ojos.

El dolor había sido aplastante. Se sentía aturdido y mareado por el combate con aquel ser maligno, y todavía temblaba con el poder de éste. Después de una violencia interior de tal calibre, temía que cada martilleo de su corazón pudiese ser el último. El roce con aquella depravación le había legado un recuerdo repugnante del hedor de cadáveres en descomposición, lo que casi le impedía inhalar todo el aire que necesitaba.

Se había introducido en el alma de Cara y había percibido una maldad allí, dentro de la mujer, que le succionaba la vida, que tiraba de ella al interior de la negra eternidad de la muerte. Había sido un pavor debilitante como nunca había experimentado, más allá del miedo al negro abismo de la eternidad.

Había sido la promesa, burlona y descarnada, de terrores inimaginables yendo a por él.

Al principio había parecido que había tocado el rostro gélido de la misma muerte, pero ahora sabía que no lo había hecho. No obstante el asco que sentía, sabía que era algo más que la propia muerte.

La muerte no era más que una parte de su arquitectura ponzoñosa.

La muerte era inanimada. Aquello no lo era.

Le dolía todo tanto que en aquel momento no estaba seguro de si tendría fuerzas para volver a ponerse en pie, para volver a vivir. Los huesos le dolían. La médula de los huesos le dolía. No parecía ser capaz de dejar de temblar. El dolor era más que un simple sufrimiento físico; era un suplicio abominable que se había filtrado a través de su alma y tocado cada fibra de su existencia.

La silenciosa habitación empezó por fin a fluctuar a su alrededor, adquiriendo nitidez. Las lámparas seguían apartando el velo de la oscuridad, y tras las gruesas cortinas las cigarras todavía entonaban su canto de vida.

Tumbado sobre la cama, abrazando todavía a Cara con gesto protector, Richard consiguió por fin inhalar todo el aire que tan desesperadamente necesitaba. Al hacerlo, disfrutó de la fragancia de los cabellos de la mord-sith, saboreó el aroma de la humedad piel de su cuello, y el terrible dolor empezó a retirarse.

Notó que los brazos de Cara lo abrazaban. Los sedosos cabellos de la mujer le acariciaron la mejilla.

-¿Cara? – musitó.

Ella alzo la mano y le acaricio la nuca a la vez que lo apretaba contra ella sin la menor vergüenza.

-Chis – le dijo al oído – Todo está bien.

Richard no acababa de entenderlo.

Se sentía un tanto desorientado al encontrarse abrazando a Cara, al sentir que lo abrazaba con tanta ternura, al advertir que estaban fundidos en un abrazo tan íntimo. Sentía toda la longitud del cuerpo de la mord-sith presionado contra él. Pero por otra parte, nada podía ser más íntimo que lo que habían compartido en aquel lugar oscuro mientras se enfrentaban juntos al mal que la había atrapado.

Pasó la lengua por sus agrietados labios y notó el sabor salado de las lágrimas.

-Cara...

La mujer asintió contra su mejilla.

-Chis – volvió a decir – Todo esta bien. Estoy con vox. No os abandonaré.

Richard se apartó justo lo suficiente para mirarla a los ojos; eran azules y límpidos, mostrando una profundidad que nunca antes había visto. Ella le estudió el rostro con una especie de empatía, afectuosa y cómplice.

En aquel momento, vio con claridad en sus ojos que se trataba de Cara, y nada más. En aquel momento, vio que la condición de mord-sith le había sido arrancada incluso de la misma alma. En aquel momento, era Cara, la mujer, el individuo, y nada más.

Era una visión de ella profunda y reveladora como no la había tenido jamás, y resultaba

sorprendentemente hermosa.

-Sois una persona muy excepcional, Richard Rahl.

El suave aliento de las palabras contra su rostro calmó parte del dolor que aún persistía en sus brazos, en sus ojos, en las palabras que pronunciaba, en la calidez viva y palpitante que emanaba de ella.

Aun así, la agonía que él le había quitado todavía circulaba por el interior de Richard, intentado atraerle de nuevo hacia la oscuridad y la muerte; pero desde algún lugar en lo más recóndito de su mente, la combatió con su amor por la vida, y con la dicha que le proporcionaba el que Cara estuviese viva.

-Soy un mago – susurró.

Ella lo miró con fijeza a los ojos a la vez que meneaba la cabeza.

-Jamás ha existido un lord Rahl como vos. Juro que jamás.

Con los brazos alrededor de su cuello, le acercó más la cabeza y le besó en la mejilla.

-Gracias, lord Rahl, por traerme de vuelta. Gracias por salvarme. Me hicisteis volver a ver que quiero vivir. Soy yo quien se supone que debe proteger vuestra vida, y sois vos quien arriesgáis la vuestra para salvarme.

Volvió a escudriñarle los ojos con pausada satisfacción, lo que no se parecía en nada al modo que tenía una mord-sith de mirar a través de una persona, para ver el interior de su alma. Era un sentimiento de respecto nacido de su agradecimiento por el modo en que él la valoraba. En el sentido más puro, era amor, y ella no mostraba en absoluto detinencia a permitir que él viera como dejaba al descubierto sus emociones.

Richard supuso que, tras lo que acababan de compartir, cualquier pudor de esa índole carecería de sentido. No obstante, sabía que aquello era más, que era Cara, sincera, sin miedo y sin vergüenza.

-Jamás ha existido un lord Rahl como vos.

-Cara, no sabes cuanto me alegro de tenerte de vuelta conmigo.

Ella le sujetó la cabeza entre ambas manos y le besó la frente.

-¡Oh sí, sí que lo se! Se lo que padecisteis por mi esta noche. Se muy bien lo mucho que queréis recuperarme. Se muy bien lo que hicisteis por mi – Volvió a rodearle el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza – Nunca había estado asustado de ese modo, ni siquiera la primera vez que...

El posó los dedos sobre los labios para silenciar lo que había estado a punto de decir por temor a que ello rompiera el hechizo, a que devolviera demasiado pronto la armadura de mord-sith a sus hermosos ojos azules. Sabía lo que había estado a punto de decir. Conocía aquella locura.

-Gracias, lord Rahl – susurro ella, maravillada, cuando él apartó los dedos – Gracias por todo, y por no dejarme decir lo que he estado a punto de decir – Un amago de dolor le cruzó el rostro – Por eso jamás ha existido un lord Rahl como vos. Todos ellos crearon mord-sith. Todos trajeron el dolor. Vos le pusisteis fin.

Richard no consiguió que ninguna palabra superara el nudo que tenía en la garganta, así que se limitó a apartarle los rubios cabellos de la frente y le sonrió. Estaba tan feliz por tenerla de vuelta que era incapaz de expresarlo con palabras.

Paseó la mirada por la habitación, intentando calcular lo tarde que era.

-No sé cuanto tiempo necesitasteis para curarme – dijo ella mientras lo observaba inspeccionar las cortinas en busca de alguna señal de que se aproximaba el amanecer – Pero, después, estabais tan agotado que parecisteis caer dormido. No podía despertaros... No quería despertaros – con los brazos aún alrededor de su cuello, alzó los ojos hacia el con una sonrisa arrobada, como si no quisiese moverse nunca – Yo estaba tan débil que también me dormí.

-Cara, tenemos que salir de aquí,

-¿Qué queréis decir?

Richard se alzó sobre los brazos. Había visto lo apremiante de la situación con total claridad. La cabeza le daba vueltas.

-Usé magia para curarte.

Ella asintió mostrándose inusualmente contenta ante la mención de la magia y de ella misma en la misma frase. Había sido la magia lo que le había mostrado la maravilla que era la vida.

Súbitamente comprendió con nitidez que quería decir el. Se sentó en la cama a toda prisa, pero tuvo que poner una mano atrás para mantener el equilibrio.

Richard se puso en pie con las piernas temblorosas. Reparó en que todavía llevaba la espada y se alegró de tenerla a mano.

-Si la bestia de Jagang anda por aquí, podría haber percibido que use mi don. No sé donde podría estar, pero no me gustaría estar aquí tumbado cuando regrese.

-Ni a mí. Una vez es suficiente para toda una vida.

Richard extendió un brazo y la ayudó a ponerse en pie. La mors-sith se sostuvo en equilibrio, rígida durante un instante antes de recobrarse y aflojar la postura. Por algún motivo a Richard le resultó sorprendente que llevara puesto la vestimenta roja; tras haber estado tan cerca de ella, tras haber estado dentro de ella, en cierto sentido, la ropa parecía en cierto modo impropio.

De algún modo inexplicable, Cara se envolvió en el aura de las mord-sith.

Sonrió, y la confianza serena de aquella sonrisa levantó el ánimo de Richard.

-Estoy bien –dijo ella como para indicarle que dejara de preocuparse – Estoy de vuelta, junto a vos.

La mirada acerada había regresado a sus ojos. Cara había regresado.

-Yo también – replicó Richard, asintiendo – Me siento mejor ahora – Indicó con una mano la mochila de la mord-sith – Cojamos nuestras cosas y pongámonos en marcha.

20

Nicci estaba en el borde de la colina, las manos entrelazadas, mirando a la lejana estatua de mármol iluminada por antorchas. Los habitantes de Altur'Rang habían pensado que una figura noble como aquella, un símbolo de la libertad para ellos, jamás debía quedar a oscuras y por lo tanto estaba siempre iluminada.

La hechicera había pasado lentamente por el lúgubre vestíbulo de la hostería durante gran parte de la noche, sintiéndose descorazonada por la inminente muerte de Cara. Había probado todo lo que sabía para salvar a Cara, pero había sido imposible.

Ella no conocía tanto a Cara, pero ciertamente conocía a Richard. Probablemente lo conocía mejor que ninguna persona viva, a excepción, quizá, de su abuelo Zedd. No conocía su pasado tan bien, las historias sobre su infancia o esa clase de cosas; ella conocía a Richard, el hombre. Lo conocía hasta lo más recóndito de su alma. No existía nadie vivo a quien ella conociese mejor.

Comprendía la intensidad de su pena ante la pérdida de Cara. A lo largo de la noche, el don de Nicci, espontáneamente, le había traído los sonidos de parte de aquel sufrimiento, y a la hechicera le partía el corazón que Richard tuviese que padecer una pérdida así. Habría hecho cualquier cosa para ahorrarle aquello.

Había habido un momento en que había pensado en entrar y consolar el dolor de Richard, aliviar parte de él evitándole al menos un poco de la soledad de aquella situación. La puerta no quiso abrirse.

Si bien resultaba desconcertante, lo que podía percibir le indicó que únicamente había dos personas en el interior; y lo que pudo oír le dijo que no había otra cosa que simple pesar al otro lado, así que no había intentado abrir por la fuerza la puerta. Incapaz de soportar el dolor de escuchar las súplicas de Richard a Cara mientras ésta agonizaba. Nicci finalmente había salido al exterior, y había acabado mirando la negra cima de la noche y la estatua que Richard había creado.

Cuando no estaba a su lado, Nicci prefería contemplar las cosas majestuosas que él había creado.

En ocasiones, la muerte de alguien cercano hacía que las personas viesen el mundo bajo una luz nueva, les hacía regresar a aquellas cosas que eran más importantes en la vida. Se preguntó que haría Richard una vez que Cara falleciera, si lo devolvería violentamente a la realidad y abandonaría por fin la búsqueda de sus fantasmas y lucharía junto a las gentes que querían liberarse de la Orden Imperial.

Al oír pisadas, y luego su nombre, Nicci se dio la vuelta.

Era Richard, acompañado de otra persona, que se acercaba desde las sombras. A Nicci se le cayó el alma a los pies. Eso sólo podía significar que el suplicio de Cara había finalizado.

Cuando Richard llegó más cerca, Nicci vio quien iba con él.

-Queridos Espíritus Richard – musitó, abriendo los ojos como platos - ¿qué has hecho?

Bajo la tenue luz de las lejanas antorchas. Cara parecía totalmente viva y en perfecto estado de salud.

-Lord Rahl me curó – dijo ella, con indiferencia, como si tal logro hubiese sido una tarea de poca monta, tan poco digna de mención como si él la hubiese ayudado a ir a buscar agua.

Nicci los contempló conmovida.

-¿Cómo?– fue todo lo que pudo decir.

Richard parecía tan agotado como si hubiese librado un combate y casi esperó verle cubierto de sangre.

-No podía soportar la idea de no hacer algo para ayudarla – respondió él – Supongo que la necesidad fue lo bastante fuerte para que pudiese hacer lo que había que hacer.

El motivo de que aquella puerta no quisiera abrirse quedó repentinamente muy claro. Richard si había librado una batalla, y estaba, en cierto sentido, cubierto de sangre, sólo que no se podía ver.

Nicci se inclinó hacia él.

-Usaste tu don.

Era una acusación, no una pregunta, pero de todos modos él la contestó.

-Eso creo.

-Eso crees – Nicci deseó poder conseguir no dar la impresión de que se burlaba de él – Probé todo lo que conocía. Nada de lo que hice consiguió llegar hasta ella. No pude curarla. ¿Qué hiciste tú? ¿Y como te las arreglaste para entrar en contacto con tu han?

Richard se encogió de hombros.

-No estoy seguro. La abraza y pude percibir que se moría. Puede percibir como se iba apagando. Digamos que me deje... deje que mi mente... se hundiera en su interior, que descendiera hasta su núcleo vital, que bajara hasta donde necesitaba la ayuda. Una vez que alcance ese lugar de único con ella, acumule su dolor dentro de mí, de modo que ella tuviese fuerzas suficientes para tomar la calidez de la vida que yo le ofrecía.

Nicci comprendía a la perfección el intrincado fenómeno que le describía, pero el dejó estupefacto escucharlo en términos tan sencillos. Era como si le hubiese preguntado como esculpió en mármol una estatua que parecía tan real y el hubiese dicho de su obra maestra que se había limitado a cortar toda la piedra que sobraba. Si bien era exacta, tal explicación era superficial hasta rayas en lo absurdo.

-¿Asumiste lo que la estaba matando?

-Tenía que hacerlo.

Nicci presionó las yemas de los dedos contra las sienes. Ni siquiera ella, con todo el poder que tenía a su disposición, y poseía un poder considerable, por no mencionar su preparación, experiencia y conocimientos, podía llevar a cabo tal hazaña. Tuvo que esforzarse para aminorar la velocidad de su desbocado corazón.

-¿Tienes alguna idea del peligro que involucraba tal empeño?

Richard se mostró un tanto incómodo ante el tono acalorado de sus preguntas.

-Era la única manera, Nicci.

-Era la única manera – repitió ella, atónita, sin poder creer lo que oía - ¿Tienes idea de cuanto poder hace falta para embarcarse en un viaje así por el alma, y aun más para regresar? ¿O lo peligroso que es ir por allí?

Richard metió las manos en los bolsillos como si fuese un niño al que reprenden por mal comportamiento.

-Todo lo que se es que era la única manera de hacer regresar a Cara.

-Y lo hizo – dijo Cara, apuntando con un dedo a Nicci no sólo para darle énfasis sino también para recalcar su defensa de Richard – Lord Rahl vino a buscarme.

Nicci se quedó mirando a la mord-sith.

-Richard fue hasta el borde del mundo de los muertos, a por ti... y tal vez más allá.

Cara dirigió una mirada de soslayo a Richard.

-¿Lo hizo?

Nicci asintió lentamente.

-Tu espíritu se había deslizado ya al interior de un reino crepuscular. Estaban fuera de mi alcance. Por eso no podía curarte.

-Bueno, Lord Rahl lo hizo.

-Sí, lo hizo – Nicci alargó el brazo y con un dedo alzó la barbilla de Cara – Espero que mientras vivas no olvides jamás lo que este hombre acaba de hacer por ti. Dudo que exista nadie que pueda... que hubiese... intentando tal cosa.

-Tenía que hacerlo – Cara dedico a Nicci una sonrisa descarada – Lord Rahl no puede apañárselas sin mí, y lo sabe.

Richard se apartó sonriendo.

Nicci apenas podía creer que mostraran una actitud tan despreocupada tras semejante acontecimiento. Tomó aire en un intento de controlar la voz y no dar la impresión equivocada, una

impresión de que lo contrariaba que él hubiese curado a Cara.

-Usaste tu don Richard. La bestia ya ha estado aquí y tú usaste tu don.

-Tenía que hacerlo o la habríamos perdido.

A Richard, todo le parecía muy simple. Al menos tenía el buen sentido de no mostrarse tan ufano como Cara. Nicci se puso en jarras.

-¿No comprendes lo que has hecho? Volviste a usar el don. Ya te advertí que no deberías hacerlo. La bestia esta ya en algún lugar próximo y al usar tu don le acabas de decir exactamente donde estas.

-¿Qué esperabas que hiciese, dejar morir a Cara?

-¡Si! Ella juro protegerte con su vida. Es su trabajo, lo que justo hacen. No ayudarte a traer a la bestia más cerca de ti. Podríamos haberte perdido fácilmente en el intento, por no decir nada de la profunda amenaza que acabar de despertar Arriesgaste todo lo que significas para las gentes de D'Hara sólo para salvar a una persona... Deberías haberla dejado marchar. Al salvarla no has hecho otra cosa que traer la muerte más cerca, porque ahora la bestia podrá encontrarte. Lo que acaba de suceder volverá a suceder, solo que esta vez no habrá escapatoria. Acabas de salvarle la vida a Cara al precio de la tuya, y de la de las, además.

Ya mientras hablaba, Nicci sabia por la cólera que ardía en los ojos de Richard que no estaba consiguiendo precisamente que este aceptara su punto de vista. Los ojos de Cara, por otra parte, revelaban una alarma repentina que rayaba en el pánico. Richard colocó una mano en el cuello de la mord-sith y le dio un apretón tranquilizador, como para indicarle que hiciese caso omiso de tales palabras.

-Eso no es seguro Nicci – los músculos de su mandíbula se flexionaron cuando apretó los dientes – Puede ser una posibilidad, pero no es seguro; y además, no iba a permitir que alguien que me importa muriese solo porque yo estuviese un poco mas seguro. Ya me están dando caza. Dejar morir a Cara no habría cambiado eso.

Nicci dejo que las manos cayeran desmañadamente contra sus muslos. El no estaba de humor para escuchar a nadie hablar en contra de salvar la vida de una mujer que le importaba mucho, y Nicci no tenía ni idea de cómo podía explicarlo para hacerle comprender la magnitud de las fuerzas que había invocado o el grave peligro que había liberado. ¿Cómo podía ella decir algo que él no malinterpretara? Al final, comprendió que no podía.

-Imagino que no puedo culparte, Richard – dijo, posando una mano. Algún día, cuando dispongamos del lujo del tiempo, tendremos que hablar sobre esto. Cuando podamos hacerlo, me gustaría que me contases todo lo que hiciste. Quizá pueda ayudar a controlar mejor lo que sólo tú eres capaz de emplear. Por lo menos quizá pueda hacer que cosa que haces espontáneamente sea un poco más menos peligroso.

Richard asintió para indicar su agradecimiento aunque ella no estuvo segura si era por el ofrecimiento o por el tono de voz más indulgente.

Nicci podía ver en los ojos de Richard y Car que la experiencia los había acercado más a ambos, pero cuando cayó en la cuenta de que él no tardaría en marchar, el breve episodio de júbilo al ver a Cara viva se desvaneció.

-Además – dijo Richard mientras escudriñaba la oscuridad – ni siquiera sabemos si esto tuvo algo que ver con la cosa que había allá en el bosque.

-Pues claro que lo tuvo – respondió Nicci.

La mirada de Richard regreso a ella.

-¿Cómo lo sabes? Aquella cosa hizo pedazos a todos los hombres. Esta criatura lanzo otro tipo de ataque. Bien mirado, ni siquiera sabemos con seguridad que ambos ataques los llevase a cabo la bestia que Jagang ordeno crear.

-¿Qué estás diciendo? ¿Qué otra cosa pudo ser? Tiene que ser el alma que Jagang mando conjurar a las Hermanas.

-No digo que no lo sea... podría muy bien serlo... pero hay partes que no tienen sentido para mí.

-¿Cómo qué?

Richard se hecho el pelo para atrás.

-La cosa del bosque atacó a los hombres, no me ataco a mí a pesar de que no me encontraba lejos. Aquí no, no se molesto en destrozar a Cara como hizo con los hombres. Si era la misma cosa, entonces sabemos que podría haberme matado fácilmente. Así pues, cuando estuvo justo aquí y tuvo la ocasión ¿por qué no aprovecho esa oportunidad?

-Tal vez porque yo intente capturar su poder – sugirió Cara – Quizá yo era una amenaza, o a lo mejor

la trastorne lo suficiente como para que decidiese huir.

Richard negó con la cabeza.

-No era ninguna amenaza. Pasó directamente a través de ti, y además, su contacto fue suficiente para anularte. Luego atreves la pared para ir a por mí, pero cuando alcanzo mi habitación, sencillamente desapareció.

Nicci se tornó repentinamente suspicaz. Nunca había oído todo el relato.

-¿Estabas en la habitación y eso se desvaneció como si tal cosa?

-No exactamente. Salté por la ventana para huir cuando atravesó la pared para entrar en mi habitación. Mientras estaba allí, colgando, una cosa oscura, como una sombra en movimiento, salió por la ventana y al hacerlo pareció evaporarse en la noche.

Nicci jugueteo con el extremo del cordón del corpiño mientras reflexionaba sobre lo que el acababa de decir. Intento encajar las piezas pero ninguna quiso coincidir. Nada de lo que la bestia había hecho parecía tener sentido... si es que se trataba de la misma bestia. Richard tenía razón al decir que todo ello parecía carecer de lógica.

-A lo mejor no te vio – musito medio para sí mientras consideraba aquel rompecabezas.

Richard le lanzó una mirada escéptica.

-Así que lo que tu dice es que pudo localizarme, de noche, dentro de la hostería, y luego se abrió paso a golpes a través de paredes mientras iba a por mí; pero que, cuando yo salté por la ventana, ¿se sintió confusa y se marchó?

Nicci le estudió los ojos un instante.

-Ambos ataques tienen algo importante en común. Ambos exhibieron un poder increíble; destrozaron árboles como si fuesen ramitas y atravesaron paredes como si fuesen de papel.

Richard suspiró tristemente.

-Supongo que eso es cierto.

-Lo que me gustaría saber – añadió Nicci a la vez que cruzaba los brazos – es por qué no mató a Cara.

Captó el leve parpadeo en los ojos de Richard y supo entonces que él sabía algo más de lo que había dicho. Ladeó la cabeza al mismo tiempo que lo observaba mientras aguardaba.

-Cuando estuve dentro de la mete de Cara, asumiendo el dolor del contacto de aquella cosa inmundada, había algo más que ésta dejó atrás – admitió él con voz sosegada – Creo que quería dejar un mensaje para que lo encontrara, un mensaje sobre que va a por mí, que me encontrará, y que durante toda la eternidad hará que mi muerte sea un lujo que jamás tenga al alcance.

La mirada de Nicci se deslizó hacia Cara.

-Yo no le pedí que viniese tras de mí a aquel lugar crepuscular, como tú lo llamas. No le pedí que lo hiciese y tampoco lo quería – Las manos de la mord-sith se convirtieron en puños a ambos costados de su cuerpo – Pero no puedo mentir y decir que preferiría estar muerta.

Nicci no pudo evitar sonreír ante tanta honestidad.

-Cara, me alegra que no esté muerta. Lo digo de veras ¿A qué clase de hombre estaríamos siguiendo si dejase morir fácilmente a una amiga sin hacer todo lo posible por salvarla?

La expresión de cara se apaciguó mientras Nicci volvía a mirar a Richard.

-Sigue dejándome perpleja el porqué no mató a Cara. Al fin y al cabo, un mensaje como ése se te podría haber entregado directamente con la misma facilidad una vez que te tuviese en sus garras. Si la amenaza es creíble, y no dudo que lo sea, entonces la bestia había tenido todo el tiempo que deseara para hacerte sufrir de haberte cogido entonces. Un mensaje así no sirve para nada. Lo que es más, no tiene sentido que la bestia estuviese ahí y luego desapareciera.

Richard tamborileó con los dedos sobre el guardamano de la espada mientras reflexionaba.

-Muy buenas preguntas, Nicci, pero simplemente carezco de buenas respuestas.

Con la palma de la mano izquierda descansando sobre la empuñadura de la espada, volvió a escudriñar la oscuridad.

-Creo que será mejor que Cara y yo nos pongamos en marcha. Teniendo en cuenta lo sucedido a los hombres de Víctor, me inquieta lo que ocurrirá si esa cosa regresa aquí a buscarme. No me gustaría tener a esa bestia arrasando la ciudad, presa de un furor sanguinario. No quiero que más personas resulten heridas o muertas. Sea lo que sea esa cosa – la bestia que Jagang hizo conjurar a sus Hermanas, o algo de lo que ni siquiera estamos enterados – me parece que tengo una mejor posibilidad de seguir con vida, si me mantengo

en movimiento. Quedarse quieto en un lugar se parece demasiado a esperar la llegada del verdugo.

-No creo que estés haciendo suposiciones lógicas – repuso Nicci.

-De todos modos necesito ponerme en marcha y me sentiría mejor si fuese más pronto que tarde... por muchos motivos – Se acomodó la mochila sobre la espalda – Tengo que encontrar a Víctor y a Ishaq.

Resignada Nicci indicó:

-Después del ataque fui a buscarlos. Están los dos en los establos, ahí atrás. Ishaq tiene los cabellos que pediste. Algunos de los hombres le ayudaron a reunir provisiones – Posó una mano sobre el brazo de Richard – Algunos de los parientes de los hombres de Víctor, los que fueron asesinados, están allí. Quieren oír lo que tienes que decirles.

Richard asintió a la vez que soltaba un suspiro.

-Espero poder ofrecerles algo de consuelo. La pena está fresca en mi mente – Dio a Cara un veloz apretón en el hombro – Pero la mía ha desaparecido.

Se ajustó el arco en el hombro a la vez que empezaba a alejarse. En un abrir y cerrar de ojos se desvaneció en la noche.

21

Al pasar Cara junto a ella, siguiendo los pasos de Richard, Nicci agarró el brazo de la mord-sith, reteniéndola hasta que pudo hablar sin que Richard la oyera.

-¿Cómo te encuentras, Cara?

Cara respondió a la mirada directa de Nicci con una llave de firmeza.

-Estoy cansada, pero perfectamente, Lord Rahl lo solucionó.

Nicci asintió para indicar su satisfacción.

-Cara ¿puedo hacerte una pregunta personal?

-Mientras no tenga que prometer que te la contestaré

-¿Tienes un hombre que te importa mucho llamado Benjamín Meiffert?

Incluso bajo la tenue luz, Nicci pudo advertir que el rostro de Cara se tornaba tan colorado como el traje de cuero rojo que vestía.

-¿Quién te contó tal cosa?

-¿Quieres decir con eso, entonces, que es un secreto que nadie conoce?

-Bueno, no... no es eso lo que... lo que quiero decir, exactamente – tartamudeo Cara – Me refiero a que... intentas hacer que diga algo que no es mi intención decir.

-No intento hacer que me digas nada. Únicamente te he preguntado por Benjamin Meiffert.

La frente de Cara se frunció.

-¿Quién te lo contó?

-Richard – Nicci enarco una ceja - ¿Es verdad?

Cara apretó los labios. Por fin apartó la vista de Nicci para mirar furiosa a la oscuridad.

-Si.

-¿Así que le contaste a Richard lo mucho que te importaba ese soldado?

-¿Estas loca? Jamás le habría contado tal cosa a Lord Rahl ¿Dónde puede haberlo oído?

Durante un instante, Nicci escuchó a las cigarras entonando sus incesantes cánticos de apareamiento mientras estudiaba a la mord-sith.

-Richard dijo que Kahlan se lo contó.

Cara se la quedó mirando boquiabierta, y luego, finalmente, se llevó los dedos a la frente mientras pugnaba por recuperar la serenidad.

-Bueno, eso es simplemente una locura... Debo, debo de habérselo contado yo misma. Supongo que lo olvidé. Conversamos sobre tantas cosas. Es difícil recordar todo lo que le cuento; pero ahora que lo sacas a relucir, creo que sí recuerdo haberlo mencionado una noche cuando ambos conversábamos sobre cuestiones sentimentales. Creo que debía de ser entonces cuando le hablé de Benjamín Meiffert. Imagino que enterré esos sentimientos tan personales en lo más recóndito de mi mente. Imagino que él no lo hizo. Tendría que aprender a mantener la boca cerrada.

-No tienes que temer por nada que cuentes a Richard. No tienes menos amigo en el mundo. Y no

tienes que temer que yo sepa tales cosas, tampoco. Me lo contó en lo más hondo de su dolor por ti, porque quería que supiese que eras más que simplemente una mord-sith que eras una persona con vida y deseos propios, y que habías llegado a apreciar a un buen hombre. Te honraba al contármelo. Pero lo guardaré para mí. Tus sentimientos están a salvo conmigo, Cara.

Cara tiró distraídamente el grueso de su trenza.

-Supongo que no lo veía de ese modo... me refiero a que me honrara al contártelo. Es en cierto modo... agradable.

-El amor es una pasión por compartir la vida con otra persona. Te enamoras de alguien que crees que es maravilloso. Es la percepción más profunda que tienes del valor del individuo, y ese individuo es un reflejo de lo que más valoras en la vida. El amor, cuando es íntegro, puede ser una de las mayores recompensas de la vida. Estar enamorada no debería avengorarte ni hacerte sentir mal. Quiero decir, si realmente amas a Benjamín, claro.

Cara lo meditó por un momento.

-No me avergüenzo de ello. Soy una mord-sith - Algo de la tensión desapareció de sus hombros - Pero tampoco sé si estoy enamorada de él. No sé con seguridad lo que siento. Sé que él me importa muchísimo. Sin embargo, no estoy segura de que sea amor. Quizá sea solo el primer paso en el camino del amor. Me cuesta expresar tales cosas. No estoy acostumbrada a que importe lo que pienso o lo que siento.

Nicci asintió.

-Durante una gran parte de mi vida, yo tampoco comprendí lo que era el amor. Jagang pensaba a veces que estaba enamorado por mí

-¿Jagang? ¿En serio? ¿Está enamorado de ti.

-No, en realidad no está enamorado de mí. Simplemente piensa que lo estas. Incluso en aquellos tiempo yo sabía que no era amor, aun cuando no comprendía por qué- Los sentimientos de Jagang oscilan entre el odio y la lascivia. Desprecia y envilece cualquier cosa que tenga de bueno la vida de modo que no podría sentir verdadero amor. Sólo puede discernir lo como la leve fragancia de algo seductor y misterioso que está fuera de su alcance, y así poseerlo. Imaginaba que sentía amor agarrándome por el pelo y obligándome a hacer lo que quería. Interpretaba su diversión como sentimientos amorosos. Pensaba que yo debería estar agradecida por que el sintiera sentimientos tan poderosos por mí, porque el deseo por mi persona llegaba a abrumarle hasta el punto de excluir todo lo demás. Puesto que creía que imponerme su presencia era una expresión de su amor, pensaba que yo debería aceptarlo como un honor.

-Le habría caído bien a Rahl el Oscuro - masculló Cara - Se habrían llevado estupendamente - Miró hacia ella - Eres una hechicera ¿Por qué no usaste tu poder para abrasar a ese bastardo?

Nicci soltó un profundo suspiro ¿Cómo podía explicar con sencillez toda una vida de adoctrinamiento?

-No creo que transcurra un día en que no desee haber matado a ese hombre repugnante. Pero, criada como fui bajo las enseñanzas de la Fraternidad de la Orden, igual que él, creía que la virtud sólo se obtenía a través de la abnegación. Bajo sus principios, el deber de uno es para con los necesitados. Tales dictados se imponen en nombre del bien común, o la mejora de la humanidad, o la obediencia respetuosa al Creador.

“Según la ideología de la Orden teníamos que consagrarnos no a aquellos que considerásemos los mejores entre el género humano, sino a aquellos a quienes considerásemos los peores entre los hombres; no porque se lo merecieran, sino precisamente porque no era así. Esto, afirmaba la Orden, es el núcleo de la moralidad y le único modo por el que podemos ganarnos la luz eterna del Creador en la otra vida. Jamás se hace en nombre de lo que es en realidad; pura codicia de lo inmerecido.

“Las necesidades mundanas de Jagang giran en torno a su entropierna. Yo poseía lo que él creía que necesitaba, así que moralmente se me exigía que me sacrificase a su necesidad. En especial ya que él el líder que llevas las enseñanzas morales de la Orden a los paganos del mundo.

“Cuando Jagang me golpeaba hasta dejarme medio inconsciente y luego me arrojaba sobre su lecho para darse gusto conmigo, yo hacía lo que me había enseñado que no sólo era correcto, sino que era mi abnegado deber moral. Yo pensaba que era malvada porque me repugnaba hacerlo.

“Puesto que creía que era malvada debido a ese egoísmo, sentía que merecía todo el dolor que padecía en este mundo y el castigo eterno en el otro. No podía matar a un hombre que era, bajo el credo que me había enseñado la Orden, moralmente superior a mí en virtud a su necesidad ¿Cómo podía yo hacer daño a alguien que me habían enseñado a servir? ¿Cómo podía oponerme al daño que se me hacía cuando me merecía lo que padecía y más? ¿A que podía yo invocar? ¿La justicia? Esa es la eterna trampa de las

enseñanzas sobre nuestro deber para con el bien mayor.

Pasearon en silencio mientras Nicci soportaba toda una colección de recuerdos espantosos.

-¿Qué cambios? – pregunto por fin Cara.

-Richard – dijo Nicci en voz queda.

En aquellos instantes, la hechicera agradecía la oscuridad pero, no obstante las lágrimas, alzó la cabeza con orgullo.

-Las enseñanzas de la Orden Imperial sólo pueden sostenerse mediante la brutalidad. Richard me mostró que nadie tiene derecho a mi vida, ni a toda ella, ni a partes de ella. Me mostró que mi vida es mía para vivirla por mí misma, para mis propios objetivos, y que no le pertenece a otros.

Cara observaba con una especie de comprensión llena de complicidad.

-Supongo que tenías mucho en común con las mord-sith bajo el gobierno de Rahl el Oscuro. D'Hara fue en el pasado un lugar de oscuridad, como lo es ahora la vida bajo la Orden Imperial. Richard no sólo mató a Rahl el Oscuro, puso fin a esa clase de doctrina. Nos dio lo mismo que te dio a ti. Nos devolvió nuestras vidas.

“Supongo que lord Rahl podía comprendernos porque a él lo trataron de un modo muy parecido.

Nicci no estaba segura de a qué se refería Cara.

-¿Parecido?

-En una ocasión estuvo cautivo de una mord-sith llamada Denna. En aquella época nuestro deber era torturar a los enemigos de Rahl el Oscuro hasta la muerte. Denna era la mejor en lo suyo. Rahl el Oscuro la había escogido personalmente para capturar a Richard y someterlo. Rahl el Oscuro llevaba bastante tiempo tras Richard porque este sabía algo importante sobre las cajas del Destino, y Rahl el Oscuro quería esa información. La tarea de Denna era torturar a Richard hasta que estuviese ansioso por contestar cualquier pregunta que Rahl el Oscuro hiciese.

Nicci le echó una mirada y vio que brillaban lágrimas en los ojos de Cara cuando ésta aminoró el paso hasta detenerse. La mord-sith alzó su agiel, contemplándolo fijamente mientras lo hacía rodar. Nicci lo sabía todo sobre Denna y lo que le había hecho a Richard, pero decidió que en aquellos momentos podría ser mejor permanecer callada y limitarse a escuchar. A veces las personas necesitan decir cosas para sí mismas. Nicci pensó que tal vez, tras estar tan cerca de morir, ése era el caso de Cara.

-Yo estaba allí – dijo Cara en lo que era casi un susurro mientras mantenía la vista fija en el agiel – El no lo recuerda porque Denna lo había torturado hasta hacerle desvariar; pero yo lo vi allí, en el Palacio del Pueblo, y vi algo de lo que ella le hizo... de lo que todas le hicimos.

Nicci contuvo el aliento y dirigió una cautelosa mirada a Cara.

-¿De lo que le hicisteis? ¿A qué te refieres?

-Era práctica habitual que las mord-sith se intercambiaran sus prisioneros. Hacía que les resultase más difícil aprender a soportar una pauta concreta de tortura. Ayudaba a mantenerlos confusos y asustados. El miedo es una parte integral de la tortura. Es algo que una mord-sith aprende desde el primer momento en que la cogen para adiestrarla; ese miedo y lo desconocido hacen que cualquier dolor sea infinitamente peor. La mayor parte del tiempo, Denna permitía que una mord-sith llamada Constance participase en el sometimiento de Richard. Pero a veces Denna quería usar a otras, además de Constance.

Cara permaneció totalmente inmóvil mientras contemplaba su agiel.

-Fue no mucho después de que él llegase al Palacio del Pueblo. Richard no lo recuerda. No creo que supiese siquiera su propio nombre en aquellos momentos porque Denna lo tenía en una neblina de delirio, en un estado de locura debido a las cosas que le había dicho... pero pasó un día conmigo.

Esto, Nicci, no lo sabía, y se quedó petrificada, temerosa de decir nada. No tenía ni idea que podía decir.

-Denna tomo a Richard como su pareja – dijo Cara – No creo que comprendiera el amor mejor que Jagang o que Rahl el Oscuro. Al final, no obstante, llegó a sentir un profundo y genuino amor por Richard. Vi cómo se producía el cambio en ella. Tal y como lo describiste, llegó a valorarlo como un individuo. Llegó a sentir una pasión sincera por él. Lo amaba tanto que al final permitió que la matara para que pudiese escapar.

“Pero antes de eso, cuando Denna todavía lo torturaba, yo lo vi allí en más de una ocasión, colgando indefenso, cubierto de sangre y suplicando la liberación de la muerte – Una lágrima descendió por la mejilla de Cara – Queridos Espíritus, también yo le hice suplicar la muerte mientras permanecía allí de pie, vigilándolo.

Cara pareció darse cuenta de improviso de lo que acababa de decir, y el pánico inundó sus ojos.

-Por favor no le digas nada. No hace mucho tiempo de eso. Acabó y todo ha cambiado ahora. No quiero que sepa... que estuve allí, con él. – Las lágrimas le corrían por el rostro – Por favor...

Nicci cogió una de las manos de Cara entre las suyas.

-Por supuesto que no diré nada sobre ello. Yo, precisamente, comprendo cómo te sientes; también yo le hice cosas horribles una vez, solo que durante muchísimo más tiempo que ninguna otra persona. Como dices, eso acabó – Soltó un profundo suspiro – Imaginé que los tres sabemos un poco lo que es el amor, y lo que no lo es.

Cara asintió no sólo para indicar su alivio, sino su sincero agradecimiento al ver que Nicci la comprendía.

-Será mejor que alcancemos a lord Rahl.

Nicci señaló los establos.

-Richard está hablando con los parientes de los hombres de Víctor que murieron – Se dio un golpecito en un lado de la cabeza – Puedo oírle tenuemente en mi don – Alargó una mano y secó con delicadeza una lágrima de la mejilla de Cara – Tenemos tiempo para recuperar la compostura antes de llegar allí.

Mientras empezaban a andar despacio hacia el establo, Cara dijo:

-Nicci ¿podría contarte algo... algo personal?

En una noche de sorpresas, aquella era otra más.

-Desde luego.

-Bueno... - empezó Cara a la vez que fruncía el entrecejo, intentando hallar las palabras – cuando lord Rahl vino a mí... a curarme... estuvo muy cerca de mí.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que estaba tumbado allí, en la cama, conmigo, abrazándome; ya sabes, protegiéndome y manteniéndome caliente – Se frotó los brazos como si el recuerdo hubiese vuelto a traer aquella frialdad – Yo tenía mucho frío – Cara echó una mirada furtiva a Nicci – Imaginé que, bueno, imagino que en mi estado, y todo eso, yo estaba más o menos abrazándolo, también.

Nicci alzó una ceja.

-Entiendo.

-Y la cuestión es, que sentí cosas cuando penetro en mí... y si le cuentas esto te mataré, juro que lo haré.

Nicci sonrió a la vez que negaba con la cabeza para garantizarle que no lo haría.

-A ambas nos importa mucho él. Entiendo que lo que me estas contando se debe únicamente a que éstas preocupada por él.

-Así es – Volvió a frotarse los brazos mientras proseguía – Cuando vino a ... hacerme volver atrás, lo que fuese que hizo, fue como si estuviese dentro de mí, dentro de mi cabeza, quiero decir. Fue una clase de intimidad que no se parecía a ninguna otra.

“Lord Rahl me curó en una ocasión anterior en que resulté gravemente herida, pero eso fue diferente. Algunas partes fueron las mismas, algunos de los sentimientos fueron los mismos, la sincera preocupación y cosas así que sentí por parte de él... pero esto fue distinto, de algún modo..., realmente distinto. En aquella ocasión curaba mis heridas físicas – Cara se inclinó hacia ella en un esfuerzo por dejar bien claro lo que quería decir – Esta vez fue más. Esta vez aquella cosa malvada estaba dentro de mí, era como si me estuviese envenenando, envenenando mi existencia, mi voluntad de vivir.

Se irguió, entonces, aparentemente contrariada e incapaz de pensar en cómo explicarlo mejor.

-Conozco la diferencia que intentas definir – manifestó Nicci – Esta vez fue una conexión más personal.

Cara asintió como tranquilizada al ver que Nicci parecía comprender.

-Si así es, fue más personal. Mucho más personal – añadió por lo bajo – Fue como si mi alma quedara al descubierto ante él. Fue una especie de... bueno, no importa.

Cara calló, Nicci se preguntó si la mujer había dicho todo lo que realmente quería decir, si iba a parar allí, pero entonces la mord-sith prosiguió:

-La cuestión es que él sintió tanto de mí, de mis pensamientos íntimos y todo eso. Nunca nadie ha...

Volvió a quedar en silencio, pero esta vez aparentemente desalentada en su intento de hallar las palabras para explicar lo que quería decir.

-Lo comprendo Cara – del seguro Nicci – Realmente lo comprendo. He curado a gente, de modo que conozco las sensaciones que tuviste, aunque no de un modo tan intenso. Jamás he conseguido tener éxito hasta el punto en que tuvo Richard contigo, pero he experimentado más o menos las mismas cosas cuando curo personas, en especial cuando curé a Richard.

-Me complace oír... que sabes de que habló – Cara pateó una piedra mientras seguía andando – Bueno, no creo que lord Rahl sea consciente de ello, pero cuando estuvimos juntos de aquel modo, el no se limitó... a sentir lo que yo sentía, a sentir mis sentimientos y pensamientos íntimos, por así decirlo; yo también sentí lo que él sentía – Refunfuño para sí- No debería de estar diciendo esto – Agitó una mano – Olvida lo que he dicho.

Nicci no estaba segura de adónde quería ir a parar su compañera.

-Cara, si no te sientes cómoda contándomelo, no lo hagas. Sabes lo mucho que me importa Richard, pero si crees que no deberías decir nada, o que estás sobrepasando los límites de tu relación con él, entonces tal vez deberías confiar en ese instinto.

-Quizá tengas razón – repuso la mord-sith con un suspiro.

Nicci no recordaba haber visto nunca a Cara tan confusa. Siempre mostraba una decidida seguridad en sí misma. Siempre era concluyente sobre que debía hacerse en cualquier circunstancia. Nicci no pensaba que Cara tuviese razón siempre, y sabía que Richard tampoco, pero siempre podían contar con que Cara estuviese decidida a hacer lo mejor por Richard sin importar que significaría eso para ella misma... o enfurecerlos a ellos. Si a la mord-sith le parecía que sus acciones eran necesarias para protegerlo, sencillamente seguía adelante, sin hacer caso de las consecuencias que tendría para ella misma, incluida la desaprobación de Richard.

Mientras andaban en silencio por el oscuro callejón. Nicci, con la ayuda de su don, podía oír a gente, a lo lejos, hablando en voces quedas. No intentó captar las palabras; no hizo otra cosa que tomar nota del tono general de la conversación. Eran hombres y mujeres reunidos en los establos, hablando por turnos. La hechicera pudo distinguir a Richard hablándoles con delicadeza, respondiendo a sus preguntas. Pudo oír llorar a algunas personas.

En la esquina de la hostería, Cara agarro repentinamente a Nicci del brazo y la detuvo.

-Oye, tú y yo... bueno, ambas empezamos en esto decididas a matar a lord Rahl.

Un tanto desconcertada, Nicci no creyó que aquél fuese el momento de hilar demasiado fino.

-Supongo que tienes razón.

-Quizá más que ninguna otra persona, tú y yo poseemos una perspectiva única de lord Rahl. Creo que cuando una empieza queriendo hacer daño a alguien y te hacen ver lo equivocada que has estado y que tu propia vida significa más que eso, bueno, digamos que eso hace que te importen muchos más esas personas.

-Creo que estoy de acuerdo contigo.

Cara indicó los jardines del palacio que ahora eran la Plaza de la Libertad.

-Ahí atrás, cuando se inició la sublevación, cuando lord Rahl resultó herido y estuvo a las puertas de la muerte, la gente no quería que intentases curarle. Temían que le hicieses daño. Fui yo quien les dijo que confiaran en ti. Comprendí el renacer por el que habías pasado porque yo había pasado por algo muy parecido. Yo era la única que sabía lo que habías llegado a sentir por él, y les dije que te dejaran hacerlo. Ellos temían que pudieses aprovechar la oportunidad para quitarle la vida, pero yo sabía que no lo harías. Sabía que lo salvarías.

-Tienes razón, Cara. A ambas nos importa mucho él. Las dos tenemos un vínculo especial con él.

-Si, eso es. Un vínculo especial. Distinto, creo, al de otras personas.

Desconcertada respecto adónde quería llegar Cara, Nicci extendió las manos.

-¿Deseas decirme algo?

Cara bajo la mirada a sus botas a la vez que asentía.

-Cuando lord Rahl y yo compartimos esa unión, sentí algunas de las emociones más íntimas. En su interior existe una soledad terrible y abrasadora. Creo que a lo mejor todo eso sobre esa mujer... esta Kahlan... se debe a su soledad.

Nicci inhaló profundamente y soltó el aire despacio mientras se hacía preguntas sobre la naturaleza exacta de lo que Cara había percibido en él.

-Supongo que eso pues ser una parte de ello.

Cara carraspeó.

-Nicci, cuando abrazas a un hombre de ese modo, y habéis estado... bueno, juntos de un modo tan personal, llegas a sentir de verdad lo que hay dentro de él.

Nicci hizo retroceder sus propios sentimientos más al interior de su ser.

-No dudo de que tengas razón, Cara.

-Quiero decir, que simplemente quería mantenerlo abrazado eternamente, para reconfortarlo, para impedir que se sintiese tan solo.

Nicci dedicó una mirada de soslayo a la mord-sith que, haciendo muecas, observaba el suelo. La hechicera no dijo nada, aguardando a que Cara continuase.

-Pero no creo que sea la persona indicada para hacer tal cosa por lord Rahl.

Nicci formuló su pregunta con cautela.

-¿Quieres decir que no crees ser la mujer que puede llenar... su soledad?

-Me parece que no.

-¿Benjamín?

La mujer se encogió de hombros.

-Es parte de ello – Alzo los ojos y le devolvió la mirada a Nicci... Quiero a lord Rahl. Daría mi vida por él. Y tengo que admitir que estar allí tumbada y tenerle en mis brazos de aquel modo hizo que me sintiera... me sintiera como si tal vez pudiese ser más que sólo su guardaespaldas y amiga. Mientras yacía en aquella cama, abrazándolo contra mí, imaginé lo que sería ser su... – Su voz se apagó.

-Entiendo – repuso Nicci, tragando saliva.

-Pero simplemente no creo que sea yo la persona indicada. No sé porque. No soy lo que se dice una experta en cuestiones del corazón, pero no siento como si fuese la persona que necesita. Sencillamente no creo que pudiera serlo. Si él me lo pidiese, lo haría al instante... pero no porque yo lo quisiese, exactamente. ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Quieres decir que lo harías por el profundo respeto y afecto que siente por él, no por un deseo personal de ser su amante.

-Eso es – dijo Cara con un suspiro de alivio, al parecer por haber conseguido que otra persona lo dijese en voz alta – Además, no creo que lord Rahl tenga esos sentimientos por mí. Cuando percibía sus sentimientos, cuando estábamos abrazados, creo que lo habría sabido si el sintiese eso por mí, pero no lo siente. Me quiere, eso sí lo sé, pero no de ese modo.

Nicci suspiró lentamente.

-Así pues... ¿eso es lo que querías que supiese? ¿Qué crees que su soledad es el origen de esa mujer imaginaria?

Cara asintió.

-Sí... pero hay una cosa más.

Nicci echó una mirada calle adelante, observando con atención a unos hombres que se dirigirán al establo.

-¿Y cuál es?

-Creo que a lo mejor tú podrías ser esa persona.

A Nicci le dio un vuelco el corazón. Se volvió y se encontró con que Cara la miraba directamente.

-¿Qué?

-Creo que podrías ser esa persona para lord Rahl – Alzó las manos para que no discutiera – No digas nada. No quiero que empieces a decir que estoy loca. No digas nada por ahora. Sólo piénsalo. Nos iremos dentro de poco y pasará un tiempo hasta que puedas venir a reunirse con nosotros, así que dispones de tiempo y podrás pensar en ello. No te pido que te sacrifiques por él ni nada tan insensato como eso.

“Me limito a decir que creo que lord Rahl necesita a alguien y tú podrías ser esa mujer... quiero decir... si tú sintieses que puedes serlo.

“Yo no soy la persona que necesita. Soy una mord-sith, y lord Rahl es un mago. Queridos espíritus, odio la magia, y él es magia. Simplemente no estamos hechos el uno para el otro en muchas cosas. Pero tú tienes tanto en común con él... Eres una hechicera. ¿Quién podría comprenderle mejor que tú? ¿Quién podría ayudarle cada día mejor que tú?

“Recuerdo esa noche en el campamento, en el refugio, cuando los dos hablabais sobre la dimensión creativa de la magia. Yo no entendí ni la mitad, pero me impresionó entonces el modo en que vosotros dos podíais conversar con tanta soltura y comprender los pensamientos, ideas y palabras del otro. Recuerdo que me cautivó el modo en que los dos, bueno, parecéis tan hechos el uno para el otro...

“Y recuerdo haber pensado, además, cuando nos tumbamos pegadas a él para mantener el calor, lo bien que quedabas cerca de él de aquel modo. Como lo haría una mujer cerca de un hombre que le importase. Recuerdo que, por algún motivo, casi esperaba que te besase. Habría resultado natural.

Nicci no conseguía que el corazón dejase de latirle a toda velocidad.

-Cara, yo... – No encontró palabras.

Cara jugueteó con una tira de pintura que se desprendía de una tabla de la esquina del edificio.

-Además, podría decirse que eres la mujer más hermosa que he visto nunca. Lord Rahl debería tener una esposa que esté a su altura y no se me ocurre alguien mejor que tú.

-¿Esposa...?

-¿No ves hasta qué punto tiene sentido? Llenaría el vacío que percibí dentro de él. Le proporcionaría alegría y felicidad para reemplazar su desdicha. Tendría a alguien con quien compartir su don y conexión con la magia. No se sentiría solo. Piensa en ello.

-Pero, Cara. Richard no me ama.

Cara la evaluó durante un prolongado e incómodo momento, y Nicci recordó entonces que Richard le había contado una vez lo paralizante que resultaba estar bajo el escrutinio de una mord-sith cuando ésta te miraba a los ojos, cuando realmente miraba dentro de ellos. Nicci comprendió ahora a qué se había referido.

-Quizá no siente eso ahora, pero a lo mejor, cuando regreses para reunirse con nosotros, podrías hacer un poco más para hacerle saber que estás receptiva a tal idea; quiero decir, si tu quisieras, si estuvieses abierta a ello. A veces hay que hacer que las personas se percaten de algo para que lo puedan considerar en serio. Por eso sentí que tenía que decirte algo. Quizá si él pensase que podrías estar abierta a algo así, sentiría interés y empezaría a mirarte desde ese punto de vista.

“Ya sabes, los enamorados tuvieron que enamorarse un día. No nacieron enamorados de su pareja. Quizá simplemente tienes que ayudarlo a llegar a ese punto en el que empezará a pensar en ti de ese modo. Puede que incluso piense que una mujer hermosa e inteligente como tu jamás podría sentir interés por él. A veces los hombres son así de tímidos con una mujer que consideran extraordinariamente hermosa.

-Car, no creo que él...

La mord-sith se inclinó hacia ella en actitud confidencial.

-Incluso podría ser que piense que tú jamás estarías interesada en él y, por lo tanto, sonó con esa otra mujer para llenar el vacío.

Nicci se humedeció los labios.

-Creo que será mejor que vayamos al establo o podría irse sin ti. Parece muy decidido a marchar.

Cara le dedicó una sonrisa.

-Tienes razón. Oye, Nicci, si lo prefieres, puedes olvidar lo que he dicho. Me doy cuenta de que te estoy haciendo sentir incómoda, y de todos modos no me parece muy correcto por mi parte decir nada.

-Entonces ¿por qué lo has hecho?

Cara miró a lo lejos con añoranza.

-Imaginó que porque lo estaba abrazando y sentí la intensidad de su soledad, y ello me partió el corazón – Su mirada volvió a desviarse hacia la de Nicci – Y a las mord-sith no se les parte el corazón muy a menudo.

Nicci estuvo a punto de decir que tampoco a las hechiceras.

22

Los faroles colgados de sólidos postes proporcionaban un resplandor acogedor al establo. El olor polvoriento a paja nueva impregnaba el amplio corredor que discurría entre los compartimentos. Hombres y mujeres, algunos acompañados por sus hijos, habían llenado el pasillo y algunos habían ocupado las caballerizas vacías, pero ahora, después de que Richard hubiese conversado con los parientes de los hombres que habían muerto, muchos le habían deseado un buen viaje y ya se aprestaban para volver a casa.

Faltaban aún un par de horas para el amanecer, pero a pesar de la hora, habían sido muchos los que, aparte de los apenados parientes, que habían acudido a hacer preguntas sobre la inminente batalla por su ciudad. Richard supuso que ahora regresarían a la cama para dormir un poco, sabía que su sueño se vería perturbado por la inquietud que provocaban los soldados que se dirigían hacia la ciudad.

Víctor, a poca distancia, tenía un semblante lúgubre tras hablar de la valentía de sus hombres y lo mucho que echaría de menos a cada uno de ellos.

Mucha gente lloró sin tapujos mientras escuchaba. Richard había sabido que nada de lo que pudiese haber dicho habría disipado su congoja, y había hecho todo lo posible por hacerles comprender lo buenos que pensaba que habían sido aquellos hombres, y lo mucho que le importaban. Al final, todo lo que pudo hacer en realidad fue decirles que sentía su pérdida tanto como ellos. Se había sentido impotente e inútil, incluso a pesar de que ellos habían parecido agradecer sus palabras.

Por el rabillo del ojo, Richard vislumbró a Nicci y a Cara cuando entraban por la enorme puerta del final del establo. Las dos mujeres tuvieron que abrirse paso entre la gente que marchaba. Se había estado preguntando adónde habían ido pero, rodeado de personas que querían todas hablar con él, no había tenido ninguna oportunidad de ir en su busca. Había supuesto que o habían querido dejarle disponer de tiempo para hablar con la gente o que Cara había querido echar un vistazo por el exterior para asegurarse de que todo estaba bien. En cualquier caso, se alegró de ver sus rostros.

-Así que es eso lo que pensáis, entonces, ¿qué esa cosa, esa bestia, que entro haciendo pedazos las paredes de la hostería de Ishaq iba a por vos? – preguntó un hombre de más edad llamado Henden, deteniéndose junto a Richard; sostenía una pipa con una larga caña curva en una mano y mantenía el codo apoyado en una barandilla mientras hablaba.

La piel de su curtido rostro colgaba con el peso de los años. Debido a que era de más edad y a que poseía unos modales sosegados y prudentes, muchos en la multitud habían delegado en él las preguntas. Henden inhaló a través de la pipa y dejó escapar aromáticas nubes de humo por el lado opuesto de la boca y dejó escapar aromáticas la respuesta de Richard.

-Tal y como dije, las pruebas parecen indicarlo. Pero fuese lo que fuese, probablemente viniese en mi busca, así que puedes comprender porque creo que ese mejor que marcha ahora y no me arriesgue a que esa cosa regrese a la ciudad y tal vez cause daño a mucha gente de aquí.

El hombre retiró la pipa de la boca e hizo una seña en dirección a Richard con la caña.

-¿Queréis decir que nos puede pasar como a los hombres que iban con Víctor, que murieron debido a que vos estabais cerca?

Víctor se adelantó.

-Espera un momento Henden, no es culpa de lord Rahl que gente malvada intente matarla. Esas mismas personas malvadas quieren venir aquí y matarnos también a nosotros, bestia o no bestia ¿Se te debería culpar si los soldados de Jagang al venir a matarte por casualidad hiciesen daño a lord Rahl mientras iba a por ti?

“Mis hombres peleaban contra la Orden Imperial cuando fueron abatidos por algún maligno. Ese mal lo engendró la Orden. Peleaban para conseguir un mundo para ellos y sus familias en el que pudiesen vivir sus vidas a salvo y en libertad. Eligieron hacer eso en lugar de vivir subyugados.

Henden mascó la caña de la pipa un instante mientras su mirada apacible examinaba a Víctor.

-Me limitaba a preguntar. Creo que es razonable saber cuál es la situación y a qué nos enfrentamos.

Richard vio que hombres y mujeres asentían.

-Tienes razón, es razonable – dijo a Henden antes de que Víctor pudiese acalorarse más – No me tomó a mal que un hombre haga preguntas en especial, cuando hay vidas implicadas. Pero Víctor tiene razón también. Jagang está resuelto a matarnos a todos y como os he dicho, es necesario detener a la Orden o ninguno de nosotros, no importa donde estemos, podrá descansar jamás.

Richard vio que Nicci se deslizaba sin esfuerzo entre la multitud. La ondulante melena rubia le caía en cascada sobre los hombros de un vestido negro. El vestido, escotado y con un corpiño sujeto con cordones, realzaba en todo su esplendor su bien proporcionada figura; pero era su presencia imperiosa la que la hacía destacar como una reina en medio del gentío. Cara, con su traje de cuero rojo, podría muy bien haber sido la escolta.

Richard se sintió un poco incómodo ante el modo en que ambas lo miraban fijamente, como si no lo hubiesen visto en un mes.

Inesperadamente, Henden dio una palmada a Richard en el hombro, sacándolo de sus pensamientos. El hombre habló con la pila entre los dientes.

-Buen viaje, lord Rahl. Gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros. Esperamos veros regresar a la ciudad libre de Altur'Rang.

-Gracias – repuso Richard dedicándole una sonrisa.

Henden se incorporó al flujo de otras personas que conversaban entre ellas mientras recorrían el pasillo y salían por la puerta. Richard se había sentido aliviado al ver que aquellas personas comprendían lo que significaba sus libertas, y que tenían intención de conservarla.

Ishaq, de pie cerca de Richard, saludó con el rojo sombrero a Nicci y a Cara.

-Ahí estáis – gritó - ¿Estáis bien, ama Cara? Richard me contó que estabais a salvo, pero doy gracias por verlo con mis propios ojos.

Richard siguió a Ishaq cuando este se precipitó al encuentro de las dos mujeres, mostrando con una sonrisa radiante el placer que le producía verlas.

-Estamos perfectamente – dijo Cara – Siento los daños a tu hostería.

Ishaq agitó una mano, como si la cuestión fuese algo trivial.

-No es nada. Tablas de madera y yeso. No tiene la menos importancia. A las personas no se las puede reparar con tanta facilidad.

-Tienes razón sobre eso – repuso Cara a la vez que trababa la mirada con Richard.

Este vio que Jamila, en el otro extremo del corredor, ponía mala cara ante el modo en que Ishaq quitaba importancia a los daños sufridos por el establecimiento. Pero no decía nada. La mujer sujetaba la mano de una niña mientras permanecía recostada contra una pared, observando. A juzgar por el rostro redondo de la niña, Richard se dijo que esta tenía que ser la hija de Jamila. La niña le dedicó una contagiosa sonrisa radiante y él no pudo evitar devolvérsela.

-Ishaq, dije que deberías descontar los daños de lo que me debes, y lo dije en serio.

Ishaq volvió a ponerse el sombrero.

-¿Por qué te preocupas tanto? Ya te lo he dicho, yo lo arreglo.

Antes de poder responder, Richard oyó un alboroto en el exterior. Algunos de los hombres que habían estado patrullando las inmediaciones entraron por la puerta arrastrando a dos hombretones con ellos; uno con sucios y enmarañados mechones de pelo oscuro y el otro con el cabello corto. Iban vestidos ambos con túnicas marrones similares a las que llevaban muchos de los habitantes de la ciudad.

Víctor se inclinó cerca de Richard y dijo por lo bajo.

-Espías.

Richard no lo dudó, pues pudo ver anchos cintos bajo las túnicas que probablemente habían llevado armas. Con los soldados de la Orden Imperial cada vez más próximos, éstos habrían enviado exploradores por delante para evaluar a que iban a enfrentarse. Ahora que los habían capturado existía la posibilidad de que se les pudiese persuadir para que proporcionar información valiosa sobre la naturaleza del inminente ataque.

A pesar de que habían intentado vestir a la manera local, ambos parecían fuera de lugar entre los habitantes de la ciudad. La ropa sencilla que llevaban no era de la talla adecuada para su tamaño, y aunque ninguno era enorme, ni tampoco tenían una musculatura de grandes proporciones, si que tenían el porte de alguien impasible, lleno de recursos y bien preparado. Ambos hombres permanecían en silencio, pero los ojos estaban en continuo movimiento, examinándolo todo a su alrededor. Parecían tan peligrosos como lobos entre ovejas.

Mientras los guardias tiraban de los dos prisioneros hacia dentro del establo. Richard alzó instintivamente la espada unos centímetros, asegurándose de que salía de la vaina con facilidad, antes de volver a dejarla caer.

Cuando uno de los guardias volvió la cabeza para mirar algo, el prisionero de pelo largo pateó salvajemente la espinilla del hombre que lo sujetaba por detrás. El guardia lanzó un grito de dolor y sorpresa y cayó encogido sobre el suelo. El hombre se desasíó violentamente de quienes le sujetaban los brazos. Algunas de las personas próximas se vieron derribadas al suelo. Saltaron varios guardias sobre el hombre que se había soltado, y en la refriega, varios fueron a parar al suelo sangrando y otro cayó hacia atrás, por encima de una barandilla.

En un instante, estallo el pánico en todo el establo. Gritaron mujeres, y algunos niños, al oír gritar a sus madres, profirieron agudos chillidos. Niños de más edad empezaron a solloza. Algunos hombres gritaron en voz en cuello, mientras otros vociferaban órdenes. La confusión y el miedo se extendieron.

El espía que se había soltado, un hombre fuerte que sabía como tratar a los adversarios y como darse a la fuga en un espacio relativamente limitado y con pocos efectivos, alzó con un rugido.

Tenía a la pequeña de Jámila agarrada por el pelo.

Durante la confusa lucha, el hombre había conseguido un cuchillo y ahora lo apretaba contra la

garganta de la niña. La pequeña chilló aterrada y Jamila se abalanzó hacia la pequeña, recibiendo una patada en un lado de la cabeza. El poderoso golpe la derribó. Otro guardia caído en el suelo recibió también una patada feroz en la cabeza cuando intentó aprovechar la oportunidad para acercarse.

Richard avanzaba ya metódicamente, con la intención centrada en la amenaza.

-¡Todos atrás! – gruñó el hombre a las personas que lo rodeaban.

Sacudió la cabeza para retirar sus cabellos grasientos del rostro y paseó la mirada por las personas que lo rodeaban fuera de su camino. Seguía jadeando por el esfuerzo y el sudor le descendía por el rostro, picado de viruela.

-¡Que todo el mundo retroceda o le rebanare el pescuezo!

La niña, a la que un enorme puño sostenía en el aire por los cabellos, volvió a lanzar un alarido aterrizado. El hombre la sujetó contra el estómago mientras ella daba patadas en el aire, luchando en vano por escapar.

-¡Soltadlo! – ordenó el hombre a los guardias que retenían a su compañero - ¡Ahora! ¡O ella morirá!

Richard estaba ya sumido en una cólera desatada. No habría compromiso, ni negociaciones, ni se daría cuartel.

Permanecía levemente agachado, mirando de perfil al hombre que sujetaba a la niña, evitando que pudiera verle la espalda. El hombre no dejaba de dirigir veloces miradas a los guardias situados a su izquierda que sujetaban al otro espía. No prestaba ninguna atención a Richard.

El corpulento facineroso que sujetaba a la gimoteante niña no lo sabía, pero, en la mente de Richard, el hombre estaba ya muerto.

La furia de la magia de la espada de Richard había sido liberada ya antes de que su mano encontrara la empuñadura. Cuando lo hizo, la tormenta tronó incontrolada, ascendiendo por él, dando energía a los músculos uniéndose a su ansia abrumadora de consumir el letal pensamiento.

En un instante, la necesidad de actuar se impuso arrolladoramente.

En aquel instante, no había nada que Richard deseara más que la sangre del hombre. Nada que no fuese eso lo detendría. La determinación barría todas las dudas. La *Espada de la Verdad* era un instrumento de la intención del Buscador, y tal intención era en aquellos momentos simple y clara. Ahora que la mano de Richard estaba sobre la empuñadura del arma, no existía nada más que su propósito, y este era descargar la muerte sobre el hombre que tenía delante.

Se concentró en su objetivo, y toda su vida se redujo a aquel único compromiso letal.

El hombre del cuchillo solo tenía que pasarlo por el tierno velo de la carne y la niña moriría. Pero eso requeriría tiempo, un tiempo breve sin duda, pero tiempo de todos modos, porque primero tendría que decidir hacerlo. En aquel momento, la vida del hombre estaba ligada a la de la niña, si ella moría, su escudo perdería su valor, así que tendría que soportar esa elección. La decisión requería un fugaz instante.

Richard ya había tomado su decisión y se había encomendado sin reticencias a la tarea. En aquellos momentos disponía de una esquirla de tiempo que le proporcionaba una oportunidad de alterar la situación, de controlar el resultado. No permitiría que esa pequeña esquirla de tiempo se le escapase.

Pero ni siquiera eso le importaba ya.

Ahora, propulsado por una cólera letal, tanto de la espada, como propia, quería la sangre del hombre. Ninguna otra cosa lo satisfaría, ninguna otra cosa lo detendría. No aceptaría menos.

Richard fingió apartarse, retirarse tal y como el hombre había ordenado. Al hacerlo, Richard sabía que, con tantas cosas exigiendo su atención, la espina no tendría en cuenta a Richard, y dirigiría su interés a la amenaza más obvia, que tenía a los lados y la espalda.

Con el puño aferrando la empuñadura, Richard tomó aire. El mundo a su alrededor pareció tornarse silencioso e inmóvil.

Al alcanzar el ápice de su giro, hizo una pausa.

Richard sintió que su corazón iniciaba un latido.

Con todas sus fuerzas, mientras la gente permanecía petrificada, mientras el hombre con el cuchillo estaba a punto de cometer aquel asesinato, mientras el agudo chillido de la niña se prolongaba en un sonido finísimo que ocupaba el hueco vacío en el tiempo, Richard se liberó en un movimiento fulminante.

Finalizó el giro con toda su energía, y el arma brotó de su vaina, cargada no sólo de una ira propia sino con la mortífera determinación de su dueño.

Al mismo tiempo que la *Espada de la Verdad* repicaba con el excepcional tañido de su liberación, Richard soltó un grito de furia. Mientras giraba en redondo, volcó toda su cólera en aquel rugido, y con cada

ápice de fuerza efectiva que poseía, hizo girar en redondo la espada con toda la velocidad y energía de que pudo dotarla.

En un nítido instante en el tiempo, la visión de Richard se concentró en el hombre del cuchillo, que estaba paralizado por la sorpresa. En ese vacío en el tiempo, Richard vertió toda su energía, toda su ira, toda su necesidad. Aquel instante le pertenecía solo a él y lo usó para su único propósito.

Pudo ver como las gotas de sudor abandonaban el rostro del hombre cuando éste giro bruscamente la cabeza hacia él. La luz anaranjada procedente de los faroles se reflejo en puntos diminutos sobre aquellas gotas de luz de cada farol en cada gotita de sudor mientras la espada efectuaba muy despacio su giro. Pudo contar cada pelo grasiento de los cabellos del hombre a medida que estos giraban repentinamente para flotar en el aire junto con las gotas de sudor.

Richard sabía que los ojos de todos los que estaban en el establo lo observaban, que también los ojos de la niña lo hacían, pero daba lo mismo. Los únicos ojos que le importaban eran los ojos oscuros que por fin se encontraron con su furiosa mirada.

En aquellos ojos negros, Richard pudo ver el comienzo de un pensamiento. La punta de la espada silbó en el aire polvoriento. La luz de los faroles centelleó en el afilado acero. Vio la hoja reflejada en los ojos oscuros del hombre, y en ellos el reconocimiento de la dimensión real de la amenaza.

La espada siguió adelante, azotando el aire como el chasquido de un látigo, en dirección a aquellos ojos, describiendo un círculo en dirección al blanco que Richard mantenía en su punto de mira.

En aquel momento el hombre completo el pensamiento y tomó la decisión de actuar. Pero incluso en el fragmento infinitesimal de tiempo que necesito para llegar a tal conclusión, el velocísimo arco de la espada cubrió la mayor parte de la distancia. Al mismo tiempo que el hombre tomaba a decisión, un respingo de miedo, producto del grito de guerra de Richard, hizo que se quedara tenso. Durante ese instante, los músculos de los brazos del hombre se detuvieron mientras el miedo luchaba contra su propósito.

Se convirtió en una carrera para ver que hoja hería primero la carne.

Perder sería irrevocable.

Con la mirada clavada en los ojos del espía, Richard vio finalmente como la espada, volando a una velocidad aterradora, penetraba en la línea de visión. Volver a ver aquella hoja lo lleno de euforia.

Impelida por la furia, la hoja alcanzó la cabeza del hombre a la altura de los oscuros ojos, justos donde Richard quería.

En aquellos segundos estirados hasta el límite, el mundo se torno rojo en la visión de Richard. La cabeza del hombre se abrió en dos al estrellarse la hoja contra su cráneo. El sonido, como un martillazo, retumbó por el establo.

El hueso se hizo añicos. Gotas de color carmesí salieron disparadas por los aires. Toda la parte superior del cráneo se alzó cuando la hoja se abrió paso a través del tejido vivo. Un largo rastro de astillas de hueso, tejidos y sangre trazo la ruta del sablazo.

En aquel instante de violencia demoledora, la vida del espía se apago, pero a Richard su cólera despiadada le protegió de sentir lástima.

La fuerza del impacto de la espada hizo que el brazo que sostenía el cuchillo se apartara de la niña antes de que finalizara el recorrido de la espada de Richard. El cuerpo del hombre, como si no fuese más que carne deshuesada, empezó a desplomarse.

Había decidido matar a la niña, pero después de hacer esa elección, no había tenido tiempo suficiente para obligar al cuchillo a cumplir su voluntad.

Richard sí.

Sintió que el corazón finalizaba el latido inacabado cuando él había sido uno con el tiempo. El cuerpo sin vida fue adquiriendo velocidad en un descenso hasta el suelo. Al golpear contra él, alzo una pequeña nube de polvo. La parte superior de la cabeza aterrizo con un fuerte golpe sordo justo fuera de las puertas abiertas del establo rebotando y rodando lejos, al interior de la noche; mientras dejaba un rastro de sangre.

Richard oyó que algunas personas lanzaban gritos ahogados debido a la impresión. Otras chillaron, la niña aullando aterrada, salió disparada hacia los brazos extendidos de su madre.

Mientras sostenía el arma ladeada, lista para cualquier otra amenaza, Richard se encontró con la mirada de los ojos desorbitados del segundo espía, que seguía en su sitio, inmovilizado por los guardias de Víctor. El hombre no hizo ningún intento de escapar o pelear.

Víctor se abrió paso violentamente entre los espectadores, con la pesada maza alzada y lista. Desde

el lugar, Cara había aparecido detrás de Richard empuñando el agiel.

Richard diviso a Nicci entonces. La mujer corría por el pasillo con los brazos alzados.

-¡No! - chilló ¡Deteneos!

Víctor se irguió sorprendido, Nicci le agarro el puño como si creyera que estaba a punto de asesinar al otro prisionero.

-¡Retirare, herrero!

Sobresaltado, Víctor se detuvo y dejó caer el brazo.

Nicci dirigió una furiosa mirada a Richard.

-¡También tu, carpintero! Haz lo que digo, Retírate ¡Obedece! – grito furibunda.

Richard pestañeo, ¿Carpintero?

23

Entre la bruma de la cólera de la espada que le recorría como un vendaval, Richard comprendió que Nicci tenía que estar tramando algo. No conocía sus intenciones, pero al llamarlos tanto a Víctor como á el por el nombre de un oficio en lugar de por sus nombres auténticos les enviaba una señal que era demasiado evidente para pasarla por alto. La hechicera quería que cayeran en la cuenta de lo que intentaba y que siguieran su ejemplo.

Probablemente, debido a que la gente lo llamaba “herrero” Víctor no pareció captar la indirecta. Empezó a abrir la boca para decir algo, pero Nicci lo abofeteó.

-¡Silencio! No quiero oír ninguna de tus excusas.

Indignado, Víctor retrocedió un paso. El sobresalto cuajo rápidamente en forma de siniestra expresión en el rostro del herrero, pero no dijo nada.

Al ver que Víctor había captado el mensaje de mantenerse callado, Nicci volvió su ira hacia Richard, agitando un dedo ante él.

-Tendrás que responder por esto, carpintero.

Richard no tenía ni idea de lo que la hechicera tramaba, pero cuando sus ojos se encontraron, dedicó a la mujer un leve movimiento de cabeza. Temió que cualquier otra cosa fuese a estropear sus planes.

Nicci parecía estar hecho un basilisco.

-¿Se puede saber qué te pasa? – Le chilló - ¿De dónde podrías haber sacado la idea de que puedes actuar por tu cuenta?

Richard no sabía qué quería ella que dijese así que se limito ofrecer un humilde encogimiento de hombros, como si estuviese demasiado avergonzado para hablar en su defensa.

-¡Estaba salvando a la niña! – Exclamó Jamila – Ese hombre iba a cortarle el cuello.

Nicci se dio la vuelta indignada.

-¡Como te atreves a mostrar tan poca consideración por nuestro prójimo! ¡Cómo te atreves a juzgar lo que hay en el corazón de otro hombre! Ese es el derecho exclusivo del Creador, no el tuyo. ¿Eres una bruja que puede ver el futuro? Si no lo eres, entonces no puedes decir lo que él habría hecho ¿Crees que se le debería asesinar por lo que piensas que podría hacer? Incluso aunque hubiese actuado, ninguno de nosotros por nuestra cuenta posee la autoridad para juzgar si era correcta o incorrecta cualquier cosa que hiciese.

Se volvió hacia Richard.

-¿Qué esperarías que hiciese el pobre hombre? Los dos se ven arrastrados aquí dentro por una turba, sin cargos, ni juicio, ni sin que se les permita explicarse siquiera ¿Tratas a un hombre como un animal y luego te sorprendes cuando actúa llevado por la confusión y el miedo?

“¿Cómo esperas que Jagang el Justo decida alguna vez dar a nuestra gente otra oportunidad para hacer lo que es justo y correcto si actuamos de este modo? El hombre estaba en su derecho a temer por su vida al encontrarse en medio de tal chusma salvaje.

“¡Como la esposa del alcalde, no toleraré este comportamiento! ¡Me oyes! Al alcalde no le gustará oír el modo tan vergonzoso en que han actuado algunos de nuestros conciudadanos esta noche. En ausencia del alcalde, me encargaré de que se respeten nuestras costumbres. Ahora, guarda tu espada.

Empezando a comprender lo que la mujer hacia, Richard no intento responder y en su lugar envaino la espada.

Al apartar la mano de la empuñadura, la cólera del arma se apagó y las rodillas de Richard casi se

doblaron. Sin importar la justificación, la necesidad, el número de veces que usaba la espada con toda la razón, matar seguía siendo una acción repugnante.

Puesto que no quería estropearle la actuación a Nicci, Richard inclinó la cabeza como correspondía.

La mujer dirigió una feroz mirada a la multitud. Todo el mundo dio un paso atrás.

-Somos gente pacífica. ¿Habéis olvidado todo nuestro deber para con el prójimo? ¿Para con los dictados del Creador? ¿Cómo podemos esperar que el emperador nos acoja algún día de vuelta al redil de la Orden Imperial si nos comportamos como animales infrahumanos?

La multitud permaneció muda. Richard esperaba que también ellos captaran que Nicci tenía un propósito y que no debían estropear lo que intentaba conseguir.

-Como la esposa del alcalde, no toleraré que la violencia sin sentido envenene a nuestra gente y nuestro futuro.

Una joven puso los brazos en jarras y dio un paso al frente.

-Pero eran...

-Debemos en todo momento tener presente nuestro deber para con nuestro prójimo – dijo Nicci en tono amenazador, interrumpiéndola.

Nicci paseó una veloz mirada por los guardias.

-Nuestra responsabilidad es guiar a nuestro prójimo, no masacrarlo. Esta noche un hombre ha sido asesinado. Las autoridades del pueblo tendrán que ver este caso y decidir que será del carpintero. Algunos de vosotros tendréis que encargáros de que permanezca encerrado hasta entonces.

“Entre tanto, como la esposa del alcalde, no permitiré que este otro hombre corra una suerte similar. Sé que mi esposo querría arreglar las cosas pero también sé que no querría que se tuviese que esperar hasta mañana solo para que el dijese eso mismo. Querría que se rectificase la situación inmediatamente, así que conducirás a este otro ciudadano fuera de la ciudad y lo dejareis libre. Que siga su camino en paz. No le causaremos ningún daño. El carpintero como dije, tendrá que permanecer encerrado hasta que se le pueda llevar ante las autoridades correspondientes para responder de su atroz acción.

Víctor hizo una reverencia.

-Una decisión muy sabia, señora. Estoy seguro de que vuestro esposo, el alcalde, estará complacido al ver que intervinisteis en su nombre.

Nicci contempló iracunda su coronilla por un momento mientras él estaba inclinado ante ella; luego se dio la vuelta para colocarse ante el segundo espía. Le dedicó una reverencia.

Richard reparó en que en algún momento el cordón del corpiño de Nicci se había desatado. Tampoco el hombre lo pasó por alto. La profunda reverencia le proporcionó una buena y larga mirada al escote de la hechicera. Una vez que ésta se irguió, trascurrieron unos instantes antes de que el alzase por fin la vista para mirarla a los ojos.

-Espero que aceptéis nuestra disculpa por vuestro inhumano tratamiento. No es el modo en que nos enseñaron a respetar a todas las personas como nuestros hermanos e iguales.

El hombre hizo una mueca, como para pedir que pudiera ser capaz de perdonar el mal trato recibido.

-Comprendo que os mostréis tan susceptibles, con eso de la insurrección contra la Orden Imperial, y todo lo demás.

-¿Insurrección? – Nicci agitó una mano para quitarle importancia – Tonterías. Apenas fue otra cosa que un mal entendido. Algunos de los trabajadores... - señalo en dirección a Richard sin mirar- como estos hombres ignorantes y egoístas, que tenemos aquí, querían tener más voz y voto, y salarios más elevados. No fue más que eso. Como mi esposo he ha contado a menudo, se malinterpreto y exageró, fuera de toda proporción. Hombres egoístas provocaron un pánico desafortunado que se descontroló. Fue algo muy parecido a esta tragedia terrible ocurrida aquí esta noche; un malentendido que dio por resultado un daño innecesario a una de las criaturas inocentes del Creador.

El hombre la contemplo con una larga mirada inescrutable antes de hablar.

-¿Y todo Altur'Rang siente lo mismo?

Nicci suspiró.

-Bueno, junto con la inmensa mayoría de los habitantes de Altur'Rang, mi esposo, el alcalde, desde luego que sí. Ha estado trabajando para hacer entrar en vereda a los exaltados y alborotadores. Junto con representantes del pueblo ha trabajado para conseguir que esos pocos reaccionarios vean el error que cometieron y el gran daño que nos causan a todos. Actuaron sin tener en cuenta el bien mayor. Mi esposo ha conducido a los cabecillas de los disturbios ante el consejo del pueblo y sus miembros han decretado el

castigo adecuado. La mayoría se ha arrepentido. Al mismo tiempo, se afana en reformar y reeducar a los menos inteligentes del grupo.

El hombre inclinó la cabeza hacia ella en una leve reverencia.

-Por favor, decid a vuestro esposo que es un hombre sensato y tiene una esposa sensata que sabe que le corresponde estar al servicio del bien mayor.

Nicci asintió.

-Si, exactamente, el bien mayor. Mi esposo ha dicho eso a menudo, no obstante nuestros deseos o sentimientos personales, siempre debemos considerar el bien mayor por encima de todo lo demás; que, no obstante cualquier sacrificio personal debemos pensar únicamente en el perfeccionamiento de todas las personas y no aferrarnos a los hábitos pecaminosos de los deseos y la codicia individuales. Nadie tiene derecho a colocarse por encima del bienestar de los demás.

Las palabras de Nicci parecían haber conmovido al hombre. Tales conceptos eran las enseñanzas y creencias fundamentales de la Orden Imperial. Ella sabía con precisión cómo manipularlas a su conveniencia.

-Muy cierto – dijo él a la vez que la observaba, echando otra buena mirada al abierto escote del vestido – Supongo que lo mejor será que me ponga en marcha.

-¿Y adonde os dirigís? – preguntó Nicci, y la mano se alzó para contener pudorosamente la parte delantera del vestido, que se aflojaba por momentos.

El volvió a alzar los ojos hacia su rostro.

-Ah, simplemente pasábamos por aquí, dirigiéndonos más al sur, donde tenemos familia. Esperábamos hallar algún trabajo allí. No conocía a este tipo demasiado bien. Simplemente hemos estado viajando juntos estos últimos días.

-Bien – repuso Nicci – teniendo en cuenta lo sucedido aquí esta noche, estoy segura de que mi esposo sugeriría que, para vuestra propia seguridad, prosiguiérais con vuestro viaje, y teniendo en cuenta que aún hay unos pocos reaccionarios por ahí, sería mejor que lo hicierais de inmediato. Ya ha ocurrido una tragedia esta noche. No queríamos arriesgarnos a que sucediera otra.

El hombre pasó una mirada asesina por los reunidos. Los ojos se posaron en Richard, pero Richard mantuvo los suyos en el suelo.

-Si, desde luego, señora. Por favor, dadle las gracias al alcalde por intentar conducir a los inmundos alborotadores de vuelta a la senda del Creador.

Nicci efectuó un veloz gesto con la mano en dirección a unos cuantos de los guardias.

-Vosotros, acompañad a este hombre para que abandone la ciudad sin contratiempos. Llevad hombres suficientes para aseguraros de que no haya problemas. Y no necesito recordaros lo contrariados que estarían el alcalde y el consejo de la ciudad si descubriesen que este hombre sufrió algún daño. Se le debe permitir que prosiga su camino.

Los hombres inclinaron las cabezas y farfullaron que se asegurarían de ello. Por el modo en que actuaban, Richard pudo darse cuenta de que sabían volver a asumir el papel de lo que había sido su vida bajo la Orden Imperial. Todos los presentes en el establo contemplaron en silencio como los hombres desaparecían en la noche con el individuo cuya protección les habían encomendado. Hasta mucho después de que hubiesen desaparecido, todo el mundo permaneció inmóvil en un silencio tenso, vigilando la entrada vacía, como miedo a hablar hasta que el espía estuviese lo bastante lejos, no fuese a oír algo.

Bueno – dijo por fin Nicci con un suspiro – espero que consiga regresar con sus camaradas. Si lo hace, habremos contribuido en gran medida a sembrar un poco de confusión antes de la batalla.

-Conseguirá regresar, ya lo creo – repuso Víctor – Estará ansioso por dar parte de la información que le has facilitado esta noche. Con un poco de suerte, estarán tan seguros de sí mismos que podremos darles una autentica sorpresa.

-Esperemos que así sea – repuso Nicci.

Algunas de las personas que aun permanecían en el establo empezaron a charlar, complacidas con la estratagema de la hechicera de confundir al enemigo, Algunas dieron las buenas noches y siguieron su camino. Otras se quedaron de pie alrededor del cadáver, mirándolo fijamente.

Nicci dedicó a Víctor una sonrisa breve.

-Lamento haber tenido que pegarte.

Víctor se encogió de hombros.

-Bueno, dio resultado.

Cuando se volvió hacia Richard, Nicci parecía inquieta, como si temiese un sermón o una reprimenda.

-Quiero que las tropas que vienen hacia aquí piensen que no tendrán problemas para aplastarnos – explico – El exceso de confianza hace cometer errores.

-No era sólo eso – dijo Richard.

Nicci echó una ojeada a las personas que seguirán aún en los establos y luego se deslizó más cerca de él, de modo que los demás no pudiesen oírla.

-Dijiste que podía ir a reunirme contigo una vez destruidas las tropas que vienen a aplastar a los habitantes de Altur'Rang.

-¿Y?

Los ojos azules de la mujer se tornaron duros como el hierro.

-Y tengo la intención de asegurarme de que sean destruidas.

Richard la examinó durante un rato, decidiendo finalmente dejarle hacer lo que pudiese para ayudar a los habitantes de Altur'Rang y no interferir en el modo en que planeaba lograrlo. Además, estaba preocupado por cual podría ser su plan, aunque, justo en aquellos momentos, en realidad no quería saber que tramaba; ya tenía bastantes cosas en la cabeza.

Tomó los extremos sueltos de los cordones que ataban el corpiño de la hechicera, los tensó y los volvió a atar.

Ella permaneció con las manos a los lados, mirándolos a los ojos todo el tiempo mientras los ataba.

-Gracias – dijo cuando Richard finalizó – Imagino que deben de haberse soltado en medio de toda la conmoción.

Richard hizo como si no hubiese oído su mentira y echó una mirada a un lado, a Jamila, que estaba detrás de otras personas. La mujer, con la mejilla hinchada y roja, estaba arrodillada, abrazando a la aterrada niña.

Richard se acercó más.

-¿Cómo esta?

Jamila alzó la vista hacia él.

-A salvo. Gracias, lord Rahl. Salvasteis su preciosa vida. Gracias.

Mientras sollozaba y aferraba a su madre, la pequeña contempló a Richard con semblante despavorido, como si temiese que fuese a matarla a ella a continuación. Había presenciado algo terrible, llevado a cabo por la mano de Richard.

-Me tranquiliza que esté a salvo e ilesa – dijo Richard a Jamila.

Sonrió a la pequeña, pero recibió una mirada llena de odio.

Nicci lo cogió del brazo, haciéndose cargo de lo que sentía, pero no dijo nada.

Las personas que aún quedaban en el establo lo felicitaron por salvar a la niña. Todos parecían haber adivinado que las palabras de Nicci al hombre eran una estratagema. Muchos comentaron a la hechicera que consideraban muy ingenioso su engaño.

-Eso debería despistarlos – dijo uno de los hombres.

Richard sabía que ella tenía más cosas planeadas que simplemente “despistarlos”, y le inquietaba lo que la mujer pensase hacer.

Contempló durante un instante como algunos de los hombres arrastraban fuera el cuerpo del espía muerto. Siguiendo instrucciones de Ishaq, otros empezaron a limpiar la sangre. El olor de la sangre ponía nerviosos a los caballos y cuanto antes se deshicieran de él, mucho mejor.

El resto de las personas desearon a Richard un buen viaje y luego se marcharon en dirección a sus casas. No pasó mucho tiempo antes de que todo el mundo se hubiese ido. Los hombres que limpiaban acabaron y se fueron. Únicamente Nicci, Cara, Ishaq y Víctor permanecieron allí. Los establos se convirtieron en un lugar silencioso.

Richard inspecciono detenidamente las sombras antes de ir a ver los caballos que Ishaq había reunido para él. Los establos parecían demasiado silenciosos. Recordaba la quietud de la habitación de la hostería

antes de que la cosa se abriera paso a través de la pared, y era difícil no encontrar amenazador aquel repentino silencio. Deseo tener un modo de saber si la bestia estaba cerca o a punto de saltar; deseó saber cómo combatir a algo así. Toco con los dedos el pomo de la espada. Por lo menos, tenía la espada y el poder que la acompañaba.

Recordaba muy bien las promesas inhumanas de sufrimiento y tormento dejadas en el interior de Cara para que él las encontrara; le provocaba náuseas y mareo sólo el hecho de recordar el susurro sin palabras de aquellos compromisos. Por un momento, tuvo que detenerse y posar una mano en la barandilla para tranquilizarse.

Al echar un vistazo y ver a Cara, sintió todavía la alegría indescriptible que le producía verla sana y salva. Le alegró el corazón el solo hecho que le devolviera la mirada. Sentía una conexión profunda con ella como resultado de la experiencia de curarla, sentía como si conociese a la mujer que había bajo la armadura de mord-sith un poco mejor.

Ahora necesitaba ayudar a Kahlan, verla a ella también sana y salva.

Dos de los caballos estaban ya ensillados y aguardando, con las provisiones cargadas en los otros. Ishaq siempre había cumplido su palabra. Richard pasó la mano por los flancos de la yegua zaina al entrar en su compartimento, palpándole los músculos a la vez que le dejaba saber que estaba detrás de ella para que no se asustase. Una oreja giró hacia él.

Con todo lo que había sucedido, por no mencionar el olor a sangre en el aire, los caballos se mostraban asustadizos. La yegua sacudió la cabeza y pateo el suelo nerviosamente al tener cerca a un desconocido, así que, antes de dedicarse a enganchar su arco en la silla, él acarició el cuello del animal y le habló con dulzura. Alzó la mano y le rascó con suavidad la oreja, y le complació ver que la yegua se apaciguaba.

Cuando retrocedió fuera del compartimento, Nicci lo observaba, aguardando. Parecía perdida y sola.

-¿Tendrás cuidado? – preguntó.

-No te preocupes- dijo Cara mientras pasaba junto a ellos transportando algunas de sus cosas, y añadió – Le daré un sermón muy largo sobre lo insensato de sus irreflexivas actuaciones de esta noche.

-¿Qué acciones irreflexivas? – quiso saber Víctor.

Cara posó un brazo sobre la espaldilla del caballo, pasando distraídamente los dedos por las crines a la vez que se volvía de cara al herrero.

-Tenemos un dicho en D'Hara. Nosotros somos el acero contra el acero, de modo que lord Rahl pueda ser magia contra la magia. Lo que eso significa es que es estúpido por parte de lord Rahl arriesgar innecesariamente la vida en combates con armas. Nosotros podemos hacer eso; y para hacer eso, tiene que estar con vida. Nuestro trabajo es mantener a lord Rahl a salvo de armas de acero para que él pueda protegernos de la magia. Ese es el deber del lord Rahl. Esa es su parte del vínculo.

Víctor indicó con un gesto la espada de Richard.

-Yo diría que parece apanárselas bien con un arma.

Cara enarcó una ceja.

-En ocasiones tiene suerte. ¿Necesito recordarte que casi murió cuando lo hirieron con una simple flecha? Sin una mord-sith, estaría indefenso – añadió para remachar el clavo.

Richard puso los ojos en blanco cuando Víctor le dirigió una mirada de inquietud. También Ishaq pareció preocupado mientras miraba a Richard como si fuese un desconocido al que veía por primera vez. Los dos hombres lo habían conocido durante casi un año simplemente como Richard, un hombre que cargaba carros para los transportes de Ishaq y trajinaba hierro a la herrería de Víctor, incluso habían pensado que estaba casado con Nicci. En aquel momento no sabían que en realidad la hechicera lo tenía prisionero.

Descubrir que era el lord Rahl, el casi mítico luchador por la libertad del lejano norte, seguía desorientando un tanto a los dos hombres, que tendían a considerarlo como uno de los suyos que se había alzado para combatir la tiranía junto con ellos. Así era como lo conocían, y siempre que salía a relucir la cuestión del lord Rahl, se ponían nerviosos, como si de improviso no supiesen como debían comportarse ante él.

Mientras Cara se ocupaba de cargar el resto de sus pertenencias en alforjas. Nicci posó una mano sobre el hombro de Ishaq.

-Si no te importa, necesito ver a Richard a solas un momento antes de que se vaya.

Ishaq asintió.

-Víctor y yo estaremos fuera. Tenemos asuntos que discutir.

Cuando los dos hombres se encaminaron a la puerta. Nicci lanzó a Cara una mirada. La mord-sith asestó a su caballo una palmada en el flanco y luego siguió a los dos hombres fuera del establo. Cerró la enorme puerta tras de sí. A Richard lo dejó atónito, y un poquitín preocupado, ver marchar a Cara sin discutir.

Nicci permaneció de pie ante él bajo la tenue luz de los faroles entrelazando los dedos y pareciendo más bien incómoda.

-Richard, me preocupas. Debería estar contigo.

-Has iniciado alta esta noche que creo que tendrás que ser la persona que le ponga fin.

-Tienes razón en eso – repuso ella con un suspiro.

Richard se preguntaba qué había iniciado, que tenía en mente exactamente la mujer, pero debía partir. Si bien le preocupaba la seguridad de Nicci, estaba infinitamente más preocupado por Kahlan y quería ponerse en marcha.

-Pero con todo...

-Cuando hayas acabado de ayudar a esta gente a poner fin a la amenaza inmediata de los soldados que vienen hacia aquí, puedes alcanzarme – le dijo Richard – Con ese mago, Kronos, liberándolos, la gente de aquí va a necesitar tu ayuda.

-Lo sé – Asintió, pues había hecho ya las mismas consideraciones – Créeme, tengo intención de eliminar la amenaza que va a abatirse sobre la ciudad. No permitiré que me haga perder mucho tiempo y luego me reuniré contigo.

Una oleada de gélido temor le recorría al comprender de improviso el meollo de su plan. Quiso decirle que olvidase lo que pensaba, pero se obligó a permanecer en silencio; tenía una tarea importante y peligrosa que necesitaba iniciar, y no quería que ella le dijese que no podía hacer lo que había planeado.

Además, ella era una hechicera aquí sabía muy bien lo que hacía. Había sido una Hermana de las Tinieblas; una de las seis mujeres que habían sido sus maestras en el Palacio de los Profetas. Cuando una de ellas había intentado matarle para robarle su don. Richard la había matado, y eso había sido el inicio de la batalla que había destruido el palacio. Con el tiempo, Jagang había capturado al resto de esas mujeres, incluida la hermana Ulicia, su cabecilla. Para poder salvar la vida de Kahlan, Richard había permitido en una ocasión que cinco de ellas le juraran lealtad para que así pudiesen escapar del control que tenía sobre ellas el Caminante de los Sueños. Nicci no había estado con ellas por entonces. Otra murió más tarde en la slip, dejando sólo a aquellas cuatro Hermanas de las Tinieblas, además de a Nicci, fuera de las garras de Jagang.

Nicci era sin duda una amenaza formidable para cualquiera que se opusiese a ella pero, de todos modos, esperaba que no estuviese corriendo un riesgo estúpido sólo para regresar antes a la tarea de protegerle.

Richard introdujo los pulgares tras el cinto, sin saber exactamente que quería la mujer.

-Puedes venir a reunirme conmigo en cuanto te sea posible. Ya te lo dije.

-Lo sé.

-Una advertencia – Aguardó hasta que la mirada de Nicci ascendió hasta la suya – No importa lo poderosa que creas que eres, algo tan simple como una flecha puede matarte.

Una breve sonrisa asomó al rostro de la hechicera.

-La advertencia sirve para los dos, mago.

-¿Cómo me encontraras? - se le ocurrió de repente.

Ella alzó la mano y le agarró por el cuello de la camisa mientras se apoyaba contra él.

-Por eso quería estar a solas contigo. Necesitaré tocarte con magia para poder encontrarte.

Todas las alarmas se encendieron en Richard.

-¿Qué clase de magia?

-Imagino que podrías decir que es un poco como tu vínculo con el pueblo d'haraniano. Ahora no es el momento de entrar en explicaciones.

A Richard empezó a preocuparle el motivo de que necesitase estar a solas con él para llevar a cabo tal cosa. Todavía asiéndolo de la camisa, la hechicera se apretó contra él, entrecerrando los ojos.

-Sólo quédate quieto – susurró.

Parecía más bien indecisa y reacia respecto a darle explicaciones de lo que había planeado, y tanto por su aspecto como su voz, daba la impresión de estar entrando en trance.

Richard habría jurado que los faroles habían brillado con más intensidad antes. Ahora el establo aparecía tenuemente iluminado por un suave resplandor naranja. El heno olía de un modo más agradable. El

aire parecía más cálido.

Richard se dijo que tal vez no debería estarle permitiendo hacer lo que tenía intención de hacer. Al final, no obstante, decidió que confiaba en ella.

La mano de Nicci le soltó la camisa y se deslizó hacia arriba y por encima del hombro, hasta la parte posterior del cuello. Sus dedos resbalaron alrededor del cuello y la mano se cerró, sujetando los cabellos de la nuca para mantenerlo inmóvil.

La alarma de Richard aumentó. De repente, no estaba tan seguro de querer que lo tocara con su poder. Había sentido su magia en varias ocasiones anteriormente y no era algo que estuviera ansioso por volver a experimentar.

Quiso retroceder pero, por alguna razón, no lo hizo.

Nicci se limitó aún más hacia él y le besó la mejilla con dulzura.

Fue más que un beso.

El mundo alrededor de Richard se desvaneció. Los establos, el aire húmedo, el aroma dulce del heno, todo pareció dejar de existir. Lo único que existió era su conexión con Nicci, como él ella fuese todo lo que lo retenía para que no se desvaneciese.

Fue arrastrado al interior de un creciente reino de placer extremo, lleno de toda la vida. Fue una sensación irresistible, desorientadora y magnífica. Todo, desde la sensación de la conexión con ella, la calidad y vitalidad de la hechicera, hasta llegar a toda la belleza del mundo, dio la sensación de fluir a través de él, llenándolo hasta empapar su mente, hasta hacerle sentir mareado con la pasmosa euforia de todo ello.

Toda clase de placeres que hubiese conocido nunca lo envolvieron con una fuerza abrumadora, ampliados más allá de nada que hubiese experimentado jamás, envolviéndolo en un arrobamiento tan intenso que la satisfacción que producía le provocó un jadeo y lágrimas.

Cuando Nicci puso fin al beso en la mejilla, el interior del establo volvió a hacer acto de presencia arremolinándose a su alrededor. Sin embargo, parecía más intenso de lo que había sido antes, lo que veía y lo que olía más vibrante de lo que recordaba. Reinaba el silencio salvo por el siseo de un farol cercano y el quedo relincho de los caballos. Las manos de Richard temblaban.

No sabía si lo que Nicci había hecho había durado un segundo o una hora. Esa magia no se parecía a nada que Richard hubiese experimentado con anterioridad, y lo dejó tan sin aliento que tuvo que recordarse que debía volver a respirar.

La miró, pestañeando.

-¿Qué... que has hecho?

Una sonrisa floreció en la curva de los labios de Nicci y en sus ojos de deslumbrante color azul.

-Te toque con un leve vestigio de mi magia para que pueda encontrarte. Reconozco mi poder y podré seguirlo hasta ti. No temas, el efecto durará el tiempo suficiente para que pueda encontrarte.

-Creo que has hecho algo más, Nicci.

La sonrisa se esfumó y su frente frunció un ceño. Tardó un momento en hallar las palabras, pero por fin lo escudriñó con una intensidad que le indicó que era importante para ella que comprendiera.

-En todas las ocasiones anteriores, Richard, te he hecho daño con la magia; cuanto te llevé conmigo; cuanto te mantuve prisionero; incluso cuando te curé. Siempre resultó pernicioso o doloroso. Perdóname, pero quise, sólo por una vez, que tuvieses un contacto con la magia en el que yo no te provocase dolor ni odio hacia mi persona.

Alejó la mirada de él.

-Quise que tuvieses un mejor recuerdo de mí que el de esas veces anteriores, cuando te toqué con el dolor de la magia. Quise, sólo por una vez, durante un pequeño vestigio de algo agradable.

Richard no podía ni imaginar cómo habría sido algo que fuese más que un “pequeño vestigio”.

Le alzó la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

-No te odio, Nicci. Lo sabes. Y sé que las veces en que me curaste me dabas la vida. Eso era lo que contaba.

Finalmente, fue él quien tuvo que apartar la mirada de sus ojos azules, y le pasó por la mente que Nicci era tal vez la mujer más hermosa que había visto nunca.

Aparte de Kahlan.

-Gracias, de todos modos – consiguió decir, sintiendo aún los persistentes efectos de la sensación.

Ella le agarró el brazo.

-Hiciste una buena cosa esta noche, Richard. Pensé que un poco de magia agradable te devolvería

algo de tus fuerzas.

-He visto a mucha gente padecer y morir. No podía soportar la idea de que la pequeña también muriese.

-Me refiero al salvar la vida de Cara.

-¡Oh! Bueno, tampoco podía soportar la idea de que esa grandullona muriera.

Nicci sonrió.

-Es necesario que me ponga en marcha – dijo él, señalando los caballos.

Ella asintió y él se apartó para comprobar los arneses. Nicci fue a abrir la puerta del establo. Una vez que lo hizo, Cara volvió a entrar para coger su caballo.

Faltaban aún un par de horas para el amanecer. Richard advirtió que estaba terriblemente cansado, en especial tras la reunión emocional de haber usado la espalda, pero sí que se sentía mejor después de lo que Nicci acababa de hacer. De todos modos, sabía que no podrían dormir mucho durante un tiempo, pues tenían un largo viaje por delante y se proponía llevarlo a cabo con la mayor rapidez. Al llevar caballos de refresco con ellos podrían cabalgar aprisa, cambiar de monturas, y luego continuar cabalgando igual de rápido.

Nicci le sujetó el bocado al caballo mientras él introducía la bota en el estribo y montaba. La yegua sacudió la cola y brincó a un lado y a otro, ansiosa por salir del establo aunque todavía fuese de noche. Richard le palmeo la espaldilla para tranquilizarla. El animal tendría muchísimo tiempo para mostrarle su brío.

Cara, una vez sobre su silla, volvió la cabeza para mirarlo con el entrecejo fruncido.

-A propósito, lord Rahl ¿adonde vamos con tantas prisas?

-Necesito ver a Shota.

-¡Shota! – Cara se quedó boquiabierta - ¿Vamos a ir a ver a la bruja? ¿Habéis perdido el juicio?

Nicci, repentinamente preocupada, corrió junto a él.

-Ir a ver a la bruja es una locura... por no mencionar la presencia de tropas de la Orden Imperial a lo largo de todo el camino hasta el Nuevo Mundo. No puedes hacer eso.

-Tengo que hacerlo. Creo que Shota podría ser capaz de ayudarme a encontrar a Kahlan.

-¡Richard, es una bruja! – Nicci estaba fuera de sí - ¡No te va a ayudar!

-Me ha ayudado antes. Nos dio a Kahlan y a mí un regalo de boda. Creo que ella lo recordará.

-¿Un regalo de boda? – Preguntó Cara - ¿Estáis loco? Shota más bien preferiría mataros.

Había más verdad en aquello de lo que Cara sabía, pues la relación de Richard con Shota siempre había sido inestable.

Nicci le posó una mano sobre la pierna.

-¿Qué regalo de boda? ¿De qué hablas?

-Shota quería que Kahlan muriese porque temía que juntos concibiéramos lo que Shota creía que sería un niño monstruo; un Confesor con el don. En nuestra boda, a modo de tregua; dio a Kahlan un collar con una piedra oscura. Su magia impide que Kahlan quede embarazada. Kahlan y yo decidimos que por el momento, con todo lo que estaba pasando y todas las cosas de las que preocuparnos, aceptaríamos la tregua de Shota.

Había habido un momento, cuando los repiques habían quedado libres, en que toda clase de magia había fallado. Durante un tiempo ellos no habían sabido nada sobre los repiques, ni que la magia del collar había dejado de funcionar, y fue entonces cuando Kahlan había concebido una criatura. Los hombres que la golpearon aquella noche terrible habían puesto fin a su embarazo.

También era posible, que debido a aquel breve fallo de la magia, la naturaleza del mundo hubiese padecido un cambio fundamental e irrevocable que conduciría al fin de toda magia. Kahlan creía que estaba sucediendo, pues habían tenido lugar una serie de acontecimientos extraños que de otro modo resultarían inexplicables. Zedd lo había llamado el “efecto cascada”, diciendo que, una vez iniciada, no se podía detener una cosa así. Richard no sabía si era cierto o no que la magia estaba fallando.

-Shota recordará el collar que dio a Kahlan. Recordará la magia que hizo, del mismo modo que tú recordarás la tuya para encontrarme. Si alguien puede recordar a Kahlan, es Shota. He tenido mis discrepancias con esa bruja, pero en el pasado también le he ayudado involuntariamente. Me lo debe. Me ayudará. Tiene que hacerlo.

Nicci elevó las manos al cielo.

-Por supuesto que tal cosa tendría que ser un collar que Kahlan llevaría puesto, y no algo que tú tienes ¿No te das cuenta de lo que haces? Una vez más tu mente ha inventado algo, que muy

convenientemente, no se puede probar. Todo lo que se te ocurre es algo que está en otro lugar o que no podemos ver. Este collar es simplemente una parte más de tu sueño – Nicci se llevó una mano a la frente – Richard, esa bruja no va a recordar a Kahlan porque Kahlan no existe.

-Shota puede ayudarme. Sé que puede. Sé que lo hará. No se me ocurre una mejor oportunidad de obtener respuestas. El tiempo pasa. Cuanto más tiempo permanezca Kahlan con quien sea que la tiene, mayor peligro corre su vida y menor es mi posibilidad de ayudarla. Tengo que ir a ver a Shota.

-¿Y qué sucede si estas equivocado? – Le planteó Nicci - ¿Y si esa bruja se niega a ayudarte?

-Haré lo que sea necesario para obligarla a ayudarme.

-Richard, por favor, pospón esto al menos por un día o dos. Podemos discutirlo. Deja que te ayude a considerar adecuadamente tus opciones.

Richard tiró de las riendas, dejando que su caballo y los que estaban atados a él empezaran a andar hacia la puerta.

-Ir a ver a Shota es mi mejor posibilidad de obtener respuestas. Me voy.

Se agachó para pasar por debajo de la entrada. A lo largo de los extensos jardines las cigarras seguían con su cantinela.

Hizo girar el caballo y vio a Nicci en la puerta, iluminada desde atrás por la luz de los faroles.

-Ten cuidado – dijo a la hechicera – Si no por ti, por mi.

Aquello la hizo sonreír. Sacudió la cabeza con resignación y le respondió.

-Como ordenéis, lord Rahl.

Richard agito la mano para despedirse de Víctor a Ishaq.

-Buen viaje – dijo Ishaq a la vez que se quitaba el sombrero.

Víctor saludó con el puño sobre el corazón.

-Regresa con nosotros cuando puedas, Richard.

Richard les prometió que lo haría.

Mientras iniciaban el descenso por la calzada. Cara sacudió la cabeza.

-No sé por qué os tomasteis tantas molestias para salvarme la vida. Vamos a morir, lo sabéis ¿no?

-Pensaba que venías conmigo para impedir que eso sucediera.

-Lord Rahl, no sé si os puedo proteger de una bruja. Jamás me he enfrentado al poder de esas mujeres, ni he oído de ninguna mord-sith que lo haya hecho. El poder de una Confesora acostumbraba a ser letal para una mord-sith. Podría darse el caso de que el poder de las brujas sea igual de fatal. Haré todo lo que pueda, pero creo que deberías saber que podría no ser capaz de protegeros de una bruja.

-Bueno, yo no me preocupo de eso, Cara – repuso Richard a la vez que apretaba las piernas y cambiaba de posición el peso del cuerpo para instar a su caballo a emprender un medio golpe – Si conozco a Shota, no permitirá que te le acerques, de todos modos.

25

Mientras descendía por la acera de una calle amplia conduciendo a un pequeño grupo de hombres, Nicci, pensaba que en cierto modo parecía como si el sol se hubiese apagado desde la marcha de Richard. Echaba de menos el simple hecho de mirarlo a los ojos, a la chispa de vida que había en ellos. Durante dos días se había dedicado sin descanso a los apremiantes preparativos para el inminente ataque, pero, sin Richard por allí, la vida parecía vacía, menos luminosa, menos... menos de todo.

Al mismo tiempo, cuando él había estado por allí, su obstinada determinación de encontrar a su amor imaginario había resultado agotadora. De hecho, en ocasiones había deseado estrangularle. Había intentado de todo, desde la paciencia a la cólera, en un intento de conseguir que se convenciera y viera la verdad, pero había sido como intentar empujar una montaña. Al final, nada de lo que había hecho o dicho había servido.

Por el propio bien de Richard deseaba de veras ayudarle a asumir la realidad, y para hacerlo tenía que desafiarse en un esfuerzo por intentar conseguir que volviera a sus cabales antes de que sucediese algo terrible, pero al mismo tiempo el intentar hacerle ver la verdad parecía convertirla siempre en la mala. Odiaba hallarse en aquella posición.

Esperaba que, cuando terminase de ayudar a librar a Altur'Rang de la amenaza de las tropas de la Orden Imperial, pudiese alcanzar enseguida a Richard y a Cara. Con caballos de repuesto y con lo deprisa que sabía que el podía cabalgar. Nicci comprendía que no podría alcanzarle hasta después de que el llegase

hasta la bruja. Y si es que conseguía llegar tan lejos. Si Shota no lo mataba.

Por lo que Nicci sabía sobre brujas, las posibilidades de Richard de salir de su guarida con vida eran escasas, pues tendría que enfrentarse a la bruja sin la ayuda y protección de Nicci. Con todo, él conocía a la mujer, y era una mujer en todos los sentidos, por lo que Nicci había oído de ella, así que a lo mejor Richard se mostraría al menos cortés; no era nada sensato ser maleducado con las brujas.

Pero, incluso si sobrevivía al encuentro con una bruja, seguiría deprimido si ella no lo ayudaba, y Nicci sabía que ésta no podía porque no existía ninguna Kahlan que Richard pudiese encontrar. A veces la enfurecía que fuese tan obstinado con algo que, de un modo tan evidente, no era más que una ilusión; otras veces le preocupaba que no estuviese perdiendo la cordura. Era una idea demasiado espeluznante.

Nicci se detuvo al comprender de improviso algo terrible.

Los hombres que la seguían se detuvieron haciendo esos cuando ella lo hizo, sacándola de sus pensamientos. Todos la acompañaban, bien para ocuparse de sus instrucciones sobre las defensas de la ciudad o bien para llevar mensajes. Ahora permanecían todos inmóviles, callados e inquietos, sin saber por qué se había detenido.

-Ahí arriba- dijo a los hombres, señalando un edificio de ladrillo de tres pisos – Aseguraos de que podamos sacarle un buen provecho a ese lugar y colocad al menos una docena de arqueros en las ventanas. Ocupaos de que dispongan de una gran provisión de flechas.

-Iré a echar un vistazo – dijo uno de los hombres antes de cruzar corriendo la calle, esquivando carros, caballos y carretillas de mano.

La gente pasaba a toda prisa por la acera rodeando a Nicci y a los hombres que la acompañaban como si fuesen una roca en un río de agua torrenciales. Los transeúntes hablaban en murmullos mientras discurrirán entre vendedores ambulantes que daban voces intentando vender sus mecánicas. También los había que discutían sobre la inminente batalla y lo que harían para protegerse. Carros y carretas pasaban a toda velocidad para completar la tarea de hacer acopio de provisiones o llevar a cabo otros trabajos necesarios mientras todavía podían.

A pesar del estrépito de caballos, carros y gente, Nicci no oía nada de todo ello en realidad. Pensaba en la bruja.

Nicci había comprendido de repente que Shota podría no tan sólo no estar dispuesta a ayudar a Richard, sino que podría no decirle la verdad. Las brujas tenían su propio modo de hacer las cosas, y sus propios fines.

Si aquella mujer pensaba que Richard estaba siendo demasiado insistente o autoritario, podría muy bien decidir deshacerse de él enviándolo en una búsqueda inútil por los confines del mundo. Podría muy bien hacer tal cosa simplemente para divertirse, o para condenarlo a una muerte lenta en una marcha interminable a través de algún desierto lejano. Una bruja podría hacer algo así, sólo porque podía. Richard, en su urgencia por encontrar a su mujer imaginaria, no tomaría en cuenta esas posibilidades y marcharía de inmediato a donde ella indicase.

Nicci estaba furiosa consigo misma por dejarle marchar para ir a ver a una mujer tan peligrosa. Pero ¿qué podía hacer ella? No podía prohibirle ir

La única posibilidad que tenía era deshacerse del hermano Kronos y sus tropas con tanta rapidez como fuese posible y luego ir en pos de Richard y hacer lo que pudiese para protegerlo.

Divisó al hombre que había enviado a comprobar el edificio de ladrillo esquivando carros y caballos mientras cruzaba la calle hacia donde estaban ellos. Nicci reparó en que incluso, con toda la gente que había por las calles de la ciudad seguía siendo un día menos bullicioso que de ordinario. Por todas partes, la gente efectuaba preparativos; algunos ya se habían refugiado en lugares en los que creían que podrían estar a salvo. Nicci había acompañado a la Orden cuando arrasaban una ciudad. No existía ningún lugar seguro.

El hombre esquivó un carro vacío y llegó por fin junto a Nicci. Se quedó allí de pie aguardando en silencio; temeroso de decir nada hasta que ella le pidiese su informe. El hombre la temía. Todo el mundo la temía. Ella no era simplemente una hechicera. Era una hechicera que estaba de mal humor, y todos lo sabían.

Nadie comprendía por qué parecía estar tan malhumorada, pero durante dos días todo el mundo había andado con pies de plomo cuando estaban a su alrededor. No tenía nada que ver con ellos, y ni siquiera nada que ver con que Richard hubiese salido disparado en su loca búsqueda de una mujer que no existía, pero ninguno de ellos lo sabía. Nicci estaba enfrascada en los preparativos contra la feroz violencia que estaba por llegar, ensayando mentalmente las diferentes cosas que podría necesitar hacer, y endureciéndose para todo ello.

Cuando se estaba a punto de dar rienda suelta a una brutalidad casi inconcebible, uno no tarareaba una alegre melodía y comentaba el día tan espléndido que hacía. Uno abrigaba pensamientos siniestros.

Nicci no se molestó en ningún momento en explicar su estado de ánimo: llevar a cabo ese esfuerzo agotaría parte de su reserva de energía. Prepararse mentalmente para acumular cada pedacito de habilidad, conocimiento, sabiduría y poder que tenía requería cierto retraimiento. Existían fuerzas violentas y letales que aquellas personas ni siquiera podían comprender que ella tenía que liberar en un instante, y no podía explicar todo aquello a cada uno. Tendrían que sobrellevarlo.

-¿Bien? – preguntó con calma al hombre mientras éste permanecía en silencio recuperando el resuello.

-Servirá – dijo el – Tejen y confeccionan ropa allí. Las tres plantas están muy despejadas, de modo que los arqueros se podrán mover con rapidez y facilidad de ventana en ventana para obtener el mejor blanco.

Nicci asintió. Acercó una mano a la frente para protegerse los ojos del sol y volvió a mirar al oeste, a lo largo de la amplia avenida. Estudió el trazado de las calles y los ángulos en los que se cruzaban, y finalmente decidió que el cruce en que estaban, con el edificio de ladrillo al otro lado, era el mejor punto. Con las anchas que eran ambas vías, probablemente esas calles serían las elegidas por la caballería enemiga para atacar. Conocía el modo en que la Orden llevaba a cabo sus ataques. Les gustaba la amplitud para poder presentar un frente poderoso, para asestar el golpe más potente y así hacer pedazos al enemigo, y estaba más que segura de que enviarían a la caballería por allí si venían del este, como esperaba.

-Bien- dijo el hombre – Encárgate de colocar arqueros aquí, junto con un gran suministro de flechas. Hazlo rápido. No creo que tengamos mucho tiempo.

Mientras el hombre corría a ocuparse de ello, Nicci divisó a Ishaq a lo lejos, que venía a toda prisa en un carro tirado por dos de sus enormes caballos de tiro. Parecía tener prisa. La hechicera tenía una buena idea de porque venía a buscarla, pero intentó no pensar en ello. Se volvió hacia otro de los hombres que la acompañaban.

-Ahí atrás, justo después del edificio de ladrillo donde apostaremos a los arqueros, quiero que se coloquen las estacas con puntas de acero. En toda esa calle y en los laterales, de modo que si los hombres que queden de la carga intentan tomar cualquiera de esas rutas para escapar se encuentren con lo mismo.

Una vez que el enemigo cargara por esa calle principal, alzarían súbitamente las estacas para empalarlos. Los arqueros acabarían con los que quedaran atrapados entre las estacas y los hombres que siguieran entrando a toda velocidad por detrás.

El hombre asintió y salió corriendo a cumplir sus órdenes. Ella ya había dado instrucciones sobre las estacas. La herrería de Víctor y varias otras habían trabajado febrilmente para fabricar esas simples pero mortales trampas. Eran poco más que una barrera de afiladas púas, casi como una cerca, pero con estacas de diferentes longitudes.

Había estacas colocadas por muchas de las calles de la ciudad. Mientras estaban planas sobre el suelo no impedían el paso por la calle, pero cuando la caballería cargase, se alzarían como un resorte y quedarían inmovilizadas. El hecho de que las estacas fueran de diferentes longitudes permitía que fuesen mucho más traicioneras que un simple muro de púas. Si se hacía como era debido, la caballería enemiga lanzaría sin querer a sus caballos directamente sobre las afiladas puntas. Incluso aunque intentaran saltarlas, lo más probable era que los caballos quedaran destripados. Era un arma sencilla, pero sumamente eficaz.

Una vez alzadas éstas no se podían bajar fácilmente. Los aterrorizados caballos se clavarían en las estacas o al menos quedarían obstaculizados. Cuando la caballería cargase, los soldados o bien caerían de los caballos y probablemente resultarían heridos o muertos, o bien tendrían que desmontar para seguir avanzando. En cualquier caso, los arqueros tendrían una inmejorable posibilidad de acabar con ellos.

Los hombres encargados de los tramos de estacas tenían instrucciones de juzgar la situación y no alzarlas en cuanto la caballería llegara hasta ellas. En algunos casos sería mejor esperar hasta que algunos las hubiesen dejado atrás. Si había muchos soldados de caballería, eso permitiría a los defensores dividir a las fuerzas enemigas, y confundirlas, cortando las líneas de mando, haciendo que perdieran la ventaja y que resultara más fácil ocuparse del fragmentado ejército. La eliminación de la caballería era esencial para detener la invasión.

Nicci sabía, no obstante, que en medio del pánico el enfrentamiento a una carga de enemigos pidiendo sangre a voz en grito, tales planes tendían a olvidarse. Sabía que ante la visión de soldados tan terribles, algunos saldrían huyendo, sin llegar a alzar las estacas. La hechicera había visto tal terror con

anterioridad, y por eso había colocado más tramos de estacas de lo que era necesario.

Casi todo el mundo en la ciudad estaba comprometido en su defensa, aunque algunos serían más efectivos que otros. Incluso mujeres que estaban en casa con niños tenían rocas y aceite hirviendo, que tenían intención de arrojar sobre cualquier invasor. No había habido mucho tiempo para confeccionar armas sofisticadas, pero había hombres en todas partes con montones de lanzas. Una vara afilada no era nada compleja, pero si derribaría un caballo o atravesaba a un hombre, bastaba. No importaba si se trataba de soldados de caballería o de infantería, había que derrotarlos a todos, así que había miles de hombres de la ciudad armados con arcos. Con un arco, incluso un anciano podía matar a un corpulento soldado.

Una flecha podía acabar incluso con un mago.

Sería inútil hacer que los hombres de la ciudad intentasen combatir a soldados experimentados en una batalla tradicional. Tenía que impedir que los soldados de la Orden emplearan todo lo que estaban acostumbrados a utilizar.

El objetivo de Nicci había sido convertir la ciudad en una trampa enorme. Ahora tenía que atraer a la Orden al interior de aquella trampa.

En ese momento vio el carro de Ishaq avanzando hacia ella en medio de un gran estruendo mientras la gente se apartaba apresuradamente fuera de su camino. Ishaq tiró de las riendas y detuvo a los enormes caballos, levantando una nube de polvo.

Echó el freno y saltó de vehículo, algo que ella no habría esperado que pudiese hacer con tal agilidad. Se sujetó el sombrero sobre la cabeza mientras corría. En la mano libre sostenía otra cosa en alto.

-¡Nicci! ¡Nicci!

La hechicera se volvió hacia los hombres que la acompañaban.

-Sería mejor que fueseis a ocuparos de las cosas que hemos discutido. No creo que tengamos más que unas pocas horas.

Los hombres se mostraron sorprendidos y alarmados.

-¿No crees que esperaran hasta la mañana? – preguntó uno.

-No. Creo que atacaran estar tarde – No les dijo porque lo creía.

Los hombres asintieron y marcharon corriendo a sus tareas.

Ishaq se detuvo jadeante. Tenía el rostro casi tan colorado como el sombrero.

-Nicci, un mensaje – agitó el papel ante ella – Un mensaje para el alcalde.

Nicci sintió un nudo en el estómago.

-Un grupo de hombres vino a caballo – dijo Ishaq – Llevaban una bandera blanca, tal como dijiste que harían. Traían un mensaje para “el alcalde” ¿Cómo lo sabías?

Ella hizo caso omiso de la pregunta.

-¿Lo has leído ya?

El rostro enrojeció.

-Sí. También lo leyó Víctor. Esta muy enfadado. No es una buena cosa enojar al herrero.

-¿Tienes un caballo como solicite?

-Sí, si tengo un caballo – Le entregó el papel – Pero creo que será mejor que leas esto.

Nicci desdobló la hoja y la leyó en silencio.

Ciudadano alcalde:

Se me ha notificado que los habitantes de Altur'Rang, bajo tu dirección desean adjurar de su pecaminosa actitud y volver a inclinarse ante la autoridad sabia, misericordiosa y soberana de la Orden Imperial.

Si es cierto que desees evitar a los habitantes de Altur'Rang la destrucción total que reservamos para sediciones e infieles, entonces, como muestra de tus buenas intenciones y sumisión voluntaria a la jurisdicción de la Orden Imperial, atarás las manos de tu encantadora y leal esposa, y me la enviaras como un humilde presente.

En el caso de que no me entregues a tu esposa como se te ordena, todos los habitantes de Altur'Rang morirán.

*Al servicio del Creador misericordioso,
Hermano Kronos
Comandante de las fuerzas*

Nicci aplastó el mensaje en el puño.

-En marcha.

Ishaq volvió a colocarse y apresuró el paso para alcanzarla mientras ella caminaba con paso decidido hacia el carro.

-¿No pensarás en serio hacer lo que exige ese animal, verdad?

Nicci puso un pie en el travesaño de hierro y se encaramó al pescante del carro.

-En marcha, Ishaq.

El hombre rezongó mientras trepaba al vehículo junto a ella. Quitó el freno y sacudió las riendas, chillando a la gente que se quitase de en medio mientras hacía girar el carro. Nubes de polvo se alzaron de las ruedas cuando hizo el girar el carro en la calle, chasqueando el látigo por encima de los flancos de los caballos mientras les gritaba. El carro describió el giro y se enderezó.

Nicci se agarró a la barandilla lateral mientras el carro avanzaba dando bandazos, dejando que la otra mano, con el mensaje arrugado en el puño, descansara sobre el regazo de su vestido rojo. Miro sin ver mientras cruzaban a toda velocidad las calles de Altur'Rang, pasando entre edificios, tiendas, otros carros, caballos y gente a pie. La luz baja del sol titilaba entre hileras de árboles situados a la izquierda mientras ellos corrían en dirección norte por la amplia avenida. En puestos de hortalizas, de quesos, de pan y de carnes, cubiertos con toldos, algunos de colores insulsos y algunos a rayas, una multitud se aprestaba a adquirir toda la comida que pudiera antes del inminente asalto.

La calle se estrechó al penetrar en las zonas más antiguas de la ciudad. El tráfico estaba colapsado por los carros, caballos y personas que circulaban por ella. Sin aminorar gran cosa la velocidad, Ishaq sacó a los dos enormes caballos de tiro de la calle principal y tomó atajos a través de callejuelas situadas tras apiñadas hileras de casas donde familias enteras Vivían en una única habitación. Las coladas ocupaban cuerdas que entrecruzaban patios o edificios opuestos, por encima de sus cabezas. Casi todas las parcelas diminutas de la parte trasera de los atestados edificios se usaban para cultivar verduras o criar gallinas. A medida que las aves se dejaban llevar por el pánico ante la visión del vehículo que pasaba junto a su patio batían las alas, y volaban plumas.

Ishaq, manejaba con destreza el tiro, que corría a una velocidad aterradora, guiando a los animales para esquivar los obstáculos que creaban cobertizos, vallas, muros y árboles. Lanzaba gritos de advertencia mientras cruzaba como una exhalación por calles atestadas y los sobresaltados transeúntes se echaban atrás, dejándole pasar.

El carro dobló por una calle que Nicci recordaba muy bien, siguiendo junto a un muro bajo que finalmente le hizo torcer hacia el almacén de la compañía de transportes de Ishaq. El vehículo brinco al interior del partiío lleno de surcos y se detuvo, un tanto torcido, bajo la sombra de un roble que se alzaba por encima del muro.

Nicci descendió a la vez que veía como se abría una de las puertas dobles. Habiendo oído el ruido. Víctor salió del edificio, enfurecido como si tuviese intención de asesinar a la primera persona a la que pudiese ponerle las manos encima.

-¿Has visto el mensaje? – preguntó.

-Si, lo he visto. ¿Dónde está el caballo que pedí?

El señaló con un pulgar la puerta abierta.

-Bien ¿qué vamos a hacer ahora? Probablemente lanzaran el ataque al amanecer. No podemos permitir que esos soldados te lleven con ellos. No podemos permitirles marchar y que informen de que no haremos lo que Kronos exige ¿Qué vamos a decirles?

Nicci inclino la cabeza en dirección al edificio.

-Ishaq ¿podrías ir a buscar el caballo, por favor?

El hombre miró extrañado.

-Deberías casarte con Richard. Hacéis una buena pareja. Los dos estas locos.

Sobresaltada. Nicci sólo pudo mirar al hombre con asombro.

Finalmente recupero la voz.

-Ishaq, por favor, no tenemos mucho tiempo. No queremos que esos tipos regresen con las manos vacías.

-Si, su Alteza – se mofó él – permitid que vaya en busca de vuestra montura real.

-Nunca he visto a Ishaq actuar de ese modo – dijo Nicci a Víctor mientras observaba como el hombre caminaba decidido hacia la puerta, mascullando imprecaciones.

-Piensa que estás loca. También yo lo pienso – Víctor puso los brazos en jarras - ¿Ha salido mal la estrategia que usaste con el espía de los establos? ¿O es eso lo que planeaste desde el principio?

No estando de humor para discutir con él, Nicci le devolvió una mirada colérica.

-Mi plan – masculló entre dientes – es ponerle fin a esto lo antes posible y evitar que masacren a los habitantes de Altur'Rang.

-¿Qué tiene eso que ver con entregarte al hermano Kronos como presente?

-Si les permitimos que ataquen al amanecer, tendrán ventaja. Necesitamos que ataquen hoy.

-¡Hoy! – Víctor dirigió una ojeada al oeste, en dirección al sol que descendía – Pero no tardara en oscurecer.

-Exactamente – dijo ella mientras se inclinaba dentro de la caja del carro y agarraba un trozo de cuerda.

Víctor dirigió la mirada al centro de la ciudad mientras reflexionaba.

-Bueno, teniendo todo en cuenta, imagino que sería mejor no enfrentarse a ellos de día. Si pudiésemos conseguir que atacasen hoy, no tardarían en quedarse sin luz. Eso nos daría ventaja.

-Os los traeré – dijo ella – Simplemente estad preparados.

Las arrugas de la frente de Víctor se hicieron más profundas.

-No sé cómo vas a haceros atacar hoy, pero estaremos listos si lo hacen.

Ishaq salió del almacén conduciendo un semental pinto. Las crines, colas y patas por debajo de los corvejones eran negras. El caballo tenía un aspecto no tan sólo elegante, sino un por vigoroso, como si poseyera una resistencia infinita. Con todo, no era lo que esperaba.

-No parece tan grande – dijo a Ishaq.

Ishaq dio al animal una caricia en el morro.

-No dijiste “grande”, dijiste que querías un caballo que no se asustase con facilidad, uno que tuviese un espíritu intrépido.

Nicci echó otra mirada al caballo.

-Supuse que un caballo así sería grande.

-Está loca – le dijo Ishaq a Víctor.

-Y se va a convertir en una loca muerta – repuso Víctor.

Nicci entregó la cuerda a Víctor.

-Esto será más fácil si estas de pie sobre el muro, una vez que haya montado.

Acaricio al caballo bajo la quijada y luego las sedosas orejas. El animal relinchó para mostrar su agradecimiento y le dio golpecitos con la cabeza. Nicci le sujetó la cabeza e hizo pasar un fino hilo de su han al interior de la criatura, para tranquilizarlo. Le pasó una mano por la espaldilla, y luego por el costado del vientre mientras lo inspeccionaba.

Sin hacer comentarios, Víctor trepó al muro y aguardó hasta que ella se izó sobre la montura y se acomodó en la silla. Nicci se arregló la falda del vestido y luego lo desabrochó hasta la cintura. Sacó los brazos de las mangas de uno en uno, sujetando la parte delantera del vestido contra el pecho y manteniéndola luego alzada con los codos, mientras alzaba las manos hacia Víctor, con las muñecas juntas.

El rostro de Víctor se volvió tan rojo como el vestido de la hechicera.

-¿Qué estás haciendo?

-Estos hombres son tropas experimentadas de la Orden Imperial. Algunos serán oficiales. Pase mucho tiempo en los campamentos de la Orden. Fui muy conocida. Para algunos era la Reina Esclava, y para otros la Señora de la Muerte. Es posible que algunos de esos hombres hayan servido en el ejército de Jagang durante ese tiempo, y por lo tanto podrían reconociere, en especial si fuese vestida de negro. Por eso llevo un vestido rojo.

“También necesito dar a esos hombres algo que mirar para mantenerlos desprevenidos, y con suerte, impedir que me reconozcan. Les hará pensar que el “alcalde” está desesperado por aplacarlos. Nada despierta más el ansia de sangre en esa clase de hombres que la debilidad.

-Va a crearte problemas. Puedo cuidar de mi misma.

-A mi me parece que Richard es un mago que lleva una espada cargada de antigua magia e incluso él tuvo problemas cuando se vio ampliamente superado en número. Pudieron con él y casi lo mataron.

Nicci volvió a alzar las manos en dirección a Víctor, con las muñecas juntas.

-Átalas.

Víctor la miró iracundo por un momento antes de acabar cediendo. Con un gruñido acometió la tarea de atarle las muñecas. Ishaq sujetó las riendas justo por debajo del bocado del animal mientras aguardaba.

-¿Es veloz este caballo? – preguntó ella mientras observaba como Víctor le enrollaba la cuerda alrededor de las muñecas.

-*Sa' Rim* es veloz – le respondió Ishaq.

-¿*Sa'din*? ¿No significa eso “el viento” en la lengua antigua?

Ishaq asintió.

-¿Conoces la lengua antigua?

-Un poco – dijo ella – Hoy *Sa'din* tendrá que ser tan veloz como el viento. Ahora escuchadme, los dos. No tengo intención de hacer que me maten.

-Pocas gentes la tienen – refunfuño Víctor.

-No lo entendéis. Esta será mi mejor oportunidad de acercarme a Kronos. Una vez iniciado el ataque resultaría difícil encontrarle, y aunque supiésemos donde estaba, sería casi imposible acercarse a él. Repartiría muerte de modos que no podéis ni imaginar, muertes inocentes. Eso lo hace muy valioso para ellos, y sus soldados buscarán a cualquiera que intente acabar con su mago. Tengo que hacerlo ahora, ponerle fin esta noche.

Víctor e Ishaq compartieron una mirada.

-Quiero que todo el mundo esté preparado – sigue ella – Cuando regrese puede que haya algunas personas muy enojadas detrás de mí.

Víctor alzó los ojos tras tensar con fuerza el nudo.

-¿Cuántas personas enojadas?

-Tengo intención de tener a todo el ejército pisándome los talones.

Ishaq frotó el rostro de *Sa'din*.

-¿Cuál será la causa de su enojo? Si puedo preguntarlo.

-Además de eliminar a su mago, tengo intención de asestar un buen manotazo a ese avispero.

Víctor suspiró con irritación.

-Estaremos listos cuando ataquen, pero una vez que entre ahí no estoy tan seguro de que vayas a poder salir.

Tampoco lo estaba Nicci. Recordaba una época en la que acometía sus planes sin preocuparle su vida. Ahora le importaba.

-Si no regreso, tenéis que hacer todo lo que podáis. Con suerte, incluso si me matan, podre llevarme a Kronos conmigo. En cualquier caso, hemos colocado una buena cantidad de sorpresas para ellos.

-¿Sabe Richard lo que habías planeado? – preguntó Ishaq a la vez que la miraba entrecerrando los ojos.

-Imagino que lo sabía. Aunque tuvo la elegancia de no asustarme más discutiendo conmigo sobre lo que se que debo hacer. Eso no es un juego. Todos peleamos por nuestras vidas. Si fracasamos, entonces gentes honradas e inocentes serán asesinadas en cantidades inimaginables. He participado en ataques como éste. Se lo que se avecina e intento impedirlo Si no queréis ayudar, entonces manteneos fuera de mi camino.

Miro a cada hombre. Apesadumbrados, ambos se mantuvieron en silencio.

Víctor reanudó su trabajo y terminó rápidamente de atarle las muñecas. Luego sacó un cuchillo de la bota y cortó de un tajo la cuerda sobrante.

-¿Quién quieres que te conduzca a los soldados? – preguntó Ishaq.

-Creo que será mejor que me lleves tú, Ishaq. Mientras Víctor alerta a todo el mundo y se encarga de los preparativos. Tú serás un representante del alcalde.

-De acuerdo – dijo él a la vez que se rascaba el hoyuelo de la mejilla.

-Estupendo – repuso ella mientras tomaba las riendas.

Antes de que pudiese decir nada más. Víctor carraspeó y dijo:

-Hay otra cuestión sobre la que quería hablarte. Pero los dos hemos estado ocupados...

Víctor desvió la mirada, lo que no era nada propio de él.

-¿Qué es? – le pregunto ella.

-Bueno, normalmente no diría nada, pero creo que quizá deberías saberlo.

-¿Saber qué?

-La gente empieza a dudar de Richard.

Nicci frunció en entrecejo.

-¿Dudar de él? ¿Qué quieres decir? ¿Dudar de él en qué sentido?

-Ha corrido la voz sobre el motivo por el que ha marchado. A la gente le preocupa que les este abandonando a ellos y a su causa para perseguir fantasmas. Se cuestionan si deberían seguir a un hombre así. Se comenta que está... que está perturbado o algo parecido. ¿Qué debería decirles?

Nicci inspiró profundamente mientras ponía en orden sus pensamientos. Era lo que había temido. Era uno de los motivos por lo que había considerado importante que él no se fuera; en especial del modo en que lo había hecho, justo antes del ataque.

-Recuérdales – dijo a la vez que se inclinaba hacia el –que lord Rahl es un mago, y que un mago puede ver cosas... tales como amenazas ocultas y distantes... que ellos no puede. Un mago no anda por ahí dando explicaciones de sus actos a la gente.

“El lord Rahl tiene muchas responsabilidades aparte de este único lugar. Si la gente de aquí desea vivir libre, vivir sus propias vidas como lo deseen, entonces deben confiar en él por su propio bien. Deben confiar en que Richard, como el lord Rahl y en su calidad de mago, está haciendo lo que es mejor para nuestra causa.

-¿Y tú te crees eso? – preguntó el herrero.

-No. Pero existe una diferencia. Yo puedo seguir los ideales que me ha enseñado mientras al mismo tiempo trabajo para hacer que Richard recupere los cabales. Las dos cosas no son incompatibles. Pero la gente tiene que confiar en su líder. Si creen que es un demente, pueden dejarse vencer por el miedo y darse por vencidos. Justo ahora no podemos permitirnos correr ese riesgo.

“Este Richard cuerdo o no, eso no cambia la validez de la causa. La verdad es la verdad. Con Richard o sin Richard.

“Esas tropas que vienen a asesinarlos son reales. Si vencen, aquellos que no mueran volverán a ser esclavos bajo el yugo de la Orden Imperial. El que Richard este vivo, muerto, cuerdo o loco, no cambia ese hecho.

Víctor con los brazos cruzados, asintió.

Nicci presiono con el talón el costado de *Sa'din*, acercando más su grupa a la pared. Se volvió hacia el herrero, de pie sobre aquella pared.

-Bájame el vestido hasta la cintura y hazlo deprisa... el sol se podrá pronto.

Ishaq miró hacia otro lado, sacudiendo la cabeza.

Víctor vaciló un momento, luego suspiró con resignación e hizo lo que le había ordenado.

-Muy bien Ishaq, pongámonos en marcha. Ve tú delante – Volvió la cabeza hacia Víctor – Os traeré al enemigo.

-Que debería decir a los hombres? – preguntó Víctor.

Nicci se envolvió en el frío interior que había usado tan a menudo a lo largo de su vida, la fría calma de la Señora la Muerte.

-Diles que piensen cosas siniestras y violentas.

Por primera vez, el semblante ceñudo de Víctor se crispó con una sonrisa lúgubre.

26

Los soldados, montados en enormes caballos de batalla, bajaron la mirada para inspeccionar a Nicci cuando Ishaq detuvo el caballo de la hechicera junto al pozo en una pequeña plaza del extremo oriental de la ciudad. El semental de la mujer, *Sa'din*, se sintió pequeño en presencia de aquellas bestias. Las placas protectoras que descendían por la parte frontal de las cabezas les daban una presencia amenazadora. Eran caballos de guerra y las corazas ayudaban a protegerles de las flechas mientras cargaban sobre las líneas enemigas. Los animales piafaron y mostraron con resoplidos su desdén por el caballo más pequeño que tenían delante. *Sa'din* retrocedió un paso, justo fuera del alcance de los dientes de uno de los caballos de batalla cuando éste le quiso morder, pero no respingo.

Si los caballos tenían aspecto de animales temibles, los hombres eran sus amos. Vestidos con placas de cuero oscuro y cotas de mal, y llevando todo un despliegue de armas siniestras, aquellos hombres no sólo

tenían un aspecto brutal sino que eran mucho más corpulentos que cualquiera de los defensores de la ciudad. Nicci comprendió que los habían seleccionado para la misión. A la Orden le gustaba enviar tales mensajes intimidatorios para sobrecoger el corazón del enemigo.

Desde ventanas oscuras, huecos de entradas calles estrechas y sombras en los callejones, la gente contempló cómo entregaban a la mujer desnuda hasta la cintura, con las muñecas atadas, a los soldados. Nicci había soportado la cabalgata por la ciudad mediante la técnica de no pensar en ello y concentrarse en la necesidad de acabar con aquello para poder alcanzar a Richard. Eso era lo que importaba ¿Y si la gente la miraba? ¿Qué importancia tenía eso? Había tenido que soportar cosas mucho peores a manos de los hombres de la Orden.

-Soy un ayudante del alcalde – dijo Ishaq en un tono servil al corpulento soldado montado en un imponente caballo castaño de cuello corto y ancho.

El extremo del palo con la bandera blanca descansaba sobre la silla del jinete, entre sus piernas, con el recio puño sujetando la sólido asta. El hombre permaneció mudo, aguardando. Ishaq se pasó la lengua por los labios a la vez que hacía una reverencia antes de proseguir:

-Me envió en su lugar con su mujer, su esposa... como presente para el gran Kronos para demostrar nuestra sinceridad.

El soldado, un oficial de rango medio, sonrió a Nicci con aire de suficiencia tras dedicar una larga y deliberada mirada a sus pechos. Sus cintos de cuero sujetaban cuchillos, una mayal, una espada corta y un hacha con una hoja de media luna. La cota de malla, y los aros de metal a lo largo de las correas tachonadas que le cruzaban el amplio pecho emitieron un sonido metálico cuando su montura piafó. Nicci se sintió aliviada al no reconocer al hombre y mantuvo la cabeza baja para ocultar su rostro.

El oficial siguió sin decir nada.

Ishaq se quitó el sombrero con una mano.

-Por favor, transmitid nuestro mensaje de paz a...

El oficial arrojó el palo con la bandera blanca a Ishaq, y este volvió a colocarse rápidamente el sombrero para poder atrapar el palo con una mano, la otra sujetaba aún las riendas por debajo del bocado de *Sa'din*. El palo parecía pesado, pero Ishaq había cargado carros durante la mayor parte de su vida y no tuvo problemas con él.

-Kronos os hará saber si la ofrenda es satisfactoria – gruñó el oficial.

Ishaq se aclaró la garganta, y volvió a inclinarse educadamente. Los soldados se rieron con disimulo de él antes de echar otra mirada lasciva a la desnudez de Nicci. Era evidente que disfrutaban ejerciendo su dominio sobre otros.

La mayoría llevaba aros de metal o remaches puntiagudos en narices, orejas y mejillas, en un intento de parecer más feroces. Nicci pensó que simplemente les hacía parecer estúpidos. Varios de los doce hombres tenían delirantes y oscuros dibujos tatuados sobre los rostros, pensados también para intimidar. Aquellos hombres habían alcanzado su mayor ideal en la vida: se unos salvajes.

Era algo común que muchas de las mujeres de las ciudades que se rendían a las tropas de la Orden Imperial saliesen desnudas hasta la cintura como petición de indulgencia. Puesto que era una forma de sumisión tan común, a los soldados no les sorprendió el modo en que se les entregaba la esposa del alcalde. Esa, desde luego, era una de las razones por las que Nicci lo había hecho. Nunca ese ofrecimiento significaba un tratamiento benévolo, pero las mujeres que se ofrecían a sí mismas de ese modo no lo sabían.

Nicci lo sabía porque había acompañado a menudo a las tropas de la Orden cuando hacían prisioneras a tales mujeres. Imaginaban que el rendirse de un modo tan servil suscitaría un tratamiento razonable; no tenían ni idea de que se habían entregado voluntariamente a hombres inimaginables. Las lumbreras de la Orden quitaban importancia al tratamiento que los soldados daban a las cautivas, considerándolo un asunto trivial en comparación con el bien mayor que la Orden llevaba a los no creyentes.

Nicci en ocasiones anhelaba la muerte antes que continuar viviendo con tales recuerdos, sabiendo que una vez ella había sido partícipe de tales horrores. No obstante, lo que quería ahora era corregir las cosas como sólo ella podía hacerlo. Quería participar en la erradicación del azote que era la Orden.

El adusto oficial que había llevado la bandera blanca al interior de Altur'Rang se inclinó al frente y tomó las riendas del caballo de Nicci de la mano de Ishaq. Colocó su caballo cerca de ella. Se inclinó hacia la mujer, le agarró el pezón izquierdo y lo retorció a la vez que le decía:

-El hermano Kronos se cansa enseguida de una mujer, no importa lo hermosa que sea. Espero que no sea distinto contigo. Cuando pasa a la siguiente, nos entrega a nosotros aquellas con la que ya ha acabado.

Debes saber que yo seré el próximo.

Los hombres que lo acompañaban rieron entre dientes, y él le lanzó una sonrisa burlona. Los ojos oscuros del oficial relucieron amenazadoramente. Retorció el pezón con más fuerza aún, hasta que ella jadeo de dolor y las lágrimas le escoció en los ojos. Satisfecho consigo mismo y con la reacción de la mujer, la soltó. Nicci cerró los ojos con fuerza a la vez que presionaba la parte posterior de las muñecas atadas contra el cuerpo intentando mitigar el punzante dolor.

Cuando él le aparto los brazos del pecho de un manotazo, ella se sobresalto, luego bajo la mirada con sumisión. ¿Cuántas veces había visto a mujeres hacer cosas similares intentando aplacar a tales hombres, rezando en silencio por la liberación mientras lo hacían? Para aquellas mujeres, la liberación no llegaba jamás. Recordó haber pensado en aquellos tiempos que las enseñanzas de la Orden tenían que ser correctas, que el Creador realmente estaba de su lado, ya que toleraba sin problemas tal comportamiento por parte de los paladines.

Nicci no se molestó en rezar por su liberación; tenía intención de ser el artífice de la suya.

Mientras el oficial hacía girar el caballo y se la llevaba con él, Nicci lanzó una última mirada a Ishaq, de pie, con el sombrero rojo entre ambas manos, dando vueltas y más vueltas al ala en los dedos, tenía los ojos llenos de lágrimas. La hechicera esperó que aquella no fuese la última vez que lo viese, a él, o a los demás, pero sabía que tal posibilidad era muy real.

El oficial mantuvo cogidas las riendas, así que ella cabalga, aferrando el pomo de la silla. Al iniciar la marcha hacia el este, los hombres de la escolta la rodearon estrechamente; mas para echarle un buen vistazo, pensó ella, que porque les preocupara que pudiese escapar. Por el modo en que se balanceaban con soltura sobre las sillas y la destreza con que manejaban sus monturas, eran jinetes experimentados. No temían que fuese a escapárseles.

Mientras cabalgaban en dirección este por una polvorienta calzada, todos los hombres le sonreían burlones, ofreciéndole sus silenciosas promesas cada vez que la examinaban de arriba abajo. No obstante, ella sabía que ninguno poseía el rango o la importancia suficiente para hacerla bajar del caballo y pasar un buen rato de diversión con ella. A los hombres como Kronos no les gustaba que les entregasen sus conquistas recién violadas, y aquellos hombres lo sabían. Además, sin duda imaginaban que muy pronto les llegaría la vez a ellos de poseerla... y si no era ella, sería cualquier otra mujer de Altur'Rang.

Nicci intento hacer caso omiso de los soldados que la miraban lascivamente concentrándose en lo que tenía que hacer. Sabía que tal comportamiento era parte de la rutina de aquellos hombres, a los que no se les ocurría nada más inteligente que la intimidación, para divertirse. Mientras cabalgaba, Nicci se refugió en su determinación.

Pasaría aún algún tiempo antes de que el bajo el sol, a su espalda, se pusiera, pero las cigarras habían iniciado ya su interminable cantinela. Le recordaron a Richard y la noche que este había hablado sobre esas criaturas que emergían del suelo cada diecisiete años. Parecía extraordinario que las cigarras hubiesen aparecido diez veces durante su vida y Nicci ni siquiera se hubiese dado cuenta. La vida bajo el hechizo del Palacio de los Profetas no solo había sido muy larga, sino que la había aislado de todo de una forma que ella jamás había llegado a advertir. Mientras que el mundo seguía adelante, ella había estado consagrando su tiempo a otros mundos. Otras, como las Hermanas de la Tinieblas que habían sido maestras de Richard allí, habían sucumbido a promesas seductoras procedentes de aquellos otros mundos. Nicci lo había hecho, también, pero no debido a aquella promesa. Sencillamente había creído que el mundo en el que estaba no contenía nada de valor para ella.

Hasta que un día Richard apareció.

El aire era cálido y húmedo de modo que al menos Nicci no sentía frío mientras cabalgaba, pero los mosquitos empezaban a hacer acto de presencia y se estaban volviendo molestos. Le alegró no tener las manos atadas a la espalda ya que al menos podía mantener a los aguijoneantes insectos fuera de la cara. Las colinas cubiertas de trigo por las que pasaban al este de la ciudad relucirán con un dorado verdoso bajo la luz del atardecer, casi como bronce bruñido. No vio a nadie trabajando en el campo y las calzadas estaban vacías. Todo el mundo había huido ante la inminente llegada del ejército, como animales ante un fuego arrasador.

Al coronar una colina, Nicci los vio por fin, hombres y caballos de la Orden Imperial desplegados por el amplio valle como una oscura inundación. Al parecer no llevaban mucho tiempo allí ya que daba la impresión de que acababan de empezar a instalar el campamento. Por lo visto, querían estar ser de la ciudad para que no tuvieran mucho trecho que recorrer al atacar la ciudad.

Se había delimitado el territorio y alzado tiendas pequeñas. Círculos de centinelas y puestos avanzados custodiaban aquel mar de hombres la cima de cada colina tenía un puesto de observación que vigilaba todo lo que se acercaba.

Las tiendas proyectaba largas sombras sobre el trigo pisoteado y una nube de humo flotaba ya sobre el valle procedente de todas las fogatas. Nicci pudo ver que un olivar cercano había sido despojado de sus valiosos árboles para usarlos como leña. Los hombres cocinaban solos o en grupos pequeños; preparaban cosas sencillas, estofado de campaña, arroz con judías, pan ácimo y frituras. El aroma de la madera que ardía y de la comida combinada mal con el olor de todos los animales, hombres y estiércol.

Su escolta mantuvo una formación cerrada a su alrededor cuando trotaron al interior del campamento, siguiendo lo que empezaba a convertirse en un camino entre la agitada multitud. Nicci había esperado verles bebiendo y celebrando la víspera de una gran batalla. No era así. Se dedicaban a prepararse concienzudamente para la tarea que tenían por delante; afilando armas, trabajando en sillas de montar y otros pertrechos, ocupándose de los caballos. Lanzas y picas estaba ya afiladas y pulcramente amontonadas por todo el campamento, y los herreros de una forja de campaña trabajaban con tenazas y martillos mientras sus ayudantes accionaban febrilmente los fuelles. Los herreros se dedicaban a herrar caballos mientras los talabarteros reparaban los pertrechos de cuero. Los caballos eran alimentados, cuidados y almohazados.

No era un típico campamento de la Orden Imperial en el que imperaba el caos. El ejército que había en el norte era de una vastedad casi inimaginable, y muchas secciones de él eran poco más que una turba indisciplinada que se soltaba periódicamente sobre civiles indefensos y a la que se permitía saquear a voluntad. Las fuerzas que veía aquí eran mucho más reducidas, menos de veinte mil hombres. Era el campamento de una máquina de guerra bien afinada.

En el típico campamento del ejército de la Orden Imperial, una mujer con los pechos al descubierto como los llevaba Nicci ya habría sido descabalgada violentamente por una chusma y violada. Los hombres que había aquí no eran menos libidinosos, pero sí mucho más disciplinados. No eran simplemente unos soldados cualquier enviado a hacer un trabajo sucio; eran tropas experimentadas, dedicadas y escogidas cuidadosamente.

Nicci sintió un escalofrío de temor al volver a estar entre hombres como aquellos. Eran la flor y nata de la cosecha de la Orden; hombres que mataban alegremente a todos los que se oponían a ellos; animales que se deleitaban en la violencia; la personificación del término “sanguinario”. Esos hombres eran los que hacían cumplir las doctrinas de la Orden.

Mientras Nicci y su escolta atravesaban a caballo el campamento, todos los soldados se comían con los ojos a la hechicera. A cada paso, silbidos, gritos y vítores la seguían, y se le dedicaban promesas obscenas entre carcajadas al pasar, sin dejar nada a la imaginación. Oyó como la describían con los términos lascivos que nunca había oído hasta entonces, y entre los hombres de Jagang había oído muchos.

Mantuvo los ojos al frente mientras cabalgaba, pensando en el modo en que Richard la trataba y lo mucho que tal respeto significaba.

Cerca de un bosquecillo de chopos en la orilla de un río que cruzaba el valle, Nicci distinguió tiendas de cuero que eran un poco mayores que el resto. Si bien no eran en absoluto alojamientos sofisticados como las tiendas del sequito del emperador Jagang, eran lujosas desde el punto de vista militar. El pequeño grupo de tiendas de mando estaba colocado sobre un altozano que proporcionaba a los oficiales la posibilidad de tener una vista de todo el campamento. A diferencia del campamento principal, aquí no había un círculo de guardias protegiendo a las fuerzas de élite y a los oficiales de los soldados de a pie. Fuera de la tienda principal, esclavos que siempre atendían a los oficiales de mayor rango... o a sumos sacerdotes de la Fraternidad de la Orden hacían girar pedazos de carne en asadores. Para un ejército como este, únicamente habrían traído a los esclavos más leales.

Mientras aflojaban el paso hasta detenerse, el oficial que sujetaba las riendas del caballo de Nicci ladeó la cabeza y ordena a uno de sus hombres que fuese a anunciarles. El soldado paso la pierna por encima del cuello de su montura y saltó al suelo. Avanzó a grandes zancadas hacia la tienda principal.

Nicci advirtió, que desde todas partes, los curiosos empezaban a acercarse cada vez más, acudiendo para ver a la mujer que traían como presente para su líder. Les oyó reír y bromear mientras le lanzaba miradas lascivas, tenían los ojos más fríos y aterradores que había visto nunca.

Lo que más la preocupaba, sin embargo, fue que muchos empuñaban lanzas o tenían flechas colocadas en sus arcos. No estaban desprevenidos. Incluso mientras babeaban merándola estaban preparados para cualquier clase de amenaza.

Un ayudante hizo pasar al oficial al interior de la tienda principal. AL cabo de un instante reapareció, seguido por un hombre alto, vestido con una ondeante túnica teñida con alheña. El atuendo destacaba en el anodino escenario igual que la sangre coagulada. A pesar del calor y la humedad llevaba la capucha de la túnica echada majestuosamente sobre la cabeza, lo que era un signo de piadosa autoridad.

Avanzó muy digno, acercándose más a ella, y adoptó una postura arrogante. Se tomó su tiempo para mirarla de arriba abajo, para inspeccionar la mercancía.

El oficial que sujetaba las riendas de su caballo hizo una reverencia desde la silla de montar.

-Un humilde presente de los habitantes de Altur'Rang – explicó con burlona obsequiosidad.

Por todas partes, los hombres rieron quedamente ante aquello, comentando los placeres de los que gozaría Kronos con su regalo. De tiendas cercanas salieron oficiales para ver lo que sucedía.

Una sonrisa lasciva apareció en el semblante de Kronos.

-Llévala dentro. Tendré que desenvolver el regalo y echarle una mirada más detenida.

Los hombres rieron más fuerte aún. La sonrisa de Kronos se ensancho, complacido de que hallasen divertido su ingenio.

Nicci ya había considerado que llevar el vestido de aquel modo era un riesgo necesario. Aquellos hombres eran unos animales y disfrutaban con aquella situación.

El hermano Kronos la examinó atentamente mientras aguardaba a que la condujesen al interior. Su mirada inmutable resultaba fascinante, y Nicci se encontró mirando con fijeza a sus oscuros ojos.

Los hombres la rodearon por todas partes.

Nicci sabía que no podía permitir que la desmontaran. Tenía que ser ahora.

Había un millar de cosas que quería decir al hermano Kronos, quería decirle lo que pensaba de él, lo que iba a hacerle, lo que Richard, iba a hacer a toda la Orden Imperial.

Una muerte sencilla, parecía demasiado fácil para Kronos. Quería que sufriese antes de morir; quería que supiese perfectamente lo que tenía preparado para él; quería que lo sintiese, que se retorciese de dolor, que suplicase misericordia, que catara la amarga bilis de la derrota; quería que padeciese por el sufrimiento que propagaba a su paso; quería que pagase el precio por todo lo que había hecho a tantos inocentes.

Quería que supiese que su vida entera había sido un desperdicio y que estaba a punto de finalizar.

Pero sabía que esa no era su tarea, que se arriesgaría a fracasar si intentaba eso.

En su lugar, sin ceremonias, Nicci alzó los puños en dirección al hombre a la vez que mentalmente proyectaba su ira. Temiendo avisar a Kronos sobre lo que se avecinaba, se abstuvo de nada complicado. Libero un chorro de aire dirigido contra el hombre, al que pilló desprevenido, por más que sospechase que ella pudiese ser una hechicera.

En un cegador instante, el campamento, envuelto en la luz del atardecer quedó iluminado por un fogonazo de luz chisporroteante y una descarga concentrada de aire. Hilillos de luz chasquearon alrededor de la energía liberada.

Puesto no era concebible que un desliz pudiese darle una oportunidad de atacar antes de morir, Nicci ni siquiera se arriesgó a darse el gusto de sonreír cuando el chorro de aire, duro como el hierro, salió disparado hacia la cabeza de Kronos.

Antes de que le Hermano advirtiera siquiera que sucedía algo, la repentina liberación de poder de Nicci le abrió un agujero del tamaño de un puño en el centro de la frente. Sangre y masa cerebral rociaron las tiendas de cuero situadas detrás de él. Cayó como un saco de arena, la vida desaparecida ya. Jamás tuvo una posibilidad de responder.

Nicci usó una esquirla de poder para cortar finalmente las cuerdas que le ataban las muñecas. Esta siseó debido al aguijonazo de calor mientras se cortaban y luego cayeron al suelo.

Sin hacer una pausa, introdujo un flujo de su poder en una línea concentrada de poder que blandió a su alrededor como una espada empuñada por un espadachín consumado. El oficial que había conducido su caballo y la había mirado con expresión lasciva durante todo el viaje lanzó un gruñido cuando el ardiente fijo se abrió paso a través de él, cortándole en dos a la altura del pecho. Abrió la boca, pero de ella no escapó ningún grito, mientras su mitad superior se desplomaba en dirección al suelo, aterrizando con un violento golpe sordo.

El segundo hombre no pudo hacer más que jadear cuando le golpeó el mismo poder y lo partió en dos. Ristras enroscadas de sus intestinos se desparramaron sobre el cuello del caballo. Nicci se retorció sobre la silla a la vez que hacía girar violentamente la espada mágica en un arco. A una velocidad aterradora y con un fogonazo que iluminó las relucientes hojas de los cercanos chopos, el filo del mortífero poder

chisporroteo a la vez que hendía el aire. Antes de que nadie pudiese reaccionar, acaba con todos los hombres a caballos que la rodeaban mientras aun seguían sobre las sillas.

El aire se lleno del hedor a carne quemada, sangre y vísceras reventadas. Los caballos se alzaron sobre los cuartos traseros o corcovearon, intentando deshacerse de las piernas que habían perdido sus troncos. Por lo general, los caballos de batalla estaban acostumbrados a la confusión de los combates virulentos; pero eso era en gran parte debido a que tenían jinetes para dirigirlos. En aquellos momentos estaban solos y aterrados. Varios hombres que se precipitaban hacia allí fueron derribados y pisoteados por los asustados caballos, lo que aumentó aún más el desorden.

Mientras empezaba a estallar el caos a su alrededor, mientras se abalanzaban hombres hacia ella, Nicci reunido su fuerza de voluntad, preparándose para soltar un ataque furioso de fulminante destrucción.

Justo cuando iniciaba el lanzamiento de aquel ataque mortífero, cayó de bruces inesperadamente. AL mismo tiempo, sintió el dolor aplastante de algo pesado que le asestaba un fuerte golpe en la espalda, propulsando con una fuerza tan sorprendente que le arrebató el aliento. Vio pasar volando por su lado los pedazos de una pesada lanza que habían blandido como garrote.

Aturdida, Nicci advirtió que acababa de caer de bruces contra el suelo e intento desesperadamente poner en orden sus sentidos. Notaba el rostro curiosamente entumecido. Paladeo sangre caliente y vio hilillos de ella goteándole desde la barbilla cuando se izó sobre brazos temblorosos.

Se dio cuenta entonces, cuando no pudo tomar aire, que el violento golpe la había dejado sin aliento. Volvió a intentarlo frenéticamente, pero, a pesar de sus desesperados esfuerzos, no consiguió inhalar,

El mundo empezó a dar vueltas en vertiginosa confusión a su alrededor. *Sa'din* estaba junto a ella, brincando pero incapaz de alejarse. Incluso a pesar de que temía que pudiese pisotearla accidentalmente. Nicci no era capaz de apartarse de allí. Finalmente, los hombres que había a su alrededor consiguieron empujar al caballo a un lado. Otros se arrodillaron junto a ella. Una rodilla sobre la espalda la aplastó otra vez contra el suelo. Manos fuertes le agarraron los brazos, las piernas, los cabellos, manteniendo en el suelo.

Al parecer, temían que si se levantaba pudiese conjurar su poder, como si lo que poseían el don tuviesen que estar de pie e hiciese falta otra cosa que mantenerlos en el suelo para estar a salvo. Pero los que poseían el don sí que necesitaban tener las ideas en orden si deseaban invocar su poder, y ella no las tenía.

La hicieron girar sobre la espalda. Una bota sobre la garganta la mantuvo inmovilizada contra el suelo. Por todas partes la apuntaban armas.

Y entonces una idea terrible le paso por la mente... ojos oscuros.

El mago que acababa de matar tenía los ojos oscuros.

Kronos no tenía los ojos oscuros.

Se suponía que Kronos tenía los ojos azules.

Experimentaba dificultades para ordenar todo aquello en su mente. Había matado al sumo sacerdote. No tenía sentido.

A menos que hubiese habido más de un Hermano...

Los hombres que la sujetaban contra el suelo retrocedieron.

Unos sombríos ojos azules la contemplaron con mirada iracunda... Era un hombre que llevaba una túnica larga. La capucha estaba subida... Un sumo sacerdote.

-Bien, hechicera, has logrado matar al hermano Byron, un siervo leal de la Fraternidad de la Orden.

Nicci se dio cuenta por el tono de voz que él no había empezado a expresar su cólera.

En medio de la conmoción que sentía, Nicci seguía sin conseguir respirar. El dolor de la espalda le vía a oleadas paralizadoras y se preguntaba si el hombre que le había asestado el garrotazo le habría roto las costillas también se pregunto si le habría partida la espalda. Imagino que ya no importaba.

-Permite que me presente – dijo el hombre de rostro colorado que se alzaba sobre ella. Y se hecho la capucha atrás – Soy el Hermano Kronos. Ahora tú me perteneces y tengo intención de hacerte pagar un largo y doloroso precio por el asesinato de un hombre bueno que no hacia más que cumplir la noble tarea del Creador.

Nicci no podía, sencillamente no podía tomar aire para salvar su vida, y mucho menos para decir nada. El dolor de no poder respirar la cubría en una apretada mortaja de pánico que le impidió pensar. La zozobra de necesitar aire y no ser capaz de obtenerlo se tornaba mas aterradora a cada segundo.

No sabía qué hacer.

Recordó cuando a Richard le habían disparado la flecha y no podía respirar. Recordó que la piel se le había puesto lívida, y luego azul, y lo asustada que había estado ella al ver que el no conseguía respirar. Ahora era ella quien no podía.

La sonrisa de Kronos era la más perversa que hubiese visto nunca, pero a ella no pareció importarle.

-Todo un logro... para una hechicera... matar a un mago. Pero por otra parte, conseguiste tal hazaña únicamente porque actuaste a traición, así que no fue un logro autentico después de todo. No fue otra cosa que un simple engaño.

El no sabía. Nicci comprendió que él todavía no sabía quién era ella... lo que era. Ella no era una simple hechicera.

Pero necesitaba respirar para ser algo.

La visión se le estrechaba en forma de túnel negro con el rostro del mago Kronos crispándose de ira en el otro extremo. Intentó con todas sus fuerzas tomar aire, pero parecía como si su cuerpo hubiese olvidado como respirar.

Le sorprendió que la falta de aire le provocase un dolor punzante en las costillas. No habría esperado eso. No obstante su frenético esfuerzo y cada vez más débil por introducir aire en los pulmones, el aliento vivificador simplemente se negaba a penetrar en ella, por lo que sólo podía suponer que quienquiera que la hubiese golpeado con el palo le había provocado alguna especie de lesión grave y que jamás volvería a tomar una vivificadora bocanada de aire.

Y entonces Kronos apretó los dientes y le agarró el pecho con un feroz apretón erizado de espinas de magia destinado a infligir un tormento atroz.

La repentina y punzante sacudida de dolor la llevó a inhalar con un jadeo antes de darse cuenta de lo que hacía.

El aire parecía arder lleno de vida mientras penetraba a raudales en sus pulmones, y sin pensarlo de un modo consciente, arremetió con su han contra la causa del aguado dolor.

Kronos lanzó un grito y se tambaleó hacia atrás, sujetando contra el pecho la mano que había estado puesta sobre ella para aplicar su venganza. Corrió sangre por la muñeca y bajo la manga de la túnica.

Aunque había conseguido obligarle a soltarla, e incluso herirle, Nicci estaba aún demasiado desorientada para reunir la fuerza necesaria y traspasar las formidables defensas de un mago. Jadeó, engullendo aire, incluso a pesar de que cada bocanada dolía. Sabía, de todos modos, que dolía mucho más no poder respirar.

-¡Zorra asquerosa! – Aulló él - ¿Cómo te atreves a usar tu poder contra mí? No puedes esperar competir conmigo con el don. No tardarías en aprender cuál es tu lugar.

Enrojeció de cólera. Con un fino filamento de su han, Nicci pudo percibir los poderosos escudos que el hombre había erigido ante él. Antes de que lo hiciese, no obstante, ella le había abrasado la carne de los dedos. El mago sostenía la temblorosa mano contra el pecho, y ella sabía perfectamente que su intención era tomar represalias de un modo prolongado y atroz.

Comenzó a despotricar contra ella, maldiciendo e insultándola, diciéndole lo que tenía intención de hacer y lo que sería de ella una vez que hubiese acabado. Las sonrisas burlonas de los hombres que observaban se ensancharon al oír tales planes.

Kronos pensaba que era una hechicera y que podía subyugar su don con el suyo. No sabía que ella era mucho más; que ella se había convertido en una Hermana de las Tinieblas. Incluso aunque supiese eso, Kronos podría no haber comprendido el significado completo y terrible que había tras aquella denominación. Una Hermana de las Tinieblas esgrimía no sólo su propio don, sino también el han de un mago; a éste se le arrebatava el don antes de que cruzase el velo que lo separaba de la muerte.

Por si el poder conjunto del don de una hechicera y de un mago, no fuese lo bastante formidable, a tan poderosa mezcla se añadía la Magia de Resta que se obtenía mientras el velo permanecía descorrido en

el instante de la muerte del mago donante. El propio han de éste actuaba como conducto, y ella tenía retenida en su interior aquel poder a medida que la esencia de la Magia de Resta se deslizaba a través del velo.

Existían pocas personas que pudiesen disponer de Magia de Resta; Richard por nacimiento, y las Hermanas de la Tinieblas mediante artimañas. Todas las Hermanas de las Tinieblas eran en la actualidad prisioneras de Jagang, a excepción de Nicci y otras cuatro; tres de las antiguas maestras de Richard en el Palacio de los Profetas y su líder; la hermana Ulicia.

Kronos agitó el ensangrentado puño ante Nicci.

-¡Los habitantes de Altur'Rang son traidores! ¡Han profanado un lugar sagrado! Al dar la espalda a los dictados de la Orden le han dado la espalda al Creador. A través de nuestras manos, el Creador obtendrá Su venganza y fustigará a estas gentes pecaminosas. ¡Expurgaremos Altur'Rang no tan sólo de su carne y huesos sino de sus prácticas retrógradas! ¡La Orden Imperial volverá a gobernar Altur'Rang y desde allí Jagang el Justo registrará el mundo siguiendo los legítimos dictados del Creador!

Nicci estuvo a punto de echarse a reír. Kronos no tenía ni idea de que hablaba la persona que había conferido a Jagang el título de "Jagang el Justo". Ella había dicho al emperador que tales declaraciones de justicia bajo su gobierno le ganarían la voluntad de muchas personas sin tener que combatir contra ellas. El había estado dispuesto a combatir contra todo el mundo; ella sola había sido capaz de hacerle ver que redundaría en su beneficio hacer que se pasaran a su lado por voluntad propia. Ella fue la que hizo ver a Jagang que el hombre que le había dado conduciría a la gente a él.

Había tenido toda la razón. Muchas personas equiparaban intenciones con el hecho propiamente dicho, y el título que había dado a Jagang se lo creían a pies juntillas personas que no sabían gran cosa sobre él o la Orden. Nunca dejaba de sorprenderla el modo en que el simple hecho de decir algo, sin importar lo falso que fuese, fuera todo lo que hacía falta para convencer, a un gran número de personas de lo que uno quería que creyesen. Suponía que les resultaba más fácil dejar que otro pensar por ellos.

La invectiva de Kronos le había proporcionado tiempo para recuperarse, y ahora que empezaba a recuperar las fuerzas. Nicci no podía permitirse esperar más.

Estiró el brazo, alzando el puño en dirección al hombre. Quería sacar la energía a lo largo del brazo para que fuese aumentando y convergiera en un punto justo más allá del puño. Si bien la cosa no era en absoluto necesaria, quiso hacerlo así sencillamente porque le complacía dejar que Kronos viera su manifiesta amenaza.

Puesto que él confiaba totalmente en su habilidad, y en los escudos de su poder, la pose hostil de Nicci sólo sirvió para enfurecerlo más.

-Cómo te atreves a amanecer...

La hechicera liberó un compacto rayo de Magia de Suma y de Resta entrelazados en un temible lazo de destrucción que penetró en los escudos del mago, igual que un relámpago a través de papel, y que le abrió un agujero del tamaño de un melón justo en mitad del pecho.

Los ojos de Kronos se abrieron de par en par. La boca se le abrió en muda sorpresa a la vez que su mente registraba lo irreparable.

A través de aquel agujero, Nicci pudo ver el cielo. Casi al instante, la presión interna forzó a lo que quedaba de los órganos circundantes a salir por la abertura mientras el cuerpo herido de muerte de Kronos caía hacia atrás.

El hombre no había sabido que su poder no podía competir con el de ella. El solo podía conjurar escudos de Magia de Suma, y tales escudos tenían una utilidad limitada contra la Magia de Resta.

Alrededor de la hechicera se alzaba ya las armas. Músculos poderosos tensaron cuerdas de arcos; brazos que empuñaban lanzas se doblaron hacia atrás, espadas, hachas y picas apuntaron hacia ella.

Sin hacer una pausa, Nicci liberó una ráfaga de magia de oposición entretejida con una ignición demoledora que arrasó las tiendas de los oficiales e hizo pedazos a los hombres del altozano. La devastadora sacudida se irradió hacia el exterior a una velocidad pasmosa, arrancando la carne de los huesos. El suelo quedó embarrado por el repentino diluvio de sangre.

El calor que Nicci había concentrado dentro del estallido era tan intenso que los árboles cercanos se incendiaron. La ropa de los hombres del campamento circundante también se incendió, y a la carne de los que estaban algo más cerca llameó. La fuerza de lo que había liberado se disipó con la distancia y los hombres que estaban más lejos simplemente fueron derribados al suelo.

Un esfuerzo tan intenso era arriesgado porque agotaba, pero tuvo el efecto deseado. En un instante la situación había cambiado; de unas bestias arrogantes que se regocijaban con una cautiva a puro pánico y

confusión.

Temiendo perder la iniciativa, la hechicera concentró un calor intenso en los troncos de los árboles a lo largo de la orilla del arroyo. Era un modo de obtener un gran rendimiento a cambio de una pequeña inversión de poder. La savia sobrecalentada hirvió, convirtiéndose en vapor, y los troncos de los chopos estallaron en medio de explosiones, enviando gruesas secciones de madera astillada girando como peonzas entre los efectivos de la Orden y acabando con ellos a docenas.

Nicci conjuró a toda prisa un fuego líquido y envió aquel infierno de llamas hacia hombres, caballos y pertrechos. Los alaridos de hombres y bestias se fusionaron en un largo y terrible grito. El aire olía a humo grasiento, y a pelo y carne quemados.

Por fin, los hombres dejaron de cargar contra ella. En la breve pausa, Nicci se alzó penosamente del suelo empapado en sangre y avanzó a trompicones entre la carnicería. *Sa'din* corrió al frente, a través de la espesa nube de humo, y la golpeó suavemente con la cabeza, ayudándola a recuperar el equilibrio. La hechora le pasó un brazo por encima del cuello, aliviada por haber conseguido dirigir su poder alrededor de él y que el animal estuviese bien.

Finalmente, agarró las riendas, y gruñendo por el esfuerzo, consiguió izarse sobre el caballo antes de que pudiesen atacarla. Hizo girar a *Sa'din* en redondo, sin dejar ni un momento de arrojar hirvientes gotas de fuego entre los soldados mientras éstos empezaban de nuevo a abalanzarse sobre ella. A medida que el fuego prendía en ellos, los soldados empezaban a dar traspiés, sin saber por dónde iban, chillando, agitando los brazos, chocando entre sí o contra las tiendas, y extendiendo la mortífera conflagración.

Un hombre montado en uno de los enormes caballos de batalla salió al galope provisto de entre el humo. El soldado alzó la espada a la vez que profería un grito de guerra. Antes de que Nicci pudiese hacer nada, *Sa'din* relincho enfurecido y mordió, arrancando la oreja del caballo de batalla. El animal herido chilló de pánico y dolor, a la vez que giraba y corcoveaba, arrojando al soldado por los aires, sobre los cuerpos que ardían.

Nicci dirigió una telaraña de poder a unos hombres que se abalanzaban hacia ella, una a cada uno; fue sólo por un instante, pero duró el tiempo suficiente para hacer que sus corazones se detuvieran. Trastabillaron llevándose las manos al pecho. En cierto modo, a los soldados les aterrorizaba más ver cómo sus camaradas daban un grito ahogado y caían por causas misteriosas que verlos hechos pedazos debido a actos violentos.

Desde el punto de vista de Nicci resultaba igual de efectivo y no usaba tanta energía, aun cuando era necesario dirigir la magia específicamente al objetivo, detener un corazón era más fácil que conjurar llamas o rayos, y con tantos hombres a su alrededor y todos ellos abalanzándose sobre ella, sabía que iba a necesitar toda su energía si quería salir viva del campamento.

Si bien los hombres de la zona inmediata sabían lo que sucedía, hasta el momento los que estaban en las zonas alejadas del campamento no estaban al tanto de que sucedía en concreto, aunque sabían ya que se hallaban bajo alguna especie de ataque. Puesto que estaban bien entrenados, todos se aprestaron a la lucha.

Las flechas surcaron el aire desde todas direcciones y las lanzas empezaron a pasar junto a ella. Una flecha cruzó rauda rozando los cabellos de Nicci, y otro el hombro, lo suficiente para hierirla. Nicci apretó los talones contra las costillas de *Sa'din* y se inclinó al frente sobre la cruz del caballo. La dejó atónita la fuerza con que el animal saltó al frente y cómo galopó sin miedo entre los armados que arremetían contra ellos. Los cascos del semental emitían un sonido escalofriante al golpear hueso. Los hombres caían, dejándoles paso, mientras *Sa'din* saltaba por encima de tiendas y fogatas. El aire estaba lleno de alaridos terribles. Mientras cruzaba el campamento a la carrera, Nicci aprovechaba cualquier oportunidad para infligir aún más muerte y destrucción.

Pero a su espalda, un creciente rugido de rabia empezaba a alzarse de los miles y miles de hombres que ocupaban todo el valle. El poder del grito, su ferocidad, fue aterradora.

Nicci recordaba con toda nitidez la advertencia de Richard de que todo lo que hacía falta era una flecha afortunada. En aquellos momentos había miles. Nicci utilizó su poder para protegerse a ella misma y a su caballo.

Cuando *Sa'din* la transportó de vuelta a través de hombres, caballos, carros y tiendas, Nicci abandonó sus defensas y de nuevo se concentró en crear una guadaña con su don para que segase cualquier cosa viva que estuviese lo bastante cerca. El filo de aire intensamente concentrado y comprimido partía en dos a aquellos que corrían a interceptar a la hechicera. Mientras el caballo saltaba algunos obstáculos y esquivaba otros, el mortífero filo de poder cercenaba a algunos a la altura de las rodillas y decapitaba a

otros. Los caballos relinchaban mientras se estrellaban contra el suelo con las patas cortadas. Alaridos de horror y dolor de los heridos la acompañaban a su paso, pero también se oían gritos de cólera.

Mientras cruzaba como una exhalación el campamento, Nicci podía ver como todos a su alrededor ensillaban deprisa sus caballos y montaban, agarrando lanzas y picas de los montones que había repartidos por todo el campamento. La hechicera deseó poder destruir las armas, pero tenía que concentrarse en seguir aferrada a *Sa'din* mientras este saltaba sobre cualquier cosa que se cruzara en su camino, incluido algún que otro carro.

El caballo parecía poseído por el deseo de sacarla del peligro lo más rápidamente posible. Aun así, cada vez eran más los hombres que tomaban parte en la persecución, tanto a caballo como a pie.

Al dejar atrás la última de las tiendas, Nicci volvió la cabeza. El lugar era una barahúnda. Todavía había llamas que salían despedidas hacia el cielo, y nubes ondulantes de grasiento humo negro surgían de varios lugares. La hechicera no tenía ni idea de a cuantos hombres había matado, pero había miles de ellos yendo detrás de ella. El cansancio por tamaño esfuerzo le estaba provocando un dolor terrible en la espalda.

Al menos había eliminado a Kronos. Había intentado engañarla, pero al final les había costado un segundo mago que ella ni siquiera había sabido que los acompañaba y que habría sido una terrible fuente de problemas para los defensores de Altur'Rang. Había tenido un golpe de buena suerte.

Siempre que no tuviesen tres magos.

28

Al coronar Nicci una colina, la primera visión de la vasta ciudad a lo lejos fue un espectáculo hermoso. Una ojeada por encima del hombre reveló que la caballería estaba pisándole los talones. Incluso pudo ver las espadas, las hachas, las picas y las lanzas alzadas centelleando bajo la luz del sol poniente como las púas de acero de un puercoespín inmenso. La nube de polvo que se arremolinaba hacia el cielo tras ellos tapaba el cada vez más oscuro cielo oriental. Los sanguinarios gritos de guerra eran aterradores.

Y eso era sólo la caballería. Sabía que más atrás iba la oleada de soldados de a pie.

Incluso aunque el sol no le hubiese dado en los ojos, Nicci no sabía que debía ver a nadie en la ciudad, pues así debía ser. Quería que la gente, en su mayoría, permaneciese oculta. Aun así, no resultaba tranquilizador sentirse totalmente sola con un furioso avispero persiguiéndola.

Había indicado a Víctor y a Ishaq la ruta que tomaría cuando regresara, de modo que pudiesen concentrar sus defensas del modo más conveniente. Esperó que estuviesen preparados. No había habido mucho tiempo. No obtendrían más, no obstante. Se había acabado el tiempo.

Con la ciudad alzándose cada vez más cerca, Nicci se tomó por fin la molestia de introducir el brazo derecho en la manga del vestido, luego alargó el brazo izquierdo atrás y lo hizo pasar por la otra manga. Sujetando las riendas en una mano e inclinándose al frente por encima de la cruz del caballo, consiguió por fin, volver a abotonarse el vestido. Sonrió ante la pequeña victoria.

El primer pequeño edificio pasó volando por su lado. Aunque existía un atajo desde la calzada principal que la habría conducido más deprisa al interior de la ciudad, Nicci se había mantenido en la calzada que descendía de las colinas. Al penetrar en Altur'Rang la calzada se convertía en una amplia avenida, la vía más importante que discurría de este a oeste. A medida que los edificios iban estando más pegados, también aumentaban en altura. En algunos lugares a lo largo de la calzada había árboles bordeando el camino y pudo ver pegadas a la corteza de aquellos arboles las pieles partidas y vacías de cigarras que habían efectuado la muda. La visión proporcionó a Nicci un fugaz recuerdo de estar tumbada en aquel refugio, sintiendo el calor del brazo de Richard.

Sa'din estaba empapado de sudor y ella comprendió que debía estar cansado, aunque el animal no mostraba ninguna señal de querer aflojar la marcha. Tuvo que instarle a frenar un poco para que la caballería pudiese acercarse más a ella. Quería que creyesen que la estaban alcanzando. Cuando el depredador persigue a una presa, éste tiene tendencia a perder de vista cualquier otra cosa, y el instinto de dar caza era tan fuerte en soldados como lo era en lobos. Nicci quería que abandonasen toda prudencia mientras le daban caza, así que se inclinó un poco al lado, para dar la impresión de que podría estar herida y a punto de caer.

Corriendo por el centro de la calzada y dejando tras de sí un reguero de polvo, la hechicera empezó a reconocer grupos de edificios. Recordó ventanas. Vio un edificio de tablas de color mantequilla a la

izquierda y postigos rojos a la derecha, y en las sombras de un callejón justo más allá de una hilera de edificios muy pegados entre sí que sabía eran hogares debido a las coladas que colgaban de cuerdas de tender entre ellos, distinguió a hombres escondidos. Todos tenían arcos. Supo que no le faltaba mucho.

De improviso llegó ante el edificio de ladrillo de tres plantas. En la luz del atardecer casi ni lo reconoció. Las estacas de la calzada estaban tapadas con una fina capa de tierra para ocultarlas a los soldados. Al pasar al galope diviso a hombres ocultos justo en la esquina, listos para alzarlas una vez que ella hubiese pasado.

-¡Esperad hasta que la mayoría haya pasado! – grito a los hombres que aguardaban, lo bastante alto para que ellos la oyeran pero no tanto como para que lo hicieran los que la seguían.

Vio que uno de los hombres asentía. Esperó que lo comprendiesen. Si se alzaban las barreras de estacas ante la vanguardia de la caballería, atestándolos a todos, únicamente se eliminaría a los iban en cabeza, y la mayoría de los que estaban en la retaguardia se librarían y se reagruparían. Si eso sucedía, habrían perdido su oportunidad de desintegrar la caballería. Nicci necesitaba que los defensores que se encargaban de las estacas permitieran pasar a la mayoría.

Miro atrás, y vio a los enormes soldados con las armas alzadas pasando ante el edificio de ladrillo en medio de un atronador estruendo. La mayoría dejó atrás la parte posterior del edificio, pero entonces, se oyó un retumbo cuando los caballos al galope se estrellaron de cabeza contra las estacas. Los caballos que iban detrás no consiguieron frenar y chocaron violentamente contra los animales que habían quedado empalados. Algunos jinetes lanzaron gritos de dolor al verse aplastados. Otros rodaron al suelo, por encima de las cabezas de las monturas.

Desde las ventanas, empezó a caer una lluvia de flechas mientras los soldados, ahora a pie, intentaban detener la retaguardia de la caballería, que seguía cargando. Los jinetes aminoraron desesperadamente la velocidad de las monturas, pero al hacerlo fueron alcanzados por flechas. Hombres y caballos recibieron el impacto de una descarga fulminante de aquellos proyectiles desde distintas direcciones. La mayoría de ellos alzó un brazo, advirtiendo entonces que con las prisas, habían olvidado coger los escudos.

Mientras los últimos jinetes seguían chocando con el inesperado bloqueo, Nicci giró a la derecha, en el cruce de la amplia avenida. La caballería le pisaba los talones y siguió calle adelante tras ella.

-¡Esperad hasta que pase la mitad! - chilló la hechicera a los hombres ocultos tras la esquina de un alto muro de piedra cuando pasó a toda velocidad.

Una vez más sonaron violentos impactos y el terrible sonido de animales chillando de dolor y terror al verse inesperadamente ensartados y desgarrados. Los soldados gritaban al verse derribados. Hombres armados con lanzas surgieron a toda velocidad de detrás del edificio y atravesaron con sus armas a los soldados antes de que tuviesen una oportunidad de ponerse en pie y pelear. Los defensores recogieron las hachas, espadas y mayales de los soldados caídos para usarlas contra la Orden.

Algunos miembros de la caballería, engañados por segunda vez, no estaban dispuestos a dejarse engañar una tercera y abandonaron a galope tendido la columna principal. Algunos tomaron por otra calle situada a la izquierda. Otro giró a la derecha por una calle angosta.

Los jinetes que la seguían apenas habían recorrido un trecho ni tenido una oportunidad de considerar plenamente si debían interrumpir la carga, cuando Nicci saltó por encima de la tercera barrera al mismo tiempo que los hombres la alzaban violentamente. Inmediatamente a su espalda sonó el terrible estruendo de los caballos golpeando contra las estacas y frenando en seco. Un griterío surgió de los soldados de caballería a medida que se veían atrapados en la debacle. Casi al mismo tiempo los jinetes que habían entrado por otras calles se encontraron de improviso atrapados en las mismas trampas. El enemigo se encontró en un cañón de paredes verticales de ladrillos y hierro estacas.

El impacto de los caballos corriendo a toda velocidad al colisionar con un enmarañado montón de hombres y animales destrozados que bloqueaba la calzada principal fue espantoso. Los caballos chillaron de dolor. Tal fue la fuerza del choque que rompió la empalizada y abrió un agujero a través de los cuerpos allí atascados. Enormes caballos de batalla, algunos con corazas que les protegían la cara y otros sin ellas, atravesaron la abertura, patinando sobre la sangre y vísceras de los muertos. El suelo resultaba tan traicionero que algunos de los caballos y jinetes cayeron. Otros que franqueaban la abertura a galope no encontraron adonde ir y los pisotearon.

Hombre empuñando lanzas salieron corriendo de callejones y se cruzaron en el camino de la caballería. Los caballos, conmocionados ya por la carnicería, se enfrentaron entonces a una hilera tras otra

de hombres que se abalanzaban sobre ellos, chillando gritos de guerra a la vez que les clavaban lanzas en los flancos. Los animales proferían relinchos espantosos y desesperados mientras los destripaban sin piedad. Los animales caídos hacían caer a los que todavía corrían en un intento de escapar. El cielo del atardecer parecía que se estuviese desgarrando mientras los arqueros lanzaban una lluvia de flechas sobre los soldados de caballería que pugnaban por huir de la carnicería.

Nicci dudaba de que aquellas tropas del Orden Imperial hubiesen entrado deliberadamente en la ciudad, usando a la caballería de aquel modo, de no haber sido provocadas. Aquel tipo de caballos no estaban pensados para aquella clase de combate, ya que no podían maniobrar en espacios reducidos y los jinetes no podían atacar un modo eficiente. Para dificultar aún más la situación, los defensores disponían de demasiados lugares donde ocultarse para que una carga de caballería fuese verdaderamente eficaz. El propósito de la caballería habría sido aplastar con rapidez cualquier resistencia organizada que hubiese tenido lugar a campo abierto, y luego acabar con cualquiera que intentase escapar de la ciudad una vez que enviasen dentro a las tropas. Si los oficiales hubiesen encontrado como era debida la situación, Nicci dudaba que hubiesen permitido tan enloquecida carga de caballería al interior de la ciudad. Nicci había sabido todo esto cuando había ido a asestarle un buen manotazo al avispero.

Lo insensato de un ataque de la caballería dentro de la ciudad empezaba resultar más que obvio. La matanza era tan rápida como brutal. La truculenta visión de tantos caballos y hombres destripados parecía en cierto modo irreal. El hedor a sangre producía nauseas.

Al ver que una columna enemiga giraba por un callejón para huir, Nicci proyectó su ha, usando un pico concentrado de energía para partir los huesos del caballo que iba en cabeza. Mientras las patas del animal se doblaban bajo éste, los caballos que lo seguían se estrellaron contra él. Unos pocos caballos que iban detrás, al ver lo que sucedía y disponiendo de más tiempo como para reaccionar, consiguieron franquear el obstáculo de un salto. Nicci vio como los hombres situados en el otro extremo del angosto callejón les cerraban la ruta de escape.

La hechicera dobló la esquina para llegar al principal cuello de botella y ayudar a impedir que ningún miembro de la caballería de la Orden Imperial escapase de la trampa. Al dar la vuelta al último edificio, tropezó con un grupo de jinetes justo cuando se abrían paso a través de las líneas de hombre con lanzas y les arrojó una aullante bola de fuego líquido. Esta paso por encima de las cabezas de los defensores y choco contra la calle, rociando de fuego los flancos de los caballos. Los animales, con las carnes ardiendo, se alzaron sobre los cuartos traseros, permitiendo que las llamas rodaran hacia arriba y alcanzaran a los hombres montados en ellos.

Nicci rodeó veloz una serie de edificios muy pegados entre sí para ir a salir por detrás del otro extremo de la trampa central, que había atrapado a un gran número de enemigos. Los hombres de la ciudad ya se habían arrojado sobre ellos, y por una vez, la caballería se veía superada en número, desorganizada e incapaz de librarse del ataque. A los hombres que peleaban por su libertad los embargaba una ardiente determinación que los soldados no habían esperado encontrar. Sus tácticas de intimidación y simple carnicería habían quedado desbaratadas.

Bajo la cada vez más débil luz y crepuscular, Nicci divisó a Víctor blandiendo una pesada maza contra cualquier cabeza de la Orden Imperial que pudiese encontrar. La hechicera azuzó a Sa'din.

-¡Víctor!

El hombre alzó los ojos con un semblante asesino.

-¿Qué? – gritó por encima del estrepito de la batalla, con sangre goteando de las cuchillas de acero del arma.

Nicci hizo que el caballo se acercase más.

-Los soldados vienen justo detrás de la caballería. Serán la autentica prueba. No debemos arriesgarnos a permitir que cambien de idea sobre atacara ahora. Por si acaso se lo están pensando, voy a ir a darles algo irresistible que perseguir.

Víctor le dirigió una sombría mueca.

-Estupendo. Estaremos preparados.

Una vez que el ejercito penetrara en tropel en Altur'Rang, los soldados no tendrían modo de permanecer unidos. Se dividirían en grupos para avanzar por las calles, y una vez que lo hiciesen, los defensores dividirían aún más cada uno de los grupos. A medida que cada grupo huyese o atacase, se encontraría con arqueros escondidos y grupos de hombres con lanzas, por no mencionar las numerosas trampas.

Altur'Rang era enorme. A medida que la oscuridad se fuese adueñando de la ciudad, muchos de los invasores se desorientarían y perderían, y debido al angosto laberinto de calles no podrían permanecer juntos ni presentar un ataque coordinado. No les permitirían ir a donde desearan para atacar a personas indefensas; serían perseguidos y acosados de un modo implacable. Cada grupo menguaría sin cesar, tanto debido a que se vería reducido por los constantes ataques, como a que algunos de sus hombres intentarían tomar otras rutas, en busca de un modo de ponerse a salvo. Nicci se había asegurado de que no existiese ningún lugar seguro en la ciudad.

-Hay sangre por todo tu pecho – le grito Víctor - ¿Estas bien

-Me caí del caballo. Estoy perfectamente. Esto tiene que acabar esta noche – recordó al herrero.

-¿Tienes prisa por ir tras Richard?

Ella sonrió pero no respondió a su pregunta.

-Sera mejor que vaya a darle un buen manotazo al avispero. Los traeré pisándome los talones.

-Estamos listos – repuso él, asintiendo.

Al descubrir a tres soldados a lo lejos que intentaban huir sin sus caballos, Nicci hizo una pausa para lanzar un reluciente hechizo. Con tres rápidos golpes sordos, la lanza de poder atravesó a los tres.

-Y Victor – dijo, volviendo otra vez la cabeza hacia el hombre – hay una última cosa.

-¿Cuál?

-Nadie tiene que salir con vida. Nadie.

Con los sonidos de la batalla bramando tras él, el herrero estudió los ojos de la mujer durante un momento.

-Entendido, Ishaq te estará esperando. Intenta traer al avispero aquí tan rápido como puedas.

Nicci, controlando las riendas para mantener a *Sa'din* quieto, asintió.

-Traeré a los soldados directamente por...

Giró la cabeza en dirección al repentino rugido. Enormes gotas de fuego llamearon en el este, y ella supo que solo podía significar una cosa.

Víctor profirió una imprecación y se subió a un muro. Estiro el cuello, intentado echar un vistazo por encima de los tejados a la espesa columna de humo que se alzaba hacia el cielo, cada vez más oscuro...

Dirigió una suspicaz mirada a Nicci.

-¿No conseguiste acabar con Kronos?

-Acabé con Kronos – rezongó ella entre los apretados dientes – y con otro mago. Da la impresión de que tienen a otro poseedor del don con ellos. Supongo que vinieron preparados – Tiró de las riendas, girando a *Sa'din* en dirección a los lejanos sonidos de gritos – Pero no vinieron preparados para la Señora de la Muerte.